



Anabel García

RAMBHÁ

CLUB DE SEDUCCIÓN



Anabel García

RAMBHÁ

CLUB DE SEDUCCIÓN

Dedico este libro
a mis dos ángeles,
el motivo de mi alegría:
César y Yago.

AGRADECIMIENTOS

Ahora mismo estoy en mi casa, delante del ordenador, y yo sola, en uno de los momentos más cruciales de mi vida, tan nerviosa, como ilusionada, se podría decir que a partes iguales.

Escribir un libro es un privilegio del que no todos disfrutan, pero lo que ello me ha conllevado a mí, es un regalo que me ha hecho la vida, del que doy gracias cada día, y ese regalo... sois vosotr@s. Los que me conocéis ya un poquito, sabéis que lo digo con el corazón en la mano, soy muy sincera.

Lo que empezó siendo una loca aventura de alguien que escribió una historia porque le nació en su interior, se ha convertido en un hecho, "Solo tuya" ha sido una experiencia tan alucinante que me ha hecho vivir situaciones increíbles, que nunca hubiera si quiera soñado.

Jamás tendré tiempo material suficiente en mi vida para demostraros mi gratitud. Sois muy generosos compartiendo conmigo cada sentimiento que os produce la lectura, y para mí, ese es el mayor premio que pudiera imaginar, el conseguir haceros reír, llorar, amar, soñar... El lograr que una letra sobre el papel llegue directa a tu corazón... Por toda esa generosidad, GRACIAS.

Voy a agradecer de manera más específica a unas cuantas personas, que por unos motivos u otros son demasiado especiales para mí, como para dejarlo pasar. El que no estéis entre estos nombres, no significa que no os quiera, simplemente es porque no se puede escribir un libro sólo con agradecimientos... Aunque me gustaría...

En primer lugar, a mi lector preferido, a mi rubio de ojos azules, el que me hace levantarme cada día con una sonrisa y, según él, ¡el protagonista de todos mis libros! A ti, mi amor, un gracias con mayúsculas, te iubesc, te amo, por siempre. Sin tu apoyo incondicional nada de esto sería posible, aunque a veces te diga lo contrario, sabes que cuento contigo, somos el mejor equipo del mundo nene.

A mi madre, que se ha convertido en mi distribuidora oficial. Eres una mujer luchadora, fuerte, valiente, buena, generosa... Pero sobre todo, eres la mejor madre del mundo. Tendría que agradecerte desde mi vida, hasta hace cinco minutos que me has llamado emocionada porque has vendido otra trilogía. Todo. Eres mi ángel de la guarda, eres el bastón donde me apoyo al caminar, eres el espejo en el que me miro, eres mi cabeza, pero sobre todo... Eres mi corazón. Te quiero, te admiro, te necesito y espero que no me faltes nunca mami.

A mi padre, que a mi pobrecito siempre parece que le dejo de lado, porque esto es "más de chicas", pero él siempre está ayudándome y apoyándome entre las sombras, que tampoco es un papel fácil. Gracias por dejar tu vida sin dudarlo cada vez que te necesito, por confiar en mí desde el minuto uno, por tus consejos y por cada momento que vivimos juntos. Te quiero con toda mi alma papá.

A ti, hermanito, ya te lo dije en tu dedicatoria, gracias por existir, eres mi otra mitad, siempre juntos, aunque ahora estemos más lejos físicamente, pero te admiro y te adoro tito.

Y después de mi familia, ¡paso a mis nenas (y Tristan, que es mi único nene)! Que conste, que no va por orden de preferencia ¿eh?, si he de ser sincera, va según lo he apuntado en mi libreta... jajaja. Aunque me gustaría escribiros una página entera a cada una, no puedo, seré breve.

Pilarcita. ¿Y qué te digo a ti que no te haya dicho ya? Que solo tengo que abrir la boca y tú ya estás ahí. Cuando he tenido alguna preocupación o algún problema has corrido a defenderme con uñas y dientes, que has recomendado mis libros como si fueran tuyos, con tal cariño y pasión, que me emocionó. No hay palabras suficientes para decir este TE QUIERO. Eres una mujer increíble.

China Yanly. Aparte del talento que tienes diseñando tus portadas, que son auténticas obras de arte, eres una persona increíble, siempre dispuesta a ayudar. Nunca me has negado nada, me has hecho sentir especial y quiero que sepas que vales mucho China y que siempre estaré ahí. Gracias.

Agus y Noe. Agustín es el que me ha hecho este booktrailer de lujo. Ha trabajado hasta altas horas de la mañana y ha puesto su corazón en ello, cosa que se respira cuando ves la obra maestra que ha creado. Me hiciste hasta llorar de la emoción. Gracias, eres una máquina, un genio. Y a mi amiga del alma, mi Noe, pedirte perdón por tener a tu marido secuestrado el día de tu cumple, ya te lo recompensaré. Os quiero chicos, aunque la vida nos ponga piedras en el camino, sois unos genios los dos y sé que llegaréis lejos.

Alejandra Alameda (blog Literatura Bajo las Sábanas). Gracias por la exquisita corrección que has realizado. He aprendido un montón con tus clases magistrales, has tenido muchísima paciencia conmigo. Nos hemos reído a más no poder. Eres muy buena profesional, pero eres aún mejor persona. Gracias por apoyarme, promocionarme, ayudarme, por tus consejos y por tu forma de ser. ¡Me debes una cena!

Natalia. Cada día me alegro más de haberte conocido, gracias por ayudarme tanto, por nuestras charlas, por nuestras risas... De todo se sale y espero con todas mis fuerzas que os vaya a muy bien, que ya os toca. Te quiero.

Pili me encantó conocerte este verano, adoro a mi Paula y a mi Lorena, son unas princesas increíbles y me muero por darles un achuchón de nuevo, también Manolo, hacéis una buena pareja, ¡sois geniales! Te quiero rubia, te considero una de mis mejores amigas, por todo.

Mari, mi futura cuñada, jejeje, gracias por ser mi sombra, aunque estés un poco distante, te siento siempre cerca. No tengo palabras para agradecerte todo Mari,

ya te lo dije en los otros agradecimientos, siempre serás una persona muy especial para mí, por tu fuerza, por tu valor, por las risas que no echamos. Te quiero un montón, no cambies nunca.

Laura B. Aunque estemos lejos en distancia, siempre estás cerca, ya te lo dije todo en las dedicatorias, eres genial y no permitas que nadie diga lo contrario. Gracias mi niña.

A mi Tentadora Literaria (M. José), gracias por nuestras charlas sobre hijos imposibles, sobre maridos cabezotas... y por tanto. Gracias por creer en mí y recomendar mi historia siempre, eres una blogger única y muy especial, yo siempre estaré ahí para lo que quieras. Amo a Lucía.

A Anabel Olivares por estar siempre conmigo, incluso cuando ha estado mal, ha tenido una sonrisa para mí, ya te lo he dicho, pero lo repito, vales mucho nena, eres una mujer diez, y lo que opinen los demás... ya sabes. Adoro a tu clon y a tu pequeñín, no dejes que nada os cambie, eres muy valiente cariño.

A mi Carol del alma... ¿Qué decirte mi acosadora chilena? Me muero de la risa. Gracias por comentar cada post que subo porque me ahorras un trabajo impagable, cada día, sin fallarme nunca. Comprendes mis ausencias y jamás me echas nada en cara. Eres una amiga auténtica, de las que ya no quedan, es un honor haberte conocido mi niña, y por eso gracias. Un besazo a Matías.

A Cecilia Pérez, por su cariño y su apoyo incondicional, te debo mucho Ceci, gracias de corazón.

A Noelia, gracias nena, por estar siempre al pie del cañón, Pavelka nos unió y nada nos separará.

A Alba Martín, gracias por el anuncio en la revista, gracias por la publicidad que has hecho y gracias por tu cariño.

A Annie, Raquel T. y Kissy, mis portorriqueñas queridas, millones de gracias porque sois pura magia chicas. Lo que daría por estar en vuestras reuniones literarias. Os adoro. Annie fue un honor conocerte, lo pasé fenomenal aquella tarde, ¡hay que repetirlo!

Cintia Merengues, Maribí del Valle y Adriana Busila. Mis nenas. Gracias por ser incondicionales, desde el primer día, porque vosotras fuisteis las que pusisteis en marcha el motor de todo esto y las que seguís cada día luchando junto a mí. Mexico, Venezuela y Rumanía os digo un GRACIAS con el corazón, os quiero chicas, no me dejéis nunca por favor.

A Fabián Vázquez (por esa web espectacular que me has hecho, por tus consejos y tu ayuda), Carol Álvarez, Marta Jaén, Calu Amor (te adoro), Tiaré Pearl, Guada, Olimpia, Vero Nieto (no vas a comprar golosinas a los niños, jajajaja. Gracias por tanto reina), Sagrario, Lorena (blog Mis momentos de relax), Pili Doria (blog Las lecturas de Doria, gracias cari), Isa Jaramillo (blog El desván de las delicias ¡rubia que te como!), Cefi, Raquel Aparicio, Carolina Reyes, Ada Rodríguez, Lola Ramos, Jull Dawson, Alba Jiménez, Chloe Queen, Ana María Gernhardt, Evelyn HG, Anabel Moreno (Estepona me espera), Martita (espero tu libro mi niña linda), Nira (canariona querida, gracias por todo), Tamara González (tenemos pendiente una lectura y lo sabes), Melina Rivera, Danutza, Nuria Pazos, Ivonne, Mariely Soo, Ana Artetxe (gracias siempre por tu apoyo cariño), Ruth Sol Ferrero, Paty Flores, Araceli de la Cruz, Yesebeth Ollarve, Lety Iniesta, Cori Zapata (women's power), Fina Vidal, Rosario Lezma, Mary Cambra, Liliana Elizabeth Ezcurra, Laura Chavero, Michelle Camacho, Miriam Morales, Ny Marmolejo, Yandelera G., Beky, Mónica, Yeka (cada día estás más guapa), Celia, Norkys, Patry M, Cristina Pardo, Montse Cacho, María Alarcón, Marina Sevilla, Paqui Nieto, Roxana Baudracco, Berenize Vázquez, Egarlys Rodríguez, Yíssel R. Ricardo, Yennely Pérez, Danitza, Marian Vázquez, Rosana del Río, Roxy González, Niyireth Urrea, Ana María Barbudo, Dory Graff y Cecilia, Nuria Fernández, Zoar Gavarrete, Tanya Martins, Encarna Loriz, Anabel Moreno, Katia Alonso, Tristan del Torre y Carla, Magaly Ramos, Lorena Di Rado, Maria Luz Gavetti, Luz Alvarenga, Anita Tapia Soto, Patricia Buosi, Ana María Garriz, Adela Pérez Blaque, Wanda, Dori Crespo, Jacqueline Cruz, Beixy Estévez, Areli Avah, Inma Lahuerta, Patricia Muñoz, Begoña Durán, Yenifer Ch, Yorleni, Elsa Maximiliano, Pili Jiménez, Toñi Aguilar, Montse Ortiz, Mitera, Teresa Carou, Miriam Cordero, Beatriz Jiménez, Elsa Castro, Saymed, Encarna Prieto, Piedad de la Vara, Victoria Antonella Brítez, Myriam Silva, Lau Lacampo, Silvia Ferrer, Estoy Hasta La Chona, Campanilla Prada, Helena Blanco, Anais Ob, Marina Torres, Maria José Sánchez y Ainhoa, Priscilla Corneiles, Paty Álvarez, Eve Castillo (gracias Eve, te quiero muchísimo y aunque esté muy liada últimamente, sé que estás ahí siempre, mil besos a mi princesa), Clara Díaz Benítez (me muero por tus comentarios Clarita), Georgina Maio, Amparo Torres, Yulia Caballero, Yube Villegas, Karol Cor, Rosalba Ferragonio, Mikita Leal, Miriam Fretes, M^o Alejandra Suarez Novoa, Lourdes López, Ana Belén González, Rico, Amparo Melian, Ina Mararu, Malu Valtierra, M^a Inmaculada Vacas, Elena Pinales, Karla Britany, Ana Monsalve, Marlys Lopez, Ana Rosa Buenaposada, M^a Teresa Mendoza, Dana Sánchez, M^a José Canzobre, Elisa Villafane, Elvia Madera, Afy Moreno, Olimar Torrelles, Lorna Gusmán, Isabel M^a Sierra, Tania de la Rosa (Tanucha), Patricia López, Alba Guillén, Arii Jiménez, Marian Vázquez, Analia Verónica, Isabel M^a Sierra, M^a Mercedes Mitchell, M^a Karina Fitzsimons, Eli Pedraza, Eva Nicolás, Anais Abarca, Emi Gómez, Chechu Godoy, Cinthya Ayma, Azahara, Diana Iglesias, Luna Azul, Eca Campello, Carol Fernández, Odessa Oropeza, Thania Freitas, Estibaliz Molina, Celinés Rodríguez, M^a Ángeles Teva, Gaby Rodríguez, Mari Torres, Maribel Díaz, Vale Ponce, Gemma Riancho, Pablina, Ariel Romero, Maribel Ponce, Emily Ramos, Magda Santaella, Marga Moreno, Verónica Villar, Patricia Orio, Noa Rodríguez, Enith F, Yessica Angulo, Susana Orellana...

Por favor si me dejo a alguien perdonadme, me van a matar por estos agradecimientos tan largos, me he emocionado al recordaros a todas.

¡Que comience la lectura!

PRÓLOGO

Nunca olvidaré la sensación que me causó salir de mi apartamento en la plaza de Santa Ana aquella mañana soleada de septiembre, para dirigirme, con paso firme, hacia mi primera entrevista de trabajo.

Me sentía libre. Caminaba con tanta alegría, que cada edificio que dejaba a mi paso, me parecía más sorprendente y extraordinario que el anterior. Observaba maravillada la elegancia de la gente que se cruzaba conmigo, los escaparates de las tiendas me incitaban a entrar, incluso las farolas eran perfectas, repletas de minúsculos detalles forjados en hierro.

I'm walking on sunshine, a todo volumen en los cascos de mi *iPod*, remataba aquella fantástica escena.

Estaba tan contenta que si me hubieran puesto una música celestial de fondo, podría haber protagonizado perfectamente una película titulada *La mujer más feliz del mundo paseando por el paraíso*, o algo similar.

Cuando llegué a la plaza de la Lealtad, observé boquiabierta una vez más, aquel esplendoroso palacio barroco que estaba situado justo delante de mí, cuya fachada amenazaba con invadir por completo mi atención, pero logré retirar la vista del deslumbrante diseño y centrarme en la no menos espectacular puerta. Respiré hondo y tomé así las fuerzas necesarias para conseguir ingresar en el majestuoso edificio. Al fin, me encontraba en el vestíbulo del Ritz.

Mis tacones retumbaron en el suelo de mármol, también asombroso. Al instante, un caballero de unos cuarenta años, ataviado con un elegante traje de chaqueta azul marino, y muy bien peinado, se dirigió hacia mí lentamente. Él me observaba, al notar que había entrado un tanto indecisa, para comprobar si yo era un cliente o alguien que venía tan solo a curiosear, como hacía la gran mayoría de las personas que pasaban por allí a diario. Interrumpió mi ensimismamiento en paredes y techos con un carraspeo para disipar la duda.

—Disculpe, señorita, ¿puedo ayudarla en algo?

—¡Oh sí!, tengo una cita con el director —titubeé.

—Si es tan amable, ¿me podría facilitar su nombre para hacerle saber que ya ha llegado?

—Soy la señorita Amor, gracias.

—Espere aquí un momento, por favor.

Quiero pensar que lo que vi en su rostro no fue una sonrisa cuando se giró para ir en busca del director; aunque ya estaba más que acostumbrada desde mi infancia, lamentablemente mi afectuoso apellido causaba este tipo de efecto en los demás.

—¿Señorita Amor? —La voz provenía de uno de los despachos anexos a la recepción, el hombre trajeado me indicaba con un gesto de su mano, muy amablemente, que entrase en aquella estancia.

—Gracias —dije mientras entraba, con una sonrisa. Él inclinó la cabeza y cerró la puerta, una vez que me encontraba dentro.

—*Buenos días, señorita Amor. Encantado de saludarla* —sonó una voz atronadora, que me dio un susto de muerte.

—¡Oh, Dios Santo! —grité, llevándome la mano al pecho.

Me giré rápidamente al escuchar esa voz a mi espalda, lo que hizo que gritara de nuevo del susto, al comprobar que tras de mí no había más que una pantalla plana inmensa, ocupando la totalidad de la pared. Cuando mi corazón volvió a recuperar un ritmo medio normal —para una persona que no está corriendo una maratón— pude darme cuenta de que la voz procedía de dicha imagen, un paisaje de montañas nevadas proyectadas en la gran pantalla.

—¿Hola? —acerté a decir, pues no quería dirigirme demasiado abiertamente hacia la pantalla, y disimulaba como buenamente podía, no fuera a ser que hubiera alguien por allí y me descubriera hablando con la nieve.

—*Tome asiento, por favor* —dijo en tono muy serio.

Intenté desesperadamente encontrar una silla por el amplio despacho, mientras seguía mirando de reojo, anonadada, la nieve de la montaña. «¿Será esto una broma?», pensé.

—*Disculpe este desafortunado inconveniente, pero debido a un retraso en mi vuelo, me he visto obligado a realizar nuestra entrevista por videoconferencia, si usted no tiene problema.*

—¡No!

—¿No? —su voz se tornó más grave.

—¡No! —lo interrumpí con mi voz gritona—. No tengo inconveniente, quiero decir —como siguiera así me iba a despedir antes de contratarme, pero es que no puedo evitar hablar sin control cuando me pongo nerviosa.

—*Está bien, relájese señorita* —carraspeó—. *Y tome asiento de una vez* —sonaba algo irritado.

Esa voz hacía que me pusiera en guardia. No sabía explicarlo, era por puro instinto de supervivencia, pero no podría relajarme jamás si una montaña nevada produjera esa voz tan tremendamente sexi y varonil, solo podría pensar en un... alud.

—¡Allí está! —dije señalando un punto lejano, mientras corría a través de la sala para coger la única silla que había por allí, más bien un sillón de cuero negro que había tras el escritorio.

Estaba temblando como un flan porque, aparte de pensar que estaba a punto de hacer la entrevista más importante de mi vida, ya que ninguna estudiante de Turismo recién terminada hubiera soñado nunca con tener semejante oportunidad, también pensaba que estaba haciendo el mayor de los ridículos.

—*¿Ha terminado ya, señorita... Amor?* —La manera en la que pronunciaba mi apellido me hacía estremecer.

—¡Un segundo! —grité.

—¿Preparada? —me estaba metiendo presión. La impresión que me causaba su tono de voz era como si estuviese diciéndome todo con un doble sentido, con lo cual, mi imaginación se disparaba muchísimo más lejos de aquellas montañas...

Arrastré el pesado sillón de piel por la alfombra como pude. Sentía cómo mi delicado peinado se iba deshaciendo por el esfuerzo. De repente, un crujido en mis pies hizo que me cayera de culo al suelo.

—¡Mierda el tacón! —gruñí irritada, mientras me levantaba apresuradamente, rezando para que las montañas rocosas no hubieran visto nada.

Con un poco de suerte, sólo se trataría de una simple voz, sin imagen. «Si yo no lo podía ver a él, él no me podría ver a mí... son reglas básicas aplicadas al juego», afirmé para convencerme a sí misma.

—Señorita, le recuerdo que está hablando usted con un alto cargo del Ritz, no estimo oportuno que se dirija a mí con ese vocabulario —dijo altanero.

—¡Oh! Lo siento señor, no me dirigía a usted... ruego me disculpe, es que...

—¿Piensa que enseñándome las bragas va a conseguir el trabajo, señorita Amor?

—¡Oh, No! Yo no he... —«¡ME ESTABA VIENDO!»

—¡Silencio! —me interrumpió groseramente—. *Ya he perdido demasiado tiempo viendo cómo arrastra, sin ningún tipo de escrúpulos, mi sillón por el despacho, rasgando los hilos de seda de la alfombra, mientras tiene a su izquierda diez malditas sillas. ¿Qué problema tiene con ellas? ¿No le parecían lo suficientemente cómodas... señorita?* —Mis ojos se clavaron inmediatamente en varias filas de sillas que se encontraban justo a mi lado, dispuestas a modo de conferencia. Me faltó pegarme una torta a mí misma... ¿de repente estaba ciega?—. *Y ahora, procedamos a realizar la entrevista, va a conseguir que pierda los nervios y le aseguro que eso no es nada habitual en mí.*

—Lo siento, lo siento, lo siento, lo... —dije. «¿Entonces era cierto que me estaba viendo? ¡Vaya bochorno! No lo podía creer.»

—¿Quiere el trabajo, señorita? —me interrumpió.

—¡Sí! —Me tapé la boca con ambas manos—. Quiero decir, sí señor.

—¡Pues siéntese de una puta vez!

No me senté, me caí del susto en el sillón.

Y allí estaba yo, sentada en un sillón de cuero, frente a una pantalla llena de montañas, en el despacho del mismísimo director del Ritz, temblado de miedo, despeinada y con un tacón roto en la mano...

Así que me dije a mí misma: «Keira, coge el toro por los cuernos, no importa lo que haya sucedido hasta ahora. Conecta el modo profesional para demostrarle a este maldito *capullo* arrogante lo que vales, si no te arrepentirás toda tu vida».

—*¿A qué edad y con qué nota terminó los estudios?* —me preguntó bruscamente.

—A los veintidós años con matrícula de honor, señor.

—*¿Por qué decidió estudiar Turismo?*

Después de media hora respondiendo educadamente a cada una de sus preguntas, concluyó diciendo:

—*Sé que tarde o temprano me arrepentiré de haber tomado esta decisión, pero mañana comenzará su turno a las 8.00 de la mañana. Hable al salir con el responsable de recepción, él le informará de los detalles. Buenos días.*

—*En serio? ¡Oh...! ¡Graciaaaasss!* —Me puse a saltar por la sala gritando de alegría, no lo pude evitar.

—*Señorita Amor,* —escuché y me detuve en seco, creí que ya no estaba— *una última cosa, jamás ose tocar ese sillón de nuevo con sus manazas, déjelo donde está, es un sacrilegio haber destrozado un tapiz del siglo XVIII.* —Dicho esto, desaparecieron las montañas y la pantalla quedó blanca por completo, sin darme opción a réplica.

Aquella noche fui con todos mis amigos a celebrar que tenía un nuevo empleo, pero con un sabor agridulce.



—¡Oh... vamos, Keira! Dime que estás de broma —Emma no sale de su asombro, me mira pizpireta con los brazos cruzados.

—No es ninguna broma, por mucho Robbie Williams que sea, no me ha gustado el tono en el que me ha hablado, ¡denegado!

—Pero sabes la que se va a liar cuando se entere de que en realidad sí que teníamos habitaciones disponibles, ¡y aún así, le has enviado al Palace!

—La jefa de recepción soy yo, ¿no?

—Sí, señorita Amor —Emma levanta las manos en señal de rendición, es de las pocas personas que sabe cómo me apellida y siempre lo utiliza para hacerme de rabiar.

—¡Pues vuelve al trabajo! Tienes mil cosas que hacer.

—¡A la orden! —se pone la mano en la frente como si estuviese en el ejército y me hace reír.

Emma ha estudiado la carrera de Fisioterapia en la misma Universidad que yo. Nos hicimos muy amigas porque también vivía en la residencia de monjitas *adorables* donde decidieron llevarme mis padres para tenerme controlada en los años de carrera, con lo cual, estábamos siempre juntas.

—¡Eres peor que un grano en el culo! —le suelo decir cada vez que se preocupa en exceso por mí. Ella siempre ha sido más ladina que yo.

Nos conocemos la una a la otra mejor que a nosotras mismas y siempre nos apoyamos en todo, prácticamente somos como hermanas.

Hace cinco años justamente que me aceptaron en el hotel y desde entonces he dedicado prácticamente la totalidad de mi tiempo al trabajo, así fui ascendiendo hasta llegar a ser la jefa de Recepción y coordinadora de Recursos Humanos, aunque a efectos prácticos soy la directora en funciones del hotel, por eso todos me respetan. Pero todo esto también tuvo un coste personal, que fue separarme de mis amigos, ya que nunca tenía tiempo para ellos, por lo que, un día, dejaron de llamarme. Todos menos Emma, que nunca me dejó sola.

—Keira... ¿qué es un NTR? —me pregunta con el manual de instrucciones del Ritz que le he elaborado.

—Robbie Williams —le contesto divertida, apoyándome en el mostrador de madera maciza de la Recepción para observarla.

—¿Qué significa entonces?, ¿un cantante? —Sé que le exijo demasiado, pero debe espabilarse antes de que alguien le llame la atención. Exijo mucho de todos los empleados y ella no puede ser menos.

—NTR significa «*No Tipo Ritz*» —le contesto escuetamente, no hay demasiado tiempo para bromas.

—¿Y eso qué es? —Me mira intrigada.

—Básicamente, que si un cliente no te gusta demasiado porque crees que pueda causar molestias a los demás, lo invitamos amablemente a nuestra a que se vaya a nuestra competencia—le guiño un ojo.

—¿En serio?

—No queremos clientes conflictivos, por mucho dinero que tengan.

—¿Y cómo sabes que van a ser conflictivos?

—Por mi experiencia, su fama y la prensa —cojo el periódico diario que hay al lado del ordenador y se lo paso con desgana.

—Pero te puedes equivocar —parece realmente interesada en este tema.

—Emma, créeme, pocas veces me equivoco, estoy al día de todo. Nuestro querido Williams acaba de romper la relación con su novia después de tres años y mañana da un concierto, ¿crees que algo le impedirá montarse una fiestecita de soltero en la *suite*?

—No —me dice alucinando.

—¡Pues ahí lo tienes! Un NTR con mayúsculas —enfático la frase con mis manos.

—¡Qué buena eres! —Me señala.

—Ya lo sé. —Me beso la mano y me la pongo en mi cara, simulando que me diera un beso a mí misma. Nos reímos.

Emma había pasado la entrevista para trabajar en el *Bodyna Wellness Centre*, nuestro particular oasis de relajación, hace una semana. La colé en la lista y no fue la mejor de las cien entrevistadas, ni de lejos, pero usé mis armas de destrucción masiva para que la aceptaran, es decir, mi físico; en otras palabras, un enchufe de toda la vida.

La condición era que fuese yo, la que le enseñara el funcionamiento en general del hotel y la política de la empresa. ¿Quién mejor que la mismísima directora para hacerlo? Así que en ese arduo trabajo estábamos inmersas las dos, haciendo horas extras, pero realmente felices de estar juntas de nuevo. Parecíamos quinceañeras excitadas.

Mi amiga era bajita y delgada, tenía el pelo castaño y los ojos marrones, realmente no había nada, físicamente hablando, que le caracterizaba, era una chica guapa, pero muy normal. Siempre le gastaba bromas diciéndole «Tú eres mi amiga la normal» porque cuando tenía que describirla, nunca podía decir «Sí hombre, la chica

que tiene, o que es...». No, ella era normal, y estaba muy orgullosa de serlo.

A mí, sin embargo, siempre se me caracterizaba por alguna cosa, si no era por mis ojos, era por mi pelo, y si no, por mi altura. Nunca conseguía pasar desapercibida en ningún sitio, cosa que siempre me hubiera encantado.

—Dios da pan a quien no tiene dientes —me decían mis amigas.

Suena el teléfono y contesto, para que Emma aprenda cómo se hace. Normalmente no tiene por qué estar en la recepción, pero aquí todos sabemos lo básico de cada departamento, para que ante una causa mayor, se cubra ese puesto necesitado sin mayor inconveniente. Resumiendo, que si la señora que limpia las habitaciones se pone mala y o no pienso cubrir su puesto, ni viceversa, así que todo esto se reduce a pura teoría.

—Hotel Ritz, buenos días, le atiende Keira, ¿en qué puedo ayudarle? —Mis compañeros suelen indicar su apellido, pero si yo digo el mío, el cliente tendrá la impresión de que está llamando a una línea erótica, con lo cual, me presento siempre con mi nombre.

—*Buenos días, señorita Amor. Veo que todavía no la han despedido, para mi desgracia.*

Un inesperado escalofrío recorre todo mi cuerpo, me quedo paralizada, con el teléfono en la oreja. Emma se da cuenta de lo que sucede y me zarandea un poco para que recobre el sentido de la realidad. La miro y balbuceo:

—Bu,,, bu... bu... —no consigo terminar la palabra.

—¡Keira! —Emma me arranca el teléfono de las manos, precisamente porque me conoce; desde luego, si eso me lo hubiera hecho cualquier otra de las chicas, ahora mismo tendría una falta grave—. Buenos días, le atiende la señorita López, ¿le puedo ayudar en algo?—Su cara cambia en cuanto escucha la voz al otro lado de la línea, me mira con los ojos muy abiertos y grita—, ¡sí señor, ahora mismo señor! —tapa el auricular con la mano y me hace el gesto de «quiere hablar contigo», pero yo, en vez de coger el aparato, salgo corriendo de allí.



Madrid es la ciudad más bonita del mundo. Y lo digo con conocimiento de causa, porque he viajado mucho. He estado en Roma, Milán, París, Londres, Dublín, Cracovia, Bucarest, Budapest, Praga, Viena, Nueva York, Río de Janeiro... y muchas más, pero como Madrid, ninguna.

Adoro su gente porque es muy cosmopolita. En Madrid te puedes inventar una vida, ser quien tú quieras ser, puesto que todo es posible. Me fascinan sus monumentos, sus calles, sus plazas, sus museos, sus edificios, la catedral, sus parques, sus fuentes..., pero lo que más me gusta de todo, es el ambiente que hay en esta ciudad. A cualquier hora está llena de vida, por lo que nunca te sientes solo.

Salir a tomar un vino por La Latina, o una cerveza a la plaza de Santa Ana, es una de las cosas que más me gustan. Tomar un bocadillo de calamares en la plaza Mayor o un café en la plaza de Colón no se puede comparar con nada. Todo Madrid tiene magia y duende.

Al terminar el turno, salimos Emma y yo a la calle, por la puerta del jardín, donde Marcos está esperándonos, como cada tarde, para irnos los tres juntos a casa. Marcos trabajaba en el Palace, es el jefe de cocina y comparte piso con Emma desde hace dos años. Al principio, la decisión de compartir piso fue porque no tenían suficiente dinero para vivir solos, se conocieron a través de un anuncio del *Segundamano* y congeniaron enseguida. Después creo que siguen viviendo juntos porque se han enamorado uno del otro, aunque no lo quieran admitir. Emma dice que solo son amigos, aunque hayan probado un par de veces. Pero él la mira con cara de corderito degollado.

—¿A que no sabes qué me ha hecho esta *vibora* hoy? —le dice Emma a Marcos toda compungida, mientras le da dos besos.

—¡Sorpréndeme! —Marcos ya nos conoce, podría esperar cualquier cosa viniendo de nosotras.

—¡Oye, un respeto a tu jefa, señorita López! Por mucho menos he despedido a gente, ¡*enana malvada*! —le digo a Emma, partiéndome de la risa ante su indignación.

—Víbora es lo mínimo que podría llamarte después de lo que me has hecho, ¡todavía no lo puedo creer!

—¡Anda ya! Eres una exagerada. —Continúo andando, mientras ella se queda más alejada contándole su distorsionada versión de los hechos a Marcos.

—¿Y no te ha despedido? —Marcos se troncha de la risa, mientras corre para alcanzarme.

—No lo sé, no ha vuelto a llamar —le respondo encogiéndome de hombros.

—Parecía realmente enfadado. Keira, ¡se nos va a caer el pelo! —Emma se ha quedado al teléfono aguantando el chaparrón, mientras yo corría sin rumbo fijo por el hotel—. Ese hombre profirió un montón de burradas que te merecías por hacerle tal desplante.

—Todos los hoteles de Madrid se pelean por ficharme, no estoy preocupada en absoluto por eso, además ya te lo he dicho Emma, tú no tienes nada que ver con esto, tranquila.

—¡Pero si ni siquiera sabes quién es! ¿Me puedes dar una sola explicación lógica para haberle hecho eso? —Solo le falta tirarse de los pelos—. Es que no logro comprender que llame alguien y salgas corriendo como una desquiciada.

—¡Me bloquea! No quiero tener esa antigua sensación, me siento lerda total cuando escucho esa voz y no me gusta. Necesito tener el control de la situación y él me lo arrebató con tan solo abrir la boca.

—¿Pero quién es ese tío? —gritan mis dos amigos al verme tan ofuscada.

—Yo creía que era el director del hotel, pero luego conocí al director de verdad, y nunca supe nada más de esa voz. ¡Es que es tan surrealista! —No me quise preguntar nada más entonces y no lo quiero hacer ahora.

—¿No me digas que es el que te hizo aquella entrevista rara? —Por la cara de Emma se puede decir que acaba de ver una epifanía.

—Sí.

—¿El *hombre-montaña*? ¡Madre mía! —Emma no sale de su asombro.

—El mismo.

—Chicas, por favor, un poco de piedad, no me entero de nada. —Marcos nos mira con intriga.

—Bueno chicos, yo me marché a casa, estoy agotada. Hay una petarda en el trabajo que no se entera de nada y me tiene haciendo horas extras por su culpa —digo sonriendo.

—¡Oh! Ya verás mañana, vas a ver lo petarda que puedo llegar a ser —me pellizca Emma en el culo, mientras me giro en dirección a mi edificio.

—Marcos, ahora Emma te lo explicará, yo no sé mucho más que tú. ¡Ella le dará más emoción! —le grito a Marcos, mientras ando de espaldas.

Me doy media vuelta y prosigo mi camino.

Al entrar en mi casa siento un alivio inexplicable. Al principio, me fascinaba el lujo y la opulencia del hotel, pero cuando pasas allí más horas que en tu propia casa, llegas a saturarte, agradeciendo sobremanera lo elemental de un hogar, la comodidad y, sobre todo, la sencillez.

Una pelota blanca y peluda corre a recibirme, saltando a mis brazos.

—Hola, *Gólum*... yo también te he echado de menos.

Ronronea entre mis brazos un instante, pero enseguida decide que es suficiente la dosis de arrumacos y se marcha elegantemente hacia el sofá.

Gólum es un gato persa, blanco como la nieve, que comparte la vida conmigo. No me gusta tener animales en casa, pero una fría mañana de invierno, un maullido desgarrado llamó mi atención cuando iba de camino a la Universidad. El sonido procedía de una caja de cartón tirada en el suelo, al lado de un contenedor de basura. El que lo dejó allí, al menos tuvo la decencia de no tirarlo dentro, hay veces que las personas son mucho menos humanas que cualquier animal. Cuando abrí esa caja y descubrí aquel cachorrillo tan pequeño, tiritando de frío, no me pude resistir a la súplica de sus ojitos azules. Desde entonces no nos hemos vuelto a separar. Es el único ser masculino que hay en mi vida.

Mi humilde morada es pequeñita, en ochenta metros cuadrados tengo una habitación, un salón-cocina y un baño. Muy monos, eso sí. Mi sueldo es bastante generoso, pero pagar un alquiler en la plaza Santa Ana es un capricho en el que se me va más de la mitad. Podría haber compartido piso con Emma, pero prefiero estar sola, sin dar explicaciones de nada a nadie. A ella nunca le gusta estar sola y a mí me encanta desaparecer del mundo de vez en cuando.

A mis veintiocho años necesito mi espacio privado. Una o dos veces al mes, en mi día libre, dejo el móvil en casa, cojo un libro de mi amada librería y paso todo el día en el parque de El Retiro, leyendo, sin correos electrónicos, ni mensajes de WhatsApp, ni llamadas.... ¡Y vuelvo a casa como nueva!

Me doy una ducha rápida, necesito relajarme y meditar sobre lo que me ha sucedido. No me caracterizo por escaquearme de los problemas ni de las situaciones difíciles, por eso no logro entender qué tiene esa voz para haberlo conseguido.

Una vez seca, me aplico la crema de melocotón y me quedo observando la imagen reflejada en el espejo de encima del lavabo. Mirándome a mí misma a los ojos me pregunto «¿Qué has hecho, Keira?», evitando que me salga una sonrisa. Por algún extraño motivo me hace gracia esta situación, en vez de estar preocupada.

«¿Por qué ese hombre me pone tan nerviosa?», me pregunto. En realidad no es nerviosa lo que me pone... No sé ni quién es, a lo mejor es un abuelo de setenta años..., pero esa voz no puede tener más de... ¿treinta y cinco o cuarenta? Desde luego tiene que ser alguien muy influyente en el hotel, pues aquel día me dijo que estaba en su despacho, me hizo la entrevista y me dio el trabajo; y nunca más volví a saber de él... hasta hoy.

«¿Cómo he sido capaz de dejarlo con la palabra en la boca?», me pregunto a mí misma. Y lo que es más importante todavía, «¿¡por qué!?».

El por qué de que esa voz hace que me quede quieta e indefensa como un cervatillo, tiritar y hasta tartamudear... no lo sé muy bien, solo sé que tiene bastante que ver con mi imaginación y mi lado perverso.

Agotada, me echo en la cama y me quedo dormida profundamente.



A las 7.00 de la mañana suena el despertador, me visto medio dormida con unos *leggings* y una sudadera con capucha, bastante holgada, para ir a correr. Me ato el pelo en una cola de caballo, me pongo los cascos y salgo a la calle a quemar la energía sobrante. Soy de esa clase de personas que si no queman la energía negativa con deporte están de mal humor todo el día, de muy mal humor.

Después de realizar mi recorrido habitual por el parque de El Retiro, regreso a casa, me doy una ducha rapidísima, y salgo corriendo hacia la habitación para vestirme.

Miro el armario como si fuera una revelación encriptada, pues en esta época del año nunca sé qué ropa ponerme. Si me pongo manga corta, seguramente llueva y haga frío y si me pongo manga larga, segurísimo que me asfixio por el calor. No obstante, solo me queda una opción válida, llevarme las dos cosas, manga corta y una chaqueta de entretiempo. Salgo a toda prisa de casa y me cojo un taxi que me lleva al hotel.

—Buenos días, Pepe.

—Buenos días, señorita Keira.

Pepe es un sevillano de sesenta años, que se vino a Madrid con veinte para buscarse la vida y lleva desde entonces trabajando de taxista por el barrio de las Letras, y está deseando jubilarse. En realidad, es como si tuviera un chófer privado, ya que Pepe me espera religiosamente en la puerta de mi casa, desde hace cinco años, a las 8.30 de la mañana, para llevarme al trabajo. Nunca hemos firmado ningún contrato ni nada, pero es algo que damos los dos por sentado, yo sé que él estará allí y él sabe que cuenta con ese dinero cada día. Es una relación simbiótica. Lo informo de mis días libres al principio de cada mes y se lo apunta, eso es todo.

Entro en el Ritz, lo primero que hago es comprobar que todo está en orden después del turno de noche, por si se han producido incidencias. Después, hacemos la caja entre los chicos que salen de su turno para irse a casa y los que entran a trabajar en recepción. Yo tengo que estar presente porque debo firmar el documento que acredita que esas cifras son ciertas. Finalmente, mientras los clientes realizan el *check-out*, es decir, salen de sus habitaciones para marcharse, yo me doy un paseo por todas las estancias para revisar si está todo bajo control.

—Chicas, dejemos la charlita para la hora del descanso, ¿de acuerdo? —Las chicas de pisos están cotilleando en la puerta de una habitación, riéndose, sin darse cuenta de que los clientes de la habitación contigua pueden estar dormidos aún.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —Se separan las dos rápidamente y corren a meterse en una habitación, ya vacía, para realizar sus labores.

Abajo, en el *spa*, uno de los *fisios* ha dejado una toalla sin doblar tirada en la estantería y un bote de crema sin cerrar encima de una camilla, lo coloco, «¡me van a oír!», me cabreo.

Mira que les suelto el sermón bien clarito al firmar el contrato a cada uno: «Los clientes en este hotel pagan por vivir en un mundo perfecto y nosotros somos los que hacemos que eso sea posible. No se admiten faltas, no hay margen de error, se nos paga demasiado bien para eso». Todo esto, acompañado de mi cara de

jefa ultra dura, los convence enseguida de que quiero un trabajo exquisito y no hay cabida para nada más.

Soy una especie de bruja tirana que increpa a todo el mundo constantemente, ese es mi cometido. El lado bueno de todo esto, es la cantidad de premios que el hotel recibe anualmente por su exquisito trato al cliente.

Una vez que compruebo que todo lo demás está perfecto, me bajo a desayunar con Ricardo al jardín, porque ya pronto se cerrará al público debido a la llegada del invierno, y lo quiero aprovechar. El sonido del agua al caer por la fuente de piedra es tan relajante, que si a ello le sumas las vistas y el olor a flores, parece que estás en el paraíso terrenal.

Ricardo es el chef del Goya, nuestro jefe de cocina, tiene dos estrellas Michelin, es famoso en toda España y fuera de ella, por su original elaboración de platos combinados, lo mete todo en un cuadrado minúsculo, que la gente degusta maravillada. Yo lo probé un día y he de admitir que estaba delicioso, pero me tuve que comer seis para no morir de hambre, a unos treinta euros el cuadradito... Él también es la persona más humilde que te puedes encontrar.

Nos gusta sentarnos juntos en la misma mesa, aunque prácticamente no cruzamos palabra alguna, porque él lee los deportes en el periódico y yo leo cultura, economía, política, prensa del corazón... Con lo cual, no me queda demasiado tiempo para preguntarle por nada. Ya lo hice los dos primeros días y siempre me contaba lo mismo sobre su mujer y sus hijos, con lo cual, no hubo un tercero.

—Buenos días, Keira. Estás preciosa esta mañana, como siempre —me dice mientras tomamos asiento en nuestra mesa, junto a la balaustrada blanca.

—Buenos días, Ricar. Gracias, eres muy amable.

—¿Todo en orden, jefa?

—Confío en que algún día lo estará, no pierdo la esperanza —le digo sonriendo, mientras vuelco el contenido de un sobrecito de azúcar sobre mi café—. ¿Qué tal va todo por el restaurante?

—Muy bien, mantengo a los chicos más o menos a raya. —Con su mirada me doy cuenta al instante de que no dice la verdad, es demasiado piadoso para dirigir un equipo de quince hombres de entre veinticinco y cuarenta años, es como una especie de Papá Noel entre ladrones—. Aunque si quieres darte una vuelta por allí, ¡mis muchachos estarán más que encantados!

—Daba por sentado que no necesitabas que fuese a poner orden en tu territorio, pero ya que lo dices, me pasaré luego a darles los buenos días y de paso, recordarles quién manda aquí.

—Tranquila, de momento me obedecen, cuando se ponen rebeldes los amenazo con llamarte para que les des con el látigo y se calman enseguida.

—¡Más les vale! —digo agarrando la cucharilla de modo amenazante.

Nos reímos, pero enseguida nos concentramos cada uno en lo nuestro. Leo por encima un poco de todo. Cuando estoy informada de cada cosa que pasa en el mundo, me despido de mi acompañante y me voy.

Rubén y Joaquín están hoy en el turno de mañana, no me gusta que coincidan porque entre los dos se envalentonan, pero hay veces que es inevitable. Intentan disimular cuando me ven llegar, haciendo con que no se han percatado de mi presencia, pero aparte del ruido que hacen mis tacones al andar sobre el mármol, también los noto un tanto inquietos. Tienen veinticuatro y veinticinco años respectivamente, las hormonas alteradas propias de la edad y los pongo muy nerviosos. Por eso, disfruto torturándolos un poquito.

—Hola chicos, ¿cómo vamos?

—Buenos días Keira, todo en orden esta noche... —responde rápidamente Joaquín, ya nos hemos visto esta mañana, pero los nervios, a veces, nos juegan una mala pasada, y no sabemos lo que decimos.

—Hola jefa, nosotros vamos bien, ¡pero usted mejor! —Rubén es bastante atractivo y lo sabe, por lo que se hace el gracioso delante de su compañero. Decido ir a por él, no vaya a ser que le haga lo mismo a alguna clienta.

—¿Qué habitaciones faltan por salir? —Me inclino hacia adelante en el mostrador, haciendo que pueda verme un poco más de la cuenta de escote y le sostengo la mirada. Inevitablemente termina echando un vistazo a mi precioso sujetador negro de encaje.

—Eh, creo que... la 103 en la segunda planta... la 301 en la quinta... —Se ha puesto a temblar, ya que no aparto mis ojos de los suyos.

—¿La habitación 301, Rubén? —Mojo mis labios lentamente con la lengua y sus ojos siguen, demasiado abiertos, su recorrido—. ¿Todavía no te has aprendido la distribución de las habitaciones? Tenemos 137 habitaciones, creo que ya deberías saberlo. ¿Te parece un error admisible, llevando ya seis meses aquí? —Entorno los ojos y me acerco más a él, para conseguir que estemos prácticamente rozándonos.

—¡Juro que me lo sé todo! Es solo que me ha puesto nervioso —responde cerrando los ojos con fuerza para no mirarme.

—¿Me estás diciendo que si un cliente te pone nervioso, cometerás un fallo tras otro? ¿Y si mañana viene Beyoncé, te harás pipí encima? ¡Abre los ojos Rubén, me estás faltando al respeto!

Me obedece. Al verme de nuevo tan cerca, solo le falta llorar, parece un animalillo aterrado. Así que decido terminar con su agonía y separarme de él, con lo cual, consigue respirar por fin.

—Punto número uno, soy tu jefa. No soy ninguna niña que te puedas ligar el fin de semana por ahí, por lo tanto, ¡me respetas!, a la siguiente vas a la calle. Y punto número dos, sopesa tus posibilidades antes de atacar, nunca empieces una batalla que ya tienes perdida de antemano. ¿Entendido?

—¡Sí, señora!

—Y ahora ve al baño a aplacar como sea ese bulto de tu pantalón, no permitiré que te vean mis clientes en semejante estado.

Sale corriendo hacia los baños y veo que Joaquín intenta contener la risa.

—¿Necesitas un toque tú también?

—No, no, lo siento. —Levanta las manos en señal de rendición total.

—Aquí se viene a trabajar, las risitas y las bromitas las hacéis de esas puertas hacia afuera, ¡y conmigo ni entonces! ¿Sí o no? —Me cabrea muchísimo que los hombres se piensen que pueden ligar contigo así porque sí cuando les apetece y punto. ¡No! ¡Error!

—Sí, sí, sí...

—¡Ve tú también al baño! Por el amor de Dios, ¿qué habéis desayunado? ¿*Viagra*?

Me abrocho el botón de la camisa que me había desabrochado antes para achantar a mi rival y, de repente, un intenso perfume de hombre embriaga mi sentido del olfato, me giro y todo mi ser se queda petrificado al instante.

—No creo que esos pobres chicos merezcan ser el epicentro de tu mala leche.

«¡¡¡¡¡ES ÉL!!!!!»

«¡¡¡¡¡Es su voooooz!!!!!»

Por más que intento moverme, no lo consigo. Mi subconsciente siempre supo que esa voz debía tener un dueño guapo, pero lo que tengo delante de mis ojos no es un hombre guapo, es un Dios divino.

—Señorita Amor... ¿está ahí? —Sé que está chascando los dedos delante de mi campo de visión, pero no consigo enfocarlos.

Pestaño rápidamente para volver al mundo terrenal. Lo miro a los ojos, pero vuelvo a perderme en la inmensidad de ese azul translúcido. Siento cómo la boca se me ha quedado tan seca, que mi lengua parece una pelota de papel y no consigo articular palabra.

Lo intento.

—Bu... bu... bu...

—Tranquila, suelo causar esa sensación en las mujeres, se acostumbrará, pero intente reponerse pronto, quiero mi *suite* preparada para mediodía.

Me pone algo sobre el mostrador y se marcha con paso firme y elegante por donde ha venido, con su carísimo traje de chaqueta gris hecho a medida.

Cuando consigo salir de esa especie de nebulosa en la que me ha sumergido el enigmático ser, cojo lo que ha dejado en el mostrador y leo:

Mr. Ares Hunter
Ritz Corporation

Doy la vuelta a la tarjeta y descubro lo que hay escrito a bolígrafo:

Vas a pagar caro tu
desplante, fiera.

Doy un respingo al terminar de leer y lo vuelvo a leer otras mil veces más, para asegurarme de que no es una alucinación mía...

«¡¿Fiera?!»

«¡¿Pagar caro?!»

«¡¡¡¡¡Areeeees!!!!», le maldijo.

—¡Emma sube enseguida, tenemos alerta roja! —le grito a mi amiga y cuelgo el móvil.



Son las 5.00 de la tarde y mi turno acaba de terminar, he estado mirando el reloj y la puerta de entrada a cada segundo que pasaba desde que él salió por allí esta mañana, rezando para que no volviese a entrar. Me tiembla todo desde entonces, no consigo calmarme.

Salgo a paso ligero por el jardín sin que nadie me diga nada—prácticamente estoy cantando victoria—, pero algo hace que mis pies se detengan en seco.

Ahí, en medio del portón de hierro, el señor Hunter está plantado delante de mí cortándome el paso. De nuevo... ese perfume vuelve a obnubilar mi razón, aunque tengo serias sospechas de que no es el perfume precisamente lo que nubla mis sentidos.

—¿Tiene prisa, señorita Amor?

Lo miro a los ojos automáticamente, porque nunca antes había sentido ese latido incesante entre mis piernas al escuchar mi apellido. Pero al comprobar que esos ojos azules están clavados en mí, me siento morir y no consigo sostener su mirada. ¡¿Qué me está pasando por el amor de Dios?! No soy capaz de mirarlo y creo que tampoco soy capaz de hablar, ya que mi lengua decide acartonarse cuando este hombre está presente.

Así que mi privilegiado cerebro, que por lo visto es lo único que sigue con sus funciones vitales intactas, decide por su cuenta y riesgo intentar esquivarlo. A lo mejor, si sigo mi camino sin más... este ser supremo se olvida de que existo. Por probar...

—Eh, eh, eh, quietecita.

Me agarra por el codo y detiene mi patética y mal elaborada huida. «La próxima vez intentaré pasar por debajo de sus piernas...», definitivamente mi privilegiado cerebro ha dejado de serlo y también se ha colapsado. ¡Vaya pastel!

—¿Dónde se cree que va, señorita Amor? Tenemos una charla pendiente.

—No tengo nada pendiente con usted —consigo decir por fin, aunque no haya sonado nada convincente.

—Ya lo creo que sí. No se preocupe, no voy a retenerla demasiado tiempo, solo quiero dejarle claro quién soy yo y la posición que usted ocupa frente a mí.

—Usted no es nadie, hubiese tenido noticias tuyas hace tiempo de haberlo sido. —No entiendo por qué acabo de decir esto.

—No le voy a permitir ni un desplante más señorita, ¡me debe todo lo que es! —Me mantiene sujeta por el brazo y tiene sus ojos azules clavados en los míos. Yo lucho por no mirarlo.

—¡No le debo nada! —me sale del alma—. Me he ganado todo lo que soy y o solita... —Ahora por fin lo miro a los ojos, mi enfado me lo pone más fácil.

—¿Querías verme en persona, *Amor*? ¿Para mearte encima, como has hecho antes? —¿Recuerda que fue él quien me hizo aquella entrevista? ¿Qué le hace pensar que quería verlo?... Espera... ¿Quería hacerlo?

—¡No me tutee, no se lo permito! —Intento inútilmente zafarme de él, ya que es mucho más alto que yo y desde luego, es obvio que hace horas de pesas, con lo que me resulta imposible. ¡Qué lástima no poder asestarle un buen guantazo!

Entonces frunce el ceño y su mirada se torna de un azul más intenso, me coge el brazo que tengo libre con su otra mano y me empotra, literalmente, contra la pared que tengo a mi lado.

—Tú no tienes que permitirme nada, mocosa, en vez de pedirme disculpas y presentarme tus respetos, como deberías haber hecho desde el principio, me retas una vez tras otra, ¿quién te has creído que eres?

—Soy...

—¡Eres una simple trabajadora más!, con un solo chasquido de mis dedos estarás acabada —me interrumpe violentamente.

—¡Pues hazlo! —le grito entre dientes, demasiado furiosa para mi gusto.

—¡Vayaaaaa! Y ahora me tuteas, esto promete... —me susurra sin apartar su rostro del mío.

—Ha sido un desliz, no volverá a ocurrir.

—Te mueres porque eso ocurra, *fiera*, me suplicas con tu mirada ardiente que te bese... pero te diré un secreto, no eres mi tipo.

Me suelta con desgana y se aparta de mí, colocándose su carísimo traje, sin ni siquiera mirarme, y emprende el camino de vuelta al hotel.

—¡Es usted un imbécil! —le grito una vez que está dentro, no vaya a ser que me oiga y me vuelva a poner contra la pared.

En cuanto llego a casa, cojo un par de cojines del salón y me pongo a gritar como una loca, hasta quedar exhausta.

Un momento después, me quedo dormida en el sofá.



Me despierta el sonido de una sirena al pasar por la calle, uno de los sonidos típicos de Madrid. Abro los ojos con bastante dificultad y me estiro en la cama perezosamente. Miro el reloj, son las 12.00 del mediodía. Hoy es mi día libre, así es que no tengo ninguna obligación con el mundo, mientras desayuno en la terraza, podré decidir si me voy a leer al parque o me voy de tiendas con Emma. Casualmente también es su día libre y ayer me dijo que necesitaba comprarse unos zuecos de goma para el trabajo.

No me hace falta pensármelo demasiado, necesito hablar con mi amiga. Cojo el teléfono y le mando un wasap:

Bolita, te espero en el portal de tu casa en media hora, al final voy contigo.

Keira:

Al segundo me manda una mano con el pulgar levantado, lo que interpreto como un «ok».

Nos hemos recorrido todas las zapaterías de la calle Preciados y Carretas, y sigue sin decidirse por nada. El ambiente está caldeado, ella empieza a desesperarse y yo voy quejándome de qué es lo que necesita tener un maldito zueco para convencerla, porque se habrá probado más de quinientos. Por lo visto, los que busca deben estar hechos de un material específico y tener un número de agujeros acorde a la edad de mi amiga, porque si no, no me lo explico.

Es lo malo de las amigas íntimas, que a veces nos parecemos más a un matrimonio aburrido y mal avenido, que a jóvenes, dicharacheras y divertidas.

Cuando por fin encuentra unos zuecos, exactamente iguales a todos los demás que ya se ha probado anteriormente que a ella le parecen únicos y genuinos, por alguna extraña razón que yo no alcanzo a entender, parece que ha descubierto el eslabón perdido y no para de sonreír y gastar bromas. Pero para que yo alcance su estado de euforia, como mínimo... necesitaré una docena de cañas.

Nos sentamos en una de las terrazas que hay en la plaza Mayor, enseguida tres camareros vienen corriendo a atender nuestra mesa, parece que se pegan empujones unos a otros, y Emma les dice:

—Relax chicos, mi amiga está casada y con hijos, nada que hacer.

Así que por arte de magia desaparecen los tres y una chica muy amable viene a atendernos

—Sé cuidarme solita madrastra —le digo cuando la camarera se ha ido.

—Sí, ya lo sé, pero no me apetecía asistir a otra patética representación de: «Ohhh, tienes los ojos verdes más bonitos del universo, tus piernas esculturales no tienen fin, tu pelo es tan negro y brillante que no parece de este mundo, tu sonrisa ilumina mi vida... blablablá», y todo para que luego ninguno consiga llevarte a la cama. No, amiga, prefiero ahorrarles ese trabajo. —Me mira con una ceja levantada, mientras está repanchingada sobre el respaldo de la silla.

—¡Ah! O sea, que lo haces por ellos, no por mí.

—Tú me das de todo, menos pena, Keira.

—¿Y si me hubiera gustado alguno? ¡Los has espantado!

—¡Oh, venga ya! No son tu tipo, no pienso sentirme culpable.

—¿Y tú qué sabes? ¿Por qué no? —Hay veces que la mataría.

—Porque ninguno se parece a él.

—¡Jaque mate!

Me quedo en silencio y miro a otro sitio. Ha pasado mucho tiempo, pero tiene razón, todavía duele. No me permito pensar en él ni un segundo, así que le pregunto cómo van las cosas por el *spa*.

—Bueno, ya hemos hablado de suficientes cosas banales, cuéntame ahora mismo cuál era esa alerta roja que no pudimos atender ayer —me dice Emma muy seria, mientras la camarera trae a nuestra mesa la quinta ronda de cervezas.

—Es una de las cosas que más me gustan de ti, vas directa al grano, sin vaselina.

—Es que si fuera por ti, podríamos estar tranquilamente toda la mañana, aquí, sin hablar del tema, ¿por qué hay que sacártelo todo siempre con cuchara? Eres muy pesada. ¡Suéltalo ya!

—He conocido al tío de la entrevista. —No me ando con rodeos, con ella no me sirven para nada.

—¿¡En serio?! —Casi escupe la cerveza de su boca.

—Muy en serio. —Asiento lentamente.

—¿Y? ¿Cómo es? ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

—Si me das tiempo para responderte, lo haré, pareces una ardilla dopada.

—¡Venga tía! —me zarandea el brazo.

—Es el tío más atractivo que he visto en mi vida... —me armo de valor y lo acabo admitiendo.

—¡Sí, hombre! —No para de reírse, parece que le haya dicho que le ha tocado la lotería.

—Te lo juro, es moreno, alto, fuerte, con unos ojazos azules de morirse, mandíbula cuadrada... Parece un actor o un modelo.

—¡Guau! ¿Y qué ha pasado? ¿Te ha conocido? ¿Te ha dicho algo o ha pasado del tema?

—Me ha puesto las pilas —confieso.

—¡Ja! ¡Ese tío me gusta! —Hace un brindis al sol con una sonrisa enorme y bebe del vaso.

—No sueñes, Emma. Es solo un hombre con un físico perfecto, no tiene nada más.

—¿Pero necesitas algo más?

—Es mal educado, soberbio, arrogante, prepotente... Lo único que me interesa de él es averiguar qué rango ocupa exactamente en el Ritz, me ha amenazado con despedirme y acabar con mi carrera si no le presento mis respetos y le he contestado que no pienso hacerlo. Mañana en cuanto llegue hablaré con Cristian para que me explique qué sucede, sé que esta semana estará en la ciudad.

—¡Espérate! Me estás diciendo demasiadas cosas a la vez, y lo de Cristian, al final, es un golpe bajo para desconcentrarme. Quieres que se me escape algo, pero no lo vas a conseguir, arpía malvada —me mira con los ojos entrecerrados y yo me parto de la risa—. ¿Ha amenazado con despedirte solamente por no querer responderle al teléfono, cosa que, por otra parte, él no sabía que estaba sucediendo?

—Sí, que yo sepa...

—Y tú te podrías haber inventado cualquier excusa barata en vez de encender más la mecha, pero por algún motivo lo provocas... ¿Me estás ocultando algo, *amorcito*? —pronuncia mi apellido con retintín.

—Eres demasiado inteligente para mi gusto, voy a tener que sustituirte —la amenazo con la cucharilla y nos reímos.

—¡Habla ya! ¡Que le des tantas vueltas al tema, me está poniendo nerviosa! —Emma dice impaciente.

—Pues básicamente le he dicho que él no es nadie para despedirme y que me deje en paz. Él me ha dicho que me muero por besarlo, pero que no soy su tipo, de

ahí lo de arrogante. Y para terminar, lo he llamado imbécil, pero no me ha oído... Creo que nada más. ¡Ah sí!, todo esto ha sucedido mientras me tenía inmovilizada entre su fornido cuerpo y la pared.

—¡NO – ME – LO – PU – E – DO – CRE – ER! —Emma está frente a mí con la boca abierta.

—Yo tampoco, todavía lo estoy asimilando.

—¿O sea, que un alto cargo del hotel más lujoso del mundo, que por cierto, está muy macizorro, te ha empotrado contra la pared para decirte que no eres su tipo por no cogerle el teléfono?

—Sí.

—Sigo sin entender la historia, Keira. Hay algo que no me estás contando.

—Te juro que no ha pasado nada más, creo que está cabreado por algo, y lo ha pagado conmigo. Espero que Cristian me aclare lo que está sucediendo mañana, porque desde luego yo así no puedo trabajar a gusto.

—No sería el trabajo lo que más me preocupase a mí, parece que ha puesto sus ojos en ti, corderilla. —Emma dice esto medio cantando, se lo está pasando en grande.

—No creo que sea eso, debe de haber algo más. Es todo demasiado absurdo —digo pensativa.

—¡Lo averiguaremos!

—Espero que no, Emma. Solo quiero que se marche con viento fresco por donde ha venido y que tarde otros cinco años en volver.

—Sí, sí... Cambiando de tema, ¿cuándo pensabas decirme que el señor Ritz estaba en Madrid?

—Me lo ha confirmado hoy, no sabía nada.

—Pues entonces mañana tendré que ir guapa al curro.

—Emma eres incorregible, ya te he dicho que Cristian jamás tendría nada contigo, es muy estricto con las normas del hotel y tú eres su empleada. —Aunque no fuera demasiado estricto conmigo al respecto, pero he de evitar que mi amiga sufra por algo que nunca sucedió.

—Le puedo proponer que me despida, un polvo con él valdría la pena...

—¡Anda ya! ¡Estás enferma!

—¡Es tan guapo...! —Mira al cielo poniendo cara de tonta enamorada y nos partimos de la risa—. Tarde o temprano caerá en mis redes, y a lo verás.

—Eres una loca, ¿lo sabías?

—Sí, y por eso me quieres.

Pasamos el resto de la tarde por la plaza, de terraza en terraza. Mezclamos las cañas con la sangría y con algún que otro vermú. Cuando llegamos a casa, sobre las 8.00 de la tarde, vemos prácticamente doble.

Entramos en mi casa las dos. Tiramos los tacones por algún sitio de la entrada y *Gólum* sale a recibirnos, frotándose aleatoriamente con nuestras piernas en señal de bienvenida, pero enseguida capta nuestra ebria energía y desaparece misteriosamente.

No podemos parar de reír.

—¡Hasta el gato huye de nosotras! —digo dejándome caer en el sofá, llorando de la risa.

—Keira, me encanta verte reír así, es algo que prácticamente había olvidado desde..., bueno, ya sabes.

Un fuerte impacto atraviesa mi corazón, haciendo que se me borre la sonrisa de la cara y se me pase la euforia de un plumazo. Me incorporo del sofá.

—Emma, no deberías habérmelo recordado, sabes que me pongo triste y no creo que sea el día más adecuado, lo estábamos pasando genial.

—Lo siento, pero necesitaba decírtelo y ya de paso preguntarte cómo estás, nunca quieres hablar de ese tema.

—Si no quiero hablarlo es por algo.

—Pero tarde o temprano tienes que afrontarlo Keira, si no, no podrás avanzar nunca.

—¡No quiero avanzar! No voy a llegar a ningún sitio... —siento cómo una lágrima recorre por mi mejilla.

—Keira...

—Tienes sábanas en el primer cajón de la cómoda, me voy a acostar, buenas noches.

Un instante después escucho cerrarse la puerta de la entrada, supongo que Emma se ha ido. Yo sigo acurrucada en mi cama, abrazada a *Gólum*, no soy capaz de llorar, pero me siento vacía y un poco culpable por haber hablado así a mi única amiga.

No quiero hablar de ello y creo que nunca seré capaz.

Esta mañana tenía una preocupación distinta en mi cabeza y ahora vuelvo a tener la misma de siempre. No sé cómo lo consigo, pero cada noche termina haciéndose un hueco en mi memoria.

Solo una canción expresa a la perfección lo que siente mi alma, me pongo los cascos y al escucharla, consigo llorar a lágrima viva con Ana Gabriel.

*Huelo a soledad
con aire indiferente de un amor
con un océano oscuro al navegar
me siento tan cansada de llorar
y nadie se imagina cómo estoy.*

*Huelo a soledad
sin nadie que mitigue este dolor
no hay nadie quien comprenda mi sentir
y escuche lo que tengo que decir
me abrazo a los recuerdos por vivir.*

*Tengo tanto miedo que no escucho al corazón
mi alma esta sedienta ya perdió su luz*

*¡Ay!, que sola estoy
me miro en el espejo y me pregunto quien soy yo
muere mi esperanza ya no tiene salvación
y nadie quien despierte mi ilusión
y me hable con ternura del amor
¡Ay!, que sola estoy. ¡Ay!, muriendo voy.*

Por fin, consigo dormir.



Pepe me deja a las 9.00 de la mañana en la puerta del Ritz, como siempre.

Hago mi ruta de comprobación matutina y sorprendentemente todo está en orden. Parece que el personal va entrando por el aro, me ha costado, pero al fin todo sale como a mí me gusta, perfecto. Aunque puede que también haya influido algo que el director esté aquí.

Esta mañana está lloviendo, por lo que nuestro desayuno habitual no podrá efectuarse en el jardín. Subo por las escaleras al Goya, para ver si Ricardo está por allí. No necesito su compañía, pero es una forma de compartir algo con algún compañero y no sentirme siempre como la bruja mala del cuento, que siempre está batallando contra todos.

Los chicos que están tras la barra del bar me ven entrar y me percató de que uno da un codazo al otro.

—Buenos días, chicos —los saludo con un gesto de la mano, sin dejar de avanzar hacia el interior de la sala.

—¡Hola! ¡Buenos días! —me saludan nerviosos.

Entro en el restaurante y mi cerebro se bloquea inmediatamente ante lo que ven mis ojos...

—¡Keira!

Parece que todo sucede a cámara lenta.

El actual director del hotel, Cristian Ritz, se levanta de la mesa donde se encuentra y viene a saludarme, con una sonrisa inmensa en su rostro. Cualquier mujer, en su sano juicio, se habría derretido ante semejante ejemplar avanzando hacia ella, pero yo tengo una tara en mi corazón, que no me permite sentir nada por nadie y esa tara tiene nombre propio.

—Hola, Cristian. —Soy una de las pocas personas en el mundo a las que permite, o más bien obliga, a llamarle por su nombre de pila.

—¡Cómo estás preciosa...!

—Muy bien...

—No era una pregunta —me interrumpe con una mirada maliciosa.

Me rodea la cintura con su gran mano y nos damos dos besos. Sigo medio paralizada, pero no por él sino por el embrujo que ejerce sobre mí una mirada azul lejana.

El director del hotel tiene treinta y cinco años, es muy alto, delgado, pero fibroso; tiene el pelo castaño, ondulado, y unos ojos muy grandes de color miel. Si a un físico de infarto, le sumas un montón de millones en el banco, tienes como resultado una bomba explosiva.

—Te llamé ayer en cuanto llegué, pero me dijeron que era tu día libre y no quise molestarte —me dice, sin todavía quitar su mano de mi cintura. No me molesto en apartarme, mi organismo está concentrado en no mirar hacia una mesa en particular.

—Sabes que tú nunca molestas, señor Ritz. —Puedo sonar coqueta, pero hace mucho que le marqué los límites y desde entonces, los ha respetado sin fisuras.

El anterior señor Ritz, el padre de Cristian, murió repentinamente de un infarto hace dos años, por lo que la junta de accionistas nombró a su hijo inmediatamente como su sucesor. En un principio, no le hizo mucha gracia, ya que no tenía demasiado entusiasmo por interrumpir su loca juventud para hacerse cargo de semejante responsabilidad. Pero con el tiempo, y mi ayuda, se ha hecho a la perfección con las riendas del hotel, consiguiendo sanear las cuentas y modernizar tanto las instalaciones, como algunas políticas obsoletas. A mí, personalmente, me gusta el cambio.

—Luego nos vemos, Cristian, voy a buscar a Ricardo, me estará esperando para desayunar. —Intento escaparme de allí como sea.

—Ricardo podrá vivir un día sin desayunar contigo, Keira. Me gustaría que conocieras a alguien.

—Es que tengo mucho trabajo atrasado de ayer.

—Será tan solo un instante —me interrumpe en un tono demasiado seco, marcándome, claramente, que es una orden.

Se aparta del camino para que pase yo primero, me indica con su mano hacia donde debo ir... no me puedo negar. Voy directa al matadero.

Cuando Cristian llega a la altura de la mesa, donde momentos antes estaba sentado, una mirada añil me atraviesa.

—Ares, esta es la mujer de la que tanto te he hablado, Keira, «mi mano derecha» —nos presenta.

El susodicho se levanta de su asiento y se planta delante de mí, obligándome así a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos. Una sonrisa angelical, más que blanca y perfecta aparece en su rostro. Unos hoyuelos demasiado sexis desvían mi atención, por lo que no consigo relajarme. Aunque intenta parecer amigable, sé que una bestia peligrosa se esconde debajo de esta falsa piel de cordero.

—No me extraña que hables de ella a todas horas, Cris, es un *bomboncito*. —Me toma la mano entre las suyas delicadamente y me la besa, casi sin rozarme. Una electricidad caliente recorre todo mi cuerpo. Noto cómo inconscientemente aprieto mis muslos, uno contra otro.

—No permito que nadie me compare con comida, señor Hunter. —Le retiro mi mano rápidamente.

—¿Us conocéis? —nos interrumpe Cristian, muy habi al percatarse de que se el apellido de su acompañante.

—Solo de oídas-le aclaro a mi jefe, mientras le echo un mal de ojo al ser insoportable.

—Ruego me disculpe señorita, me dio la impresión de ser de esa clase de mujeres, ya sabe, a la que le gusta que las comparen con flores o comida. —Ares no deja de observarme mientras tomo asiento. Yo intento ignorarlo, de verdad que lo intento.

—Pues las apariencias engañan —le gruño una vez que estamos sentados uno frente a otro.

—Ya lo creo. —Siempre tiene que decir él la última palabra.

—Keira, Ares es el presidente de la Junta de Accionistas del hotel —Cristian decide interrumpir nuestra absurda batalla por ser el que termine la conversación —. Como ya sabes, posee en propiedad la *suite* número 100 de la sexta planta y aquí nada sucede sin que él lo autorice. Está incluso por encima de mí, así que intenta no cabrearlo demasiado —ambos se parten de la risa cuando el director me da esta información.

—Un placer conocerte, *bomboncito* —dice Ares Hunter mientras me mira muy serio.

Antes de que le conteste con un insulto «poligonero», o lo estrangule con una servilleta, Cristian decide intervenir de nuevo. Sabe de sobra que su acompañante se está pasando de la raya a propósito para provocarme.

—Ares, tranquilízate, creo que estás faltando el respeto, a sabiendas, a una dama —Cristian se ha puesto muy serio. Me conoce bastante y, evidentemente, no le interesa que esto acabe como el rosario de la aurora

—Lo siento, no era mi intención, Cris, es solo que tanta belleza me nubla la razón. —No aparta su fulminante mirada de la mía. Quiero clavarle el tenedor en los ojos.

—Keira, justamente le estaba contando a Ares que la semana que vine es el aniversario de la apertura del hotel y todo lo que estamos preparando para que seamos portada en prensa al día siguiente. —Cristian intenta mantener el tono cordial que deberíamos haber mantenido desde el principio y que, desde luego, brilla por su ausencia.

—Lo conseguiremos —le respondo haciendo acopio de toda mi cordura.

—Me va a resultar difícil estar presente, Cris, ya sabes que tengo la reunión con los finlandeses esa semana. —Mi enemigo público número uno se dirige a mi jefe con un tono mucho más afable que el que utiliza conmigo.

—Confío en que lo solucionarás, Ares, cuento con tu asistencia. —El señor Ritz le deja claro que debe venir al evento cueste lo que cueste. Es muy persuasivo cuando quiere. Bajo esa máscara de benevolencia se esconde un verdadero líder, aunque no sé por qué, pero me da a mí la impresión de que nada comparado con el presidente de la Junta.

—Lo intentaré-así, el señor Hunter da por finalizada la conversación—. Cambiando de tema, —carraspea— ahora que la miro bien, creo recordar que yo le hice la entrevista. ¿Me equivoco, señorita Amor? —pronuncia mi apellido de manera ardiente. Definitivamente, lo pone cachondo provocarme, si no, no me lo explico.

—Ya decía yo... ¡Era obvio que os conocíais! —Cristian está relajado, pero se le nota que siente curiosidad respecto al tema.

—Pues si he de serle sincera, señor Hunter, no lo recuerdo, me hicieron la entrevista unas montañas rocosas y nunca más volví a escuchar esa voz...

—¡Ahhhh! Se acaba de delatar, señorita Amor. ¡Recuerda mi voz...! Ahora por fin me encaja todo. —Tiene los ojos entrecerrados. Un atisbo de triunfo se vislumbra en su mirada.

Soy una bocazas, mi intención de que pensara que no lo conozco de nada se ha ido al traste. El escrutinio al que me están sometiendo esos ojos de color azul intenso, no me permite ni respirar. Debo marcharme, de lo contrario, la acabaré liando. Me levanto de la mesa:

—Lo siento caballeros, tengo demasiado trabajo como para estar aquí perdiendo el tiempo con jueguecitos de adolescentes, si me disculpan. —Ares abre la boca, pero ya me he levantado.

Sin darles la opción a ninguno de los dos de retenerme, salgo prácticamente corriendo. Se han puesto en pie, pero yo me marché a toda prisa de la sala, ya he puesto el turbo, aunque me llamen fingiré no escucharlos con el murmullo de los clientes.

El día transcurre sin incidentes. El señor Ritz ha salido a una reunión y el otro impresentable no ha dado señales de vida en todo el día, pero algo me dice que debo mantenerme en guardia.

A las 5.00 de la tarde salgo del hotel y me dirijo con paso ligero en dirección a mi casa. Cuando atravieso la puerta de hierro contra la que esa bestia me empujó, siento un escalofrío que me sube por las piernas. Pero no sucede nada, me coloco los cascos de música y camino tranquila hacia mi destino escuchando a Los Fresones Rebeldes.

Tardo dos horas aproximadamente en llegar a la plaza de Santa Ana, el camino de vuelta me sirve de terapia cada día para evadirme de todas mis preocupaciones, por lo que no me doy ninguna prisa, no hay nada que evite que me vaya deteniendo en cada escaparate que veo y que entre en alguna de sus tiendas.

En cuanto entro por la puerta de casa, cuelgo el bolso y la americana en el perchero de la entrada, me descalzo y me dirijo hacia la mesa baja del salón, para encender mi *iPad*, no aguanto más la intriga, he de admitirlo.

Mientras la *tablet* se conecta a internet, voy a la cocina y me preparo un vaso de vino blanco y un picoteo para la cena. Recuerdo de repente que esta falda no se puede arrugar, llevo prácticamente todo el día sin sentarme, precisamente para que eso no ocurra, así que la investigación debe esperar a que me cambie de ropa.

Voy a mi habitación con la copa de vino en la mano y me pongo un pantalón muy corto y ajustado —también podría denominarse «braga larga»— de Lola Rabbit que compré en Oysho, con una camiseta rosa, ajustada, de tirantes y las zapatillas de estar por casa con pompones rosas. Me falta una diadema con orejas y un pompón gigante en medio del culo para parecer la «conejita sexi» de Play boy.

Me recojo el pelo en lo que yo denomino «nido», es decir, un moño desorganizado y despeluchado en lo alto de la cabeza para rematar esta loca indumentaria casera. Tengo que quitarme el maquillaje, pero me pueden más las ganas de meterme en Google que la comodidad. Así que decido desmaquillarme después, cuando me vaya a ir a la cama.

Me siento en el sofá en plan indio, la casilla del buscador espera impaciente que escriba las palabras mágicas, así que tecleo «Ares Hunter», y unos cuantos millones de resultados aparecen ante mis ojos al instante en la pantalla.

He de reconocer que estoy nerviosa, tengo la sensación de que estoy haciendo algo prohibido, ¡y me gusta! Pulso el primer enlace, ansiosa por descubrir los secretos de mi oponente, un cosquilleo en el estómago no me permite permanecer quieta en el sofá mientras espero.

Entonces aparece en el centro de la pantalla una foto suya en la que está increíblemente guapo, con un traje de chaqueta negro y una pajarita del mismo color. Quedo impactada durante unos segundos por dicha imagen, porque parece que me está observando, con esos ojos que me dejan aturdida cada vez que me miran, o mejor dicho idiotizada.

Solo me da tiempo a leer que es... ¡¿mexicano?! , porque de repente un maullido me desconcentra, entonces caigo en la cuenta de que hoy *Gólum* no ha venido a saludarme, y con las ganas de saber más cosas sobre el energúmeno este, me he olvidado por completo de mi cariñito.

Miro a mi alrededor y no le veo... ¿Dónde estará?

—¡*Gólum!* Miz, miz, miz... —lo llamo, pero no aparece por ninguna parte.

Me levanto del sofá mientras lo sigo llamando, busco dentro del armario, debajo de la cama, en el baño... Por todos los sitios lógicos que se me ocurren donde puede esconderse un gato, pero no hay respuesta.

—Venga, *Gólum*... Sal ya, estoy cansada, no me apetece jugar —lo regaño.

Nada, ni rastro de mi pelota peluda.

—Ven, toma paté. —Si no acude al escuchar la palabra «paté», es que está herido de muerte.

Vuelvo a escuchar una especie de maullido ahogado que proviene de la terraza, me apresuro hasta allí, ahora ya y preocupada.

Cuando estoy fuera, miro a mi alrededor, pero no lo veo, sigue sin responder a mi llamada, me asomo por la barandilla y entonces lo veo, bajo mis pies, hecho una pelotita, enganchado en un trozo de teja medio roto. Mi corazón da un vuelco al pensar que si se mueve un solo milímetro caerá al vacío. Entonces, sin pensarlo dos veces, me subo a la barandilla, pasando una pierna por encima, me agarro fuerte a los barrotes con una mano, mientras con la otra mano intento llegar hasta el gato.

No llego. Me estiro un poco más.

—Venga, *Gólum*, sube, solo tenemos esta oportunidad.

El animalito, asustado, pega un salto, trepa a lo largo de mi brazo hacia arriba, arañándose sin piedad, y sale corriendo hacia el interior de la casa.

Respiro tranquila al verlo a salvo. Ahora tengo que regresar. Me agarro de nuevo a la barandilla, pero de repente se rompe el barrote al que me agarro y me quedo colgada de una sola mano... Un grito de pánico ha salido de mi garganta, sin ni siquiera ser consciente de ello.

Intento agarrarme a otro barrote, pero me estoy resbalando, y no tengo suficiente fuerza para tomar el impulso necesario. Busco por todos sitios una escapatoria, pero no la encuentro, creo que estoy bloqueada. No asumo que estoy sujeta a la vida con una sola mano, y que encima se me está resbalando.

—¡Socorrooooo! ¡¡Socorrooooooo!!... —grito varias veces, tan alto como puedo, hasta que me duele la garganta.

La mano me arde, no aguanto más, se resbala poco a poco...

—¡¡¡Socorroooooo!!!

Entonces aparece de la nada un ser gigantesco y musculoso, que me coge por la muñeca y me sube hacia arriba sin el menor esfuerzo, en un segundo.

Casi me desmayo, ha sido como si de repente apareciera Dios en mi vida para salvarme en forma de...

—¡Ares!

—¿Se puede saber qué pretendes saltando por los balcones? —Está enfadado—. Mírate el brazo, tienes sangre por todos sitios. —Me levanta el brazo, hago una mueca de dolor.

—No... es... nada...

Está desnudo de cintura para arriba, tan solo lleva unos bóxer negros de Calvin Klein y, por mucho que lo intento, no puedo impedir que mis ojos se desvíen a esa tableta de chocolate de infarto que tengo delante de mí. Mantengo los puños cerrados para no caer en la tentación de acariciarlo, como cuando no puedes evitar acariciar a un cachorrillo.

—Se mira, pero no se toca, guapita —me gruñe una voz femenina, procedente del interior de la vivienda.

Entonces miro hacia allí y descubro, asombrada que estoy en el balcón de mi vecina, y no en el mío.

—Tranquila, no lo tocaría ni aunque mi vida dependiera de ello —le contesto mientras recupero mi brazo de sus manos.

Esquivo a la masa de músculos sin mayor inconveniente y me dirijo hacia la puerta de salida, entonces aparece frente a mí una mujer rubia, muy guapa, despeinada, y completamente desnuda. Al cruzarse conmigo, me mira de arriba a abajo con cara de asco. Yo, sin embargo, no quiero ni mirarla. Se dirige grácil hacia el presidente de la Junta, claramente para marcar el territorio.

—Ya podéis continuar con lo que sea que haya interrumpido —digo, mientras cierro la puerta apresuradamente para salir de allí cuanto antes.

Corro por el rellano, y me planto delante de mi puerta.

La miro.

La vuelvo a mirar, esta vez la suplico que se abra ella sola, no pienso pedir ayuda a ese...

—¡Mierda, mierda, mierda! —grito, poniéndome las manos en la cabeza.

Eufónica, le asesto una fuerte patada con el pie de concha a mi puerta blindada. Casi me parto el dedo gordo, vuelvo a gritar:

—¡Me cago en...!

—¡Vaya! —me interrumpe su voz ronca—, no me había fijado en lo buena que estás hasta ahora mismo, ¡qué culito tienes, *fiera!*

Me giro rápidamente y lo veo allí, apoyado en el marco de la puerta de mi vecina, tan tranquilo, sonriendo. Se ha puesto unos pantalones, pero continúa sin camiseta, así que doy por sentado que les he fastidiado la fiesta. Mi vecina me va a odiar.

—¡Ve a tirarte a la rubia esa y déjame en paz! —le grito encolerizada.

—¿La rubia esa? Mmmm, aparte de ponerte cachonda también te pongo celosa... ¡Me gusta...!

—¿Cachonda? ¿Celosa? ¡Ja! No sueñes, Hunter...

Abandona su posición y avanza hacia mí con paso lento, sin apartar sus ojos de los míos ni una milésima de segundo. Yo me quedo donde estoy, no pienso achantarme porque ese cuerpo escultural venga hacia mí amenazante. Se detiene a menos de un centímetro de distancia y permanecemos mirándonos un instante, compruebo una vez más que tiene unos ojos increíbles. Y que me pone muy nerviosa.

—¿Me permites? —usa esa voz seductora y la mirada de ligón de discoteca.

—¿Qué te tengo que permitir?

—Abrir la puerta, ¿o realmente crees que a base de darle patadas con esas zapatillas horteras vas a derribarla?

Me retiro de mi sitio a regañadientes, se coloca donde yo estaba hace un momento, me da la espalda, y no puedo evitar mirarle el culo. ¡Qué sofoco! No sé si será propio de los hombres mexicanos, pero desde luego este es chili, súper chili, vamos, *hot* total. Sujeta el picaporte con una mano, mientras con la otra pasa una tarjeta de crédito por la ranura, entonces, sin mayor dificultad, se abre mi puerta.

—*Voilà!* —me invita a entrar con su brazo extendido. Yo avanzo hacia el interior de la vivienda, atravesando la puerta, mientras lo miro de reojo, cautelosa.

—¿Esto es a lo que os enseñan en las juntas, a abrir casas ajenas? —le pregunto irónicamente.

Se cierra la puerta a mis espaldas. Me giro rápidamente al escuchar el portazo, para comprobar, anonadada, que él también está dentro. Me siento violenta de repente, al verlo apoyado, tan tranquilo en mi puerta, con las manos metidas en los bolsillos y marcando pectorales. Observándome.

—Creo que no es necesario decirte que no es de buena educación entrar en ninguna casa sin ser invitado —tanteo el terreno.

—Y yo creo que después de salvarte la vida y abrirte la puerta, para que no te paseases de esa guisa por Madrid, lo mínimo que merezco es un «gracias mi valiente salvador». —Lo miro incrédula, todavía no sé si lo que acaba de decir ha sido realidad o ficción. Así que dejo escapar un bufido, seguido de una carcajada.

—¿En serio esperas que te llame «mi valiente salvador»?

—Sí, o algo parecido. —Ha dejado de estar apoyado en la pared y avanza despacio hacia mí. Me recuerda a una pantera entre las sombras, incluso dicho felino me daría menos miedo.

—¿Tienes algún trauma infantil? —Yo voy retrocediendo a su paso, para mantener la distancia de seguridad intacta.

—Necesitas que alguien te cure ese brazo, déjate de chiquilladas —me reprende.

—Yo puedo curármelo solita, gracias.

—¿Por qué te cuesta tanto pedir disculpas, ayuda, o dar las gracias, Keira? Es algo muy simple, se llama inteligencia emocional, y te puedes evitar muchos... — Se detiene en seco, algo ha captado su atención.

Ha llegado a la altura de la mesa baja del salón y yo he retrocedido hasta la entrada de la terraza. Sus ojos se clavan en la pantalla de mi *tablet*.

—Por lo visto... la que tiene el trauma eres tú. —Coge la *tablet* y me muestra su foto, ebrio de satisfacción—. Si vas un poco más abajo, en la misma página, las encontrarás en bañador.

—¡No sé qué hace eso ahí! —Siento un calor repentino en mi cara, ¿me estaré poniendo roja como un tomate, como me sucedía cuando era pequeña?

—Tranquila chica, es normal, todas sueñan conmigo, no eres diferente.

Suelta de mala gana el aparato donde estaba, se da media vuelta y se marcha por donde ha venido, sin articular palabra.

Corro hacia la puerta, doy cuatro vueltas a la llave y pongo el pestillo. Así será imposible que pueda entrar de nuevo.

Apago la *tablet* de un golpe seco, intentando no sucumbir al deseo de tirarla por la ventana. Me bebo la copa de vino, que dejé antes a medias, de un solo trago. Me dirijo al baño, pongo el tapón en el lavabo y lo lleno de agua oxigenada. Sumerjo el brazo, que enseguida se torna blanco, en vez de rojo. Intento no gritar cuando siento el intenso escozor por todo el brazo, así es que muerdo la toalla, hasta que se me pasa el dolor. Una vez seco, esto ya parece otra cosa.

Me meto en la cama, muerta de rabia por lo ocurrido. Mi gato traidor corre a acurrucarse a mi lado, pero lo saco de la cama inmediatamente de un manotazo en el culo.

—¡Todo esto es por tu culpa!

Se va corriendo espantado, no sin antes echarme un mal de ojo al abandonar la habitación, pero me da igual. Estoy muy enfadada.



Acabo de llegar de correr y de darme mi ducha matutina. Normalmente con el ejercicio cargo las pilas para todo el día, pero hoy parece que algo me las ha absorbido.

No quiero ir al hotel.

Abro el armario y miro toda mi ropa, ahí colgada, ordenada por colores, pero es como si viera un folio en blanco. Hasta hoy no había experimentado la sensación esa de: «¿Qué me pongo?», teniendo un armario enorme lleno de ropa. No hay nada de todo lo que tengo que me apetezca ponerme hoy, ni que me parezca adecuado.

¿Pero adecuado para qué?, o más bien, ¿para quién...?

Cojo al azar un pantalón color beis de pinzas, me miro al espejo y no me gusta, me lo quito y lo tiro encima de la cama. Repito la operación con varias camisas, vestidos, faldas...

Creo que me he probado todo lo que tengo, pero nada me convence. Miro mi cama, parece El Rastro, no tengo tiempo para colgar todo de nuevo, así que esta noche lo haré.

Aunque lo que realmente me apetece es coger un cubo de helado de un kilo y ponerme el pijama más cutre que tengo para tirarme en el sofá. ¿Y por qué no lo hago? No he faltado ni un solo día al trabajo en cinco años, puedo permitírmelo, el barco no se hundirá por mí.

Me encuentro regodeándome en mi gran desgracia, cuando recibo un wasap de un número desconocido.

Número desconocido:

Te espero en el Goya para desayunar. Ares.

¡Oh! De pronto me tiemblan las manos. ¿Quién le habrá dado mi número de teléfono? Cristian se me viene a la cabeza, aunque me extrañaría mucho. Le contesto rápidamente.

No pienso desayunar contigo.

Keira:

Mientras guardo su número en la agenda de contactos, no porque tenga intención de llamarlo, sino para saber si me llama él y que me avise que no debo cogerlo. Vuelve a sonar el pitido de otro mensaje.

Ares:

Me lo debes.

Realmente pretende que se lo agradezca, pero no daré mi brazo a torcer, es un engreído.

No te debo absolutamente nada.

Keira:

Me debes tu vida, tu trabajo y tus sueños húmedos de anoche... de momento.

Ares:

Este hombre me pone tanto nerviosa como cabreada, a partes iguales, por un momento dudo si contestarle, pero mi parte madura decide dejarlo así. Si quiere pensar que es el «héroe nacional», y que yo soy su fan enloquecida, dejaré que lo crea, mientras me deje en paz.

Finalmente me pongo los primeros pantalones beis que me probé, con una camisa de seda, color verde agua, atada al cuello y unos tacones de aguja del mismo color que el pantalón. Dejo al pelo que ondee suelto a lo largo de mi espalda y me maquillo un poco más de lo habitual.

En cuanto me aplico un poco de lápiz negro en los ojos, se ven a la legua, los tengo muy claros y por eso no suelo pintármelos nunca, pero hoy va a haber guerra y la pretendo ganar de una vez por todas. Ese mexicano engraido va a saber lo que es una española cabreada. Me pinto los labios de un color rosa, pero en un tono muy clarito, ya bastante marcados llevo los ojos, tampoco quiero parecer una mona.

Salgo por la puerta con paso firme.

Son las 11.00 de la mañana y en el hotel todo está sereno.

Entra un chico con una gorra naranja por la puerta. Es un mensajero que viene a traer un paquete.

—Hola, buenos días, vengo a hacer una entrega —saluda, mientras me mira demasiado descaradamente para mi gusto.

—Sí, ¿para qué habitación es, por favor? —le pregunta mi compañera, atrayendo su atención muy educadamente.

—No han puesto la habitación, solo el nombre —informa él.

—De acuerdo, no hay problema, lo buscaré en el ordenador —insiste ella.

—Pues es para la señorita... Amor, sí, aquí pone Keira Amor —nos informa el chico, señalando la pegatina del paquete.

Mis ojos oscilan entre el mensajero y el paquete. Mi compañera me mira:

—Keira, ¿es para ti?

—Sí, supongo. —«Será propaganda», me digo a mí misma antes de ponerme nerviosa.

—¡Qué nombre más bonito, Keira! —dice el chico embobado.

—Céntrate en la entrega chico, de lo contrario tu jefe tendrá noticias mías —le dedico una mirada amenazante.

—Discúlpeme por favor —carraspea, mientras se pone rojo—, firmeme aquí si es tan amable. —El chico parece que de repente tiene prisa.

El mensajero se guarda la maquineta en el bolsillo con la que ha pasado el código de barras, me entrega el paquete y se marcha corriendo. Mi compañera deja escapar una risilla.

Justamente en ese momento entra Emma en el mostrador de recepción.

—¡Hola, chicas! ¿Qué se cuece por aquí? No tengo a nadie esta mañana en el *spa* y me aburro como una ostra.

—Señorita López, le he dicho en repetidas ocasiones que no se puede meter aquí, ¡salga inmediatamente! —le digo a mi amiga, mientras le señalo la puerta, guiñándole un ojo.

Emma caza al vuelo que cuando hay gente delante tengo que tratarla como a cualquiera. Sale perezosa, se coloca en la parte delantera del mostrador, se apoya allí y me mira, mascando chicle tranquilamente. La chica que está conmigo en el turno siente que sobra, me pide permiso para irse a tomar un café, y se lo doy encantada.

—Emma, intenta cortarte un poco, te estás pasando. —Sé que se le olvida, pero tengo que reprenderla.

—¿Y ese paquete? —me pregunta, pasando de mí, una vez que ya no hay nadie cerca.

—No lo sé, me lo acaban de traer y no tiene remitente.

—¡Pues ábrelo! ¿A qué esperas?

Realmente sé que no debería abrirlo aquí, por lo que pueda contener, no espero nada de nadie, pero la curiosidad me puede. Así que cojo uno de los abrecartas de plata que regalamos a los clientes de un cajón y rompo el precinto con cuidado.

—Joderrrrr tía... ¡Vamos, date prisa! Nos van a dar las uvas. —Emma mira la caja como un perrito cuando quiere que le lances una pelota.

¡A que no lo abro! —Abrazo el paquete.

Ante la amenaza de quedarse con la intriga, hace la señal de echarse la cremallera en la boca. Termino de abrirlo. Saco algo del tamaño aproximado de un folio, envuelto en papel de embalaje. Pesa. No sé si quiero seguir abriéndolo. ¿Qué es esto?

Desenvuelvo un marco de fotos, grande, lo giro y lo que veo hace que un impulso de romperlo brutalmente se apodere de mí... Y antes de darme cuenta si quiera, estoy pisoteando el marco, con saña, saltando sobre él con mis tacones y todos los cristales hechos añicos se esparcen por el suelo de la recepción.

—¡Capullo de mierda! —grito mientras pisoteo su foto.

—¿Qué sucede, Keira? —Cristian aparece tras de mí, asustado, ya que nunca me ha visto perder los papeles, ni siquiera un poquito.

—¡Oh...! —lo miro con cara de odio y al instante comprendo que el no tiene la culpa.

Emma se ha quedado paralizada, no sé muy bien si por la escena que acaba de visualizar de *Esquizofrénica destrozando foto*, o por la presencia de su amor platónico. Pero antes de que el director del hotel se agache para recoger los pedazos de lo que estoy destrozando, mi amiga se da más prisa que él para que no lo descubra.

—No se preocupe, señor Ritz, ya lo recojo yo. —Los dos se miran y él cesa en su intención de agacharse.

—¿Estás bien? —me pregunta antes de proseguir su camino.

—Lo estaré, no te preocupes, Cristian, gracias —le digo, mientras me arreglo la ropa y recompongo mi peinado, disimuladamente.

Estoy apoyada en el mostrador con una mano y con la otra en la frente, los ojos cerrados e hiperventilando, intento reponerme.

—«Para que no tengas que buscar más en internet y sueñes conmigo todas las noches. ¡¿Tu valiente salvador...?!». —Emma lee la dedicatoria entre carcajadas, mientras sostiene la foto, casi destrozada, del innombrable en paños menores—. ¿Cuántos capítulos me he perdido, Keira? —me mira con cara de chiste.

—Como hagas algún comentario al respecto, te despido. —La amenazo con el dedo. Le arrebato la foto de las manos, la hago mil pedazos en un segundo y la tiro a la papelera.

Salgo de la recepción toda indignada y me marcho del hotel. Todavía faltan tres horas para que termine el turno, pero si me quedo aquí un minuto más, soy capaz de matar a alguien, mejor dicho, iré directa a su habitación para hacerlo con mis propias manos. Prefiero poner distancia entre nosotros para darme tiempo de recapacitar. Como se le ocurra aparecer y hacer la más mínima referencia a su regalito, la voy a liar, me conozco, así que lo mejor es que me marche.

Llego a casa y me tumbo en el sofá, ya que mi cama está colapsada con toda la ropa del armario sobre ella. Lo que me recuerda que luego iré a comprar, así a lo mejor se me pasa el cabreo.

No comprendo por qué ha sucedido todo esto en mi vida. Yo estaba tranquila, serena, relajada y feliz. Disfrutaba de los pequeños detalles de cada día, un helado, un paseo, mis días de lectura y soledad... Lo tenía todo en orden, controlado, planificado a la perfección. Así me sentía segura y a salvo.

Ahora, sin saber por qué, de repente todo se ha convertido en caos, rabia, nervios... No controlo lo que ese hombre me provoca, altera todos mis sentidos y no me gusta esa sensación de inseguridad. No me gusta sentirme indefensa, ¡y mucho menos ante ningún hombre!

Me he quedado plácidamente dormida después de comer. El sonido del timbre nos sobresalta a *Gólum* y a mí. Corro a ver quién es y veo a Emma a través de la mirilla. Abro y entra como un tornado.

—No quiero rollos, cuéntamelo todo. —Viene con la ropa del trabajo, así es que ni ha pasado por su casa.

—Jo, Emma, no quiero hablar de él, me pone de mala leche —lo intento al menos.

—Me da igual, quiero saber qué pasa, por qué te envía una foto suya «en pelotas», enmarcada, dedicada y diciendo que es tu salvador... —Echa un vistazo rápido a la cama, mientras coge al gato en brazos—. Y ya de paso también quiero saber por qué te has probado todo el armario esta mañana. —Señala mi cama llena de ropa con el dedo índice acusador.

—¡Cómo te odio! —le digo riendo.

Preparo una piña colada para cada una, con unos frutos secos y nos salimos a la terraza para tomarlo. Hace frío, por eso saco un par de chaquetas, que nos ponemos.

—Es el presidente de la Junta de Accionistas del Ritz e íntimo amigo del director, por lo visto, porque lo llama Cris, cosa que no lo llamaba ni su padre. Es el novio de mi vecina y no sabemos por qué extraña razón, le encanta torturarme. —En realidad, poco más sé de él.

—Vale. Quiero más. —Emma bebe tranquilamente.

—Ayer *Gólum* se cayó en una de las veces que hace equilibristas en la barandilla y al intentar rescatarlo fui yo detrás. Ares Hunter me salvó de caer al vacío.

—¿¡Te salvó la vida!? —Mi amiga se tapa la boca con ambas manos.

—Sí, bueno... sí. —No se puede llamar de otra manera, por mucho que me pese admitirlo.

—¿Y por qué te manda una foto suya en pelotas, tía?

—Porque cuando entró en casa vio en mi *tablet* una foto suya. —No me doy cuenta de que para alguien que no sabe lo que ocurrió, todo resulta bastante ridículo.

—¡Espera! ¿Entró en casa? ¿Aquí? ¿En el *Templo Sagrado anti hombres*? —Se está emocionando.

—Sí, pero no te equivoques, no lo invité yo. Entró sin que me diese cuenta. —Más ridículo todavía.

—Claro, claro, porque cuando el tío más bueno del mundo entra en mi casa, yo, ni me doy cuenta... —Emma pone cara de lela, imitándome exageradamente.

—¡¿Si no me vas a creer para qué preguntas?!

—¿Y por qué tenías fotos suyas en la *tablet* si no te gusta?

—Porque antes de que *Gólum* cayese, estaba intentando averiguar cosas sobre él, para saber de qué pie cojea —sigo haciendo el ridículo.

—¿Y por qué tiene que cojear de algún pie? Ya le estás buscando fallos sin ni siquiera conocerlo... ¿Y a qué viene tanto interés de repente? —Se cruza de brazos.

—¡No lo sé! En tres días ha puesto mi mundo patas arriba y no puedo enfrentarme a alguien sin conocerlo —comienzo a hablar rápido, eso significa que me estoy poniendo tensa.

—Sigo sin entender por qué te tienes que enfrentar con él, ¿no sería más fácil que os llevarais bien? —Emma está sonriente, las dos sabemos por dónde va.

—¡Porque no me deja en paz! Le gusta provocarme, es realmente frustrante, parece que él sabe todo sobre mí y yo estoy en desventaja porque no sabía ni que existía. Sólo quería tener información para poder responderle. —Lo que pasa es que me recreé demasiado mirando sus fotos.

—¿Sabes que te estás colando por él...?

—¿¡Qué dices?! Lo único que quiero es que se largue para siempre, no saber nada más de él y que me deje seguir con mi sencilla vida tranquila. —Me levanto de la silla.

—Tranquila y aburrida —matiza.

—Eso lo dices tú, ¡yo no soy aburrida!

—Si fueses una mujer de sesenta años, seguro que no...

—¡Ya vale, Emma! Te estás pasando, el que a ti te guste estar cada día con un tío diferente, no significa que a mí también me tenga que gustar —le recalco dándole voces.

—Es lo que hacemos los menores de cien años, Keira, probamos hasta que elegimos al definitivo. —Bebe relajadamente.

—¡Perdona, pero yo no comparto la idea de que tengas que comerte todos los pasteles de la bandeja para llegar hasta el que te gusta!

—Es cuestión de opiniones, yo me lo paso muy bien, mientras me como todos esos pastelitos deliciosos. —Emma mantiene el tono gracioso, sabe que si continúa por ahí voy a atacarla y está intentando suavizarme. Por algo somos amigas.

Estoy apoyada en la barandilla, mirando a la gente que hay abajo en la plaza. Pero realmente no estoy aquí, estoy en algún lugar, muchos años atrás.

—Tienes que dejar el pasado en su sitio, Keira, aunque no quieras hablarlo, él ya no está en tu vida y nunca lo estará. Así que no te prohíbas volver a ser feliz, no hay motivos.

—Nunca volveré a sentir lo mismo por nadie.

—Y no tienes por qué hacerlo —Emma me dice y cambia su tono a uno más maternal—. Como sólo has estado con él no tienes con quién compararlo, pero cada relación es especial de una manera distinta. ¿Quién te dice que no vas a ser incluso más feliz que entonces? Si no te arriesgas... no ganarás nunca.

—Si la teoría es fácil, lo malo es la práctica. No siento la más mínima atracción por nadie, Emma, estoy muerta, sexualmente hablando.

—¡Pues creo que el señor Hunter no te pasa desapercibido precisamente!

—¡Shhhhh, cállate! —le señalo el balcón de la novia.

—¡Buah...! Ella ya sabe que está saliendo con un dios, ¿crees que no estará acostumbrada a que las mujeres babeen por él? ¡Incluso la pondrá *cachonda*!

—¡Emma, por favor, eres...!

—¡Soy la mejor y por eso me quieres! De momento, no has negado que te gusta, ¡ja! —Está loca de alegría.

—¡Claro que lo niego! No me gusta, me pone nerviosa su voz. —Me detengo, pero pienso para mis adentros que me pone nerviosa su voz, su olor, su mirada...
¡Todo!

—¡Keira, se ha enamorado! —Pone ambas manos formando un corazón, con cara de tontita y se ríe.

—¿Cuántos años tienes, Emma? Los quince los dejamos hace tiempo, ¿eh? ¡Madura de una vez! Vamos, ayúdame a colocar la ropa en el armario, tengo que ir a Velázquez, necesito ropa nueva urgentemente —le digo, mientras le tiro del brazo en dirección a mi habitación.

—¿Para qué tienes que comprarte ropa, para estar guapa para tu dios de la guerra? —canturrea.

—Lo que tú digas —le doy la razón y la dejo por imposible.

—Solo iré si compras lencería sexi y lujuriosa.

Le tiro una falda a la cabeza y nos reímos a carcajadas. Pasamos el resto de la tarde riéndonos de los chismes que me cuenta del *spa*, mientras colgamos la ropa de nuevo en las perchas. Al final, ni compras ni nada.



Falta menos de una semana para el esperado 2 de octubre, ese día se inauguró el Hotel Ritz en 1910, por lo tanto, celebramos el 105° Aniversario. Como este año cae justamente en sábado, vamos a montar una fiesta por todo lo alto. Asistirán actores de Hollywood, cantantes, políticos... Por lo que la prensa estará adherida en todo momento a la entrada, esperando impaciente cualquier noticia, buena o mala. Nada puede salir mal.

Estoy hablando por teléfono con la floristería que va a decorar todo, para ultimar detalles, cuando suena mi móvil avisándome de que tengo un wasap, lo miro, no vaya a ser algo importante, y leo:

Ares:

*Cómo me pones cuando haces negocios,
amor*

Pego un respingo ante la sorpresa. Miro hacia todas partes, extrañada, porque supuestamente dejaba la ciudad el mismo día en que me mandó el regalito. No volví a saber nada de él en toda la semana, lo que me ha permitido estar más relajada.

No pienso contestarle, no me importa dónde esté, ni si me ve o es un farol, lo más seguro es que incluso se haya equivocado de persona. Sigo con lo mío. Marco el teléfono del *catering* de las bebidas y me apoyo en el mostrador, mordiendo un bolígrafo.

Suena el móvil de nuevo. Otro wasap.

Ares:

*Me gustaría meter otra cosa entre esos
labios*

Un ardor recorre mi cuerpo.

¡Déjame en paz, perverso!

Keira:

Ares:

¿Ya te han dado la noticia, Cenicienta? Por un día tendrás la suerte de estar con un verdadero príncipe y no con un sapo.

Intento no cambiar mucho el gesto al leer esto último, para no darle esa satisfacción, por si me está observando desde algún sitio, pero no me gusta nada todo esto. Algo me dice que los mensajes sí que son para mí. Me pongo nerviosa.

Aguanta.

Aguanta.

¡No me aguanto!

Termino contestándole.

¡¡¡No hay mayor sapo que tú!!!

Keira:

Enseguida suena la campanilla que indica que tengo una respuesta.

Pues qué mal gusto tienes, enamorarte de semejante sapo.

Ares:

«¿Enamorarme?!», me deja alucinada. Ya me cuesta digerir que me atrae lo más mínimo, ¡cuanto más para decir que estoy enamorada!, este hombre es el colmo de los colmos. Me apresuro a aporrear el teclado y le escribo.

¡No me enamoraría de ti ni en tus mejores sueños... CRETINO!

Keira:

Apago el móvil y lo tiro en un cajón, como si de repente ardiera en mi mano. Me abstengo de dar una patada al cajón para cerrarlo, pero me muero de ganas.

A la hora de comer, no aguanto más la incertidumbre y decido marcar el número de mi jefe desde el teléfono de la recepción.

—*Señor Ritz* —contesta con una voz muy rara.

—¿Cristian?

—*Sí, dime Keira, ¿qué sucede?* —carraspea.

—Perdona que te moleste a estas horas, pero es que te quería preguntar algo. —Una risa familiar suena de fondo—. ¿Hola?

□ *Sí, sí, dime...* —Se nota que tapa en altavoz del teléfono para decir algo a alguien.

—Puedo llamar en otro momento si estás ocupado —insisto curiosa.

—*No te preocupes, ¿qué sucede?* —Ahora ya se le escucha mejor.

—No tiene demasiada importancia, pero me gustaría preguntarte si sabes algo con respecto al señor Hunter, me acaba de enviar un mensaje, a mi móvil personal, que no he comprendido demasiado bien. —A ver... si canta la gallina.

—*Ah sí, Keira* —carraspea de nuevo, qué mal me huele esto—, *te lo iba a comentar esta misma tarde, pero me he liado con otros asuntos, discúlpame. El otro día me pidió tu número para coordinar contigo el tema de los disfraces.* —No suena para nada preocupado.

—¿Y tú se lo facilitaste sin consultarme? —A ver si se da cuenta de que no debe hacer eso y menos con mi archienemigo.

—*Creí que no tendrías inconveniente en que lo hiciese, ya que vais a ser pareja, lo que me extrañó es que no lo tuviese ya.*

—¿Qué vamos a ser pareja de qué?! —Ahora sí que estoy mordiéndome las uñas.

—*¡Del baile, claro!*

—*¡¡¿¿Qué??!!*

—*Espera... ¿no sabías nada?* —suena algo incómodo.

—¡No!

—*¡Será capullo!* —le sale del alma—. *Me aseguré que estabas de acuerdo.*

—¡No pienso ir al baile y mucho menos ser la pareja de ese imbécil! Por ahí sí que no paso, ¿eh, Cristian?, me comprometí contigo para organizarlo todo y marcharme en cuanto los primeros invitados entrasen por la puerta, sabes que no me gustan los eventos. —Estoy andando arriba y abajo rápidamente, dentro del mostrador de recepción y amenazando violentamente con el dedo al teléfono.

—*Keira...* —me interrumpe.

—¡He dicho que no! —lo interrumpo.

—*¡Ya basta!* —me ordena bruscamente. De repente, soy consciente de que estoy gritando al mismísimo director del Ritz y me tiembla todo.

—Lo siento. —Respiro hondo.

—*Déjame que lo solucione, y tranquilízate, ¿de acuerdo?*

—Gracias —me sale voz de pito.

No me contesta, ya ha colgado.

«¿Pareja de baile? ¡No bailarías con él ni muerta!».

¿Estamos locos?

Ni una película de terror me daría tanto miedo como lo que se avecina, no iría a una fiesta de disfraces ni borracha, y mucho menos acompañada de semejante, ¡payaso!

Cuando llego a casa, *Gólum* corre a recibirme, no ha vuelto a salir a la terraza desde aquel día, parece que ha aprendido la lección.

Me pongo la ropa de estar en casa, ya hace un poco más de frío, puesto que estamos en otoño. Aunque tenga puesta la calefacción, ya he guardado los *shorts* de verano y ahora llevo unos *leggings* de yoga. La diferencia básica entre *leggings* normales y *leggings* de yoga es que estos últimos son más anchos por abajo. La camiseta en vez de ser de tirantes, ha pasado a ser de manga corta y esta vez mi conjunto es de Betty Boop, personaje que me encanta.

Emma siempre me dice que me compre encaje, porque si alguna vez ligo con algún hombre, se le va a bajar... la alegría, cuando me vea con mis pijamas infantiles, pero a mí no me parecen infantiles en absoluto, los encuentro muy *sexis*. Aparte, claro está, de que he desechado hace tiempo la idea de ligar con un hombre. Por lo tanto, como si me pongo una bolsa de basura, ¿qué más da?

Me siento en el sofá cómodamente para terminar lo que el otro día no me permitieron entre unos y otros: la operación «Conociendo a Ares Hunter».

Pincho varias opciones de las miles que aparecen en el buscador. Descubro varias cosas interesantes:

- Tiene treinta y cuatro años, «ya no es un crío».
- Nació en México. Su padre, James Hunter, procedente de una familia acomodada de Inglaterra, pero nacido y asentado en España, se enamoró, tanto de una bella mexicana, como de aquel precioso país —«eso explica su tono moreno de piel, pensaba que era por el verano»—. Pero pronto regresarían los tres a España, donde su padre fundó una empresa de piezas de aviación, que más tarde se convertiría en una compañía aérea. «Tengo que averiguar más cosas al respecto».
- Se dedica a comprar y vender acciones de varias empresas, por lo tanto, se le puede llamar bróker. «No sé si lo hace con su propio dinero o el ajeno».
- Es accionista mayoritario en el Ritz, —por encima incluso de Cristian—, lo que produjo una crisis en la relación entre ambas familias, por lo que pone aquí. «Necesitaría más detalles»
- Muy codiciado por las empresas de publicidad por su atractivo físico, habiendo hecho varios anuncios de ropa interior y perfumes. «¡Qué típico!».
- Mujeres..., muchas mujeres por todos sitios. «Ninguna fea».

No encuentro ninguna información nueva ni que llame mi atención en especial, así que decido irme a la sección de imágenes... Aunque todavía no comprendo muy bien por qué. Creo que mi dedo tiene vida propia y ha marcado él solito dicha sección.

La pantalla se colapsa con millones de fotos de este ser embaucador, poniendo mil posturas diferentes, con mil trajes de mil marcas, en mil sitios distintos... A

cada foto que selecciono, sale más guapo. He de reconocer que es fotogénico el muchacho, no se puede negar.

Paso las páginas, cada vez con más calor en el cuerpo. Cada foto que se abre parece sofocarme un poco más. Cada vez que me mira a los ojos pierdo el sentido de la realidad y me traslado a lugares donde hace tiempo que mi mente no se permitía viajar... Es difícil asumirlo, pero físicamente me provoca demasiadas reacciones, y van todas en cadena, terminando siempre en el mismo punto de mi cuerpo.

Llevo admirando, más de una hora, el escultural cuerpo de ese ser divino que parece disfrutar torturándome. Suena mi móvil y lo miro:

Ares:

¿Has tenido que ir corriendo a pedir socorro a tu salvador? Permite que te diga una cosa, de nada te ha servido, vas a venir conmigo quieras o no, así que más te vale ir haciéndote el traje para el sábado, o te arrastraré en pijama por todo Madrid. ¡No sabes quién soy yo!

Le contesto cabreadísima:

Sé de sobra quién eres tú, ¡un gilipollas! Déjame en paz de una vez y ve con mi vecina, ella estará más que encantada de acompañarte.

Keira:

Contesta rápidamente, está en línea:

Las normas del Ritz no permiten la entrada a señoritas de compañía, si no, ten en cuenta que la preferiría a ella mil veces antes que a ti.

Ares:

Me quedo en *shock*... «¿Mi vecina es una *guarrindongui*?».

¿Y si prefiere ir con ella, por qué quiere torturarme a mí?

Búscate a otra. Para mi sorpresa, hay millones de mujeres que querrían ir contigo. En serio, no voy a ir

Keira:

En su estado pone que está escribiendo, durante un buen rato y espero a que conteste, nerviosa, muy en el fondo albergo la esperanza de que se dará por vencido. Su orgullo de *macho alfa* no le va a permitir asistir a una fiesta con alguien que no quiere hacerlo, está claro. Lo que me mosquea es que lleve escribiendo media hora, «¿Qué estará poniendo, su propia versión del *Quijote*?».

Al fin, aparece el mensaje:

Más te vale asistir.

Ares:

—¿Eso es todo lo que has escrito!? —le gruño a mi móvil indignadísima.

Lo tengo muy claro, ni voy a contestar ni voy a ir, así que no merece la pena ponerme nerviosa ni preocuparme. No puede obligarme.

Unas horas después, estoy tirada en el sofá. Acabo de terminar de cenar, estoy viendo una serie policiaca, con *Gólum* enroscado en mi tripa, volvemos a ser amigos. Vuelve a sonar el móvil, por unos instantes dudo entre tirarlo por la ventana o pisotearlo, pero decido ponerlo en silencio sin mirarlo. Me estoy quedando dormida y no me apetece alterar mi estado de paz y calma.

Cuando me despierto, cojo el teléfono para llevármelo a la habitación y veo en la pantalla que tengo... ¡154 wasaps! «¿Habrà pasado algo?!», me pregunto asombrada.

Lo abro rápidamente y veo que son todos de él...

Hay unas cien fotos de un vestido de época. Ha mandado fotos hasta de la bastilla. ¡Por Dios...! Si las imprimiera en papel, me daría para hacerme tres vestidos completos.

Los otros cincuenta mensajes son explicaciones de cómo hay que hacerlo y dónde tiene encargadas las telas.

Los otros cuatro me dejan en vela el resto de la noche...

Resumiendo, me dice no demasiado amablemente, el sitio y la hora donde me recogerá ese día y me manda dos fotos más —*selfis* de su *miembro*— bastante subidas de tono, que evidentemente, ¡elimino al instante!

El último mensaje, referido a una de las fotos reza así:

 *Está deseando
conocerte*

Ares:



Son las 9.00 de la noche y suena el portero.

Cierro los ojos.

Tomo aire, lo expulso...

Bebo un último chupito de tequila y descuelgo el aparato.

—¿Quién es?

—Lo sabes de sobra. —Esa voz penetrante me traspasa, incluso desde el otro lado del interfono.

Cojo mis guantes azules, me los subo delicadamente hasta el codo, ya que son de seda y se pueden rasgar muy fácilmente.

Me miro al espejo, no me puedo creer todavía que vaya a hacer esto. Mi cintura sostiene un cancan enorme y pomposo que me llega hasta la rodilla, para dar un vuelo espectacular al vestido azul de organza, rematado en puntillas blancas que me cubre el cuerpo. Menos mal que no pesa nada, no como los de antes, que podrían causarte dolor de espalda para varios meses.

Desde luego, ni la mismísima Cenicienta hubiera soñado con un vestido tan divino. Es una obra maestra digna de exposición, aunque no sea muy de mi estilo, porque para ir a tomar café no creo que me sirva. Seguro que me encerrarían en algún centro psiquiátrico si lo utilizase.

La parte de arriba del vestido es un poco menos infantil, gracias a que estuve discutiendo con la diseñadora durante varias horas, sin darle cuartel, hasta que me salí con la mía.

Lulú me dejó bien claro desde el primer día, en cuanto entré por las puertas de su exclusiva *boutique*, que ella mandaba allí. Así que ha sido una continua lucha entre «porque lo digo yo» y «ni lo sueñes».

Me recordó varias veces también que, de no ser una amiga tan especial del señor Hunter, ya me habría echado de allí a patadas. Ojalá lo hubiera hecho, hubiera sido una excusa perfecta para no asistir al baile. Lástima que el ser rastrero que la pagaba ya le hubiera advertido antes de mis posibles trucos.

Le permití que hiciera la parte baja del disfraz a su antojo, en otras palabras a modo de falda camilla, porque es el protocolo de esta noche, todas irán de largo, pero la parte superior ya era otra historia.

Ella quería poner mangas afaroladas con las mismas puntillas que llevaba la falda y lazos a mansalva. Un cuello a la caja a la mitad del cuello... como si fuera la viva imagen de una *Cenicienta* del siglo II a. de C. y aquí venía mi «¡ni lo sueñes!». ¿Afaroladas? ¡¿Pero qué dices, loca?!

Finalmente llevo un corsé del mismo color azul que la falda, atado al cuello, que marca a la perfección cada una de mis curvas. Bastante he cedido para que la modista más prestigiosa del momento en Madrid, le añada algo de la puntilla de la falda al escote en V que deja entrever mi canalillo. Y es aquí cuando venía el «porque lo digo yo»... si no cose las malditas puntillas en el corsé le da un infarto a la mujer.

Por último, tuve que dar mi brazo a torcer en cuanto al lazo gigante que llevo sobre mi trasero, gracias al cual, parezco un regalo.

Una tiara de diamantes, seleccionada especialmente de la colección privada de mi acompañante, adorna el minucioso peinado de niña buena que me han hecho en la peluquería.

Voy a obviar la discusión por la dichosa tiara; él esperaba deslumbrarme con el excesivo obsequio y yo prácticamente se lo tiré a la cara.

Conclusión: si esta noche no me sintiera sexi, en vez de *Cenicienta*, sería la madrastra, así es que era estrictamente necesario darle este toque vanguardista a mi atuendo con el corsé. Diga *la Lulú* lo que diga. «¡Porque lo digo yo!».

No me detengo a pensarlo demasiado y me obligo a salir por la puerta. Si continúo mirándome al espejo durante un segundo más, correré a encerrarme en el baño y que mañana, salga el sol por donde quiera...

Mientras intento entrar en el ascensor con esta abominación de falda, recuerdo que ayer estuve a punto de no recoger el vestido de la *boutique*:

—¡Keira, estás preciosa!, pero sigo insistiendo en que deberías comprarte una peluca rubia —Emma estaba con la boca abierta cuando me acompañó a la prueba final. Alguien debía obligarme a llevar el vestido a casa y no perderlo por el camino en un... ¿despiste?

—¡Por encima de mi cadáver! —Por ahí sí que no paso, ni loca.

—Pues *Cenicienta* era rubia, no morena —me decía demasiado entusiasmada, admirando mi vestido.

—Pues esta *Cenicienta* va a ser morena, se le ha olvidado darse el tinte.

—Pues entonces parecerás *Bella* de *La Bella y la Bestia*. —¿Pero esta chica se ha sacado un máster en princesas o qué?

—*Bella* llevaba un vestido amarillo. —Le saqué la lengua y me hizo un corte de mangas—. Además eso hubiera sido perfecto, porque a mi acompañante no le hubiera hecho falta ni disfrazarse... ya es toda una bestia.

—¡Qué cabezota eres! —Se cruzó de brazos haciéndose la enfadada.

La modista debió montar una fiesta ese día, ya que por fin me perdía de vista.

En cuanto piso la calle adoquinada de la plaza, mis zapatos de cristal hacen un ruido que no me gusta nada, «a nadie se le ocurre ir andando sobre un tacón de cristal de bohemia, ¿a que no llego ni al hotel?». Miro al suelo, para comprobar que siguen intactos, no me da tiempo a levantar la vista de nuevo, cuando me encuentro volando por los aires.

—¿Qué diablos te crees que haces? ¡Suéltame! —le grito indignada.

—No quiero que llegues descalza a la fiesta, ni que tengas una nueva excusa para no asistir, ya te advertí que serás mi pareja esta noche cueste lo que cueste. Estoy harto de tus artimañas.

—¡Te odio!

—Yo a ti también.

La flamante limusina negra se detiene en frente de la puerta principal del Ritz.

Entonces es cuando realmente me da el ataque de pánico. Todos los *flashes* esperan sedientos a que alguien salga por la puerta que el gran Ares Hunter mantiene abierta. Sin darme cuenta, me encuentro arañando la tapicería de cuero.

—¿Quieres salir igual que has entrado o prefieres hacerlo tú solita? —La cólera que invade mi cuerpo al escucharlo, hace que abandone bruscamente el modo temeroso en el que estaba inmersa, levante la barbilla y entre de golpe en el modo orgulloso.

Salgo dignamente por mi propio pie del lujoso vehículo.

—Me las pagarás —le digo entre dientes, sin ni siquiera mirarlo, mientras salgo, con una amplia sonrisa hacia la multitud.

—Espero que sea con sexo —me susurra al oído.

Se me pone la piel de todo el cuerpo de gallina... y no es por del frío.

No me da tiempo a responder lo que este gañán se merece, porque una oleada de luces blancas me ciegan de repente y sólo consigo concentrarme en mantener el equilibrio, sin caerme, al avanzar por la alfombra roja que han puesto en la acera, que llega hasta la puerta de entrada.

Ares me ofrece su brazo, pero no lo necesito, me aparto de él. Al momento, me rodea la cintura con fuerza, apretándose contra su cuerpo, así será imposible escaparme.

—¡Señor Hunter, aquí! ¡Señor Hunter...! ¡Areeces! —Los periodistas se pelean por obtener una foto de mi apuesto príncipe.

Él me sostiene por la cintura, dirigiéndome hacia donde a él le viene en gana. De repente, detiene mi paso en seco, en pleno centro de la alfombra, por lo que una oleada de personas a ambos lados de los cordones que nos separan de ellos, se levantan y amontonan frente a nosotros, para tomar una buena foto de nuestra pose.

Ahora sí que no veo nada, me estoy quedando ciega.

—Sonríe cariño, en estos precisos instantes eres la mujer más afortunada del mundo. —Me mira con una sonrisa exagerada.

—¡Oh, ya lo creo!

Pongo la mejor de mis sonrisas y yo también, parece hasta real. Se me acerca al oído para decirme:

—No me imaginaba que bajo esa fachada de bruja malvada se escondiera una sonrisa tan espectacular —me susurra—, me vuelven loco tus hoyuelos.

Intento no hacerle caso, pero vuelvo a sentir mil escalofríos recorrer mi cuerpo y esta sonrisa estúpida no quiere desaparecer de mi cara. Con un poco de suerte imaginaré que me estoy metiendo en el papel.

Interrumpe nuestra pequeña charla una intrépida reportera, que pregunta en un tono más elevado que el de los demás:

—¡Señor Hunter! ¿No nos va a presentar a su acompañante?

Ares la mira sin demasiada simpatía, me temo que se conocen de algo.

—¡Señor Hunter! ¡Señor Hunter, aquí! —Siento que él me aprieta más la cintura, está poniéndose tenso, aunque su rostro no expresa la más mínima sospecha de ello—. ¿Esta vez no es una *caza fortunas*? ¿En qué se distingue del resto?

Ares me suelta y se acerca hasta la reportera, con paso demasiado rápido y dirigiéndose a su cámara en vez de a ella, le sujeta el micrófono y escupe:

—En que, a diferencia de ti, ella no se ha abierto de piernas nada más verme.

Vuelve hacia mí con cara de pocos amigos, me coge por la cintura, bajo la atónita mirada de la mujer, y nos dirigimos hacia el interior del hotel, sin detenernos con nadie más, aunque los periodistas nos lo supliquen.

Al fin... en zona franca.

En contraste con el resto de los invitados, aquí dentro me siento a salvo. Estoy como en casa.

—¡Qué caballeroso has sido con esa pobre chica! —le digo irónicamente, mientras nos quitamos la chaqueta y el chal respectivamente, para dárselo a los guardarropas.

—Cuando se meten conmigo, no doy tregua —gruñe.

—Creo que se estaba metiendo conmigo, no contigo.

—El que se mete contigo, se mete conmigo y le saldrá caro.

Después de soltar esto, se queda mirándome de arriba a abajo, muy atentamente, demasiado serio para mi gusto. Me pongo en guardia. Me rodea silenciosamente, observando mi vestido, mis hombros, mi pelo, mi pecho... Quiero gritarle que deje de hacer eso, porque me está intimidando, pero hay tanta gente a nuestro alrededor que no sería acertado. Al final, le digo en un tono bajito:

—¿Qué sucede?

—Sucede que nunca he visto una belleza igual, eres...

—Señor Hunter... —lo interrumpo— guárdese sus triquiñuelas de seductor barato para otras mujercitas que le correspondan, le recuerdo que no estoy aquí por voluntad propia, así es que no disfrute demasiado de ello.

—Tienes razón, por un momento lo había olvidado. Estamos en esto por trabajo, nada más. —Su gesto se torna distante, se da media vuelta para ocultarlo.

En realidad, si lo pienso fríamente, este hombre tampoco ha hecho nada para merecer mi continuo rechazo, más bien todo lo contrario, pero creo que, sin darme cuenta, intento por todos los medios evitar sentir algo positivo hacia él. Mi subconsciente sabe que me podría llegar a gustar y entonces intenta alejarle. Es la única explicación lógica que encuentro a mi irracional odio hacia él.

Voy a intentar relajarme y no estar así toda la noche, será más fácil para ambos.

Lo miro entonces con otros ojos.

Lo observo detenidamente, sin dejarme llevar por mis prejuicios contra él, y descubro, para mi sorpresa, que es un hombre irresistiblemente atractivo. Camina muy seguro de sí mismo, dejando claro quién manda. Las mujeres acompañadas, intentan en vano desviar la mirada de él, y las solteras lo miran con picardía, pero una cosa está clara, a ninguna le pasa desapercibido. Ejerce una influencia difícil de explicar sobre las personas, es como si todos estuvieran deseando que les prestara atención.

Tampoco me he percatado de su disfraz. Realmente es digno de un príncipe, ni al auténtico le sentaba tan bien. Lo han trazado con cada detalle, y al estar sobre ese cuerpazo, con ese culo respingón y duro que tiene...

«¿Hemos pasado del odio al culo, así, de repente?».

No me gusta nada hacia dónde se dirigen mis pensamientos lujuriosos. Me obligo a pensar en otra cosa rápidamente, pero me resulta difícil, al tenerlo tan cerca. Aunque esta sensación no es nueva para mí, es tremendamente inesperada, sinceramente pensé que nunca jamás volvería a sentirla... y aquí está. No sé si me alegra, me asusta, o ambas cosas.

—Ares... —Se gira y me mira a los ojos. Estremezco y me concentro para intentar terminar la frase—. Realmente te pareces al Príncipe Encantador, pero de carne y hueso.

Vuelve a darse la vuelta y prosigue su camino sin decirme nada. No ha cambiado la expresión de su rostro, por lo que no sé si le ha gustado mi halago o no. Se dirige hacia el salón donde se sirve el cóctel de bienvenida, una pequeña recepción en la antesala del Goya antes de la cena. Está molesto por lo que le he dicho antes y ya nada de lo que diga o haga podrá remediarlo.

Solamente van de princesas las damas más famosas o adineradas, y también yo. Las demás asistentes van vestidas de largo, pero con vestidos normales. Lo que daría yo por ir con un vestido de esos... Mejor dicho, ¡lo que daría yo por no estar aquí!

Llevamos un rato saludando a gente, Ares está presentándose a todos los invitados, para hablar con ellos de cosas banales. Él habla con los hombres de negocios y yo con sus mujeres de tonterías. Como en la Edad Media, nosotras no pintamos nada. Me parece tan patético como surrealista el verme hablando con Blancanieves, la Bella Durmiente, Rapunzel... sobre la última película de Leonardo DiCaprio. Esto, desde luego, ¡no tiene precio!

—¿Todos te conocen? —le pregunto.

—A todos les interesa conocerme, no te equivoques —me responde cortante.

Como él está en ese plan, pues yo continúo en el de mujer-florero sonriente, aceptando los cumplidos de los caballeros y las miradas envidiosas de sus mujeres. Seguro que es porque ninguna lleva un corsé.

No sé cuántas copas de *champagne* llevo.

Me gustaría sacar el móvil y mandarle fotos de todo esto a Emma, pero no está permitido. Lo que daría porque ella estuviera aquí.

—¡Hola, Bella y Bestia!

¡No puede ser!

Me giro rápidamente para descubrir la procedencia de esa voz tan familiar, quiero saber quién tiene una voz tan parecida a la de mi amiga.

—¿¡Pero tú qué haces aquí?! —grito cuando la veo tras de mí.

—He venido para asegurarme de que no estabas montando el numerito.

—¡Te voy a matar!

Nos abrazamos, nos reímos y al separarnos, me doy cuenta de que va disfrazada de Jasmin, por lo que tiene que venir con un pez gordo. Frunzo el ceño y le digo intrigada:

—¿Quién es tu acompañante Jasmin? —Tengo los brazos en jarra, a la espera de su respuesta, aunque más bien parezco una madre regañando a su hija.

—¡Aladín! —me dice divertida, encogiéndose de hombros.

—Muy graciosa.

—¿Lo estáis pasando bien, chicos? —Cristian aparece tras de mí, disfrazado de Aladín, mi cerebro ata cabos al instante y casi me caigo al suelo.

—¡Hola, Cris! —Ares y él se abrazan, yo permanezco inmóvil, intentando cerrar la boca—. Preséntame a tu acompañante, ya que la señorita Amor no parece que tenga intenciones de hacerlo.

—Ella es Emma López, amiga de Keira.

Ares y Emma se dan dos besos. Emma le gasta una broma sobre que todos los hombres van vestidos iguales, menos *su Cristian*. Los dos se ríen cuando él le contesta que su amigo siempre tiene que llamar la atención.

—¡Eres una zorra! ¿Cuándo pensabas contármelo? —le digo al oído en cuanto tengo la oportunidad.

—¡Nunca! Por la cara de flipada que has puesto al vernos, han merecido la pena todos los años que llevo aguantándote...

—¡Serás...!

Nos partimos de la risa.

—Señoritas, ¿serían tan amables de acompañarnos a la mesa? —nos interrumpe Cristian, haciendo una reverencia exagerada. Emma le da la mano riéndose. Se van juntitos y acaramelados hacia la mesa. Yo los miro anonadada. No sé desde cuándo habrá surgido esta relación, pero parece que tienen complicidad y hasta se miran con ojitos.

«¡Ay, Dios!».

—¿Vienes? —me pregunta Ares muy serio, sacándome de mis cavilaciones. Está sonriente con todos, menos conmigo.

Me ofrece su brazo, pero paso de largo de él.

—Sí.

Mientras avanzamos hacia el interior del restaurante, voy observando todos los detalles del Goya. Está engalanado de una manera exquisita, han merecido la pena tantos quebraderos de cabeza.

La decoración floral es espectacular. Hay un centro sobre cada mesa con flores exóticas. Varios floreros grandes en esquinas y rincones. Dan un aspecto fresco a la sobria decoración victoriana del hotel. Las sillas están forradas con tul blanco y un gran lazo de color melocotón.

Han puesto tapices que nunca antes se habían expuesto en zonas donde no se pisará demasiado.

Los empleados aguardan a punto en sus puestos. Por cierto, sonríen al darse cuenta de quién es Cencienta y sonríen más aún cuando descubren quién es el Príncipe. Claramente piensan que he pegado un *braguetazo*, no hace falta ser demasiado inteligente para eso.

Llegamos a una mesa redonda, donde están sentados Cristian y Emma, menos mal, creía que iba a ser una cena aburrida y tensa.

Corro a sentarme al lado de mi amiga.



Llevamos comiendo casi una hora y ni siquiera han traído el segundo plato.

—Ares, Cris me ha contado que sois amigos desde pequeños —dice Emma.

Me quedo boquiabierta al descubrir dos cosas. Una, que Emma llame Cris a mi jefe, ¿qué le conoce, de media hora?... y dos, que trate con tanta confianza a un tío al que acaba de conocer hace dos minutos y que, probablemente, sea aún más poderoso que el anterior.

«¿Esta chica no entiende de protocolos o qué?», no lo entiendo».

—Sí, nuestros padres eran muy amigos, tenemos la misma edad, además de niños vivíamos bastante cerca uno del otro. No me lo he podido quitar nunca de encima, se me pega como una garrapata. —Ares sonríe y le guiña un ojo a Cristian. Mi mente piensa: «¿Cuántas mujeres babearían solo por ver eso en vivo y en directo?».

—¡Tú eres el que no me dejas tranquilo a mí! —Cristian le lanza una miga de pan a su amigo, que éste esquivaba. Yo termino de alucinar... ¡Protocolo a la mierda!

—Pero eres de México, ¿no? —Emma sigue con la entrevista.

—Sí, nací allí, nos vinimos a España cuando yo era pequeño, aunque lo suficiente mayor como para amar ambas culturas, tan parecidas y tan diferentes a la vez.

—O sea que no tienes acento mexicano en plan: «Ándale ándale, la chingada, chiquita bebé» y cosas así. —Mi amiga imita a la perfección el acento, se nota que le gustan... los mexicanos, ejem...

—¿Chiquita bebé? —Ares suelta un bufido, seguido de una sonora carcajada.

—No voy a desvelar mis fuentes —dice ella haciéndose la interesante.

—¡Oh, imagínatelas! —me sale del alma.

—¡Oye! —Ahora es ella quien me tira la servilleta.

—¿Pero qué os pasa, Jasmín y Aladín? Un poco de educación, no se lanzan cosas por encima de la mesa, ya deberían habérselo enseñado vuestros padres hace tiempo —los reprendo riendo.

Ellos se miran y se dan un beso corto. ¡Me entran ganas de vomitar! No se conocen ni de hace dos días y ya están en plan empalagoso, por favor...

—Iros a un hotel, venga ya... —Me estoy tapando los ojos con las manos de manera exagerada.

—¡Ya estamos en él! —Mi amiga me saca la lengua. Ares sonrío por su ingeniosa respuesta—. No, en serio Ares, no tienes rasgos mexicanos, no se nota nada que eres de allí.

—Bueno, los mexicanos no nacemos con bigote y sombrero.

—Es verdad, qué tontería, sois normales —le contesta ella y se parten los dos de la risa. «¡Vaya pavazo que tenemos esta noche todos!».

—¿Y vosotras de qué os conocéis? Parecéis muy... diferentes. —Ares apoya los codos sobre la mesa, entrelaza los dedos y posa su poderosa mandíbula cuadrada sobre ellos, mirándome expectante.

Todos esperan que sea yo la que le conteste, cosa que sería normal entre una pareja, pero da la casualidad de que no es mi pareja. Sólo ha sobornado a mi jefe, para que a su vez, él me soborne a mí, y así lo acompañe.

—Es una larga historia —digo, restando importancia a mi repentino enfado.

—¡Oh, venga Keira! Cuéntales nuestra historia de amor, me gusta la enorme sutileza con la que lo describes —se queja Emma lloriqueando.

—Nos conocimos en una residencia de monjas y después fuimos juntas a la Universidad. Fin. ¿Contentos?

—¡Vengaaaaa, cuenta más! —me ruega Emma emocionada—. Os juro que es muy divertida, pero debe ser el traje ese que no la deja respirar... —Me señala, mientras da explicaciones a los dos príncipes de por qué estoy así de seria, cuando todos sabemos el verdadero motivo de sobra.

—Cuéntalo tú, te sabes la historia tan bien como yo —digo finalmente, poniendo los ojos en blanco ante su empeño. Quiero tirarle algo, pero me contengo.

—Érase una vez... una princesa llamada Keira, que llegó a Madrid directamente desde su «pueblo de cabras», pesando 100 kilos... —¡Lo suelta así tal cual!

—¿¡Eres tonta!? —le grito mientras los dos hombres escupen el *champagne* por la mesa.

—¿No he empezado bien la historia? Todavía estás a tiempo de contarla tú... —Me mira con los ojos entrecerrados. Pretende que me relaje y nos riamos todos, pero no pienso ceder a su chantaje.

—No, no, está bien, continúa —le lanzo una mirada asesina que capta al vuelo.

—Ahora estás muy buena, Kei, así que se puede contar. —No me presta atención y continúa tranquilamente—. Yo no estaba en mejores condiciones, bueno, físicamente sí. —Se parten de risa los tres, mientras yo le echo a mi amiga traidora mil males de ojos. ¡No me puedo creer que esté diciendo todo eso!—. Al principio no nos llevábamos demasiado bien, ella era demasiado... tontina. No salía de su habitación y solo estudiaba, pero con mi ayuda se convirtió en una tía guay. —Le falta sacar una medalla y ponérsela.

—Sí, era tan guay que repetí el curso por no asistir a clase, ¿todavía estás orgullosa de ello? —Ahora se besa los dedos y se los pone en la cara, como si se besara a sí misma. No doy crédito, esta chica es incorregible.

—Salíamos de fiesta de lunes a lunes y no recuerdo haberte obligado nunca, ¡más bien te tenía que obligar a volver a la residencia! —se ríe tan tranquila.

—¿Pero no estabais en una residencia de monjas? Se supone que eran más estrictas, ¿no? —puntualiza Cristian.

—Claro, ¡pero solo podían ser estrictas si estabas dentro! —Se monda de la risa ella sola y me contagia a mí también, está loca—. Las monjas cerraban la puerta de la residencia a las 11.00 de la noche y la abrían a las 07.00 de la mañana, por lo tanto, debíamos aguantar despiertas hasta esa hora, y después... ¿quién era la lista que iba a clase después de una noche de borrachera?

—Está bien, ya saben que era gorda, alcohólica y una fracasada académica. Gracias Emma, cada día me arrepiento más de haber salido aquel día contigo, ¿podemos cambiar de tema por favor? —Me bebo mi copa de un solo trago, busco al camarero con la mirada para que me deje aquí la botella.

—¡Madre mía! ¡Fue el mejor día de toda mi vida! ¡La primera vez que fuiste al Excélibur! Jamás olvidaré tu cara cuando entraste... —Tiene que parar de hablar porque está llorando de la risa.

—¡Oh, por favor! *Jazmin* hablando del Excalibur... —Me tapo la cara con mis manos. «¿Por que ocurren estas escenas tan surrealistas en mi vida?».

—¿Qué es eso? ¡Venga... cuenta! —A Ares y a Cristian les faltan las palomitas, se lo están pasando en grande viéndonos a las dos contando, de esta manera tan peculiar, nuestra historia.

—El Excalibur es un antro de música *heavy* que hay en Vallecas, donde te puedes encontrar desde viejas glorias del *rock*, hasta *grupis* enloquecidas. —Lo cuenta con tanto énfasis, que me recuerda a un abuelo narrando las batallitas a sus nietos..., pero lo que no entiendo realmente es la fascinación de los otros dos—. Keira estaba cagada de miedo, ¡no se soltó de mi brazo en toda la noche! Todos los tíos querían conocerla y a ella le faltó llorar.

—Era la primera noche que salía por Madrid y me metió en una cueva llena de hombres melenudos *asalvajados*... —me río al recordarlo. Ares me mira muy serio.

—¿Cómo cambió todo después! —dice Emma.

—¿En Vallecas? ¿En un antro *heavy*? ¡¿Vosotras!?! Bueno, conociéndoos un poco más, de ti no me extraña Emma, pero... ¿Keira? ¡¿En serio?! —dice Cristian sorprendido, pero sin perder la sonrisa.

—Iría tocando la barra para cerciorarse de que no tuviera polvo —comenta Ares, igual de serio.

—Antes no era como ahora, ¡estaba mucho más loca que yo! —dice Emma, mientras Ares no me quita el ojo de encima.

—¡Camarero, aquí! —No lo aguanto más, necesito emborracharme. Así me desmayaré y no me enteraré de nada.

—¡Además era la reina del lugar! Los tíos hacían cola para ligar con ella, claro que ya había adelgazado, ¿eh? —Emma continúa hablando como si yo no la estuviera escuchando. Y finalmente explota.

—¿Realmente piensas que todo lo que estás contando le interesa lo más mínimo a tu rollo de esta semana, que por cierto, no sé si te has dado cuenta de que es mi jefe y que estará pensando que soy lo peor, y a un tío que acabo de conocer, del que sólo sé que me ha obligado a estar con él esta noche? —Estoy de pie, gritándole a mi amiga y, ahora mismo me doy cuenta, de que llamando la atención del resto de invitados también.

Salgo disparada como alma que lleva el diablo hacia las cocinas. Necesito respirar un rato y replantearme lo que está sucediendo esta noche, pero de camino, le quito de las manos la botella de *champagne* al camarero y me la meto en la boca cual camionero.

Estoy sentada en una de las encimeras, por supuesto que me he quitado el canchán, porque si no sería imposible sentarse sin que se me vieran las bragas. Tengo la botella vacía entre mis manos y la doy vueltas, pensativa. Estoy muy lejos de aquí.

Una sombra de hombre aparece en el suelo. No quiero mirar porque sé que es él, es inconfundible. Finalmente me obligo a hacerlo, ya que permanece ahí parado, sin decir nada. Un hombre alto, moreno, fuerte y muy guapo emerge de esa sombra y aparece en mi campo de visión.

—Te has equivocado de acompañante, no he resultado ser la chica divertida y sonriente que esperabas... —me encojo de hombros, me escucho a mí misma un tono de voz demasiado agudo, puede que empiece a hacerme efecto este *champagne* rosa tan bonito—. Al final, has estado solo igualmente.

—¿Y tú cómo sabes lo que yo esperaba? —Su voz es ronca y su mirada refleja interés.

—Muy fácil, es lo que siempre esperáis todos.

—Pues te equivocas conmigo. —Sigue ahí delante de mí, impasible, contempándome, con las manos metidas cómodamente en los bolsillos de su pantalón.

—No eres diferente del resto, no intentes venderme esa moto. —Lo amenazo con la botella que, a regañadientes, me acaba de descorchar un camarero.

—No te quiero vender nada, relájate. — «¿Cómo me voy a relajar si tú eres la fuente de todos mis males?», pienso yo.

—Todos sois iguales.

—¿Entonces con esto me estás diciendo que todas las mujeres sois iguales también?

—No, las mujeres somos muy distintas...

—Eso es demasiado hipócrita por tu parte.

—Aunque intentes parecer diferente al resto, tarde o temprano terminarás saliendo del disfraz de príncipe para volver a ser un sapo —se me traba un poco la lengua.

—Ya veo que, además de ser la mujer más hermosa del mundo, también eres clarividente.

—¿Ves? Ya vas tejiendo la tela de araña... «¡Qué hermosa eres! ¡Qué ojos tan bonitos! ¡Vaya labios tan tentadores!» ¡No me la das Hunter! Soy perro viejo. — Doy un trago largo a morro de la botella.

Saca una mano del bolsillo y me arrebató la botella de mis manos sin dificultad.

—Creo que ya está bien por hoy de alcohol, señorita.

—No eres nadie para decirme lo que tengo que hacer. —Amenazo con el dedo a uno de los diversos Ares que se mueven frente a mí.

—Soy alguien al que no le apetece llevarte a casa cogida en brazos.

—¡Oh! ¿En algún momento has pensado que vas a llevarme a casa? ¡Ni lo sueñes! No estoy tan borracha.

—Tranquila, no es mi intención tener absolutamente nada contigo. Ya te dije que no eres mi tipo.

Ha dado en el clavo. Lo miro fijamente a los ojos y él hace lo mismo, evidentemente saltan chispas entre ambos, negarlo sería absurdo. Hay una tensión sexual que nos envuelve sin medida. Yo solo intento que no se me note demasiado.

Me armo de valor, a lo mejor animada un poco por el *champagne*, y le digo:

—¿Por qué yo, Ares?

—No lo sé, te aseguro que a mí tampoco me agrada esta situación, pensé que sería divertido, pero me equivoqué. —Miro al suelo mientras él continúa observándome atentamente, no quiero que descubra nada de mí.

—Podrías haber venido con cualquier mujer del mundo esta noche, se hubiera sentido dichosa y feliz. Pero me elegiste a mí y aunque he intentado en todos estos días escabullirme con mil excusas, has luchado para que estuviera aquí... No me vale un «no lo sé», quiero la verdad, vaquero. —Reúno un poco de valor para volver a encararlo.

—Si no eres sincera conmigo, tampoco yo he de serlo, las reglas del juego son para todos los participantes, no solo para uno. —Avanza y se apoya a mi lado, dando un trago de la botella que me ha quitado antes.

—¿Por qué crees que no soy sincera?

Me mira amenazante, parece que va a revelar un gran secreto, pero vuelve a mirar al frente enseguida.

—No es lógico que después de haber venido hasta aquí, que era lo más difícil, que te escondas en un rincón a llorar porque tu mejor amiga cuente que antes eras una persona obesa, o que salíais todas las noches. Es ridículo.

—No ha sido por eso. Me fastidia que se ría de esa parte de mi vida, porque solo ella sabe lo mal que lo pasé y las burlas que tuve que aguantar, pero no me ha afectado eso en absoluto.

—Pues te escucho. —Se cruza de brazos y me mira.

—No quiero hablar contigo, no te has ganado mi confianza, ni mereces sinceridad, ni siquiera sé quién eres, no logro entender por qué tienes tanto interés en alguien que te repele. No te interesa mi vida lo más mínimo, solo quieres llevarme a la cama porque seguramente sea la única mujer en el universo que pase de ti, pero escúchame bien, Ares Hunter, ahórrate el esfuerzo, eso jamás sucederá. —Lo estoy apuntando con el dedo otra vez.

Me bajo de la encimera donde estaba sentada, intento por un momento que el mundo deje de dar vueltas a mi alrededor y emprendo mi camino hacia la salida muy enojada, pero me agarra por el brazo, deteniéndome en seco y girándome a la vez hacia él.

—Ya que me has jodido la noche, merezco una explicación —me ruge en la cara.

—¡Solo mereces mi desprecio!

—Eso es lo que quieres aparentar, pero los dos sabemos que no es así, te mueres por mí —me intimida con esos ojos del azul del mar embravecido.

—¡Más quisieras! ¡Suéltame o gritaré!

—Grita lo que te venga en gana, jovencita. Estoy esperando una respuesta.

Miro a mi alrededor buscando un salvador, pero con tantísimo ruido que hay en la cocina nadie me escucharía si gritase. ¡Qué inteligente soy!, venir sola y borracha a un sitio donde nadie me oye si grito... Entonces decido parecer decidida.

—No quiero recordar aquella época. Eso es todo.

—¿Por qué? —Me aprieta más fuerte.

—¡Suéltame de una vez!

—No te pienso soltar hasta que contestes.

—Por culpa de un *capullo*, ¿vale? ¡Suéltame!

Me suelta abatido y muy cabreado, respira con dificultad. Parece que esta información le afecta más de lo que debería. En el fondo siento empatía con él y le digo, realmente sin pensarlo demasiado bien:

—Nunca lo podré sacar de mi cabeza.

—Sacarlo de la cabeza es fácil, lo difícil es sacarlo del corazón. —Se marcha hacia la salida sin ni siquiera mirarme.

—Lo siento. —«¿Por qué habré dicho eso?».

—No tienes que sentir nada. —Se gira para mirarme, no entiendo muy bien lo que expresan sus ojos—. Lo entiendo, pero no concibo que siendo tan joven te quedes en casa llorando las penas por alguien del pasado. En cuanto a mí, solo intentaba que te divirtieras un rato... no le des demasiadas vueltas.

—No volveré a ser aquella chica nunca. Se la llevó con él.

Paso de largo por delante de él, solo acierta a mirarme incrédulo y confundido por mi repentina confesión.

El taxi me deja en la puerta de mi edificio.

Me he escapado de la fiesta una de las veces que iba al baño, porque nadie quería dejarme volver sola a casa. El crujido de uno de los taconitos de cristal al partirse, me hace volver a la realidad, y darme cuenta de que no soy capaz de andar en línea recta.

Cuando por fin consigo meter la llave en la cerradura de mi puerta, entro en casa y pego un portazo tras de mí, paso de volver a echar la llave, me puede dar el

mediodía.

Me tiro sobre la cama y me quedo dormida al instante, con traje y maquillaje incluidos.



Los golpes en la puerta hacen que me despierte sobresaltada.

Me incorporo de la cama rápidamente, mil latidos incesantes amenazan con estallar dentro de mi cabeza. Me detengo para sujetarla entre las manos. Miro a mi alrededor sin entender nada. ¿Qué son esos golpes?

El reloj que hay sobre mi mesilla marca las 4.00 de la madrugada.

Los golpes no cesan y la cabeza no me da tregua con tanto ruido.

—¡Abre la puerta, Keira, sé que estás ahí!

Reconozco su voz al instante. Se me detiene el corazón. Me tiemblan las piernas. Un cosquilleo recorre mi estómago. No puede ser...

«¿Qué hago?», me pregunto sin poder reaccionar.

Me acerco hasta la puerta, no sé muy bien para qué. Es como en las películas de terror que, en cuanto se escucha un ruido, la protagonista va corriendo y desarmada a ver de dónde procede dicho ruido, en vez de salir corriendo en sentido contrario. Pues esto es lo mismo, cuando crees que tu enemigo está ahí, ¡corre hacia él! El cerebro humano nunca dejará de sorprendernos.

Me quedo escuchando un rato, han cesado los ruidos, así que decido mirar por la mirilla.

Lo veo.

Siento como si estuviera haciendo algo prohibido, observándolo sin permiso, y la adrenalina corre por mis venas. Ya no va disfrazado de príncipe, se ha cambiado de ropa. Lleva unos vaqueros con una camiseta azul de algodón, que le marca cada músculo de sus poderosos brazos. Y lo único en lo que soy capaz de pensar es en que así está más guapo todavía que de príncipe.

Está pegando golpes a la puerta y a la pared, según le pilló, no entiendo cómo no se ha roto ya la mano. También murmura cosas en un tono más bajo que no consigo descifrar, pero pueden ser insultos perfectamente.

De repente, se detiene y se planta delante de la mirilla, parece que me mira a los ojos directamente. Dice muy calmado:

—Abre la puerta ahora mismo o la echo abajo.

¡Del susto me caigo al suelo!

«¿Cómo demonios sabe que estoy aquí?».

Gólum aparece despeinado y con los ojos medio cerrados, su *miau* me indica que lo hemos despertado y que está muy enfadado.

—¡¡KEIRAAAAA!!—Vuelve a aporrear la puerta mientras vocifera como un loco.

Decido abrir antes de que mis vecinos llamen a la policía y se monte aquí el cirio pascual.

—¿Pero tú estás mal de la cabeza o qué coño te pasa? —le grito en cuanto lo tengo delante de mí.

—¡La que está mal de la cabeza eres tú!

□ ¡Déjame en paz de una vez! —Me voy a volver loca.

—¿Tú ves normal volver sola a casa, en tu estado y sin avisar a nadie?! —Tiene los ojos rojos de ira.

Cualquier persona en su sano juicio se moriría de miedo al tener a semejante mastodonte a escasos centímetros de distancia, gritándole, pero yo, por lo visto, no estoy en mi sano juicio, porque miedo no me da en absoluto, es más, me muero de ganas de darle un buen guantazo.

—Perdona, pero Cenicienta solo se queda hasta las 12.00 de la noche, todos lo saben, no hace falta avisar a nadie —le digo a modo de chascarrillo.

—¡Ja! ¿Ahora vas de graciosa? —Intenta retener los hoyuelos, le ha hecho gracia.

—Me lo tengo que tomar a broma, si no... ¿qué debería hacer si un tío se pone en plena madrugada a aporrear mi puerta como un desquiciado?

—Estaba preocupado. —Se ha relajado algo al verme, creo.

—¿Tan preocupado que has ido a cambiarte de ropa antes de venir? —Me cruzo de brazos, esperando su respuesta, lo he pillado en un renuncio, de los gordos.

—Emma me dijo que solías desaparecer siempre de repente, que estarías en casa, me quise poner cómodo. —Se ha puesto la mano en la nuca, mala señal. Miente.

—¿Cómodo para qué?

—Para venir a comprobar que estabas sana y salva. —Parece incómodo.

—El trato era asistir contigo al baile, no había ninguna cláusula que te diera derecho a convertirte en mi niñera para el resto de mi vida. El baile terminó y vuelvo a ser Cenicienta y tú un sapo asqueroso, así es que adiós. —Intento cerrar la puerta, pero la detiene con una sola mano.

—No pretendo ser tu niñera, ¡y mucho menos el resto de tu vida! Sólo me han enseñado que si sales con una señorita, la dejas en casa de vuelta, no la abandonas borracha en mitad de una fiesta, sin ni siquiera saber dónde está. Creo que es razonable. Puro protocolo.

—¡Oh! Pues muchas gracias, *señor Protocolo*. Disculpe las molestias ocasionadas, como puede comprobar, estoy muy bien, gracias y buenas noches. —Intento cerrar la puerta de nuevo, pero la vuelve a abrir.

Nos quedamos los dos mirándonos unos segundos, o minutos. No sé.

Yo intento no tirarme por el suelo de la risa y él no tengo ni idea de lo que puede estar pensando. Aunque me lo puedo imaginar, seguro que está alucinando por la pinta que tengo, con todo el rímel y el maquillaje corridos, unos pelos de loca total y el vestido... Uff, mejor ni pienso en el vestido.

—¿Cuánto tiempo vas a fingir que no me deseas, Keira? —Su voz vuelve a ser la de cazador de mujeres.

«¡Oh! No se puede ser más arrogante, por favor... me saca de mis casillas».

¡Me ha pillado in fraganti!

No sé qué decir.

¿Lo deseo? Seguramente, sí, ¿Quién no?... pero ¿¿Se me nota?!

—¿Por qué crees que te deseo, Hunter?

—Porque te pones en guardia cada vez que me acerco. —No me he dado cuenta ni de que ha entrado en casa, hasta que soy consciente de que estoy retrocediendo a su paso.

—Me pongo en guardia porque me incomodas, no porque te desee lo más mínimo, creo que eres demasiado pretencioso. —Corro a ponerme detrás del sofá, no creo ni que se le ocurra ponerse a correr detrás de mí, pero por si acaso.

—¿Ah sí? Entonces que se te dilaten las pupilas al mirarme, que te humedezcas los labios constantemente y que se te erice el vello cuando te hablo, ¿también es porque te incomodo?

—¡Exacto! —Le hago un gesto con la mano a modo de explicación.

—Los dos sabemos que mientes. —Hace un movimiento brusco hacia la izquierda para asustarme, haciendo que pegue un salto.

—¡Lo que sabemos los dos es que estás mal de la cabeza! —grito, mientras voy hacia el lado contrario en que ha girado.

—¿Crees que no te voy a cazar? —Me mira de manera penetrante, me voy a morir. Quiero que se vaya. «¿Quiero que se vaya?».

—¿Eso tiene doble sentido? —le pregunto intrigada. Ha sonado muy pervertido.

—Depende de ti.

En un segundo, salta por encima del sofá y consigue retenerme. Sostiene mis brazos hacia atrás entre sus manos, y me aprieta con su cuerpo levemente contra la pared. Siento su respiración en mi oreja, quiero morirme. Siento el latido de mi corazón a mil pulsaciones por segundo y siento el suyo en mi espalda.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no me dejas tranquila? —Le pego un culetazo en sus partes y se le escapa un bufido.

—Cariño, si me vuelves a hacer eso, no tendrás escapatoria.

Uhhhh, justamente lo que me hace falta que me diga... Cuando alguien te dice... «¿A que no eres capaz de...?», ya estás deseando hacerlo. Ni siquiera ha terminado la frase y ya le he vuelto a asestar un golpe en su entrepierna con mi culo.

—¡Tú lo has querido, *fiera!*

Con un movimiento certero, sin que me dé ni cuenta, me coge como a un muñeco de trapo, es decir, colgada por la cintura en uno de sus brazos.

—¡Suéltame! —Le intento pegar, pero la postura no me lo permite.

—Te lo he advertido, estás jugando con fuego, Keira.

—¡Me las pagarás, *capullo!* —grito desesperada, mientras pataleo.

Me suelta en el sofá, no me da tiempo a escapar porque se abalanza sobre mí antes, me sujeta las muñecas por encima de mi cabeza. Con sus rodillas tiene sujetas mis piernas, entre sus muslos. Este hombre está más duro que una piedra.

Cuando termino de forcejear, si es que a lo que acabo de hacer se le puede llamar así, me quedo un instante quieta. Casi no consigo respirar, estoy exhausta.

Nos miramos.

No puedo controlar que un torrente de energías fluya por mi cuerpo. Es electricidad, es algo inexplicable, pero sucede.

—Ahora no pareces tan fiera —susurra con esa voz que amenaza peligro.

—No me gustaría estar en tu lugar cuando me sueltes. —Realmente quisiera matarlo.

—¡Uh, qué miedo tengo!

—¡Pues deberías!

—Me da más miedo un mosquito, *Amor*.

—¡No me llames, Amor!

—¿No te apellidas así?

—¡No me vengas con gilipolleces, sé en qué tono me lo dices y no te lo permito!

—Creo que no eres consciente de quién soy, muñeca. Tú no me tienes que permitir nada.

—¡Me importa una m...!

No lo he visto venir.

Sin ni siquiera darme tiempo a reaccionar, siento sus labios entre los míos. Millones de escalofríos recorren mi cuerpo. Sus labios son muy carnosos y suaves, me gusta su tacto, me besa de una manera muy dulce, no es agresivo, cosa que me sorprende. Besa tan bien que cierro los ojos para saborearlo.

De repente, se separa de mí, sin soltarme, me observa con las pupilas dilatadas, y con la respiración entrecortada.

—Cenicienta siempre me ha puesto muy *cachondo* —ronronea.

—¡A ti te pone *cachondo* hasta una piedra!

—¿Por qué te gusta provocarme? —Su voz es muy ronca.

—Porque a ti te gusta fastidiarme.

—Me has besado.

—¿¡Qué!?! ¡Tú me has besado a mí!

Dice que no, con la cabeza, y vuelve a juntar sus labios con los míos. El sentir de nuevo este contacto, me reconforta. Es extraño que de repente algo que nunca antes habías probado, se eche de menos al ser arrebatado, aunque solo sea unos instantes. Siento que necesito este contacto, me tranquiliza volverlo a sentir.

Suelta mis muñecas con delicadeza y recorre mis brazos en una caricia hasta llegar a tocarme la cara con su mano. Solo puedo concentrarme en besarlo, no tengo fuerzas para nada más, me tiene completamente drogada. Nunca hubiera imaginado que un beso con alguien, que prácticamente no conoces de nada, pudiera ser tan íntimo y con tanto sentimiento.

Finalmente introduce lentamente su lengua en mi boca, como si estuviera pidiendo permiso, yo le respondo con la mía. Me acaricia con maestría, nuestras lenguas encuentran pronto el ritmo, se conectan demasiado bien, tanto que a mí se me escapa un jadeo, que hace que él se separe rápidamente de mí.

Se levanta del sofá, como si hubiera visto a Satán, se pone una mano en la frente y la otra en la cadera. Cierra los ojos con fuerza.

—Esto no debería haber sucedido, ¡mierda!

Se gira y avanza por el pasillo. Suena un portazo y ya está. Todo se queda en silencio.



Hace dos o tres semanas que no sucede nada nuevo, ni en el hotel, ni en ningún otro sitio.

Estamos en el hueco del café, Emma y yo nos hemos sentado en un rincón de la cafetería. Se ha traído la plantilla de las vacaciones para que le firme el permiso de los días libres de la semana que viene, porque se va a la montaña con «su Cristian». Cada día me alucina más que sigan juntos, pero veo que la llama todos los días por teléfono, que hablan durante horas, y desde que son más que desconocidos, mi jefe viene más a menudo a la ciudad. A mi amiga no se le quita la sonrisa de la cara en todo el día, y eso es lo que a mí me vale. Solo espero que no le haga daño.

—Keira, ¿por qué no te vienes con nosotros?

—¡Estás loca! ¿Para ver como os dais besitos a todas horas del día? No sé si te habrás percatado, pero sois una pareja insoportable.

—¿Insoportable por qué? —Pone cara de extrañada, como si realmente no supiera de lo que hablo.

—Porque estáis a todas horas que si besitos, que si «cuchi cuchi», que si te toco un brazo, que si risitas... ¡Ay, por favor, no podría soportarlo ni dos minutos!
—Abro la boca e imito con dos dedos el gesto de darme náuseas.

—¿Y si te prometo no hacerlo? ¿Vendrías? Venga, Kei, hace mucho tiempo que no vamos juntas a ningún sitio.

—¡Ni en tus mejores sueños! Paso de estar sola todo el día, encima en un sitio donde no hay ni cobertura para poder jugar con el móvil.

—Eres una aburrida.

—Lo que tú digas.

Miro mi reloj, todavía no ha pasado la media hora, pero no me apetece seguir debatiendo con mi amiga. Me levanto de la mesa y me dirijo hacia la recepción, ella se queda allí mirando los distintos calendarios que tiene extendidos sobre la mesa, dibujando garabatos por todas partes.

Al llegar al mostrador, les doy permiso a las otras dos chicas que están conmigo en el turno, para que vayan ellas a tomarse el café también, a esta hora está todo despejado, puedo quedarme sola un rato. Aprovecharé para cuadrar las salidas y entradas de mañana.

Estoy agachada, cogiendo unos cuantos mapas turísticos de la ciudad para colocarlos en el expositor.

—Buenos días. —Esa voz...

«¡Mierda!»

Se me caen todos los folletos al suelo, no entiendo por qué mis manos de repente se han transmutado al estado gaseoso y no soy capaz de recogerlos, por más que lo intento. Tengo la sensación de que los malditos mapas se han multiplicado por mil.

No sé si ha transcurrido demasiado tiempo desde que lo he escuchado hasta ahora, o no, «¿puedo quedarme aquí escondida?». A lo mejor no me ve. «¿Y si me arrastro por el suelo hasta los baños?» Allí estaré a salvo... «podría vivir allí encerrada durante un tiempo».

Creo que lo más sensato es salir de mi escondite y afrontar la realidad, sea cual sea.

—Buenos... —balbuceo, mientras me incorporo lentamente, pero mi lengua se traba por completo en cuanto él aparece en mi campo de visión— días.

—¿Está preparada mi *suite*, señorita? —pregunta sin ni siquiera mirarme.

Intento disimular como buenamente puedo, me obligo a mover, sin resultados, alguna parte de mi cuerpo, pero me he quedado petrificada al verlo aquí, delante de mí, con su impoluto traje de chaqueta y una espectacular mujer morena a su lado, que, por cierto, me mira con cara de pocos amigos.

Me giro rápidamente, dándole la espalda. Necesito ganar algo de tiempo para poder recobrar el aliento. Mi pulso va a la velocidad de la luz. Disimulando, me dirijo hasta el ordenador con la excusa de comprobar si ya se puede entrar en la *suite*, cosa innecesaria totalmente, ya que siempre está disponible para él.

Respiro hondo y me armo de valor.

—Enseguida, señor Hunter —consigo decir finalmente. ¡Oh, qué voz de idiota me ha salido! Todo está sucediendo a cámara lenta.

—El servicio ha perdido bastante calidad desde la última vez que me trajiste, ¿no crees? —le dice su acompañante femenina, en un tono lo suficientemente alto para que yo la escuche, mientras me mira de una forma bastante despectiva.

—La calidad te la daré yo ahora —le gruñe él.

La quiero matar.

Ella suelta una carcajada y se enreda el dedo en el pelo coqueteando, es más que evidente que se ha olvidado por completo de que existo.

Ares me mira por fin y, al hacerlo, siento que todo mi cuerpo vibra. ¿Lo notará él? Le entrego la tarjeta para poder entrar en su habitación y al cogerla, me roza levemente un dedo, un escalofrío recorre mi cuerpo, desde la punta de ese dedo, hasta la punta de mis pies.

No logro ni evitarlo, ni comprenderlo... debe ser algo físico, o químico, ¡o lo que sea! Lo único que sé es que es muy desagradable.

—Espero que su estancia sea agradable —me obligo a decirle.

—Será más que eso —responde sonriente, aunque mucho me temo que esa deliciosa sonrisa va dedicada a la morena que lo espera impaciente.

Se alejan de mí alegres, y desaparecen de mi vista en cuanto toman el ascensor.

Cojo corriendo el teléfono y marco el número de mi amiga.

—¡Emma, prepara las maletas que nos vamos!

—¿Qué dices, loca?

—Que esta noche nos vamos.

—¿Dónde? ¿Quiénes?

—Tú y yo, ¡a los Pirineos!

—Keira ¿estás fumada?

—A las 11.00 de la noche, te recojo en tu casa y si no estás lista, te raptaré, así que elije qué prefieres, si ir con maletas o sin ellas, porque venir, vas a venir.

—¿Y mis vacaciones...?

—¡A la mierda todo!



Llegamos sobre las 8.00 de la mañana del día siguiente.

Son unos quinientos kilómetros de viaje, deberíamos haber tardado menos, pero hemos parado varias veces a tomar café, para mantener los ojos abiertos, y para estirar las piernas, ya que el Volkswagen Beetle de Emma no me permite ir demasiado estirada, al menos a mí, a ella le sobra.

Hemos venido discutiendo durante todo el viaje. Cuando llegué a casa anoche, recapacité y me di cuenta de que no tenía derecho a dejar a Emma sin sus vacaciones por una tontería mía, por lo que le mandé un wasap diciéndole que me iba sola, que no se preocupase. Pero a los diez minutos estaba en la puerta de mi casa con la maleta, diciendo que no me iba a dejar sola. Intenté convencerla por todos los medios de que estaba bien y no era necesario que viniese, pero no hubo manera humana de conseguirlo, y aquí estamos.

Adoro conducir, aunque no me gusta hacerlo por Madrid, la gente va como loca y se tarda mil años en llegar a la acera de enfrente. Por no hablar de que resulta completamente imposible aparcar, además de carísimo. Personalmente prefiero el metro o el autobús, así es que nunca me he comprado un coche. Cuando necesito ir a cualquier sitio, Emma me presta el suyo, porque a ella tampoco le gusta conducir, pero ni dentro, ni fuera de Madrid, y siempre aprovecha el préstamo para que la lleve a algún sitio. Paga un garaje mensualmente para que el pobre Beetle rojo se llene de polvo.

Al salir del coche siento cómo el frío glacial se apodera de mis pulmones. Estamos a mediados de noviembre, este año ha nevado muy pronto, está todo cubierto de nieve a nuestro alrededor, a ver si con un poco de suerte podemos subir a las pistas mañana.

Observo el hotel color salmón en medio del paisaje blanco. Se parece a la típica casita francesa, con tejado en forma de triángulo, que además, al estar cubierto por la nieve, da la sensación de meterte de pronto en un cuento. Parece confortable, entran ganas de entrar rápidamente a buscar cobijo.

—Si hubiera una señora de avanzada edad, gorda y rosada en la recepción sería todo perfecto —digo, mientras saco nuestras maletas del coche.

—¿Gorda y rosada? ¿Quieres que nos atienda un cerdo? ¡Yo prefiero que haya un tío cachas!

Nos partimos de la risa las dos, mientras nos encaminamos hacia la entrada.

Entramos en el Meliá Royal Tanau de Baqueira Beret, en pleno corazón del Valle de Arán. El contraste entre lo entrañable del exterior y lo transgresor del interior, no nos deja indiferentes. Tanto el mobiliario, como el ambiente que se respira, son innovadores. Emma y yo nos miramos atónitas cuando descubrimos que la señora gorda y rosada, resulta ser un morenazo alto y musculoso, que nos sonríe amablemente desde el mostrador rojo.

—Buenos días, señoritas, ¿puedo ayudarles en algo? —El morenazo me mira y Emma me da un codazo, apartándose de mi lado y dejándome sola.

—Sí, perdona, tenía una reserva a nombre de la señorita Amor —respondo.

—Aquí está, tenían una habitación doble con dos camas, pero...

—¿Sí?

—Hay un pequeño problema...

—¡Qué miedo me dan los pequeños problemas de los recepcionistas...! —pronuncio estas palabras en voz alta sin darme cuenta. Por deformación profesional sé que un «pequeño problema», puede tratarse perfectamente de que se haya caído el techo de la habitación.

—Sólo nos queda disponible una habitación con cama de matrimonio. —Aprieta los dientes, esperando el chaparrón, habrán repartido mal las habitaciones. A mí, sin embargo, me alivia escuchar que solo se trata de esto, ya me veía buscando otro hotel libre en plena temporada.

—Ah, bueno... si ese es el problema no importa, así podemos hacer tijeritas —dice Emma detrás de mí.

—¡Emma, por Dios! —Cualquiera que no la conozca se pensará lo peor de nosotras.

—Si quieres te puedes unir moreno. —Ella sigue a lo suyo.

—Será un placer —le responde él con una voz insinuante y mi amiga la descarada, se convierte de pronto en mi amiga la avergonzada. Desaparece. Y a mí me deja allí sola con todo el circo montado.

—Estaba bromeando, discúlpala —intento sonar medio normal.

—No se preocupe, yo también. —Me vuelve a sonreír, pero algo en mi interior me dice que eso no es del todo cierto.

Después de introducir nuestros datos en el ordenador, me entrega las tarjetas para poder entrar en la habitación y llama al botones para que nos acompañe.

—Deseo que tengan una estancia agradable, señorita Amor.

—Gracias, muy amable.

Un señor de mediana edad aparece con un carro dorado en forma de jaula, donde coloca las maletas. Son parecidos a los nuestros, pero los carros del Ritz son más bonitos. Nos indica el camino hacia el ascensor y nos acompaña hasta la habitación, que está en la última planta.

Mete la tarjeta en la ranura de la puerta. Entra él antes que nosotras en la habitación, coloca las maletas donde cree que es conveniente y espera para que le demos la propina.

—Muy bien, gracias, se puede retirar —le dice Emma, cerrando la puerta en sus narices.

—¡Emmaaaaa! —Abro la puerta de nuevo—. Disculpe a mi amiga, está cansada del viaje.

—¿Qué haces?! —Mi amiga se está enfadando por momentos. También hemos discutido en el coche sobre por qué tengo que pagar yo estas vacaciones y finalmente me he visto obligada a dejarle claro que mi sueldo tiene más ceros que el suyo. Aún así, no comparte que en los hoteles de lujo, se pague hasta por respirar.

—Emma, este señor no tiene la culpa de tus prejuicios contra la alta sociedad. —Busco mi monedero en el bolso.

—¿Te parece poca propina los quinientos *eurazos* que vale esta habitación? ¿¡POR NOCHE! —Emma aprovecha mi búsqueda para increpar al pobre botones, que creo que quiere salir corriendo, pero es que la pequeña comunista no se ha podido aguantar.

—¡Emma, eso díselo al director! —Aparto a la *renacuajad* del pobre hombre, que la mira asustado—. Discúlpela, por favor, está cansada de un viaje tan largo.

—No se preocupe —responde avergonzado.

Le doy un billete de diez euros porque no tengo nada más en el monedero y se marcha a toda prisa. Cierro la puerta y miro a mi amiga condescendiente.

—¿En serio le has dado diez euros por subir dos maletas de mano en una jaula hortera?! ¡Dámelas! Yo las subo y las bajo todo el día, a ver si me pagas diez euros en cada viaje... —Emma está indignada en medio del pasillo, cruzada de brazos y cortándome el paso.

—Podría saltar por encima de ti, ¿lo sabes?

—Ja, ja, muy graciosa, *jirafa*!

—¿Pero a ti qué más te da lo que yo le pague a ese pobre hombre? Que por cierto, va a tener pesadillas contigo esta noche. —La aparto a un lado sin esfuerzo y entro en la estancia.

—¡Más le vale que lo que tenga sean pesadi...! —Se queda pasmada, con la boca abierta, cuando entra en la habitación detrás de mí—. ¡Guau!

Yo ya había visto las fotos al hacer la reserva, pero obviamente no tiene ni punto de comparación con verlo en vivo y en directo.

La habitación es grandísima, no quedaban *suites* disponibles, pero es una *superior grand luxe*, que, realmente, en poco se diferencia de la *suite*. Consta de una zona para dormir, donde está la cama de dos por dos metros, un salón bastante amplio y el baño, con *jacuzzi*. Todo esto decorado con un toque vanguardista exquisito.

Lo que realmente te deja boquiabierto, como a mi amiga la paleta de pueblo, que parece que no ha visto el blanco en su vida, es la gigantesca terraza con vistas a la montaña, situada a dos pasos de aquí.

Salgo junto a ella. Permanece anonadada, apoyada en la barandilla. Mira todo a su alrededor como un animalillo nervioso y le saco una foto con el móvil para ponerla en el grupo de Facebook, titulándola *Paleta mirando nieve*. Enseguida, nuestros amigos comienzan a comentarla y nos reímos un rato de ella, que por

cierto, al final es la que más se ríe de todos.

Después de colocar nuestras tres prendas de ropa en los inmensos armarios, decidimos bajar para ver las instalaciones del hotel, hasta que llegue la hora de la comida.

Hay una sala junto al bar, decorada de forma distinta a la del resto del hotel, con colores más cálidos, con una gran chimenea y sillones que parecen bastante cómodos.

—Yo voto por probar la cerveza aragonesa y sentarnos aquí, ¿y tú? —le digo a Emma en un tono alegre. No sé si tiene sueño del viaje, pero parece pensativa.

—¡Me apunto! —Me alegra haberla despertado de su ensoñación.

Nos sentamos en uno de los sillones rojos, junto a una mesa baja y el camarero nos trae un par de jarras de cerveza que le hemos pedido antes.

—¿En qué piensas? —le pregunto nada más sentarnos. Es lo bueno que tienen las amigas de toda la vida, no tienes que andar con introducciones ni preguntas absurdas, entras directa a matar.

—Cosas mías, nada importante.

—Emma, no me vengas con esas, sabes que no me engañas tan fácilmente.

—No te pienso contar nada, tú nunca me cuentas nada a mí.

—¿Cómo que nunca? ¡Eres la única persona a la que le cuento mis cosas! —me quejo.

—Aún así es muy poco, siempre tengo que estar preguntándote y es agotador, lo sueltas todo con cuentagotas, sin embargo, yo siempre te cuento todo con pelos y señales, así es que he decidido que si tú no das, tampoco vas a recibir. —Se cruza de piernas sobre el sillón como una india y bebe tranquilamente de su cerveza.

—¡Oye! ¿Te recuerdo cómo me enteré de que estabas saliendo con mi jefe? —La señalo con un dedo acusador.

—¿Y qué tal sienta? ¿Te gustó? ¡Pues eso es lo que tú me haces a mí siempre! —responde.

—¿Cómo que siempre?

—¡Desde que te conozco! —Saca los morros a modo de enfado extremo.

—Vale, vale, vale, me rindo. —Levanto las manos en señal de rendición, ya que ha venido hasta aquí por mí, no vamos a pelearnos—. ¡Dispara!

—¿En serio? —Una sonrisa enorme invade su rostro, se ha alegrado de repente.

—Venga, ¿qué quieres saber? —digo aburrida.

—¡Todo!

—¿Todo de qué? —Me da un miedo...

—¡Oh, venga ya! Empezamos mal, Keira.

—¡En serio! ¿Todo sobre qué?

—Sobre la cotización del banco Santander, ¿no te fastidia? ¡¡Ares Hunter!! ¡Vamos escupe! —Si hubiera prestado tanta atención en alguna de sus clases, hubiera sacado matrícula de honor, seguro.

—Pues me obligó a ir al baile con él, pero eso ya lo sabes, nadie sabe el por qué...

—Te equivocas —me interrumpe—, todos sabemos por qué.

—Sorpréndeme. —Sus teorías siempre me resultan fascinantes.

—¡Pues porque está loco por ti! ¿Es que no lo ves? —Está tan alucinada como alegre, a partes iguales.

—¡Oh! ¡Esa sí que es buena! —Me parto de la risa.

—Hasta un ciego lo vería, Kei, no te hagas la ignorante.

—Ese ser imposible es la clase de hombre que solo está loco por sí mismo, Emma, lo que pasa es que disfruta torturándome, no entiendo el motivo. Creo que se quiere vengar de mí por algo que ni recuerdo... —me quedo pensativa, intentando recordar algo, pero no sé qué le he podido hacer.

—¡Lo que quiere es echarte un buen polvo! —Emma se tapa la boca, porque las dos mujeres mayores y algo estiradas de la mesa de al lado, la han escuchado y nos miran con mala cara.

—Emma no seas peliculera, realmente no logro entender qué es lo que ha sucedido entre nosotros dos, sólo sé que me tiene manía por algo y que yo no lo soporto.

—¿Entonces por qué quiere estar contigo?

—¡Es que no quiere estar conmigo! ¿De dónde has sacado esa idea tan absurda?

—Me lo dijo Cris. —Se pone el dedo índice sobre los labios, indicándome silencio.

—¿Qué te dijo exactamente? —frunzo el ceño.

—Que ponías muy nervioso a su amigo, que nunca lo había visto nervioso ante nada ni ante nadie, y mucho menos por una mujer ¡pero no digas nada!

—¿Y a quién se lo voy a decir? No seas tonta, eso te lo ha dicho para justificarle, porque tú eres mi amiga. Jamás permitirías que me lanzara al patio de los leones sin tener una buena excusa para ello.

—¿Con un «león» como Ares? ¡Me lanzo hasta yo! —Mueve el pelo coqueta.

Escupo la cerveza de la risa.

—¡Emma!

—Es que eres tonta, viene el tío más guapo del mundo, se postra a tus pies y tú no haces más que pegarle patadas. ¡No lo entiendo! ¿Viste cómo te miraba en la cena? Estaba embelesado escuchando la historia. Alguien al que no le importas no prestaría la más mínima atención.

—Bonita teoría. ¿Después viene el «vivieron felices y comieron perdices...»? —Bebo.

—Ni te imaginas cómo se puso cuando le dije que te habías ido a casa.

—¿Cómo?

—Se puso a pegar golpes a las cosas que tenía a su alrededor y después desapareció...

De repente se detiene, entrecierra los ojos y abre la boca, mientras me señala con el dedo...

—¡Os habéis acostado! —grita.

Las dos mujeres de al lado nos miran con desprecio, cogen sus cosas y se marchan de la sala murmurando, seguramente nada bonito sobre nosotras.

—¿Estás loca?! ¿Y de dónde deduces tú eso? —¡No me lo puedo creer!

—Desapareció de Príncipe y un par de horas después regresó vestido de calle. No dijo nada a nadie, solo se puso a beber él solo en la barra, como un loco. Cristian se lo tuvo que llevar, ayudado por los chicos de seguridad, a su habitación. —Mi amiga está demasiado sonriente contándome esto.

—¿Y el hecho de que ese energúmeno se emborrache, te hace deducir que nos hemos acostado? ¡Qué mente más brillante tienes amiga! —me mofa de ella.

Me mira suspicaz. Por un momento, tengo el corazón en un puño, no puede ser que sepa lo del beso...

—Solo decía tu nombre, Keira, ¿qué deduces tú ahora? —sentencia mi amiga.

Trago saliva, me he quedado muda...

No sé si me gusta o me disgusta toda esta información, el que Ares piense en mí de esa forma, o que se sienta atraído por mí, de alguna manera me halaga, pero si he de ser sincera, me da mucho más miedo que ninguna otra cosa. Hay algo muy fuerte que me dice que no me fíe de él.

Sencillamente, no puede ser.

—¿Hola? ¿Keira? ¿Sigues ahí? —Emma me saluda con la mano.

—Déjame en paz, te gustan demasiado los culebrones, *canija*. —Me termino la cerveza de un trago.

—¡Y si eres tú la protagonista, ya ni te cuento! —Se está partiendo de la risa, parece realmente feliz.

—Voy a por otra cerveza, ¿quieres?

—¡Por favor!

Necesito despejarme, he venido aquí para evitar verlo en los días que se quede en Madrid. No soporto estar cerca de él. No soporto escucharlo, ni mirarlo, ni mucho menos tocarlo... ¡Y lo que menos soporto de todo, es verlo con otra mujer!

«Ojos que no ven, corazón que no siente. Eso dicen, ¿no?».

Sé que cada vez que él vaya al hotel, no me puedo coger días libres. Pero es que en cinco años no ha aparecido ni una sola vez y ahora, en un mes, ha ido ya tres veces... No me cuadran las cuentas, las estadísticas no son fiables en esta situación.

De camino a la barra, el móvil vibra en mi bolsillo.

« ¿Quién será?», frunzo el ceño.

Mi madre y mi padre saben que estaré fuera unos días, los he avisado al llegar de que todo está bien y los llamaré al volver a casa, no creo que me llamen ahora para nada.

MI única amiga esta a pocos metros de mí, aunque con la enfiada que esta, es capaz de escribirme un wasap diciendome que el camarero esta muy bueno, o que se me ve el culo...

Llego a la barra y le pido al camarero otras dos cervezas. Mientras espero a que me las sirva, saco el móvil del bolsillo.

Cuando veo el remitente, se me detiene el corazón en seco. Al rato vuelve a palpar, pero esta vez a la velocidad de la luz. Un calor repentino me sube por las piernas.

«¡No puedo creer que sólo el hecho de leer su nombre en la pantalla del teléfono provoque todo esto en mí!».

Lo miro nerviosa.

¡¿Dónde cojones estás?!

Ares:

Cretino es poco. Me apresuro a escribirle, todavía incrédula.

¡¡¡¿Perdona?!!!!

Keira:

No creo que necesite darte una explicación de lo que significa esa nreenta

Ares:

¡¡No, lo que deberías darme es un solo motivo por el que tendría que contestarla!!

Keira:

El motivo te lo daré cuando te tenga

Ares:

¡¡¡Ni lo

Keira:

Si no me lo dices ahora, tarde o temprano te encontraré y será peor para ti

Ares:

Keira:

¡Oh! Ya estoy

¡Temblarás cariño! Y ni te imaginas cómo...

Ares:

No puede ser posible, este hombre está para que le encierren.

El camarero pone nuestras dos jarras de cerveza sobre la barra, y antes de que se haya dado la vuelta, cojo una y me la bebo de dos tragos largos. Pido otra y el pobre chico me mira extrañado, no sabe si me la ha servido vacía o se me ha caído al suelo. Pone otra jarra llena sobre la barra, pero esta vez me resisto a bebérmela de nuevo.

Llego al sillón donde me espera Emma, que al verme la cara, me pregunta:

—¿El camarero era un zombie? Porque sería lo único que explicase tu cara de lela...

Le tiro el móvil y le digo:

—Lee el wasap.

—¿Cuál?

—Lo sabrás.

Coge mi móvil impaciente y abre la pantalla del WhatsApp corriendo, pone una sonrisa de oreja a oreja al descubrir una conversación con Ares. Yo mientras, deambulo nerviosa por la estancia, bebiendo de mi jarra de cerveza convulsivamente.

Cuando Emma comienza a reírse y a saltar por la sala como un canguro borracho, gritando «¡lo sabía!» repetitivamente, comprendo que algo se me está escapando.

—¡Deja ya de saltar, nos van a echar de aquí, loca! —le ordeno.

—¡Sabía que había pasado algo y no querías contármelo!

—¿¡Qué?!

—¡El beso! ¡Qué guay, Kei!

«¿¡Qué?! ».

—¡Trae el móvil! —le arranco el aparato de las manos.

Miro mi móvil rápidamente, en los mensajes que nos acabamos de enviar hace dos minutos no figuraba la palabra «beso» por ninguna parte...

Entonces lo leo.

De nada te servirá fingir que no sentiste nada con aquel beso. Ambos sabemos lo que sucedió. Me debes ya demasiadas cosas. Y me las voy a cobrar todas, fiero.

Ares:

Miro a mi amiga y después al móvil, al móvil y a mi amiga de nuevo... mis ojos oscilan entre ambos, una vez tras otra.

—No creo que se le ocurra venir —consigue decirme para tranquilizarme.

—¡Qué tontería!, nadie sabe dónde... —Me detengo en seco y la miro con cara de pánico.

—¡Cristian! —dice apretando los dientes.

—¡Llámale ahora mismo, dile que como se le ocurra abrir la boca me despido!—La amenazo con el dedo y continúo dando vueltas por la sala, mientras me mordisqueo nerviosa la uña del dedo pequeño... ¡Ay, Dios!

Emma saca corriendo su teléfono del bolso y habla por el altavoz, dice «Cris, cari» y enseguida suena el tono de llamada.

—¡¿Cris, cari?! ¿En serio? —La miro con cara de alucinada y se encoje de hombros.

—Es una emergencia, siento que hayas tenido que oírlo.

—Sois una pareja insoportable, lo sigo diciendo.

—Ya, pues he tenido que renunciar a una semana de polvos salvajes por estar aquí escuchando cómo lloriqueas constantemente, así que me debes un gran favor... —se detiene y cambia la expresión de su rostro por completo—. ¡Hola, chiquitín!... Si, he dicho *polvos* salvajes, sí... —Ríe como una colegiala.

Yo prefiero no escuchar esta conversación, corro el riesgo de caer en depresión por respirar demasiado amor empalagoso en el ambiente, así que decido subirme a la habitación para darme una ducha, a ver si me despejo un poco.

Todo esto me sobrepasa.



Estoy tumbada sobre la cama, mirando al techo. Me he puesto el pijama de verano para estar más cómoda, ya que tenemos la calefacción bastante alta, a unos 28 °C, sino más. Emma dice que le gusta sentir calor en la nieve, pero yo creo que lo que pretende es amortizar el precio de la habitación.

No logro dejar de pensar en ello.

No comprendo cómo he llegado a este punto con ese hombre, se me ha ido de las manos. No sé por qué lo odio con tantas fuerzas y no entiendo por qué está fastidiándome siempre.

Me salva la vida, me obliga a ir al baile con él, me besa y después me trata como a una cualquiera delante de otra. Lo que menos entiendo de todo, lo que no me encaja en el puzle, es la pieza del beso. ¡Me voy a volver loca!

Ese beso me hizo sentir demasiadas cosas. Desenterrar recuerdos olvidados. Soñar con tener un ápice de esperanza... Y a la vez, darme de bruces contra la cruda realidad, al verlo con otra mujer. Una vez más, la vida me demuestra que los hombres no son de fiar.

Emma irrumpe en la habitación.

—Tengo dos noticias, una buena y otra mala.

—Emma, no me fastidies con tus juegucitos. —Me incorporo rápidamente—. Dime qué ocurre.

—La mala es que ya es demasiado tarde —dice apretando los dientes.

—¿Demasiado tarde para qué? —Mi corazón comienza a latir a un ritmo desenfrenado.

—Cristian habló con Ares y le contó que estaba libre estos días porque yo había cancelado nuestras vacaciones para venir contigo a esquiar a los Pirineos.

—¡Será bocazas! —Me levanto de la cama nerviosa.

—La buena noticia es que no le ha dicho dónde estamos exactamente, ni la zona, ni el hotel, ni nada. Los Pirineos son inmensos, no te va a ir buscando por todas partes, aunque sería tan romántico...

—¡No me toques la moral! —la amenazo—. ¡Todo esto es culpa tuya!

—¡No! Te equivocas, Keira —me dice levantado la voz—, todo esto es culpa tuya, ¡por cobarde!, porque en vez de enfrentarte a tus sentimientos, me has obligado a esconderme contigo de ellos y lo que es aún peor, renunciar a las primeras vacaciones con mi novio, por estar aquí viendo cómo rechazas al único hombre que podría conseguir que te olvidaras de Jairo, de una puta vez por todas.

—¡Tú no lo entiendes...!

—¡En eso sí que estamos de acuerdo! —me interrumpe—. ¡No lo entiendo! Y jamás lo entenderé. Y además te advierto una cosa, no pienso quedarme aquí sentada viendo cómo tiras tu vida por la borda.

—¡Emma! —Intento retenerla, pero ni me mira.

Sale de la habitación y pega un portazo tras de sí.

Sobre las 09.00 de la noche bajo al vestíbulo del hotel, mi amiga lleva todo el día desaparecida y no contesta a mis llamadas. Está realmente enojada. Y yo también.

No parece que haya demasiado movimiento por aquí. Está todo vacío. Miro a mi alrededor y la única solución que encuentro es acercarme al mostrador de la recepción, para preguntar a la chica que está allí si ha visto a mi amiga por alguna parte, pero ella me explica amablemente que acaba de entrar en el turno y que no sabe a quién me refiero.

Me dirijo al bar y a la sala contigua, donde esta mañana nos hemos tomado las cervezas, pero tampoco hay nadie.

Mi estómago ruge hambriento, no he comido nada en todo el día y necesita su dosis de alimento, así es que decido ir al restaurante a cenar, aunque no me apetezca, pero a ver si así pienso con más claridad.

En cuanto entro por la puerta del restaurante, que está decorado como un asador tradicional, todo de madera, veo frente a mí a mi querida amiga, sentada apaciblemente en una mesa, con el chico moreno de esta mañana.

«¡Y yo preocupada por si se la había tragado la tierra!».

Me dirijo hacia ellos con cautela y cuando llego a su altura, me miran los dos.

—¿Interrumpo? —pregunto.

—No. Sí —responden uno y otra respectivamente.

—Lo siento —le digo a ella.

—Os dejo que habléis. —El chico se levanta, le da un beso en la frente y me dice—: Tienes una amiga de las que ya no quedan, así que cuidala, ella solo quiere

tu bien. —Se gira y se marcha.

—Emma, ¿dónde has estado todo el día? Estaba muy preocupada, me podías haber contestado al menos para decirme que estabas bien, no sabía dónde más buscar —le reprocho, mientras tomo asiento.

—He estado pensando, no me apetecía hablar con nadie —termina diciendo, después de un largo silencio.

—Pero estabas hablando con *Mister Recepción*. —Señalo la puerta por donde ha salido.

—Sabes que no me puedo resistir a los chicos guapos. —No me mira, tiene los ojos clavados en la ventana.

—Ya.

—¿Prefieres que te diga que no quería hablar contigo?

—He recapitado gracias a lo que me has dicho antes, a lo mejor tienes razón —le confieso, con el corazón en la mano.

—¿En qué? —Por fin me mira, tiene los ojos rojos de haber llorado.

—En todo. ¿Has estado llorando?

—Un poco.

—¿Por qué?

—Porque me da pena lo que te sucede y porque me siento impotente por no poder hacer nada para ayudarte. —Dos lágrimas resbalan por sus mejillas y a mí me parte el corazón.

—No tienes que ayudarme, Emma, soy mayorcita y me defiendo muy bien sola. No he de darte pena, tengo todo lo que quiero, y lo que no tengo es porque no lo quiero.

—Las dos sabemos que eso no es verdad.

—Pero las dos sabemos que eso nunca lo tendré, solo hay que aceptarlo y aprender a vivir con ello, cosa que yo ya he hecho. Parece que a ti te está costando más que a mí.

—Me niego a que pienses que no vas a enamorarte nunca más, Keira, con lo joven que eres no puedes pensar así.

—Lo he intentado y nunca ha funcionado, lo único que consigo es hacer daño a otra persona, sin necesidad.

—¡Esos hombres eran de segunda, Keira, ni siquiera consiguieron un beso! Ares es diferente, algo me dice que con él podría funcionar.

—Emma, no tengo la necesidad de enamorarme, no quiero. Me gusta mi vida, te lo digo de verdad. ¿Por qué tendría que complicármela?

—¿Ves? Tú piensas que el amor es una complicación, porque sólo recuerdas lo negativo.

—No me permito recordar lo positivo, desde hace muchos años.

—¡Pues ese es el problema principal! Cuando yo termino una relación, no me encierro en casa pensando que el mundo se acaba y que estaré sola el resto de mis días porque ningún otro será parecido a él. Precisamente esa es la respuesta, si no ha funcionado es porque necesito alguien que sea diferente. Pero nunca olvido lo bonito de esa relación, porque lo disfruté mientras duró.

—Eso es lógico y podría estar de acuerdo contigo si no lo hubiera intentado. Pero no soy capaz ni siquiera de besar a un hombre, los repelo, no siento nada, tan solo rechazo. Recuerdo sus besos y no puedo imaginar a nadie más en su lugar, más bien, no quiero. Siempre estaré enamorada de él, Emma, y eso es lo que tú no comprendes... —Sin darme cuenta, varias lágrimas recorren mis mejillas.

—No, no lo comprendo. Hasta ahora sí podría entender que no hubiera un digno rival para él, pero, ¡por todos los dioses!, he visto cómo te mira Ares y, aunque lo niegues, he visto cómo le miras tú. ¡Y saltan chispas entre vosotros, Keira!

—¡Chispas de muerte! —Me seco las lágrimas con la servilleta. Sin ser consciente, ha cambiado mi estado de ánimo con tan solo escuchar su nombre. Me he puesto a la defensiva, en modo ataque.

—¿Ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Aunque sea para mal, te hace sentir viva, reaccionas, y eso es lo que me hace pensar que él es diferente.

—Emma, en serio, Ares es un mujeriego, no creo que se haya fijado en mí, y sí así fuese, sería para echar un *polvo* una noche, para después darme la patada... ¿Crees que a mí me conviene eso realmente?

—A lo mejor te equivocas.

—No estoy dispuesta a descubrirlo.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero soñar con «Príncipes Encantadores» que no existen, no quiero soñar con velas y cenas románticas a la luz de la luna, porque todos esos sueños son de los que se valen los hombres como él para llevarte a la cama, y entonces, tarde o temprano, acaban yéndose con otra... y rompiendo tu corazón.

—No creo que todos sean iguales, porque entonces se extinguiría la raza humana. —Me hace reír, por fin.

—Ojalá contigo sea diferente, lo deseo con todas mis fuerzas cariño.

—Yo no sueño con esas cosas, Keira, soy realista, y creo en el «fue bonito mientras duró», vivo el día a día y no pienso en el mañana.

—A lo mejor es por eso por lo que no sufres.

—Si he de serte sincera, no creo que sea por eso... Sé que no debería decirte esto, pero es lo que siento de corazón, lo que creo es que jamás me he enamorado. Yo no he conocido esa clase de amor que conociste tú, y por eso, cuando me acuesto con alguien, al día siguiente ya estoy pensando en hacerlo con otro. Esa clase de amor, no todo el mundo lo encuentra...

—¿Y así es como piensas hacer que me olvide de él?

—No tienes que olvidarlo. Simplemente tienes que abrir la puerta a otro, ¿por qué no puedes volver a sentir? No tiene por qué haber un solo amor en la vida, eso no está escrito en ningún sitio.

—¡Claro! Es bastante lógico que me digas que esa clase de amor no lo encuentra nadie, ¡y que a mí me toquen dos!

—¿Por qué no? ¿Qué sentiste con el beso de Ares?

Permanezco en silencio.

—Deseo... —digo sin pensar, mi boca ha respondido por mí.

—¡Pues ahí lo tienes! —Aplaude muy rápido alegremente—. Ya no te voy a agobiar más, ¿de acuerdo? Solo quiero que me prometas que no te vas a cerrar en banda. Dale una oportunidad. Así mi viaje habrá servido para algo.

—Emma, lo siento, soy una egoísta, te obligué a venir conmigo sin pensar en ti, ni en tus vacaciones, que con tanta ilusión estabas preparando...

—Tranquila, vine porque quise, nadie me puso una pistola en el pecho.

—Gracias.

—¡Oh, no seas tonta!

—Gracias, pero gracias por todo, desde el primer día que te conozco, siempre has sido mi ángel de la guarda y lo sigues siendo.

—Bueno, tú también eres el mío, tonta. —Se limpia una lagrimilla que asoma por sus ojos.

—Dejémonos de sentimentalismos, venga, vamos a brindar por nosotras, porque vamos a pasar cuatro días de lujo, que hacía tiempo que no estábamos las dos solas. —Levanto la copa.

—¡Brindemos por nosotras, porque somos cojonudas!

Chocamos las dos copas de vino en señal de pacto.

Pedimos la cena al camarero, que la trae rápidamente, probablemente porque somos los únicos clientes que hay en la sala. No entiendo por qué nos dieron la única habitación que tenían disponible en el hotel y que esté vacío siempre. ¿Dónde está todo el mundo?

Mientras cenamos, reímos despreocupadamente, me cuenta cómo ha conocido al recepcionista, y cómo han pasado el día en su habitación. No quiero saber demasiados detalles.

Nos pasamos el resto de la noche acordándonos de situaciones graciosas que ha vivido Emma con sus masajes, llorando de la risa, ¡es única contando historias!

De nuevo volvemos a ser las dos chicas locas de dieciocho años que se conocieron en Madrid aquel día.



Emma se despereza en la cama, mientras yo busco una cadena en la emisora de radio donde pongan música, pongo el equipo a todo volumen cuando suena *Hey Micky de 45*.

Me pongo a cantarla a voz en grito, desafinando a propósito «*Oh, Micky you are so pretty...*» y Emma me tira un cojín para que me calle. Yo me subo a la cama de un salto, le arranco el edredón de entre sus manos y me pongo a saltar mientras canto...

Acabamos las dos saltando sobre la cama, pegándonos cojinazos y gritando la letra de la canción como locas.

Parece que una nueva Keira ha despertado, mejor dicho, la antigua Keira.

Después de ducharnos, arreglarnos, bajar a desayunar, y subir de nuevo a nuestra habitación, pasamos de ser dos chicas normales, a dos pelotas rosas acolchadas. No podemos parar de reír al mirarnos una a la otra. ¡Vaya pinta!

En la tienda del hotel sólo disponían de dos buzos rosas, por lo que no nos han quedado más opciones.

Salimos enfundadas de arriba abajo: gorro, gafas de sol, bufanda, buzo, guantes, botas... Creo que no hay ni una sola parte de mi cuerpo que sea posible que esté en contacto directo con la nieve. Parecemos una especie de «astronautas cursis». Así es imposible andar de forma femenina.

Vamos a alquilar los esquís a la tienda y a Emma se le antoja comprarse también una plancha, dice que para que nos tiremos después por alguna rampa.

—Vale, pero yo no pienso cargar con todo eso. —Señalo con mi dedo el pelotón de cosas que tiene tras ella.

—Yo me encargo, déjame en paz, pesada.

Entramos en la pista, que no está ni a cincuenta metros del hotel, y a Emma ya le cuesta llevar todo, se le va cayendo una cosa tras otra por el camino, pero no pienso ayudarla.

Mientras esperamos a que nos toque el turno en el telesilla, nos matamos de la risa, porque son más grandes los esquís que Emma, yo le digo que con ellos tendría para hacerse una casa con varias habitaciones.

Detienen por fin una de las sillas delante de nosotras, pero hay una persona ya sentada, el coordinador de las filas le indica a mi amiga que suba, pero le decimos que queremos ir juntas, que esperaremos a que llegue la siguiente silla.

—Señorita, hay mucha gente esperando, esto no es el colegio, se reunirá con su amiga en unos instantes.

Antes de que nos dé tiempo a contestarle, ha cogido todas las cosas de Emma y las ha subido a la silla, por lo que a mi amiga no le queda más remedio que subir a regañadientes.

—¡Pondré una hoja de reclamaciones, gilipollas! —Mi amiga furiosa amenaza al trabajador del telesilla, y luego me dice con una cara angelical—: Te espero arriba, Kei, —mientras el coordinador baja la barra de seguridad de la silla para sujetarla, un tanto asustado y lo pone en marcha. Yo levanto el dedo pulgar a modo de respuesta positiva y me quedo allí, sola, esperando a que llegue la siguiente silla.

No pasa demasiado tiempo, la silla que llega a continuación está vacía, me subo sin problema, el señor me pasa mis esquís y aguardo a que la señora que estaba detrás de mí en la cola se suba a mi lado, pero el trabajador en cuestión, hace una señal hacia otro sitio y un hombre muy alto aparece delante de la señora de la fila. «¿Y éste de dónde ha salido?».

Se monta con un movimiento ágil y le pasan sus esquís de marca, obviamente mucho mejores que los míos. Su buzo también es mucho mejor, de color azul marino, con una goma en la cintura que permite adivinar un buen cuerpo debajo. Dista bastante de parecer un Teletaby, como yo. Baja la barra y la silla se pone en marcha.

Yo miro pensativa cómo el suelo se va alejando cada vez más de mis pies. Voy admirando el blanco paisaje que tengo a mi derecha mientras ascendemos. Cuando estamos a una altura considerable, la silla se detiene de repente.

—¿No te alegras de verme, *bomboncito*? —¡No puede ser!

Me giro rápidamente para mirar a mi acompañante, que hasta ahora era un extraño que llevaba unas Ray Ban de aviador negras, pero que ahora, indudablemente, reconozco.

—¡Socorroooooo! —grito con todas mis fuerzas, intentando en vano escapar de aquí.

—¡Cállate, inconsciente! ¿Quieres originar un alud?

—¡Estás mal de la cabeza! —Quiero tirarme para abajo... Busco desesperada alguna forma de escapar.

—Yo no lo haría. A la altura que estamos no te matarás, sólo te romperás unos cuantos huesos —lo dice tan tranquilo.

—¡Lo que quiero es tirarte a ti! Y como comprenderás, me da igual los huesos que te rompas... —Lo intento empujar, pero de un solo movimiento me inmoviliza sobre su gigantesco pecho con sus brazos.

—¡Suéltame! ¡Socorroooooo! —Prefiero un alud a estar con este degenerado en medio de la nada a veinte metros de altura...—. ¡¡¡Auxiliooooo!!!

—Tú lo has querido —gruñe cabreado.

Con un brazo me mantiene completamente inmovilizada, mientras con el otro me tapa la boca, siento sus guantes de piel en mis labios... Los esquís de ambos caen al vacío. Miro al suelo y solo veo cuatro rayitas de colores en medio del manto blanco y se me quitan las ganas de tirarme, pero no las ganas de tirarle a él.

—No van a volver a activar el telesilla hasta que no de la señal, tú sabrás cuánto tiempo quieres permanecer aquí arriba. —Aparta su mano de mi boca un instante.

—¡Suéltame, *maldito*...! —Me vuelve a tapar la boca. Pataleo y me intento zafar de sus brazos, pero me es completamente imposible.

—Hasta que no me confieses lo que sientes por mí no vas a ir a ningún sitio, *fiera*. Tú decides.

No logro dar crédito a sus palabras, mi cerebro se niega rotundamente a asimilar que estoy en medio de los Pirineos, subida a un telesilla con un desequilibrado mental que pretende que le diga... ¿¡Qué!?

Siento la adrenalina corriendo por mis venas y el palpitar desbocado de mi corazón.

—¿Tienes algo que decir?

Me destapa la boca de nuevo.

—¡Qué estás enfermo! Te pienso denunciar por... —Me pone otra vez el guante encima.

—Respuesta errónea —niega con la cabeza—. La única contestación que hará moverse esta silla será «Ares, estoy loca por ti», o alguna otra frase similar.

¿Realmente esto me está sucediendo, o es una pesadilla? Intento calmarme, ya que estoy a punto de hiperventilar, cierro los ojos e pruebo a concentrarme en respirar.

Todo está en un silencio absoluto. Tarde o temprano tendrán que activar el telesilla, de lo contrario les van a llover reclamaciones de toda la fila de clientes que esperaban abajo. Es cuestión de tiempo.

—No es tan difícil, estoy acostumbrado a oírlo, sólo quiero que seas sincera y lo confieses, nada más. —Me destapa.

—¡Prefiero morir congelada!

—Está bien, señorita Amor. —Me suelta de repente, con desgana, y yo corro a ponerme pegada al lado opuesto de él en la silla.

—¡Déjame en paz! ¿Por qué te gusta torturarme? ¿A qué has venido? —Mi voz suena demasiado aguda y no puedo evitar gritarle, estoy muy cabreada.

—Ya te lo he dicho, he venido a que me digas qué sientes por mí. —Me mira acechante.

—¡Nada! ¡No siento absolutamente nada! ¡No lo ves?

—Por eso precisamente insisto, porque lo veo, porque lo siento. —Su voz se torna ronca. Esta voz sensual seguramente sea irresistible para las demás mujeres, que no niego que sea tan atractiva que te entren ganas de acercarte a su dueño y jurarle amor eterno, pero este hombre tiene la habilidad innata de que lo único que me provoca es querer alejarme de él sin remedio. O al menos intentarlo.

—Ares, no siento nada por ti, solo quiero que me dejes en paz, y no volver a verte más, ¡te odio!

—Para no sentir nada por mí, es bastante extraño que me odies y que no me quieras volver a ver más, ¿no crees? —permanece impassible.

—No es nada extraño, ¡cada vez que apareces haces que me ponga de uñas! —otra vez estoy subiendo el tono de voz.

—Nada me gustaría más que ponerte de uñas muñeca. —Al escuchar esto, doy un respingo.

—¡Cerdo!

—¡Embustera! Vamos, suéltalo de una vez, di que me deseas, ¿o no tienes agallas, Keira? —Me siento desubicada y perdida, al escuchar mi nombre de sus labios, porque me gusta.

—¡Te deseo! ¿Contento? ¿¡Qué mujer no lo haría?! —¿He dicho eso en voz alta?

—¡Lo sabía! —Ahora parece que irradia felicidad.

—La pena es que detrás de ese cuerpo de infarto solo haya mierda.

Él permanece en silencio, mirándome. Se humedece sus carnosos labios lentamente con la lengua, mientras mis ojos siguen su recorrido sin prejuicio.

Hace una señal con el brazo. La silla se pone en marcha inmediatamente.

Cuando llegamos a la cima, descubro atónita a Emma y Cristian, besándose tranquilamente.

Nuestra silla se detiene y él baja de un salto certero. Extiende sus brazos para que me apoye en él para bajar, pero salto hacia el otro lado. Prefiero quedarme coja a que este gañán me ayude a nada.

En cuanto pongo los pies sobre la nieve, quiero tirarme hacia abajo, aunque sea rodando, estoy tan enfadada que no quiero ver a nadie.

—¡Keira! —Emma mueve sus brazos para advertirme que está ahí, como si no hubiera visto una nube rosa en medio del paisaje blanco impoluto.

—¡Ni me hables, traidora! —la reprendo pasando de largo de ella.

—Yo no sabía nada, ¿estás loca? —me explica, mientras viene detrás de mí.

—Lo que tú digas.

Continúo andando, no sé muy bien hacia dónde y ellos tres vienen detrás de mí, cualquiera que me conozca sabe que es mejor dejarme unos minutos de meditación, porque si no... ¡Destrucción masiva!

¡Lo peor de todo es que no puedo hacer nada! Quiero gritar, romper algo, o patalear como una loca, pero no puedo.

Estoy en medio de una montaña, sin esquís...

—Tienes dos opciones, *fiera*, bajar conmigo o esperar a que el equipo de rescate te encuentre esta noche.

Me doy la vuelta. Descubro que mi amiga y Cristian ya no están.

Solo está Ares, ahí arrodillado, como si fuese a pedir matrimonio a alguien, en la especie de trineo rosa que ha traído mi amiga... Luego pretenderá que crea que todo esto no estaba vilmente orquestado de antemano por ellos.

Me encuentro en una situación bastante complicada. Preferiría que una manada de lobos viniese ahora mismo y me devorase, antes que montarme en esa aberración del diablo con mi peor pesadilla hecha hombre. Pero creo que si dejo que se marche, estaré perdida, ya que no me he traído el móvil, ni ninguna otra cosa para comunicarme con la civilización.

Lo miro.

No quiero.

—Prometo no meterte mano —dice levantando las palmas de ambas manos, pero con una sonrisa que hace que aparezcan sus resplandecientes dientes blancos y sus hoyuelos...

¡No lo mires! Me ordeno a mí misma.

—¡Eres un *idiota*!

—Pero me deseas.

¡Quiero matarlo! En serio, si tuviera la fuerza necesaria, estoy segurísima de que ya lo habría estrangulado, me saca de mis casillas, me pone de muy mal genio y solo quiero gritarle e insultarlo.

Me siento, resignada, en la parte delantera del trineo. Con las rodillas flexionadas, mis dos pies juntos, y las manos apoyadas en la punta del original vehículo

para no caerme. Él agarra fuerte el trineo con sus dos manos, las coloca a ambos lados de mi culo.

—Me estás rozando —le digo, mientras le aparto con desgana sus manazas de ahí.

—Si no te sujeto, te caerás por el camino.

—Sé cuidarme solita, superhéroe, tú a lo tuyo.

—Como quieras, luego no me digas que no te lo advertí.

Se pone en la parte trasera, sin rozarme lo más mínimo.

—¿Preparada? —me susurra al oído, provocando mi estremecimiento.

Miro la pendiente que tenemos ante nosotros. Con los esquís estaría deseando bajarla, pero en este aparato mortal no me fascina demasiado. La gente a nuestro alrededor nos mira con cara rara, como si estuviéramos un poco locos.

—El sueño de mi amorcito, partirse una pierna en este trineo rosa —les explica en voz alta a las personas que están a nuestro alrededor, con lo que nos miran más extrañadas aún. Yo ahogo una carcajada.

No hay más opciones, así que me acurruco y digo:

—¿Tienes miedo, Hunter?

—No sé lo que significa esa palabra, *bomboncito*. ¡Agárrate!

Ya empezamos mal el viaje, con ganas de arrancarle esa lenguaza.

Toma impulso con un pie y el trineo comienza a descender por la pendiente. No sé si quiero cerrar los ojos, o mantenerlos abiertos para ver el peligro, como nos encontremos una roca, aunque sea pequeña, este trasto se partirá por la mitad.

¡Vamos a demasiada velocidad!

¡Esto vibra muchísimo!

¡Tengo ganas de gritar de la emoción!, pero me contengo como buenamente puedo.

Antes de poder evitarlo, me pego un buen golpe contra el suelo, estampándose mi cara contra la nieve.

No me he dado cuenta de cómo ha sucedido exactamente, pero, resumiendo, en una de las curvas he salido volando.

Miro a mi alrededor y no veo rastro ni de Ares ni del trineo. Me incorporo, me limpio la nieve del pelo, que se me ha soltado con la velocidad y siento un pinchazo en el brazo donde me he dado el golpe, lo muevo para comprobar que no está lesionado. Para mi tranquilidad, no es nada grave.

—¡Keira! —escucho la voz de Ares a lo lejos.

No respondo. Queda ya poco para llegar abajo, puedo llegar yo sola.

—¡Keiraaaa! —Parece algo desesperado. Si me largo sin que lo sepa es capaz de pasarse el resto del día buscándome, aunque después lo niegue. No creo que fuera capaz de abandonarme en medio de la montaña, después de sufrir un accidente, por muy *capullo* que sea.

—¡Estoy aquí! —Muevo mis brazos y enseguida me ve.

—¿Estás bien? —Se apresura a llegar a mi altura, con el trineo cogido.

—Sí, no ha sido nada, ¿qué ha pasado?

□ He esquivado una roca y hemos volcado. La vi demasiado tarde. —Se revuelve el pelo.

—¡No eres buen capitán, déjame a mí! —Le intento quitar el trineo.

—¡Ni loco! —Lo levanta por encima de su cabeza para que no llegue a cogerlo.

—¿Por qué no? Has demostrado que tú no eres capaz, déjame a mí. —Me cruzo de brazos delante de él.

□ No me apetece partirme la cabeza, me niego.

—Pues tú eliges, o me dejas dirigirlo a mí, o te vas tú solo.

Ya está sentado en su sitio del trineo y me mira expectante. Yo no me muevo, me mantengo de brazos cruzados delante de él. Mi imagen debe ser bastante graciosa, ya que este buzo rosa es completamente indigno.

—¿De verdad no vas a montar? —da una palmadita en el asiento donde debería subirme.

—No. —Miro hacia otro lado.

Entonces, cuando ya tengo más que asimilado que me voy a ir yo solita andando, Ares se pone en la parte delantera para que yo conduzca

Entonces, cuando ya tengo más que asustado que me voy a ir y él se pone a andar, Ares se pone en la parte delantera para que yo conduzca.

—No entiendo por qué cojones hago esto, pero tú ganas —protesta.

No lo pienso dos veces antes de colocarme tras él, no vaya a ser que se arrepienta.

Coloco mis pies a ambos lados de su culo y me dice, señalándolos exageradamente:

—¡¡Shhhhh!! ¡Oye, que me estás rozando!

—Es que tienes un culito muy mono —contesto.

Suelta una carcajada. De repente, soy consciente de que he bromeado con él y me tenso enseguida.

Hago acopio de todas mis fuerzas para arrastrar el trineo y enseguida coge velocidad de nuevo. Otra vez siento esas cosquillas en el estómago, ¡esto es realmente divertido! Si estuviera yo sola, no dudaría en volver a subir de nuevo a la cima.

¡Plaf!

Cuando me quiero dar cuenta, estoy otra vez con la cara aplastada contra la nieve.

Me incorporo y veo a Ares delante de mí, con el trineo cogido y cara de pocos amigos, no creo que haya llegado ni tan siquiera a tocar el suelo, pues sería imposible que estuviera en pie tan pronto.

—Lo has hecho a propósito —ladra.

—¡Sí, claro, me encanta pegarme *leches* contra la nieve! —le digo, mientras continúo sentada en el suelo. Ahora agradezco ir embutida en una bola acolchada rosa, porque está amortiguando todos los golpes.

Suelta un bufido y deja caer el trineo en el suelo.

«¿Se está partiendo de la risa?».

—¡Íbamos en línea recta y te has caído! ¡No es posible!

Se agarra el estómago entre sus brazos, le falta el aire para reír. Entonces me imagino la escena que ha visto y me contagia su risa. Me sale al principio una risa tímida, pero acabamos los dos sentados sobre la nieve, riendo a carcajadas.

—¡Tenías que haberte visto! —no puede ni hablar—. ¡Pero qué inútil!

Cojo una pelota de nieve, se la lanzo con fuerza, fiándome de mi mala puntería, pero, para mi asombro, ¡se la estampo en toda la cara!, entonces para de reírse y soy yo la que se tira al suelo de la risa.

—¡Toma pelotazo, inútil! —Lo señalo con el dedo, medio llorando.

Se levanta rápidamente y se abalanza sobre mí, me coge las muñecas por encima de la cabeza, inmovilizándome entre sus piernas. Entonces dejamos los dos de reír y nos miramos fijamente, buscando demasiadas respuestas en la mirada del otro.

Algo parece romper la magia, su expresión cambia, me suelta y se levanta. Me ofrece su mano para ayudarme, pero la rechazo y me levanto sola del suelo.

—Vamos, capitana, será mejor que me dejes a mí, que al menos no me lanzo al vacío en pleno viaje.

—¡Estaba innovando!

—Ya...

Así, entre carcajadas, conseguimos montar de nuevo en el vehículo infernal y llegar a nuestro destino sin ninguna caída más.



Llevo dos horas dentro del *jacuzzi*, con el agua hirviendo. Solo mi cara asoma entre la espuma. Parece que ya voy entrando en calor. Cuando he llegado a la habitación estaba al borde de la hipotermia.

Estoy escuchando la Quinta Estación en mi *iPod*, específicamente la canción de *Me muero*, ha sonado cerca de un millón de veces en estas dos últimas horas, la letra ronda por mi mente y misteriosamente me muero por escuchar canciones con mariachis...

*Muero por tus besos,
por tu ingrata sonrisa,
por tus bellas caricias eres tú mi alegría.*

*Pido que no me falles
que nunca te me vayas y que nunca te olvides
que soy yo quien te ama
que soy yo quien te espera
que soy yo quien te llora
que soy yo quien te anhela los minutos y horas.*

*Me muero por besarte,
dormirme en tu boca
me muero por decirte que el mundo se equivoca
Me muero por besarte
dormirme en tu boca
me muero por decirte que el mundo se equivoca
que se equivoca.*

*Muero por tu ausencia
que me hace extrañarte
que me hace soñarte cuando más me haces falta
pido por la mañana
que a mi lado despiertes enredado en la cama
hay como me haces falta
que soy yo quien te espera
que soy yo quien te llora
que soy yo quien te anhela, los minutos y horas..*

*Me muero por besarte
dormirme en tu boca
me muero por decirte que el mundo se equivoca ...*

Solo puedo pensar en esas risas que hemos compartido antes. Estaba relajado, sin máscaras. Era otra persona completamente distinta al ser estirado, insoportable y arrogante que estoy acostumbrada a ver. Y si he de ser sincera conmigo misma, me ha gustado.

Cuando por fin creo que he conseguido recuperar la temperatura corporal de un ser humano normal, salgo del agua, me envuelvo en el albornoz y me pongo las zapatillas. Enrollo mi pelo en una toalla para salir al salón, pero me detengo en seco al escuchar hablar a gente allí. Pego mi oreja a la puerta y reconozco inmediatamente a mi visita, se trata de Emma, Cristian y... ¡Areeeees!

Echo rápidamente el pestillo en la puerta, no sé muy bien para qué, porque en estas dos horas que he estado canturreando con la música puesta y los ojos cerrados, podría haber entrado perfectamente y yo ni enterarme.

Decido secarme el pelo con el secador, así me dará tiempo para pensar cómo salgo de aquí.

Cuando termino, me miro al espejo, parece que la nieve me ha sentado bien. Tengo la piel tersa, además de un tono rosado en mis pómulos muy atractivo.

Tengo que salir, no me puedo quedar aquí.

Abro la puerta.

—Hola.

Todos me miran, pero son los ojos bañados en lujuria de Ares los que hacen que rápidamente mire hacia abajo para comprobar si he olvidado ponerme el albornoz. Para mi alivio personal, compruebo que sí que lo tengo puesto.

—¡Keira! Vaya susto nos habéis dado, no os encontrábamos por ningún sitio. —Mi amiga me abraza como un oso amoroso.

—Ya hablaremos tú y yo.

Ares está sentado en una silla, todavía con el mono mojado que llevaba antes y Cristian también está sentado sobre la cama, con ropa deportiva, pero no con el buzo de esta mañana. Por lo tanto, deduzco que Emma y él se han cambiado, pero Ares por algún motivo, no.

—Entiendo que te guste tu buzo de *millonetis*, pero te recomiendo que te cambies, o te cogerás una pulmonía, a tu edad y deberías saberlo.

—Muy graciosa —me contesta serio.

—Keira, tenemos un problema —me dice Emma, lo cual me hace casi ponerme a temblar, ya que cuando ella ve un problema en su mundo de alegría, es porque realmente sucede algo gordo.

—¿Qué pasa?

□ Pues es que el hotel está completo, como ya sabes. Han pronosticado tormenta esta noche y la guardia civil no permite que nadie salga de aquí, así que Ares y Cristian no tienen dónde alojarse.

—Ya...

—Ares lleva todo este tiempo empapado y está tiritando, necesita cambiarse.

Lo miro más detenidamente y descubro que tiene un tono morado.

—¿Y a qué esperas? No soy tan mala, puedes usar el baño —le señalo la puerta, algo preocupada.

—Esperaba a que alguien que se estaba bañando plácidamente, mientras canturreaba canciones de amor, terminase su sesión de tres horas de belleza. Por cierto, ha dado resultado —dice, mientras avanza hacia mí sigilosamente, mirándome a los ojos fijamente, mientras se va desnudando. Intento dirigirme hacia otro sitio para no permanecer en mitad de su camino.

«¡¿Me han escuchado cantar?! ¡Oh, joderrrrr!».

—Yo también me muero por besarte... —me susurra cuando pasa a mi lado.

Creo que mis piernas han comenzado a temblar, pero no estoy segura, tengo tantas emociones acumuladas que no sé a cuál dar prioridad...

Se mete en el baño y cierra la puerta.

—Lo siento, Keira —dice Cristian demasiado serio.

—¡Vaya, pero si mi jefe tiene lengua! —digo con retintín, obligándome a salir de mi estado de idiotez extrema.

—Aunque pienses que ha sido una encerrona, en realidad ha sido pura casualidad... —se intenta excusar.

—No te molestes, Cristian —lo interrumpo—, no te voy a creer, no malgastes tus fuerzas en vano. —Abro mi parte del armario y observo que han colgado ropa de hombre al otro lado, aún así sigue sobrando mucho armario—. Vaya, gracias por contar con mi aprobación para instalarlos en mi habitación.

—No tenemos más opciones, créeme, al que menos le agrada esta situación es a mí, Keira —Cristian parece avergonzado y le creo, pero el otro papanatas estará encantado.

—¿Y cómo vamos a dormir? ¿Los cuatro juntos? —Me cruzo de brazos, esperando su respuesta.

—Ahora iba a bajar a recepción para hablar con el director a ver si nos pueden facilitar alguna cama supletoria donde podamos pasar la noche, por eso no te preocupes, y si te incomoda esta situación, no nos quedaremos, podemos estar una noche sin dormir perfectamente, he visto que abajo hay algunos sillones.

La imagen del mismísimo director del Ritz y del accionista mayoritario de múltiples empresas, echando una cabezada fugaz en un sillón cutre de un hotel perdido del mundo, me viene a la mente y por algún extraño motivo no puedo permitirlo.

—No te preocupes, Cristian, no me importa —acabo cediendo.

—¡Gracias, Kei! —Emma ha estado en tensión, mientras observaba en silencio nuestra conversación y ahora por fin sonríe tranquila—. Nosotros iremos abajo a cenar, así podrás vestirme tranquila, os esperamos en el restaurante, ¿vale?

—De acuerdo, ahora voy... Quiero decir, vamos —respondo, señalando a la puerta del baño.

Cuando se han marchado los dos, abro el armario, me quito el albornoz y me pongo un conjunto negro de encaje de Victoria Secret. Siento la imperiosa necesidad de llevar encaje, no entiendo muy bien el motivo, pero cuando me pongo un conjunto de lencería sexi, me siento poderosa.

Un silbido tras de mí hace que pegue un salto.

—El agua no ha conseguido hacerme entrar en calor, pero ese cuerpo... ¡Uf!, me hace hasta sudar... —Ares está apoyado con un brazo en el marco de la puerta del baño, con una toalla envuelta en su cadera y su increíble torso desnudo, que me obligo a no mirar.

—¡No me mires, perverso! —le grito, mientras corro por la habitación para buscar algo con lo que taparme.

—Cariño, no eres la primera mujer que veo. —Permanece en la misma postura, observándome tranquilamente, con sus ojos envueltos en negro de puro deseo, cosa que a mí me vuelve loca—. Aunque creo que sí la primera que está tan buena.

—¡Cállate!

—Esperaré dentro a que te vistas, no vaya a ser que te rompas algo por mi culpa.

Desaparece pegando un portazo.

Yo corro al armario para ponerme lo primero que encuentro, que son unos vaqueros ajustados, unas botas de peluche color beis, y un jersey azul de cuello vuelto. Cojo mi bolso y salgo corriendo de aquí, no vaya a ser que a este hombre le dé por vestirse delante de mí.

«¡Qué calor!».



Hemos terminado la cena. Yo me he bebido cuatro copas de vino para que me ayuden a asimilar el día. Cristian ha pedido una botella de un tinto reserva especial de no sé qué, que vale más de seiscientos euros, está tan bueno, que me lo bebo como si fuera agua.

—¿Y Ares? ¿Estará bien? Qué raro que no haya bajado todavía —dice Emma, mientras se come la tarta de chocolate del postre.

—Lo he llamado, pero no responde, no tendrá hambre —indica Cristian.

Yo no digo nada, creo que todo el mundo piensa que estamos juntos, o que al menos algo pasa entre nosotros. Como no es así, no me queda más remedio que mantenerme en silencio, y dejar que cada uno piense lo que quiera, porque de lo contrario, tendría que estar continuamente dando explicaciones.

Cuando terminamos los tres de comer, nos explica una de las camareras que hay una discoteca en el sótano, donde va todo el mundo a tomarse una copa después de la cena. A mí no es que las discotecas me gusten demasiado, pero lo prefiero a encerrarme en la habitación con una amiga traidora, mi jefe y un tarado mental.

Entramos en la disco y enseguida me explico por qué estaba todo vacío ayer, porque esto está lleno de gente. Prácticamente no se puede ni andar para entrar.

Nos acercamos los tres a la barra para pedir una copa. Yo me pido mi *whisky* con sprite de siempre. Cristian, como siempre, tiene un gusto demasiado refinado para cualquier sitio, le van a traer algo especial de algún lugar. Emma se pide ron con coca-cola.

Están poniendo música latina, muyailable, reguetón, salsa, bachata, merengue... Será que en los Pirineos se baila esto... para calentar.

Observo, mientras bebo un trago de mi copa, cómo baila la gente en la pista, parecen expertos. Algunos hombres se me acercan para invitarme a bailar, pero les digo que no con el dedo, y a que la música está demasiado alta para hacerlo con la voz.

Algo atrapa mi atención al instante.

Un hombre moreno, con pantalones vaqueros oscuros, zapatos Martinelli de piel negra y camisa negra de alguna marca carísima, que le sienta como un guante, está bailando en medio de la pista, como un auténtico profesor de baile potente.

No consigo apartar los ojos de ese poderoso cuerpo, que se mueve como nunca imaginé que fuera posible en un hombre. Marca cada paso con seguridad y una masculinidad increíbles. Es como si un aura de luz lo enfocase solo a él en toda la sala.

Pero al momento descubro que no está solo, una mujer rubia espectacular, lo acompaña en el baile, demasiado entregada a la causa, para mi gusto.

—¡Madre mía, cómo se mueve ese hombre! —me dice Emma con la boca abierta.

—No es para tanto.

—Con razón dicen que los latinos tienen raza en el baile... ¡Por Dios Santo, lo que debe de hacer en la cama! —Se abanica con la mano.

—¡Emma!

—No seas rúcana, Kei, todas las mujeres de esta sala estamos pensando en lo mismo, y si no, echa un vistazo.

Miro a mi alrededor, descubro que tiene razón y me doy la vuelta, buscando algún sitio donde poderme sentar, desde el que no se vea la pista, ni a ninguna mujer. No me sienta demasiado bien verlo acompañado, no puedo evitarlo.

Desde que hemos llegado, me he tomado tres «cubatas» y noto cómo el mundo comienza a ser un poco diferente al que era hace unos instantes.

Emma intenta no hacer demasiado caso a Cristian para que yo no me sienta sola, pero creo que ya les he fastidiado demasiado tiempo. Les informo de que voy al baño, así aprovecho y me subo a dormir. Mi amiga quiere acompañarme, pero insisto en que estoy bien.

De camino hacia la salida, le mando un wasap:

Keira:

Bolita, lo he pensado mejor, me voy a la cama, disfruta con tu Cris cari. Te quiero, besos.

Miro mi mano y veo que llevo en ella el vaso vacío, me desvío un momento de mi camino para dejarlo sobre la barra. La verdad es que ahora, al haberme puesto en pie, me doy cuenta de que estoy algo mareada, por no decir que el mundo gira demasiado rápido a mi alrededor.

Esquivo a varios hombres que me dicen cosas que ni entiendo, ya no me molesto en poner excusas, directamente ni los miro.

Cuando por fin llego a la barra, suelto el vaso vacío por allí, esto, curiosamente se había convertido en una misión súper importante para mí, y me siento aliviada de haberla cumplido con éxito. Ahora podré irme a dormir tranquila.

Me giro y me topo contra un pecho firme de hombre, con una camisa negra, que huele a gloria. Lo reconozco al instante, porque mi cuerpo se vuelve loco.

—¿Tan pronto te retiras a tus aposentos, *bomboncito*? —Esa voz tortura mi cordura.

—Ya sabes que Cenicienta se va antes de la media noche a casa... Y deja de llamarme *bomboncito* o... —Mi voz suena bastante diferente a la que tengo normalmente, pero mi nueva misión es llegar a la cama para dormir, no me importa nada más.

—¿O qué? —Me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia sí, me levanta la cara con un ligero roce en la barbilla, para que lo mire a los ojos.

Se produce un impacto brutal cuando nuestras miradas se encuentran. Veo mucho más allá de ese azul y me da la sensación de que a él le sucede lo mismo conmigo. Es una sensación muy extraña, parece que nos comunicamos.

—O llamaré a la rubia esa con la que estás para que vea cómo me miras. —Le doy toquecitos en el pecho con un dedo a modo de amenaza mortal.

—¿Y cómo te miro, Keira? —Su voz es ronca, me resulta increíblemente seductora.

—Así, con esos ojos... —Me detengo para observarlo más detenidamente. Sin poder evitar perderme de nuevo en la inmensidad de ese azul.

—Estos ojos son solo para ti.

—¡Ja! ¿Para mí? —Lo empujo, pero no me sirve de nada, no me suelta de sus garras—. Cada día estás con una mujer distinta, no tengo quince años, señor Hunter, ya no creo en esas mentiras.

—No son mentiras, Keira, por mucho que lo haya intentado evitar, no tengo ojos para ninguna otra desde que te besé. —Creo firmemente que ya he llegado a la cama y todo esto lo estoy soñando.

—Pues qué bien lo disimulas...

—Me vuelves loco y lo sabes de sobra, no me he escondido.

—Yo no te vuelvo loco. ¡Estás loco!

Nos miramos, retándonos. Estamos muy cerca, prácticamente nos rozamos los labios, me muero de ganas por besarlo, pero no quiero.

Como por arte de magia, comienza a sonar una canción de su paisano Carlos Rivera. En cuanto escucha los primeros acordes, me mira sin decir nada, me coge por la cintura y nos ponemos a bailar pegados, mirándonos uno al otro. Él lleva el ritmo, ¡y de qué manera! Por Dios cómo se mueve este hombre...

Su mirada, si no lo conociera, corroboraría cada palabra de la melodía.

*Nunca pensé repetir la frase,
contigo aprendí que nunca es tarde
para aprender a flotar.
Muerto y sin fe me dolió quebrarme,
en ti descubrí mil formas de levantarme
y me entregué al amor.*

*Quédate por siempre a mi lado
es real lo que siento, mi vida lo entendí
cuando te conocí
yo que no creía más en esto
fue el poder de tu amor
lo que me hizo caer en esta fascinación.
Esta fascinación que me da tu amor.
La bendición que me dan tus besos,
solo dejo en lo único que me quedo,
cuando no estás junto a mí.*

*Quédate por siempre a mi lado
es real lo que siento mi vida lo entendí
cuando te conocí
yo que no creía mas en esto
fue el poder de tu amor lo que me hizo caer
en esta fascinación.
Esta fascinación que me da tu amor.
Esta fascinación que me da tu amor.*

Me susurra la palabra «fascinación» al oído, haciendo que me ponga a mil.

—¿Qué ocurre aquí, Ares? —La chica rubia nos interrumpe, está detrás de nosotros, con los brazos en jarras, muy enfadada, gritando—. ¿Quién es esa? ¿Y por qué bailas con ella?

—¡Yo soy Keira! ¿Y tú quién eres, aparte de una *rubia de bote*? —Señalo con el dedo al azar a una de las rubias que flotan a mi alrededor.

Ares me abraza para que no me acerque demasiado a ella, no vaya a ser que nos enzarcemos en una pelea de gatitas. La rubia me grita cosas que no escucho demasiado bien, y a que cada vez la veo más lejos.

—¡Qué mal gusto tienes, Hunter! —le reprocho.

Cuando soy consciente de nuevo, estamos en el vestíbulo del hotel Ares y yo solos, esperando al ascensor. Me sostiene por la cintura.

—Vete. No quiero estropear la noche. Estoy bien. —O al menos eso es lo que quiero decirle, no sé lo que habrá entendido entre mis balbuceos, porque ha sonado algo parecido a: «manbfduqwygfugchwsfesgvjsdhvjdhbvj bien».

—Sí, ya veo lo bien que estás, vamos.

Me mete en el ascensor, pero casi me caigo al dar un paso hacia adelante, así es que finalmente me coge en brazos como a un bebé.

—Puedo ir yo sola, no hace falta que me cojas —le digo mientras me acurruco en su pecho.

Él no dice nada, pero siento que sus latidos se aceleran.

Las puertas del ascensor se abren y me lleva hasta la habitación.

Me tiende sobre la cama con mucha delicadeza, me quita las botas, entonces me intento levantar, no sé para qué y me caigo de cabeza contra el suelo. Ni siquiera me duele. Estoy aquí, repanchingada en el suelo junto a la cama, no me apetece mover ni un pelo, me podría dormir así sin problema.

—¡Oh, joderrrrr! —Corre a cogermme de nuevo.

—Te he estropeado el plan, *Dancing Queen* —le digo sonriendo, mientras me vuelvo a acomodar en su pecho.

—Yo no diría lo mismo.

—Areeces... —gimo en sueños, o lo imagino.

Creo que no sabe qué hacer conmigo, noto cómo se sienta sobre la cama con la espalda apoyada en el cabecero, yo todavía estoy encima de él, me tapa con el edredón y me acomodo mejor entre sus brazos. Me siento segura, a salvo, y por fin me quedo dormida, creo, porque no recuerdo nada más.

Los rayos del sol me despiertan cuando iluminan demasiado la habitación. Abro los ojos, pero enseguida me deslumbra la luz y los vuelvo a cerrar rápidamente para evitar quedarme ciega. Los vuelvo a abrir, esta vez más lentamente, evitando la luz directa, miro a mi alrededor y al instante me doy cuenta de dónde estoy.

Me desperezco y siento un peso inusual encima de mí, descubriendo, asombrada, que se trata de un brazo gigantesco y musculoso... ¡Oh, Dios mío!

Sigo con la mirada el recorrido del brazo, que termina en un cuerpo de quitar el hipo. Observo durante unos instantes que se trata de Ares, está durmiendo plácidamente, parece un niño pequeño, despeinado y relajado. Es tan guapo.

De repente abre los ojos y me pilla mirándolo. Yo doy un salto y grito por el repentino susto.

—Buenos días, *fiera* —me dice con la voz ronca y una sonrisa arrebatadora.

—¿Qué haces tú en mi cama? —Levanto su brazo para que no me roce, mientras me incorporo horrorizada.

—¿Después de todo lo que me hiciste anoche, ahora vas de recatada? —Se sujeta la cabeza en el brazo flexionado y me mira seductor. Esa mirada seguro que no le falla nunca.

—¡No! —Miro por debajo de las sábanas y descubro que solamente llevo puesto el conjunto de encaje, pero es que cuando lo miro a él, ¡descubro el monumental despertar de su entrepierna!—. ¡No puede ser!

Salto de la cama para pensar con más claridad. Supongo que si estoy de pie, seré más sensata.

—Eres una fiera, Keira, como ya me imaginaba. He disfrutado mucho, no tienes de qué avergonzarte. Es solo sexo.

—¡Y una mierda! ¡No ha pasado nada! ¡Lo recordaría! —Deambulo por la habitación en ropa interior, seguida atentamente por su mirada lujuriosa.

—Es una pena que no lo recuerdes, yo lo recordaré siempre. —Se acomoda sobre las almohadas boca arriba y coloca los brazos por encima de su cabeza. Con este simple gesto, hace que se defina cada músculo de sus abdominales y que el edredón quede estratégicamente a ras de la zona cero.

No sé si me está tomando el pelo, o es verdad que nos hemos acostado... ¡¡Pero él está desnudo completamente!!!

—Me estás poniendo realmente cachondo, Keira, si no dejas de contonear esas curvas por mi cara, no tendrás escapatoria. —Lo miro y sé que lo está diciendo en serio, parece un león justo a punto de atacar.

—Dime la verdad.

—Realmente qué te atormenta más, haberte acostado conmigo o no recordarlo?

—¿Realmente que te atormenta más, haberme acostado conmigo, o no recordarlo?

—¡Haberme acostado contigo! —me sale del alma.

—Tranquila, no sucedió nada —suena decepcionado.

—¿En serio?

—No acostumbro a tirarme borrachas —sentencia enfadado.

Se levanta con todo su esplendor en alto, lo que casi me hace gritar por su gran tamaño. Me obliga a mirar hacia otro sitio. Se dirige ágil, con toda la naturalidad del mundo, y sin pudor ninguno, hasta la silla donde tiene su ropa doblada escrupulosamente. Se pone los bóxer negros ajustados con gran elegancia, esos de los que hace publicidad y me mira demasiado serio.

—Creo que me he equivocado contigo. —Comienza a descolgar la ropa de su armario y a meterla en su maleta de Louis Vuitton.

—¿A qué te refieres?

—Pensé que si te obligaba a admitir que te atraigo y conseguía que te dieras cuenta de que eres capaz de desearme, dejarías atrás tus recuerdos y me darías alguna oportunidad, que podríamos comenzar de cero los dos, pero es completamente imposible acceder a ti, te cierras en banda y no me das opción a nada. Me rindo. Por mucho que me pese.

Sus palabras son tan sinceras y tan llenas de razón que se clavan como cuchillas afiladas en mi corazón.

—Ya te lo advertí y aún así has luchado —le digo abatida.

—No he luchado, he hecho el gilipollas, era una batalla perdida desde el principio. Solo espero que algún día consigas ser feliz, aunque no sea conmigo.

Está doblando la última camisa para meterla con todo lo demás.

Respiro hondo y me armo de valor. Ahora o nunca.

Rodeo la cama, me planto a su lado, y me quedo mirándole sin decir nada. Él se detiene, se incorpora y me mira también. Estoy realmente nerviosa, pero quiero hacerlo, me lo debo a mí misma. Si no lo hago, nunca sabré si me equivoqué.

Me desabrocho el sujetador y lo dejo caer al suelo. No aparto mis ojos de los suyos, pero estos se han dirigido automáticamente, y sin reparo, hacia mis pechos, ahora desnudos. Contengo las ganas de taparme, porque me da vergüenza, pero él enseguida levanta una mano y me acaricia muy tiernamente.

Siento mil sensaciones con su tacto. Me toca como si me fuera a romper en mil pedazos, con sumo cuidado. Me recuerda a un chico que nunca ha tocado antes a una mujer, cuando de sobra sé que es un expertísimo amante.

—Eres perfecta, Keira —dice mirándome a los ojos.

Su tacto se torna un poco más ávido, lo que me hace cerrar los ojos para saborear esta sensación tan placentera. Su mano recorre mi abdomen, que tiembla a su paso, anhelante. Baja mis braguitas con sumo cuidado y las deja caer junto a mi sujetador. Retrocede un paso y me observa. Yo estoy muy nerviosa. Él se relame.

—No he visto nunca un cuerpo tan perfecto, sé que me vas a volver loco mujer. —Se baja su bóxer hasta que resbala por sus piernas—. Esto de aquí, es todo para ti.

—Ares...

Él avanza de nuevo y me coge la cara entre sus manos, me besa con un deseo desenfrenado, con ganas, con apetito, con sed, con furia. Yo le respondo de la misma manera. Me enloquecen sus labios, no me separaría de ellos en todo el día, besa tan bien que es imposible parar de hacerlo.

Él avanza mientras yo retrocedo. Nos chocamos contra la pared.

Entonces siento su miembro rozar mi cuerpo. Siento mil calambres recorrer mis piernas. Siento calor, mucho calor en el epicentro de mi ser. Sus manos me recorren con maestría, provocando mis gemidos a su paso y despertando mi sexualidad olvidada.

Se detiene en el punto justo y lo masajea con destreza, al ritmo oportuno. Parece que ya sabe qué me gusta y cómo me gusta, porque lo está haciendo justamente así.

No tiene prisa, mientras me besa, deleitándose en mi boca, saboreando mi lengua, continúa su dulce tortura en mi entrepierna. Yo me agarro con fuerza a su pelo. No aguanto ni un segundo más, me dejo llevar y muero de placer al sentir las contracciones de mi orgasmo en su mano.

—¡Oh, sí cariño, por fin! —gime en mi boca—, llevo soñando con esto cinco malditos años y hoy al fin se convierte en realidad.

Me levanta del suelo y enrolla mis piernas alrededor de su cintura para no caerme, sin dejar de besarnos. Siento su miembro rozar mi entrada, pero no intenta penetrar, lo que me hace desearlo con más ganas. Me lleva a la cama y me tiende sobre ella.

—¿Qué quieres de mí, Keira, corazones o sexo duro? —Sus ojos están prácticamente negros, me pone muy nerviosa cuando me mira así—. Me muero por dártelo todo.

Estoy tumbada boca arriba y él a cuatro patas sobre mí, devorándome.

—Estoy esperando —ordena feroz.

—Lo que quieras, hazlo como quieras, ¡pero hazlo!

Niega con la cabeza, sonrío, y entonces ataca.

Probablemente haya sido el mejor sexo que he tenido en mi vida. técnicamente hablando. Ha puesto unas posturas que ni sabía que existían. Me ha hecho

correrme de mil maneras distintas y gritar su nombre como nunca antes lo había hecho.

Este hombre sabe lo que se hace. Conoce mi cuerpo mejor que yo misma, dónde y cuándo pulsar, meter, sacar... domina el arte amorio como nadie.

«Pero no es él».



Me despierto soñolienta. Miro el reloj carísimo de la muñeca de Ares, que está justo a la altura de mis ojos, porque me tiene abrazada desde atrás. Compruebo que son las 7.00 de la tarde. Me levanto lentamente para que no se despierte.

Cuando toco el suelo con mis pies, siento mis piernas temblar un instante. Después de tantos años de abstinencia, pegarme de repente este maratón de sexo salvaje no es muy aconsejable. Estoy llena de agujetas.

Me acerco a la ventana y observo el paisaje. La tormenta ha cubierto todo de nieve y está más blanco aún que ayer. Me siento viva, con ganas de saltar, de reír, de bailar... Soy otra persona.

Me giro para ir a ducharme y me sobresalto al ver que Ares está despierto, mirándome.

—Hola —susurra.

—Hola. —De repente, me da vergüenza estar desnuda delante de él, me tapo con una toalla que hay a mi lado.

—¿Ya has tenido suficiente? —No le gusta nada que me haya tapado.

—Digamos que has cumplido con las expectativas.

—¿Solamente he cumplido?

—Es que las expectativas eran muy altas —le confieso tímidamente, mientras a él se le escapa una sonrisa.

Se levanta de la cama ceremoniosamente. Es imposible, pero su miembro continúa igual de erecto que la primera vez. Camina lentamente hasta mí y me arranca sin delicadeza la toalla que cubre mi cuerpo, haciéndome suspirar.

—No quiero que nada se interponga entre nosotros cuando estemos solos, ¿entendido?

Me besa para que no me dé tiempo a responder algo negativo. Entonces vuelvo a perder el control y vuelve a hacerse él con el mando.

Me agarra por las muñecas, las levanta por encima de mi cabeza y me empuja literalmente contra la pared, hace una flexión con sus rodillas para penetrarme certeramente.

Mientras devora mi cuello, continúa con su exquisita percusión, que me hace volar y olvidarme del resto del universo, gritando su nombre sin restricciones. Cuando siento llegar esa anhelada energía a mi sexo, la intento reprimir para saborear más este placer, pero finalmente me invade y hace que me quede exhausta entre su poderoso cuerpo y la pared.

Él se deja llevar también y gruñe contra mi pecho cuando termina.

Nos quedamos así unos instantes, recobrando el aliento, y él palpitando en mi interior. Yo subida a sus caderas, con las manos clavadas en la pared.

Me mira.

—Cuando volvamos, nada de esto habrá sucedido —me dice, mientras sale de mí.

—¿Qué intentas decirme? —Me pone en pie, todavía estoy un poco mareada por la sensación de flaqueza en mis piernas.

—No quiero que esto termine, pero debe ser así —lo dice como si me hablara del tiempo, mientras se quita el preservativo y le echa un nudo—. Será lo mejor para los dos.

Siento cómo me da un vuelco el corazón. Un ardor repentino invade mis mejillas. No puedo creer que me esté diciendo esto... ¡Lo que no puedo creer es que haya permitido que me lo diga!

¡Sabía que no tenía que acostarme con él!

Voy andando rápidamente al baño, me encierro para que no entre detrás de mí. Dejo caer el agua de la ducha y me meto debajo, para que las lágrimas se confundan con la lluvia que cae sobre mi cabello y así no ser consciente de que estoy llorando por un hombre. Cosa que me juré a mí misma no volver a hacer nunca.

No sé cuánto tiempo ha pasado.

He estado acurrucada en la bañera con el agua caliente recorriendo mi cuerpo un buen rato, ¿horas? No me importa.

Nadie ha llamado a la puerta.

Estoy envuelta en el albornoz, me miro al espejo, pensativa, enojada conmigo misma, me siento sucia. Estoy tan decepcionada que me da asco mirar mi reflejo. Daría lo que fuera por borrar estas últimas veinticuatro horas de mi vida.

Respiro hondo. Necesito salir de aquí como sea, me estoy asfixiando. Necesito correr.

Abro la puerta del baño para enfrentarme a lo que sea, pero mi sorpresa es que no hay nada a lo que enfrentarse. La habitación está vacía, ni rastro de Ares

Hunter por ningún sitio. Ni de su maleta.

Me pongo a toda prisa unos *leggings* negros, con una sudadera roja amplia y mis zapatillas de correr. Voy a hacer veinte kilómetros por lo menos. Me recojo el pelo en una coleta alta y salgo por la puerta, pero algo llama mi atención antes de cerrarla. Hay algo sobre la cama, vuelvo a entrar y descubro que es una nota escrita a mano.



Ha sido el mejor polvo de
mi vida, gracias.

Ares

Leo:

Cojo la almohada y me tapo la cara para gritar con todas mis fuerzas contra ella, y justo en ese momento entran Emma y Cristian.

—¿Se puede? La puerta estaba abierta —dice Emma, asomando la cabeza temerosa.

—Sí, iba a salir a correr un poco, pero acabo de decidir que me vuelvo a Madrid, ¿os quedáis? Me llevo tu coche y tú te vuelves con Cristian, ¿no? —Ni siquiera los miro, estoy metiendo mi ropa en la maleta convulsivamente, hecha un gurrño.

—¿A Madrid? ¿Estás bien? —Ella me conoce y sabe que algo no va bien.

—Sí, sí, no te preocupes, es solo que no recuerdo si le quedé suficiente agua a *Gólum* y estoy algo preocupada —cierro la cremallera de mi maleta y me acerco a la puerta—. Nos vemos allí, ¿vale?

—Te llamaré luego. —Sé de sobra que mi amiga no se lo traga.

—Vale.

Nos damos un beso las dos y me marcho.

Llevo un rato conduciendo, pero decido parar en un hotel de carretera a la altura de Zaragoza, porque las lágrimas no me dejan ver demasiado bien nada, se ha hecho de noche y no puedo conducir en este estado. Aunque ahora mismo me daría igual tener un accidente y caer por algún barranco, aunque no sería justo para las personas que me quieren.

Me asignan una habitación individual. Es pequeñita y decorada de una forma bastante casera, lo único en lo que me fijo es en que está limpia, todo lo demás no me importa. Si me hubieran metido en una habitación negra, ni siquiera la hubiera visto.

Me quito las zapatillas y me meto en la cama vestida. Me pongo los cascos con *Quiero ser* de Amaia Montero, repitiéndose una vez tras otra, porque en estos momentos habla por mí. Me abrazo a la almohada y me pongo a llorar con ganas, con muchas ganas. Como hacía tiempo que no lloraba, como hacía años que no me permitía hacerlo.

Hasta que me quedo dormida.

*Quiero ser,
una palabra,
serena y clara
quiero ser,
un alma libre de madrugada.*

*Quiero ser una emigrante
de tu boca delirante,
de deseos de una noche
convertiste en mi dolor.*

*Quiero creer, quiero saber,
que dormiré a la verita tuya
quiero esconderme del miedo.*

*Y mirarte de una vez
los ojos que tiene la luna
Quiero cantar a la libertad*

*Y caminar cerca del mar
amarradita siempre a tu cintura
esta locura de amarte
no puede acabar.*

*Por mucho que de entre las dudas
de que eres tú
quien me hace tan feliz.*

*Quiero ser,
la que te jure amor eterno,
quiero ser
una palabra en la estación
que lleva tu nombre*

*Quiero ser el verbo puedo
quiero andarme sin rodeos
confesarte que una tarde
empecé a morir por ti*

*Quiero creer, quiero saber,
que dormiré a la verita tuya
quiero esconderme del miedo.*

*Y mirarte de una vez
los ojos que tiene la luna.
quiero cantar a la libertad*

*Y caminar cerca del mar
amarradita siempre a tu cintura
esta locura de amarte*

*No puede acabar
por mucho que de entre las dudas
de que eres tú*

A la mañana siguiente, cuando abro los ojos, una mezcla de sensaciones invade mi mente.

Por un lado pienso que no debo darle más importancia de la que tiene. He conocido a un hombre que es guapo y poderoso, que me ha seducido, muy a mi pesar, y que me ha llevado a la cama. Hemos tenido sexo salvaje durante un día entero y después me ha mandado a paseo. Fin.

Pero por el otro lado, me da rabia pensar que he confiado en él y me ha traicionado. Me hizo pensar que era diferente, jugó sucio haciéndome creer que quería algo más de mí, que le importaba y hasta me ilusioné con él.

¿O todo ha sido fruto de mi imaginación?

Él no me ha engañado, me he engañado y o sola.

¿Corazones o sexo duro?

Yo quería corazones y él me los ha dado, nada más...

¿Por qué voy a ser distinta a las demás? ¿Por qué voy a tener algún derecho más que nadie?

Lo que realmente siento es decepción, pero ni siquiera con él, estoy decepcionada conmigo misma, por haberme hecho ilusiones con algo que ni siquiera quería. Por haberme montado una película en mi mente que no existe y por permitir que un hombre me trate como «el mejor polvo de su vida».

¿Quién se cree que es él para hacerme eso?

¿Qué pretende que haga la próxima vez que lo vea?

No puedo permitir que haya una próxima vez. No podría soportar otra humillación de semejante calibre. Cuando se presente acompañado de otra de sus putitas. Solamente con pensarlo, aprieto los puños con fuerza.

Sólo hay una solución.

La decisión está tomada.

El viaje de vuelta a Madrid es largo, pero lleno de esperanzas por comenzar una nueva vida y dejar atrás todo lo que tenga que ver con Ares Hunter.



En cuanto entro por las puertas de mi casa, me siento ligera.

He estado cinco horas discutiendo con Cristian en su despacho, me ha dicho que ni pasando por encima de su cadáver, que jamás lo permitiría, entre millones de súplicas para que me lo pensara mejor. Pero yo lo tenía muy claro y ahora por fin me siento liberada.

En la vida pensé que diría esto: «Me he despedido del Ritz».

Saco el finiquito firmado de la carpeta, lo miro una vez más. Tiene varios ceros. Cinco, para ser más exactos. Con este dinero me puedo comprar un piso en Velázquez. Lo dejo sobre la mesa.

Estoy tranquila, aunque en el fondo me ha dado pena Cristian, le ha faltado arrodillarse y llorar para que no me fuera. Nunca le diré cuál es la verdadera razón por la que me marché, pero es bastante inteligente y debe imaginarse algo.

Como mañana no tengo que madrugar, me pongo mi pijama de invierno de Mafalda y me tiro en el sofá a ver *Titanic*. Por más que la veo, no deja de impresionarme cómo Leonardo Di Caprio muere congelado por salvarla a ella. «Eso es amor verdadero». Y evidentemente solo pasa en las películas, cualquier otro hombre la hubiera hundido en el fondo del mar para salvarse él. Total, si nadie se hubiera enterado.

Me despierta el sonido de un wasap. Cojo el móvil con los ojos medio cerrados, pero se me abren de golpe al ver que el mensaje es del *desgraciado mayor del reino*. Me pongo nerviosa antes de abrirlo, mi cuerpo responde a sus estímulos sin que yo pueda hacer nada. Es superior a mí.

Ares:

No tienes por qué dejarlo, no pienso volver.

Me alegra saber que tu autoestima esté tan alta como para creerte lo suficientemente importante para que renuncie a mi trabajo por ti, pero siento informarte de que no hay nada más lejos de la realidad.

Keira:

Ares:

*Los dos sabemos que mientes,
Ares*

Vete a la mierda, pero antes, por favor, borra mi número

Keira

Tiro el móvil contra el suelo y saltan las piezas en mil pedazos.

«¡Lo odio!».

Me voy a la cama enfadada de nuevo. Tanto por su indiferencia, como porque me llame «fiera», como porque diga que no piensa volver...

Mi cabeza es un cúmulo de pensamientos contradictorios, mi corazón es un cúmulo de sentimientos encontrados y ambos luchan por convencer al otro de que tiene la razón.



Estoy algo nerviosa.

Esta noche por fin es la inauguración de nuestro nuevo negocio.

Emma y yo hemos invertido sus ahorros de muchos años y el dinero de mi finiquito, en la apertura de un centro de bienestar. Como yo soy la socia mayoritaria, porque he invertido tres veces más que ella, pues también los beneficios son mayores, hasta que ella pueda invertir lo mismo que yo. Entonces será la mitad para cada una. Ese es el trato.

Estuvimos mirando varios sitios y finalmente nos decidimos por un solar situado al lado de la estación de Atocha. Lo compramos y edificamos, todo en menos de un mes. Hoy en día es el mayor centro de hidroterapia y masajes de la ciudad e incluso, me atrevería a decir, de España.

Tiene varios ambientes.

Por un lado está la zona de las piscinas, donde hay *jacuzzis*, baños turcos, saunas y un sinfin de productos hidroterapéuticos. Aquí todo es blanco y azul.

Por otro lado está la zona terapéutica, que dirige Emma, que es la clínica propiamente dicha, en la cual se aplican masajes de todo tipo.

—¡Pero sin final feliz!, ¿eh? —les indica Emma a todas sus chicas entre risas.

La última zona, donde va el cliente después del tratamiento, a disfrutar con un zumo natural de frutas, es la que más me gusta y la más innovadora en el sector. Lo hemos decorado todo con colores muy *zen*, en tonos ocres. Se trata de una sala donde hay camas individuales, aquí se puede ver en el techo una película relajante, por ejemplo: las olas del mar en calma, una noche estrellada con grillos de fondo, una montaña nevada...

El cliente sale a la calle, después de visitar nuestro centro, como si hubiera estado unas horas en el Nirvana.

Mi trabajo consiste básicamente en que todo salga bien cada día.

—¡Kei, vamos o llegaremos tarde! —Emma está muy nerviosa.

—Las mujeres siempre debemos llegar cinco minutos tarde a todos los sitios, ¿no te han enseñado nunca eso? —le indico mientras me coloco los pendientes.

—¡Pamplinas! Eso se lo inventó alguna petarda, ¡venga!

Estamos las dos en mi casa.

Emma ha alquilado un vestido de Gucci dorado, cortito y ajustado, con unos taconazos a juego. Como estamos en vísperas de Navidad, no desentona con el ambiente navideño de las calles. Se ha recogido el pelo en un moño alto y está muy guapa.

—Estás preciosa Emma, verás cuando te vea Cristian. —Para mi sorpresa, siguen juntos después de tres meses. Creo que mi amiga ha batido récord.

—¡Va a estar empalmado toda la noche! —Se retoca coqueta el maquillaje.

Yo me he comprado un vestido drapeado azul turquesa, largo, con corte sirena, de la última colección de Dior. Lleva el escote atado al cuello con una gargantilla de diamantes y deja toda la espalda al descubierto. Sencillamente espectacular. Me han marcado unas ondas en la peluquería, que me dan un aspecto algo alocado.

—¡Guau, Keira! —Emma me mira con la boca abierta.

—No me gusta cómo me han maquillado, me parece excesivo, demasiado negro en los ojos, parezco un vampiro —digo mirándome al espejo.

—Keira, hazme caso por una vez en tu vida. ¡Estás espectacular!

Nos montamos en el taxi de Pepe, que nos lleva a la puerta de *Wellness, Beauty & Spa Madrid Centre*. Íbamos a haberle llamado Centro de belleza integral Emma y Keira, para no complicarnos la vida, pero un asesor de *marketing* nos aconsejó ponerlo en inglés para que tuviera gancho, que en español sonaba muy cutre, así que le hicimos caso.

Cuando llegamos al centro no hay nadie, está aparentemente vacío.

La fiesta está organizada para las 9.00 de la noche y son todavía las 8.00. Entramos tranquilamente a la zona de las piscinas, comprobamos que está todo el *catering* preparado para la recepción de los invitados. Todos los empleados corretean a nuestro alrededor ultimando detalles.

Cristian ha invitado al evento a toda la alta sociedad madrileña, con que la mitad venga a hacerse los tratamientos, nos hacemos ricas.

Cuando Emma le dijo a Cristian que dejaba el trabajo para venirse conmigo, mi ex jefe, en cierta manera, respiró aliviado. Le pesaba mucho ocultar su relación a los demás empleados y andar siempre con tapujos. Conociéndolo, yo diría que se alegró bastante de la noticia.

Además, no hacemos la competencia al Ritz para nada. El hotel ofrece servicios de belleza y nosotros de terapia, ambos se complementan.

Cristian aparece en la sala contigua a la recepción, donde nosotras acabamos de entrar. Va muy elegante. Se está tomando esto demasiado en serio. Todavía no sé si lo hace porque está locamente enamorado de Emma, cosa que dudo, dada mi opinión sobre los hombres, o porque ve algún tipo de beneficio en que esto salga bien, como por ejemplo, quitarse a Emma de en medio en su día a día.

Ya lo veremos.

En cuanto Romeo y Julieta se ven, ella corre a subirse encima de él y se besan con pasión.

—Chicos —carraspeo—. ¿Os importa esperar a estar solos? ¡No os soporto!

Ellos ríen y se separan un poco, pero continúan diciéndose lo guapos que están el uno al otro en voz baja.

Yo aprovecho para darme una vuelta por la sala para comprobar que está todo dispuesto. Los camareros se dan codazos unos a otros cuando me ven pasar... ¡Hombres!

Cuando falta media hora, entra por la puerta pequeña un equipo de prensa que hemos contratado para que haga el reportaje previo a la fiesta. Nos van a hacer una pequeña entrevista para que la gente nos vea más cercanas, han dicho.

La mujer que encabeza el equipo se acerca hasta mí, demasiado seria, teniendo en cuenta el dineral que le vamos a pagar.

—Buenas noches, ¿Keira Amor? —pregunta mientras nos estrechamos la mano.

—La misma. Encantada de saludarte... —hago esta pausa para que se presente.

—Judith, Judith Navarro.

—Judith, ella es mi socia, Emma López —las presento.

Ellas dos se saludan, con Emma parece algo más agradable, o es la sensación que me da.

Pasan ellos solos hacia el interior, para hacer grabaciones de las instalaciones. Cuando terminan, nos sentamos las tres mujeres en los sillones blancos que hay alrededor de la mesita baja de la recepción.

Nos explica en qué va a consistir la entrevista, hace una señal a los cámaras y empiezan a grabar.

—En esta noche tan emocionante, nos encontramos en la ante sala de la inauguración del *Wellness Beauty Madrid* con las dos protagonistas, Emma López y Keira Amor. Dos mujeres jóvenes y emprendedoras, que han decidido arriesgar todo, para hacer realidad su sueño de convertir este *spa* en el centro neurálgico de la ciudad del bienestar. Comenzaremos la entrevista con la señorita Amor, buenas noches.

—Siento interrumpirte, Judith, pero te pedí, específicamente, que no nombraras mi apellido.

—¡Oh! Está bien, repetimos —les dice a los cámaras, enfadada—. En esta noche tan emocionante, nos encontramos en la ante sala de la inauguración del *Wellness Beauty Madrid* con las dos protagonistas, Emma López y Keira. Dos mujeres jóvenes y emprendedoras, que han decidido arriesgar todo, para hacer realidad su sueño de convertir este *spa* en el centro neurálgico de la ciudad del bienestar. Comenzaremos la entrevista con la señorita Keira, buenas noches —repite en un tono algo aburrido. Me está cabreando.

—Buenas noches, Judith. Es un placer que estés acompañándonos hoy, muchas gracias —le respondo.

□ Keira se convirtió en la recepcionista jefe del hotel Ritz nada más terminar su carrera, podemos entender el motivo ahora, al tenerla delante. —No me gusta ni un pelo lo que acaba de insinuar, quizá ahora lo arregle con otro comentario sobre mis matrículas de honor, esperaré antes de ponerla en su sitio—. También podemos conocerla por su inminente relación con el millonario Ares Hunter.

—¡Perdona, *bonita!* —Me pongo en pie y Emma se tapa la cara con las manos—. No te permito que insinúes que conseguí un trabajo por mi físico, hubieras mirado mi expediente académico antes de hacer la entrevista, y entre todas mis matrículas de honor hubieras obtenido la respuesta, el no hacerlo demuestra la mierda de profesional que eres. Y en cuanto al señor Hunter, ¡la inminente relación te la vas a meter donde yo te diga, ya que no tengo, ni he tenido, ni tendré nada que ver con dicho señor!

—No es eso lo que dice la prensa...

—¡Oh, me acabas de demostrar lo fiable que es la prensa! —le grito.

—¡Yo lo vi con mis propios ojos...!

—¡Silencio! ¡Ya es suficiente! —Si no me sujeta Cristian, creo que la hubiera pegado un guantazo—. No permito que vengas a mi terreno a proferir calumnias e insultos sobre mí. ¡Lárgate de aquí! Ya tendrás noticias mías, me vas a pagar hasta el último céntimo de los daños y prejuicios por haberme quedado sin documental de la inauguración.

—Tranquilízate, Keira, por favor. —Cristian me arrastra hasta la sala contigua.

—¡Joder! —Ando arriba y abajo como una pantera enjaulada.

Parece que la sombra de ese hombre me persigue allá donde voy para arruinar me la vida. No entiendo qué he hecho yo para merecer esto, la vida es mucho más sencilla para las personas que creen en las cosas.

—Kei, ya se han ido. Vamos, respira hondo, esa arpía amargada no nos va a arruinar nuestra noche, ¿de acuerdo? —Emma entra corriendo.

—Está bien, ya se me ha pasado, no te preocupes —le digo.

—Toma, te vendrá bien. —Saca una botella de tequila del frigorífico y tres vasos de chupitos de un armario, los llena y nos da uno a cada uno.

—¡Vaya, cómo te lo montas en el trabajo de bien, *renacuaja!* —le digo sonriente, mientras me bebo el vasito de un trago.

Al fin son las 9.00 de la noche.

Los primeros invitados hacen su aparición es escena. Cristian Ritz, Emma López y servidora, estamos plantados en la entrada de la sala para recibir a los invitados según van entrando. Todos hacen los honores a Cristian, como es lógico, pero, para mi sorpresa, también se interesan bastante por saber sobre nosotras y nuestro proyecto.

Poco a poco la sala se ha llenado de gente.

Según avanzo entre la multitud, veo algunas caras conocidas. Antiguos clientes del hotel, socios que me presentó Ares en la gala del aniversario, prensa, *celebrities*...

Todo transcurre con normalidad. A todos les hemos obsequiado al entrar con una tarjeta de una sesión gratis a elegir, para que conozcan las instalaciones.

Estoy charlando animadamente en medio de un grupo de seis empresarios, hombres. Siempre he tenido más *feeling* con el género masculino que con el femenino. Me están dando varios consejos muy interesantes sobre cómo llevar una empresa.

Alguien posa su mano en la parte baja de mi espalda, prácticamente en mi trasero.

—Ni una diosa podría estar más guapa que tú esta noche...

¡¡Esa voz!!!

Me giro rápidamente y mis ojos impactan de frente con los de un hombre tan radiante, que me deslumbra. Su olor característico a Channel Bleu invade mis fosas nasales, evocando recuerdos perversos.

Lleva un esmoquin negro immaculado, con una camisa blanca y la pajarita negra también. Lleva el pelo engominado hacia atrás y sus ojos azules parecen destilar felicidad al verme. Sus hoyuelos amenazan con aparecer a ambos lados de su boca, pero los está reteniendo, cautelosamente. Lleva una barba estratégicamente desaliñada de hace tres días, que le da un toque salvaje y extremadamente sexi.

Si fuera menos atractivo me resultaría mucho más fácil mandarlo a paseo.

No me digno ni a saludarle, me giro, dándole la espalda y comienzo a avanzar rápido a través de la sala, para buscar alguna escapatoria.

—¡Keira, espera! —Me persigue y me agarra fuerte por la muñeca, haciendo que me gire al dar un tirón de ella.

—¿Qué cojones haces tú aquí? ¿Qué pretendes? —le gruño, mirándolo con desprecio, mientras me suelto bruscamente de su mano.

—He venido a darte la enhorabuena. —Ahora sonrío ampliamente, con esa sonrisa diseñada para matar mujeres.

—Pues ya te puedes estar largando, no eres bien recibido. —Me quiero marchar.

—Tenemos que hablar. —Permanece impasible, introduce las manos en los bolsillos del pantalón, mientras me observa atentamente.

—¡No! ¡No tenemos que hablar de nada!, no quiero volver a verte en mi vida —le grito, por lo que algunas personas a nuestro alrededor nos miran.

—Está bien. Si es lo que quieres... —Ahora está muy enojado.

—¡Lárgate! —Le señalo la puerta con el dedo.

El se gira y se aleja de mí sin mirar atrás, caminando con firmeza y elegancia entre el tumulto, como siempre.

Me camuflé entre la gente para que no me vuelva a ver, o mejor dicho, para que no lo vuelva a ver yo a él. No las tengo todas conmigo de que se haya marchado.

No quiero que su aparición me influya para nada, pero en tan solo un segundo, ha puesto patas arriba mi mundo, ese que estaba volviendo a construir de las cenizas con tanto esfuerzo.

Sobre la 1.00 de la madrugada, se marchan los últimos invitados. La fiesta ha resultado ser todo un éxito. Estaban todos fascinados. ¡Misión cumplida!

Emma y yo salimos a la calle. Antes me he cambiado de ropa para volver a casa caminando, así aclararé mis ideas antes de encerrarme allí, ya que no creo que pueda dormir.

Cuando llega Cristian con su coche, Emma se monta y me dice por la ventanilla:

—¿Estás segura de que no quieres que te llevemos a casa?

—Quiero caminar, mañana nos vemos.

—Está bien, ¿tienes el móvil?

—Sí, mamá —le digo en un tono aburrido, burlándome.

Se marchan.

Las calles por las que tengo que ir están siempre muy transitadas, no me da nada de miedo subir caminando yo sola hasta casa.

Emprendo mi camino, con los cascos puestos, escuchando *Mi alma perdida* de Amaral. Su aparición repentina en mi vida ha sido un jarro de agua fría, y me siento vacía de nuevo.

Cuando voy llegando a la plaza de Antón Martín, un Lamborghini Roadster rojo se detiene frente a mí, derrapando. Las puertas de ala de gaviota se abren hacia arriba y de la cápsula del tiempo sale un Ares despeinado, sin la parte de arriba del esmoquin, ni la pajarita y con la camisa desabotonada, por fuera del pantalón.

Avanza hasta mí y me sujeta con fuerza por el codo.

—¿Crees que es normal que una mujer respetable se pasee sola a estas horas de la noche por las calles de Madrid? —sueno demasiado enojado.

—¡Déjame en paz! —le grito en toda su cara con furia, mientras le pego un codazo con todas mis fuerzas para que me suelte. Me voy a volver loca, este hombre provoca en mí los instintos más sucios.

—¡Sube al coche ahora mismo! —Me vuelve a coger del brazo.

—¡Ni loca me subiría a ningún sitio contigo! —Me vuelvo a soltar.

—Te dejaré en casa, vamos. —Intenta parecer tranquilo, para que me fie de él, pero si miras un poco más allá, se nota que está a punto de perder el control.

—¡Vete al infierno, Hunter! —Pego un tirón de su brazo y salgo corriendo.

Él se queda durante un instante parado, lo he sorprendido, pero no tarda en reaccionar y salir corriendo detrás de mí, cazándome al vuelo.

Me coge como un saco de patatas y me lleva en contra de mi voluntad hasta su coche. Aunque lucho para que me suelte, gritando, pateando, insultándole... nadie hace nada por socorrerme. Podría estar raptándome de verdad, me podría hacer lo que quisiera, y nadie movería un solo dedo para impedirlo. Entonces siento miedo por haber venido caminando sola tan tranquila.

Me mete en su coche y me abrocha el cinturón de seguridad, aunque me resisto con todas mis fuerzas, él no hace esfuerzo alguno para conseguir inmovilizarme.

Mientras rodea el coche para llegar a su sitio, la fila de coches que se ha formado tras él no deja de pitar. Él levanta el dedo corazón y les grita «¡Que os jodan!», lo que hace que le piten mucho más.

Se monta al volante, pulsa un botón y las puertas se bajan. He sido incapaz de desabrocharme el cinturón en este tiempo, parece que no son como los normales. Pisa el acelerador y salimos de aquí a todo gas.

No dice nada, solo conduce.

—¿Has comprobado por ti misma que te puede secuestrar cualquiera sin que lo detenga nadie?

—¡Sí, he comprobado que me ha secuestrado un *gilipollas*!

—No vuelvas a ir sola de noche.

—¡¿Pero a ti qué te importa lo que yo haga?! —No lo entiendo. Me voy a volver loca de verdad.

—Me importa y punto.

Decido no hablar nada más, que me lleve a casa y ya está. Miro por la ventana la ciudad iluminada en silencio. Probablemente sea un desequilibrado mental y lo

esté cabreando. Es la única explicación que puede haber para todo esto.

No parece que vayamos en dirección a mi casa. Ha salido a la M-30 y después ha tomado la salida de la A-6. ¿Vamos en dirección al aeropuerto? Prácticamente va a la velocidad de la luz. Antes de que me dé cuenta, se mete por un camino y se detiene en una puerta de hierro, pasa la huella dactilar por una pantalla y se abren las enormes puertas.

Sorprendentemente no tengo miedo.

—¿Estamos a La Finca? —pregunto intrigada.

—Sí.

Recorremos toda la avenida central ajardinada y llegamos a una mansión inmensa. Es de color blanco y tiene remates en negro. La palabra «moderna» no sería suficiente para definirla, es vanguardista y parece indeciblemente lujosa. Hace honor a su propietario, igual de indecente.

Saca un mando de un pequeño cajón escondido al lado del volante, lo pulsa y se abren las puertas. Pasamos con el motor en ralentí hasta estar delante de la mansión, donde se abre otra puerta, entra y aparca el coche. Todas las luces se van encendiendo a nuestro paso.

Las alas de gaviota se vuelven a levantar. No estoy segura de querer abandonar el coche, no sé lo que me voy a encontrar ahí fuera.

Ares se agacha sobre mí y pulsa el botón que abre el cinturón de seguridad. Lo tenía justo delante de mis narices y no he sido capaz de dar con él. Permanezco aquí sentada.

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche? —Se ha apoyado en el techo del coche y me mira intrigado.

—Sí.

—Vamos, Keira, sólo quiero hablar contigo. —Sigue observándome.

—No tenemos nada de qué hablar, llévame a mi casa. —Quiero romper cosas, me siento tan impotente.

—En cuanto te enseñe algo, lo haré.

—Esto es secuestro —lo reprendo, pero pasa de mí.

Me tiende la mano para ayudarme a salir del vehículo, pero la rechazo y salgo yo sola.

Las puertas de gaviota se bajan solas. Nunca pensé que montaría en semejante coche en toda mi vida.

Un ascensor transparente nos lleva hasta la primera planta. Las puertas se abren y él me deja pasar primero. Todas las luces están encendidas.

—Bienvenida a mi humilde morada. —Su voz resuena en mis oídos, haciéndome estremecer.

Cuando levanto la vista del suelo, descubro un espacio digno de ser premiado por las revistas más prestigiosas de decoración de interiores. ¡Qué pasada!

Todo es minimalista, de diseño, en tonalidades grises, blancas y negras. No hay notas de color. Los cuadros que decoran alguna de las paredes son figuras abstractas en los mismos tonos. Se respira armonía y equilibrio, pero también mucha frialdad.

—Dame el abrigo.

Me quito los guantes, la bufanda y el abrigo y se lo entrego todo hecho una pelota. Él lo mira con desdén. Se mete por una puerta y sale al momento sin nada en las manos.

—Toma asiento, por favor.

Obedezco y me siento en un sillón negro de cuero que tengo a mi derecha. Me estoy poniendo nerviosa.

—¿Te apetece tomar algo?

—Morfina.

—Muy graciosa.

Se va un momento y vuelve con una botella de tequila y dos vasos.

—Recién traída de mi tierra —me la enseña—, toda una delicatesen.

Antes de servir los dos vasos, recubre escrupulosamente el borde de cada uno de ellos en una bandejita con sal y les clava unas rodajas de limón. Después vierte el líquido con sumo cuidado.

Me ofrece uno. Lo cojo. Mientras él levanta el suyo para brindar, yo me bebo el mío de un trago, ante su atónita mirada, sin ceremonias de sal ni leches.

—Dispara, Hunter, no tengo toda la noche. —Pongo el vaso sobre el cristal, junto al posavasos. Él me aniquila con su mirada. Me reclino en el sofá, cruzándome de brazos y piernas, sosteniéndole la mirada.

—De acuerdo, iré al grano, pero antes quiero que sepas que eres la primera mujer que entra en la guarida del lobo.

—¡Oh, qué privilegiada soy! —Me pongo la mano sobre el corazón teatralmente.

—No te haces una idea... está bien, Keira, ¿qué quieres de mí? —Está de pie, frente a mí, mirándome.

—Que te desintegres y desaparezcas de mi vida —respondo sin dudar.

—Lo haré si es lo que realmente deseas. —Se pone de cuclillas delante de mí, sin perder el contacto visual en ningún momento. Me abre las piernas y se mete entre ellas, apoyando sus codos en mis rodillas, entonces mis piernas comienzan a temblar—. Aunque algo me dice que no me estás diciendo la verdad.

Baja una de sus manos y me acaricia la pierna, desde el tobillo hasta el interior de mis muslos. Yo doy un respingo.

—Con solo tocarte vibras, Keira —me dice con lujuria extrema en sus ojos—, y me haces vibrar a mí... —cierra los ojos y suspira.

Su mano asciende lentamente por mi cuerpo, pasando entre mis pechos, hasta que llega al cuello, lo rodea con fuerza y me inclina hacia adelante, posicionándome a escasos milímetros de su boca. Me gustaría levantarme y marcharme de aquí, pero ejerce un poder brutal sobre mí y con una sola caricia hace que esté deseando que me dé más y me haga suya.

—Repito. ¿Qué quieres de mí? —Sus ojos me traspasan.

—Corazones —digo esto, confiando en que al escucharlo saldrá corriendo, aunque en el fondo haya algo de verdad en ello, jamás se lo confesaría.

—Eso me temía.

Se levanta de golpe y rompe ese momento mágico que se acababa de crear entre nosotros.

—No puedo darte lo que pretendes.

—Lo sé. Tampoco lo quiero.

—Acabas de decirme que quieres corazones. —Entrecierra sus ojos, espero que no haya pillado mi trampa.

—Eso querría en el hipotético caso de que no estuvieras chiflado. En realidad, no quiero nada que tenga que ver contigo. —No sé por qué estoy hablándole, no se lo merece.

—Sé que no lo entenderás, Keira, solo puedo decirte que lo único con lo que puedes contar es con mi cuerpo, mi corazón no puede pertenecer a nadie.

—¿Entonces por qué me seduces para que me entregue a ti? ¿Por qué me haces creer que me vas a dar más y después desapareces? —No aguanto más la incertidumbre. Aunque me diga que es solo sexo, siento que no es así. Me niego a pensar que sea tan rastroso, eso sería no tener corazón.

—Porque es mi modo de vida. Te he traído aquí para demostrarte que, aún siendo así, puedes confiar en mí —habla con resentimiento.

—¿No quiero confiar en ti! Si no me puedes ofrecer nada más que sexo, no lo quiero, ¡no quiero nada de ti Ares! Aprende a vivir con eso. No todas las mujeres caen rendidas a tus pies —me he levantado del sillón y le estoy gritando, me saca de mis casillas.

—Necesito que confíes en mí, no puedo decirte más. —Se revuelve el pelo, pensativo, está nervioso por algún motivo—. Nunca antes he sentido lo que siento estando contigo, Keira. Me encuentro en una encrucijada. Me gustas, me vuelves loco cada vez que me retas. Follar contigo ha sido lo más fuerte que he sentido jamás, pero no puedo ofrecerte nada más que eso. —Se levanta también, poniéndose frente a mí.

—De acuerdo, pues no lo quiero.

—¿Por qué no? Tú también lo sientes, no puedes negarlo.

Esta vez me coge por el culo, como a un mono, y me lleva hasta una sala contigua, donde hay un sofá redondo y gigantesco. Me tira allí.

Yo me incorporo, pero enseguida se pone sobre mí y me retiene con el peso de su cuerpo.

—¿Sientes esto? —aprieta su miembro erecto contra mí.

—No siento nada —miento porque todo mi cuerpo suplica por él.

—¿Nada? —Baja sus manos, y con un movimiento certero me saca el jersey por encima de los brazos, volviendo enseguida a ponerse sobre mí para que no me levante. Me besa los pechos con tantas ganas que provoca que arquee la espalda de placer.

Aunque intente evitarlo, este hombre hace con mi cuerpo lo que quiere, es tenerle delante y volverme tonta.

Mientras devora mis pechos hambriento, me mira salvaje, está poseído, intento contener los gemidos, pero se escapan entre mis labios. Después me besa en la boca. Sus besos. «Los he echado tanto de menos...». Este hombre me convierte en una *ninfómana*.

—¿Por qué quieres privarnos de esto, Keira?

Me desabrocha los pantalones y me los baja, junto con las braguitas. Sin darme cuenta ni siquiera de qué va a hacer, se mete entre mis piernas y devora ansioso mi sexo. Ahora sí que se me escapa un grito de placer absoluto, mientras me aferro a su pelo, continúa hundido entre mis piernas. No creo que nadie sepa hacer esto mejor que él, ¡por Dios...!

No puedo evitarlo y comienzo a jadear cuando el orgasmo se apodera de mi ser.

—Disfruta del mejor sexo de tu vida y no pienses en nada más —me dice relamiéndose—. Nos lo merecemos.

Se baja los pantalones de un solo movimiento y me penetra sin dudar. Me siento completa cuando está dentro de mí. Le araño toda la espalda.

Cuando hemos terminado, los dos a la vez, permanece un momento dentro de mí, todavía latiendo, intentando recobrar el aliento y suspirando contra mi boca.

—Realmente es increíble lo que me haces sentir, Keira, es pura química lo que hay entre nosotros, encajamos a la perfección... —Me besa.

—Pero yo no concibo el sexo sin amor, Ares, no podría soportar verte con otra mujer, me destrozaría. —Si quiere las cartas sobre la mesa, aquí las tiene.

—¿Te has enamorado de mí? —suena muy serio, me da hasta un poco de miedo.

—No —vuelvo a mentir, aunque creo que él también lo sabe. A lo mejor debería haberle dicho que sí, para alejarlo definitivamente de mí, pero tampoco tengo la garantía de que vaya a ser así.

—Entiendo.

Sale de mí y se marcha, dejándome sola sobre el sofá. Ahora me doy cuenta que el techo está acristalado y se ven las estrellas. Yo aprovecho para volverme a vestir y regresar al salón.

Aparece ataviado con un chándal, a este hombre todo le sienta de lujo. Me entrega mi abrigo y lo que antes era una pelota, ahora es una bufanda, un gorro y unos guantes perfectamente doblados.

—Te llevaré a casa. —Otra vez es el Ares distante y frío.

—Por favor.

Durante el camino de vuelta ninguno de los dos dice nada.

Aparca en frente de mi casa y abre las puertas, pero esta vez no se baja, espera a que salga del coche y yo sola.

Cuando ya estoy en la calle, baja las puertas, pega un acelerón y desaparece de mi vista a toda velocidad.

Otra vez me siento sucia y abandonada.

¿Qué me sucede cuando estoy con él? No puedo permitir que esto vuelva a ocurrir, ahora que me ha dejado claro que nunca sentirá nada por mí. Aunque siempre lo ha hecho, ¿no?

No entiendo nada, debe ser que estoy chafada a la antigua y las relaciones modernas son así.

Cuando salgo de la ducha me encuentro un wasap suyo:

No puedo darte lo que quieres, tarde o temprano te fallaría.

Ares:

Keira:

Ya lo has hecho.

Me acuesto abrazada a *Gólum*, intentando comprender por qué me ha llevado a su casa y por qué quiere que me fie de él, si solo pretende acostarse conmigo de vez en cuando.

Estoy exhausta de tantas emociones.

Pongo *Rosas de La Oreja de Van Gogh*.

«*Yes que empiezo a pensar que el amor verdadero es tan solo el primero, y es que empiezo a sospechar, que los demás son solo para olvidar... La esperanza me dice quieta, hoy quizás sí...*».

Me quedo dormida.



El *Wellness Beauty* marcha fenomenalmente. Están las citas completas hasta dentro de tres meses, con lo cual estamos muy contentas.

No le he contado a Emma mi visita a La Finca, evidentemente no lo entendería. Y yo intento olvidarme de ello cada día.

La tal Judith Navarro ha llamado para disculparse conmigo varias veces, pero no me he querido encontrar disponible. Emma, por su cuenta y riesgo, alegando que será bueno para el negocio, le ha cedido «el honor de tomarse un café conmigo», palabras textuales.

Hemos quedado en el Starbucks de enfrente de la clínica a las 12.00 de la mañana.

Entro en la cafetería. Saludo a las camareras, y a las conozco de venir todos los días. Miro las mesas y descubro que ella ya está allí, sentada en un rincón, al lado de la ventana. Me pido el café con leche fría de siempre y me acerco hasta su sitio. Ella me mira, sonriente y se levanta.

—¡Señorita Amor! —Se detiene en seco y lo enmienda rápidamente—. Perdón, Keira. Antes de nada, me gustaría darle las gracias por haber aceptado venir.

—Si te soy sincera, me ha obligado mi amiga, y yo solo quería que te despidieran. —Tomo asiento, sin estrechar su mano.

—Y lo hicieron, tranquila —declara.

—¡Oh! —Vaya corte, estaba bromeando—. Lo siento, yo...

—No se preocupe, me ha venido bien para hacer otro tipo de cosas. Ahora estoy en otra cadena. —Se sienta también.

—Llámame de tú por favor, soy más joven que tú —lo estoy mejorando por momentos—, creo. Además me haces sentir mayor.

—De acuerdo, gracias.

Estamos sentadas una frente a la otra.

—Quería disculparme por ser tan idiota contigo aquella noche, me dejé llevar por prejuicios personales y no supe separarlos del ámbito profesional. Estoy muy avergonzada por ello, como ya viste, te envié el reportaje para que lo puedas montar con otra compañía. Para minimizar los daños ocasionados por mi

incompetencia.

—Pero yo no te conozco de nada, ¿qué prejuicios puedes tener contra mí? —Estoy alucinando con esta chica.

—Ares Hunter fue mi... No sé cómo llamarlo, mi chico.

Me quedo helada.

—Me persiguió sin darme tregua, todo un *romeo*, todo iba increíblemente bien, hasta que me acosté con él y al día siguiente decidió que era una interesada, que solo le quería por su dinero y desapareció.

—Ya... —Muy propio de él, la verdad—. ¿Y qué pinto yo en esa historia?

—Tú apareciste con él la noche del aniversario del Ritz, todos los medios decían que eras su actual pareja. Nunca se le han conocido novias, solo aventuras pasajeras. Mi error fue que me creí especial. Simplemente lo pagué contigo. Lo siento, estoy avergonzada.

—¿Es verdad! Estabas allí, le preguntaste que si yo no era una interesada, ahora lo recuerdo. —No la había reconocido.

—Solo quería advertirte una cosa, aunque pienses que lo hago por despecho, lo hago para que mi conciencia esté tranquila. Siento que de alguna manera estoy en deuda contigo. Y a mí me hubiera gustado que alguien me hubiera advertido antes.

—Me empiezas a asustar —admito.

—Él colecciona mujeres. No estoy segura de por qué, ni cuándo, ni dónde, pero está metido en una especie de juego, cuando te has acostado con él, desaparece. Lo hace con todas. Va sumando puntos o algo así, todavía no he averiguado mucho más.

—Eso no es posible... —estoy con la boca abierta.

—Es difícil de creer, pero es la cruda realidad —parece sincera.

—Aunque eso fuera cierto, sigo sin saber qué tengo que ver yo aquí.

—Tú eres la siguiente en su lista, está tejiendo la tela de araña. ¿Te ha dicho ya que nunca ha sentido nada por nadie, pero que tú eres especial? Después vendrá el «es solo sexo, no te enamores» y otras lindezas. Cuando haya conseguido tu confianza, te acostarás con él y desaparecerá.

El pulso se me acelera.

—No, no me ha dicho nada de eso, solo hemos coincidido un par de veces, no somos nada —miento.

—Bueno, yo ya te he advertido, lo demás depende de ti, pero si no quieres que destroce tu corazón, te aconsejo que no lo dejes llegar a ti. Aquí tienes mi tarjeta, por si me necesitas. —Se levanta y se marcha sin decir nada más.

Me quedo aquí sentada un buen rato, mirando por la ventana a la gente pasar.

Si ella está todavía enamorada de él, es lógico que no quiera que ninguna otra ocupe su lugar, pero inventarse todo ese rollo sobre coleccionar mujeres... Creo que es pasarse de la raya.

¿Tendrá algo de razón?

Me llama la atención que haya dicho exactamente las cosas que me ha confesado Ares anoche, aunque no ha nombrado La Finca en ningún momento...

De todas formas, me da igual que colecciona mujeres, gorras, o cromos, porque espero no volver a verlo nunca más. Lo ahuyenté al decirle que quería corazones, salió corriendo despavorido. No espero volver a saber nada más de él.

Al volver a la clínica, Emma está en la recepción demasiado seria. Es raro no verle los dientes.

—¡Hola! ¿Qué pasa, has visto un fantasma? —le pregunto.

—Más o menos —dice muy seria.

—Emma dime qué sucede, me estás asustando. —Suelto mi abrigo en el ropero.

—Jairo.

—¿¡Qué!?! —Me giro rápidamente para mirar a mi amiga.

—Ha estado aquí. —Me mira.

—¿¡QUÉ!?!

Mi corazón comienza a latir a un ritmo trepidante. No sé si he escuchado a Emma decir eso, o ha sido producto de mi imaginación.

—Te está buscando, Keira.

—Emma, eso no puede ser posible. —Me llevo las manos a la frente.

—Ya lo sé, pero es cierto. Yo todavía estoy en *shock*.

—¿Estás segura de que era él? —Seguro que lo ha confundido con otro.

—Está muy cambiado, pero es inconfundible. Hasta nos hemos dado un abrazo.

Las lágrimas corren a borbotones por mis mejillas. Esto era lo último que me faltaba para acabar de volverme completamente loca. Mi cerebro ha colapsado, solo veo panderetas de colores en mi mente.

Me dejo caer en un sillón, tapándome la cara. Emma sale del mostrador corriendo a abrazarme.

—No quiero verlo, si lo vuelvo a ver, todos estos años luchando por olvidarlo, no me habrán servido para nada. —No puedo parar de llorar. Estoy sufriendo una crisis de ansiedad en toda regla.

—Ya lo sé, Kei, por eso no le he dado ninguna información sobre ti, me ha pedido tu número de teléfono, pero le he dicho que no querías saber nada de él.

—¿Y qué ha contestado?

Me mira preocupada, no sabe si decírmelo o no. Suspira y dice:

—Que volverá.

Millones de nervios se apoderan de mi ser, no puedo razonar. No logro pensar con claridad. No aguanto más, tengo que relajarme.



A las 9.00 de la noche, salimos Emma y yo por la puerta del centro. Mientras los chicos de seguridad echan el cierre, nosotras nos dirigimos como muertas vivientes hacia la parada de taxis donde nos espera Pepe.

Estos primeros días estamos haciendo una maratón de horas extras, hasta que esté todo en orden y marche sobre ruedas. Después ya nos pondremos el horario que nos venga en gana a cada una, pero hasta entonces, acabamos agotadas cada día. Cosa que ahora mismo agradezco, porque me ayuda a no pensar demasiado.

Una vez saludado Pepe y ya las dos sentadas en el taxi, me dice Emma:

—Creo que necesito una copa.

—Yo necesito una botella.

—¿Vamos al Neus? —me sugiere con cara de ilusión.

—¡Sí! —De repente, he dejado de estar cansada.

—¡Pepe! —gritamos las dos.

El Neus alguna vez fue un bar de moda en Vallecas. Hoy en día es un sitio donde ponen música *rock* de los 80, muy oscuro, y donde solo acuden específicamente unos cuantos que saben que existe, a disfrutar de la buena música un rato.

Cuando estábamos estudiando la carrera, lo descubrimos una noche de camino al Excálibur y desde entonces no había día que no pasáramos por allí antes de meternos en el mundo oscuro, para bebernos unas cervecitas tranquilamente y contarnos qué tal ha ido el día. Era nuestro punto de encuentro, al principio de Emma y mía, después, de muchos amigos que fuimos haciendo durante aquellos años.

Entramos por la puerta, *Stairway to heaven* de Led Zeppelin suena de fondo. Hace como mínimo cuatro años que no veníamos, lo primero que hacemos es mirar a la barra, para comprobar que allí sigue *el Garfio*, un señor mayor de unos cincuenta años, con el pelo largo y completamente blanco. Lo llamaban así porque decían que tenía gancho para los negocios. Obviamente fue en otra época. Nada más sentarnos en los taburetes de la barra nos mira extrañado, será porque haya entrado alguien menor de ochenta años. Esto está vacío.

No lo recordaba tan lúgubre ni deteriorado.

—¡Frosstias! —se pone una mano en la frente, parece que na visto una alocucion.

—¿Qué pasa, *Garfio*, ya no te acuerdas de nosotras? —le dice Emma riendo.

—¡Madre mía, chicas, qué alegría! —sale de detrás de la barra, cosa poco habitual en él, siempre había pensado que no tenía piernas, y nos da un gran abrazo—. ¿Qué es de vuestra vida?

—Pues ahora mismo somos jóvenes empresarias, como tú —le responde Emma, dándole una palmada en su brazo gordo.

—Pues espero que os vaya mejor que a mí —dice triste—, pero, ¿qué os trae por aquí chicas?

Nos sirve dos jarras de cerveza sin preguntarnos antes qué queremos tomar, como si hubiéramos venido ayer.

—Hemos venido a pasar un rato en compañía de la buena música que nos pones, amigo —le respondo.

—¡Hemos venido a cogernos un buen *pedo*! —Ríe Emma, brindando con su jarra.

—¡Pues que así sea, chicas! Brindo por ello con vosotras. —Bebe de su jarra, riendo—. Me alegra ver que estáis bien y saber que os va mejor.

—No nos podemos quejar —le digo encogiéndome de hombros.

—Pues parece que la rueda está girando en la misma dirección, ayer, sin ir más lejos, estuvo aquí uno de tus amigos, Keira. —*Garfio* sigue bebiendo mientras suelta la bomba.

Yo siento que los nervios se concentran en mi estómago y miro instintivamente hacia la puerta.

—¿Jairo? —le pregunta Emma.

—Sí, el chico rubio de pelo largo, el de la moto. Me acordé de ti al verlo y hoy de repente estás tú aquí. ¡Qué casualidad!, ¿eh? —él lo cuenta como una anécdota normal, ni se imagina que todavía siento algo por él. —Bueno chicas, os dejo tranquilas para que habléis de vuestras cosas, ya sabéis que si necesitáis algo me dais en la cabina.

—¿Y las copas? —Emma va a lo suyo.

—Servíos vosotras mismas, invita la casa.

Se mete en un reservado que hay al lado de la barra para poner la música. Lo que pasa es que lo hace poniéndose también unos cascos enormes, que no le permiten escuchar nada más. Hay veces que no pasan más cosas malas porque Dios no quiere, porque a este pobre hombre, aquí solo, en medio de la nada, escuchando música, si no le han robado o hecho algo... raro es.

—¿Para qué crees que te estará buscando después de tanto tiempo, tía? —Emma entra directa a matar, no se anda con rodeos.

—No lo sé, lo que está claro es que no se lo voy a poner fácil.

—¡Nunca se lo pusiste fácil!

—Más de lo que se merecía...

Estamos unas dos horas bebiendo cerveza y riendo. Nos acordamos de todas las trastadas que hacíamos en aquellos años locos y lo que hemos cambiado las dos. Yo más que ella, por lo visto.

Dejamos el dinero al *Garfio* sobre la barra y prometemos volver.

Llamamos a Pepe, que viene a buscarnos. Primero me lleva a mi casa y después deja a Emma en el Ritz.

Entro en casa, lanzo mis zapatos por los aires. Cuelgo el abrigo y el bolso de mala manera en el perchero de la entrada. Dejo las llaves en el cesto y entro al salón.

Allí me espera mi bola de pelo blanca, repanchingada boca arriba en el sofá. Acaba de despertarse al encender la luz. Me mira con los ojos entrecerrados, sin comprender en qué mundo está realmente, si en este, o en el que se estuviera soñando.

—*Gólum*, un día vas a morir de pereza. No puede ser que tu vida consista en estar tirado por todos los sitios de la casa.

Me mira con desgana. Se deja caer del sofá con mucha pereza y viene lentamente hasta mí, parece que se vaya a quedar dormido en uno de esos pasos. Se sienta a mi lado y se lame una pata.

Me preparo la cena y me siento en el sofá para comer. Son las 12.00 de la noche, mañana madrugo, pero si me acuesto sin haber comido nada, después de los litros de cerveza que he bebido, tendré una resaca de caballo.

Mientras veo la tele, suena mi móvil, supongo que es Emma, para decirme que ha llegado bien, o que Cristian la ha echado del hotel por estar pedo, pero no, se trata de un número desconocido. Arrugo la nariz y pincho en el número, para descubrir el mensaje.

Número desconocido:

Hola pequeña. Sé que no vas a querer, pero tenemos que vernos. Jairo.

Para mi sorpresa, el mensaje viene acompañado de un clip de audio, nada más y nada menos que *Please forgive me* de Bryan Adams. Cuando termino de escuchar la canción, estoy muerta por dentro. Ha removido todo mi pasado en esos tres minutos que dura. Me rindo.

El móvil cae al suelo. Y allí se queda hecho pedazos.

Mis manos no han sido capaces de sostenerlo.

Mis ojos se clavan en la pared que tengo frente a mí. No soy capaz de pensar en nada. Tengo la mirada perdida.



Era la primera vez que iba a Madrid.

En plena glorieta de Bilbao, se alzaba un palacio renacentista, que ocupaba una manzana entera, con tres plantas de altura en cada ala del edificio, se trataba de la prestigiosa residencia para estudiantes, femeninas, de María Inmaculada. Si os imagináis un convento austero, borrarlo de la mente. Esto era lujoso por todos sitios: suelos de mármol que enceraban cada día, muebles de hierro forjado y madera maciza, patios con plantas tropicales dignas del Palacio Real, salas con ordenadores, sala de cine, biblioteca, restaurante, bar... Yo me quedé con la boca abierta cuando Sor Amparo, la directora de la «resi», me enseñó las instalaciones.

Mis padres llevaban todo el verano comprándome cosas, creerían que me iba a la guerra, o que en Madrid todavía no se habían inventado las tiendas. Cuando entramos en el *parking* de la residencia, parecía que nos estábamos trasladando los tres allí. Tuvimos que dar más de veinte viajes desde el *parking* hasta la habitación para llevar todas aquellas pertenencias «básicas»: desde mantas, hasta libros, pasando por un frigorífico pequeño y un árbol de Navidad... Todo lo necesario para que cualquier persona, medio normal, pudiera vivir cómodamente durante años, sin necesidad de salir al exterior, iba metido en nuestro coche.

Mi madre estaba muy nerviosa, era normal, su niña del alma se iba a estudiar a una ciudad enorme, donde no conocían a nadie. ¡Estaba muerta de miedo! Mi padre lo estaría también, pero siempre ha sido más reservado y pensaría que con una histérica en casa ya teníamos suficiente. Además en aquellos entonces no había móviles, bueno, no había móviles que cupieran en el bolsillo, ya que parecían ladrillos. Por esta razón, no podía estar continuamente diciéndole «Sí mamá, sigo respirando» cada dos minutos, como a ella le hubiese gustado. Y todo esto la alteraba un poco. Bastante.

Mi madre había intentado varias veces convencerme para que me fuera a estudiar a una ciudad más pequeña, como por ejemplo Cáceres, donde además, casualmente, allí vivían mis tíos y abuelos, pero no me gustó demasiado la idea de tener vigilancia las veinticuatro horas. Los años de Universidad, como todo el mundo sabe, son para vivir la vida y si además apruebas una carrera, ¡has triunfado!

Por fin, después de muchas batallas perdidas, lágrimas y disgustos por ambas partes, gané la guerra: irme a estudiar a Madrid, mi sueño.

Pero como la última palabra la tenían ellos, y las condiciones para vivir en la capital también, decidieron llevarme a una residencia de «monjitas», entrañables, con unos horarios y unas normas muy estrictas. Mientras que al resto de mis amigas del pueblo, sus padres les compraron un piso para poder estudiar tranquilas.

Al principio, todo esto me pareció una fatalidad y una injusticia, pero después me alegré, porque gracias a ello, me sucedieron muchas cosas buenas, como por ejemplo: conocer a Emma.

Los primeros días lo pasé mal. Era la *apestada* de la residencia. Todas habían llegado antes que yo y ya habían formado los famosos grupitos. Tenía varias opciones, las pijas mega guay, las deportistas, las raras, las andrajosas... ¿Es que no había gente normal allí? Yo comía sola, iba sola a ver la televisión y en los fines de semana no salía con nadie. Me quedaba sola leyendo alguna novela romántica, que era mi única vía de escape. Mi único contacto con el «universo masculino».

Los días transcurrían lentamente, en la Universidad tampoco era la más popular, siempre estaba apartada del resto de la humanidad. Todo esto hacía que cada vez me sintiera más vulnerable, por lo que me entraba ansiedad y me ponía a comer. A mediados de enero de aquel año pesaba 97 kilos. ¡Todo un récord!

Siempre recordaré aquella tarde como el punto de partida de mi nueva vida. Estaba sentada en el sofá de la sala de cine y llegaron unas chicas, que bien podrían ser del «club de las animadoras»: rubias, altas, delgadas, maravillosas... Una de ellas se sentó prácticamente encima de mí, me miró con cara de asco y dijo:

—¡Quítate de en medio *vacaburra!* —Todas las demás se partían de la risa y yo me puse a llorar, no pude hacer nada más, estaba tocando fondo.

—¡*Vacaburra* será tu puta madre! —le respondió una chica bajita detrás de mí.

—¿Cómo dices, retaco? —le contestó la rubia.

—¡Digo que eres una zorra barata, de plástico malo y que además de eso, no tienes vergüenza, por meterte con esta pobre chica, que no te ha hecho nada!

No recuerdo nada más, porque todo se llenó enseguida de gente, mientras ellas dos se arrancaban los pelos. Las expulsaron a las dos de la residencia durante una semana por mala conducta, aunque yo me encargué de contarle a la directora lo que realmente había ocurrido.

La chica que me defendió aquella noche se convirtió en mi ángel de la guarda el resto de mi estancia en Madrid, y todavía, hoy en día, lo sigue siendo.

Gracias a la ayuda de Emma, me puse a correr con ella por las tardes, cuando llegábamos de clase, a comer sano y a salir de mi cuarto, aunque solo fuera para ir al suyo. Poco a poco fui adelgazando, hasta quedarme en mis maravillosos 60 kilitos, midiendo 178 centímetros.

A la vuelta de aquel verano, en octubre, sucedió todo.

Volvía a estar sola. Por un lado, mis amigas del pueblo eran de clase alta, habían hecho nuevas amistades durante el año anterior, por lo que se movían con gente y por sitios que yo no conocía, ni ellas se esforzaban demasiado en que lo hiciese. Por otro lado, Emma, mi única amiga, salía casi todas las noches, era una «gata callejera», como ella misma se autodenominaba. Conclusión, mientras todos salían de noche a divertirse, yo me quedaba en la residencia leyendo.

Hasta que un buen día, mi amiga me dijo:

—¡Tienes veinte años, por el amor de Dios, diviértete un poco!

Me convenció para irme con ella una noche de fiesta. Pero sus fiestas no eran como todos podéis imaginar, ella salía por antros raros, de música rara y gente aún más rara, o al menos eso pensaba yo al principio.

Firmamos una autorización a las monjas, diciendo que nos íbamos a casa de una amiga a estudiar, por si llamaban los padres, que estuvieran tranquilos.

Cuando quedamos en el vestíbulo de la residencia para salir, recuerdo que me miró de arriba abajo con cara de asco y me agarró por el brazo, arrastrándome por los pasillos, para lo pequeña que era tenía una fuerza descomunal.

—Vamos ahora mismo arriba a cambiarte, ¡tú así no vienes conmigo! —protestaba.

Yo me miraba anonadada, pues lo que llevaba era la ropa más normal del mundo, me advirtió que no me arreglase, así es que me puse unos vaqueros y un jersey rosa, muy monos, no veía el problema.

Subimos a su cuarto y me plantó unos pantalones negros de cuero, unos tacones, una camiseta negra de tirantes ajustada, con otra más ancha por encima, que tenía un dibujo horroroso de uno de sus grupos de música rara. Me soltó la coleta y me alborotó el pelo. Me maquilló la raya negra de los ojos y me miró con orgullo.

—¡Madre mía, vaya *pibón*! —Silbó orgullosa de su creación.

Yo no quise ni mirarme al espejo.

Llegamos al Excálibur sobre las 2.00 de la madrugada. Emma no me había advertido dónde íbamos, quiso ver mi cara en vivo, confesó después. Nos abrieron las puertas unos señores que parecían vampiros, porque llevaban unos abrigos de cuero largo hasta los pies. En ese preciso momento fue cuando empecé a temblar. Bajamos unas escaleras y abrimos una puerta de madera vieja, para entrar en la sala, donde la música estaba tan alta que no nos dejaba ni hablar. Me quedé paralizada cuando entré en aquel sitio. Estuve a punto de salir corriendo a la calle.

No eran góticos ni pertenecían a ningún gueto en especial. Era gente joven, normal, la mayoría tenía el pelo largo, vestidos con camisetas de grupos *heavies*, como la que llevaba yo, con la peculiaridad de que ellos eran roqueros y yo era una farsante infiltrada en su mundo.

—¡Bienvenida al *templo del Rock*, Keira! —Emma se estaba divirtiendo de lo lindo mirando mis caras. La primera vez que salía por Madrid y me metía allí. No tuvo ningún tacto conmigo.

Esa primera noche me limité a esconderme detrás de ella. Cada vez que un chico se acercaba para ligar conmigo, ella los espantaba diciendo que éramos lesbianas. La verdad es que causé sensación, me dijeron más piropos en aquella noche, que en toda mi vida entera.

Pasó el tiempo y poco a poco Emma me fue transformando en un auténtico monstruo.

Adoraba ir al Excálibur. Estaba deseando que llegara el fin de semana para volver. Bebía litros y litros de alcohol, fumaba marihuana, me aprendí todas las canciones que sonaban.

Mientras yo me partía de risa con mi amiga, se formaban colas para ligar conmigo. Me encantaba mandar a los hombres a paseo. Me divertía hacerme de rogar para que luego sufrieran.

Era una diosa sin escrúpulos. En aquel mundo todos me conocían y respetaban. Me sentía poderosa, no tenía rival.

Toda esta revolución en mí, tanto física, como psicológica, se contagió a todos los ámbitos de mi vida. Yo caminaba con seguridad. Arrasaba con todo. La gente me admiraba. Todas las chicas querían ser mis amigas. Los hombres se giraban suspirando a mi paso, pero yo ignoraba a todos.

Estaba por encima del bien y del mal. Aquel era mi mundo, en el que yo ostentaba el poder absoluto.

Entonces sucedió.

Un chico nuevo entró aquella noche en el Excálibur. Era muy alto, fuerte, de pelo castaño, largo y rizado, lo llevaba en una especie de moño desaliñado atado a la altura de la nuca. Llevaba un casco de moto en el brazo. Llamó mi atención enseguida. Yo me encontraba hablando con Emma, planeando alguna locura de las nuestras, y de repente, me quedé en silencio, observándolo. Parecía que hubieran puesto un foco de luz sobre él. Era incapaz de apartar mis ojos de su imagen.

Se apoyó en la barra mientras esperaba a ser servido, lo cual me dejó entrever los músculos de sus brazos. ¡Qué brazos! ¡Qué hombros! Nos centramos... Parecía enfadado. Llamó al camarero para que le sirviera una copa. Entonces me miró. Fue solo una ráfaga, durante una milésima de segundo, porque yo enseguida retiré la mirada, pero sentí cómo una fuerza incomprensible se apoderó de mí en ese preciso instante. Me puse tan nerviosa, que me tuve que ir al baño para lavarme la cara.

«¿Qué te pasa, Keira?», me repetía a mí misma. Nunca antes había sentido algo tan fuerte.

El resto de la noche transcurrió sin incidentes. No lo volví a ver, pero lo buscaba entre la gente con disimulo. Cuando se encendieron las luces, que indicaban que ya era la hora de marcharse a casa, se me acercó, sin que me diera cuenta de por dónde había aparecido. Me susurró al oído, con una voz ronca: «No seas tan descarada ojazos». Reuní el valor suficiente para mirarlo a los ojos un solo instante, y descubrí, para mi sorpresa, que eran de un verde brillante. Creo que en ese preciso instante fue cuando me enamoré de él. Se giró, sin decir nada más y desapareció.

Allí me quedé petrificada, hasta que Emma consiguió sacarme bruscamente de mi ensoñación. Siempre ha sido tan sutil.

No pude pensar en otra cosa que no fueran los ojos de aquel chico el resto de la semana. Parecía aletargada, o «alelé» como me decía mi querida amiga.

La siguiente noche que volví a verle, estaba de nuevo en el Excálibur, esta vez rodeado de un montón de amigos. A cada cual parecía más peligroso, ninguno tenía pinta de ser un corderito. Hablaban entre ellos y reían despreocupados. Ninguno prestaba atención a lo que sucedía fuera de la pandilla. Él estaba en el centro, con una chica a cada lado, que lo acariciaban y lo besaban de vez en cuando. No puedo negarlo, sentí tantos celos que casi me doy la vuelta para marcharme a casa, pero me quedé e intenté no mirarlo.

Uno de sus amigos vino a saludarme, ya había intentado ligar conmigo otro día, pero con su ingeniosa insistencia, día tras día, nos acabamos haciendo amigos. Cuando estábamos charlando los dos alegremente, el rubio misterioso pasó por delante, miró a su amigo con cara de asesino y éste salió despavorido, sin darme explicaciones.

Todo era muy extraño. Desde aquel incidente con su amigo, él permaneció apartado del resto del grupo el resto de la noche, solo. Parecía que algo lo atormentaba. Estaba pensativo.

Una de las veces que le eché una ojeada rápida, para comprobar dónde estaba, me pilló y le sostuve la mirada unos segundos, hasta que mis nervios me obligaron a mirar hacia otro sitio. «¿Pero qué me sucedía con este chico?» Era al único que no me atrevía a mirar, ni siquiera de lejos.

Finalmente mandó a uno de sus «secuaces» a llamarme.

—*Morenaza*, dice Jairo que vayas.

—¿Y quién es Jairo si puede saberse? —Lo sabía de sobra.

—¿No sabes quién es Jairo? ¿En qué mundo vives? Todas las tías lo conocen. —Le faltó decir que todas las tías estaban deseosas de ser las elegidas.

—Pues le dices a tu *amiguito* que llame a otra, que a mí no me apetece ir.

—Se va a enfadar.

—Me parece estupendo. —Me giré dándole la espalda.

Se fue, aunque no demasiado convencido. Le esperaba una buena bronca por no cumplir con su cometido. Me recordó a la época de la Prehistoria, en la que el líder enviaba a cazar a un súbdito para él.

Al poco rato sentí que me agarraban por la cintura y me arrastraban hasta un rincón. Vi a Emma de reojo con la mandíbula hasta el suelo.

Cuando me quise dar cuenta de lo que sucedía, vi que el rubio me tenía acorralada contra la pared y me cortaba la salida con su cuerpo. Me miraba fijamente a los ojos, con deseo contenido, poniéndome a mil.

—Vamos a dejar las cositas claras, pequeña —me amenazó.

—¿Pequeña? ¿En serio?

—Shhhhh, shhhhh, shhhhh... —me interrumpió y planta un dedo sobre mis labios, dejándolo ahí—. Si te llamo, vienes.

—¿Estás de broma, no!? —No salía de mi asombro. Sentía una mezcla muy fuerte entre querer matarlo y besarlo.

—No dejas de buscarme entre la gente, ¿crees que no se te nota? Te haces la valiente, pero a la hora de la verdad tiembles como un cachorro asustado, a mí no me la das, sé que te gusto... pequeña. —Un atisbo de sonrisa apareció en sus labios, pero se le borró en cuanto intenté escaparme de allí.

Él me agarró las muñecas entre sus manos y las elevó por encima de mi cabeza, empostrándome contra la pared. Nos mirábamos y saltaban chispas.

—Bésame —me ordenó.

—¡Estás loco! —Me moría de ganas, pero no podía ser posible que un tío tan guapo fuese tan idiota.

—Lo estás deseando, y para serte sincero, yo también.

No sé de dónde saqué las fuerzas, pero me solté y salí corriendo, llamé a los chicos de seguridad y lo sacaron del local, arrastrándolo a la fuerza, no sin antes él asestarles un par de golpes a los dos agentes que se lo llevaban. Sus amigos salieron corriendo detrás de él para rescatarlo... No lo quise ni pensar.

—¡Ay madre, la que has liado! —repetía Emma de camino a casa.

Seguro que después de aquello me odiaría.

La siguiente vez que nos encontramos fue en el Neus. Yo estaba bebiéndome una copa, él pasó por delante de mí, me la quitó de las manos, sin ni siquiera detenerse, y se la bebió de un trago. No me dio tiempo ni a reaccionar. Emma lloraba de la risa por la cara de tonta que se me quedó.

Otro día me puse una mini falda de cuero con unas botas altas. Emma y yo estábamos bailando en la pista, él pasó por delante, se quedó mirándome y como no fue capaz de apartar la mirada de mis piernas, se chocó contra una pared. ¡Todavía me estoy riendo!

Y así estuvimos varios días, semanas... quizá meses, provocándonos uno al otro. Todos me decían que era un tipo bastante peligroso, el *cabecilla* de una banda de moteros, conocida no por sus buenos hábitos y que me anduviese con cuidado. Todas las mujeres babeaban por él.

Pero el día en el que todo cambió, fue aquel en el que, al salir del Excálibur para volver a casa, sobre las 6.00 de la madrugada, lo vi sentado en el respaldo del banco que estaba junto al metro, con las piernas abiertas y los codos apoyados en sus rodillas, mirando hacia abajo. Intenté pasar de largo, sin prestarle atención, pero no pude resistirme a mirarlo, entonces, como si notase mi mirada, levantó la vista.

—Keira.

—¡Oh, pero si sabe mi nombre el gran Jairo! ¡Qué afortunada soy! —dije teatralmente, poniéndome la mano en el pecho.

—¿Podemos hablar?

—¡No!

Continué andando y él me agarró por detrás.

—¡Suéltame imbécil! —grité mientras intentaba zafarme de él. Emma no sabía si reír o llorar. Sabía de sobra que yo estaba loca por él, pero también que era peligroso.

—¿Vas a escuchar lo que tengo que decirte? —me susurró al oído. Me tenía abrazada desde atrás, cruzándome los brazos con sus poderosas manos.

—¡No quiero que me digas nada maldito *capullo* engreído! —gritaba dando patadas al aire.

—Déjanos solos —le ordenó a Emma con un gesto de cabeza.

—¡De ninguna manera! Si no la sueltas, llamaré a la policía. —Mi amiga buscaba con la mirada una salida, pero entonces Jairo me soltó y me miró a los ojos.

—Por favor... será solo un momento. —Uf, ahí me terminé de quedar tonta.

—Emma, está bien, no pasa nada, vete a casa, que enseguida iré yo.

Mi amiga no se fue muy convencida, pero respetó mi decisión.

Cuando nos quedamos los dos solos, me miró fijamente.

—¿Vamos a dar una vuelta?

—Puedes hablar aquí. —Me dolían los pies de estar toda la noche con los tacones, lo último que me apetecía era dar un paseo.

—Vamos en mi moto. —Había oído rumores de que nunca había llevado a ninguna chica en la moto, para él era algo sagrado y no le gustaba compartirla con nadie.

—¿Dónde vamos? —Mi lado precavido seguía gritándome que no me fuera con él.

—A un sitio tranquilo, allí podremos hablar. —Miraba a su alrededor, seguramente para que no viniera su pandilla a fastidiarle el plan.

—¿Me estabas esperando a mí? —No me resistí a preguntárselo.

—Te llevo esperando toda mi vida.

Me quedé sin aliento, casi caí desmayada al suelo.

Entonces se subió en una Harley Davison plateada y negra, aparcada a un lado, parecía incluso pequeña entre sus piernas. La imagen podría haber servido perfectamente para cualquier revista de fantasías eróticas femeninas. Al menos alimentó las mías muchos años.

—¡Es preciosa!

—Nada que ver contigo, pequeña.

Me dio un casco y él se puso otro. Me subí a la parte de atrás y él arrancó. El motor rugió en plena madrugada. Al principio me dio un poco de miedo porque conducía demasiado deprisa y esquivaba a los coches como un loco. Después me fui relajando y me acostumbré a su locura. Cuando salimos a la carretera, me abracé a su cintura, apoyando mi cabeza en su gran espalda, suave por su cazadora de cuero.

Llegamos al Cerro del Tío Pío, un mirador desde el que se puede ver todo Madrid, de noche iluminado no tiene parangón. Era increíblemente hermoso, y las vistas también. Apagó la moto, nos quitamos los cascos, puso la pata de cabra y se dio la vuelta, pasando mis piernas por encima de las suyas, de tal manera que estábamos los dos sentados en la moto, uno frente al otro.

—Creo que ya está bien de tanto «jueguito» —me dijo en un tono muy serio.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes de sobra, y también sabes que me vuelves loco. —Esos ojos verdes chispeaban al mirarme.

—Eso se lo dices a todas.

—No aguanto ni un minuto más sin besarte, Keira.

Me miraba fijamente, con las pupilas dilatadas, llenas de promesas lujuriosas que me hacían perder la cabeza por completo. Me hacía sentir libre. La única mujer en el mundo. Estando a su lado me sentía segura.

Me acarició tiernamente el cuello y sentí miles de calambres recorrer todo mi ser. Acercó lentamente sus labios a los míos, pero no llegó a besarme, esperó a que yo fuera la que recorriese el resto de la distancia. La recorrí enseguida, no pude resistirme. Y entonces la magia fluyó. Pasamos el resto de la noche así, besándonos, riéndonos, hablando, conociéndonos...

No tuvo un pasado fácil. Sus padres murieron en un accidente cuando era pequeño y desde entonces había estado deambulando entre casas de acogida y centros de menores. Sus amigos eran su única familia. Ninguno tenía buena fama, pero darían la vida por él sin dudarlo. Era una pena que no hubiera podido estudiar, porque era sumamente inteligente.

Cuando amaneció, me llevó a la residencia, con su correspondiente broma sobre las monjas y yo. Nos despedimos con un último beso, arrancó la moto para irse, pero se detuvo en seco.

Bajó de la moto, que dejó puesta en marcha en medio de la calle, me empujó contra la pared del edificio, me dio un beso que no olvidaré en mi vida y me dijo, mirándome a los ojos:

—A partir de ahora eres mía, de nadie más. —Y se marchó, dejándome temblando como un flan.

Me convertí en adicta de sus besos. Se presentaba cuando menos me lo esperaba en cualquier sitio para besarme, todas se morían de envidia, y después se marchaba sin más. No nos podíamos separar. Éramos la droga uno del otro.

Poco a poco me fui juntando con su pandilla, donde todos me conocían como «la piba de Jairo», lo que me convertía en intocable y respetable. Aunque ninguna de las chicas me respetó nunca, claro está, todas me odiaban a muerte.

Todos decían que él había cambiado. Pasó de ser un *matón* de barrio, con la mirada perdida, a un loco enamorado. Solo tenía ojos para mí y lo demás le daba igual. A mí me pasaba lo mismo. Aunque no era una relación tóxica, donde solo estábamos los dos, estábamos siempre rodeados de amigos, bromeando, riendo... Al terminar la noche, era cuando buscábamos nuestro tiempo de intimidad.

Él fue el primero que me hizo el amor. Nunca antes había sentido esa conexión tan especial con nadie. En la cama éramos uno solo, nos complementábamos.

Me enseñó a amar. Me consintió todo. Me moldeó a su antojo. Yo era su debilidad y no se preocupaba de ocultarlo al mundo, porque estaba orgulloso de ello.

Fueron tres años viviendo en el «paraíso de Jairo».

Entonces sucedió la desgracia.

Mis amistades llevaban tiempo advirtiéndome de que ese chico no era para mí, que no íbamos a llegar a ningún sitio, porque veníamos de mundos demasiado diferentes. No teníamos futuro. Yo nunca quise verlo, con su amor era suficiente.

Pero un día cualquiera, cuando íbamos en su moto por Cibeles, un coche se saltó un *stop* y nos llevó por delante.

Yo estuve inconsciente en el hospital más de una semana con una fractura craneoencefálica grave. Cuando desperté, mis padres me dijeron que a él no le había pasado nada, salió completamente ileso, que ni siquiera había preguntado por mí. La policía les dijo que salió huyendo porque no tenía el seguro en regla. Ellos no querían que volviera a ver a ese sinvergüenza nunca más. Mis amigos corroboraron esa versión de la historia, incluida Emma.

Él no contestó a mis llamadas, ni a mis mensajes ni a mis correos electrónicos. Estaba desesperada, lo necesitaba. Emma me decía que no lo veía por los bares cuando salía.

Al cabo de unos meses, cuando estuve recuperada físicamente, volví al Excálibur.

Él estaba allí. Mi corazón se detuvo al verlo. Nos miramos. Ya no tenía esa mirada brillante, era una mirada perdida nuevamente, como si nada le importase. Su primer impulso nada más verme fue sonreír, creí que vendría corriendo a cogerme por los aires, como tantas veces hacía. Le hubiera perdonado absolutamente todo.

Pero lo que ocurrió fue muy distinto. Se acercó a una chica rubia que había a su lado y la besó.

Nunca más volví al Excálibur.

Y todavía no se ha recuperado mi alma.



Suena el despertador a las 7.00 de la mañana, pero lo apago sin dudar. Hoy no me apetece nada ir a correr. Prefiero seguir durmiendo, por lo que me doy media vuelta, arropándome hasta el cuello y me quedo dormida de nuevo.

Es curioso cómo cambia nuestro estado de ánimo, dependiendo de los sueños que tengamos durante la noche.

Me desperezo cuando estoy harta de tanto dormir, prácticamente sin ánimo. Me siento en el borde de la cama mirando al infinito. Siento como si me hubiesen puesto un yugo en la cabeza y tuviera que moverme con él encima. Estoy cansada. Abatida. Triste...

«¿Triste por qué?».

Entonces miles de recuerdos del pasado, a los que no tenía permitidos la entrada, se agolpan en mi cabeza. Me obligo a hacer algo para no pensar en ellos. Busco el móvil en la mesilla, pero no está. Nunca me acuesto sin tenerlo cerca, qué raro.

Me levanto de la cama, miro el despertador...

—¡Oh, Dios mío! ¡Las 12.00 de la mañana! —grito.

Corro por toda la casa sin ninguna dirección en concreto, mi cerebro no manda ninguna orden lógica para que haga nada. Por lo tanto, mis piernas no se complican, corren y ya está, ¿para qué detenerse a pensar cuando puedes correr? Será alguna célula antigua que me haya quedado de cuando nos perseguían los depredadores.

Cuando me dirijo corriendo hacia la cocina, descubro mi móvil hecho trizas en el suelo y entonces me detengo, todo encaja a la perfección de repente.

Lo recompongo, rezando para que funcione, al menos para poder llamar a Emma y suplicarle perdón por no aparecer en el trabajo.

¡Bien! Da señal.

—*Ya he llamado a la policía de todos los países, así es que hasta que encuentren tu cadáver no aparezcas por aquí, porque puedo cometer un asesinato* —me dice sin ni siquiera darme opción a hablar, aunque, para mi sorpresa, suena demasiado serena.

—Lo siento, me he quedado dormida. —Aprieto los dientes, esperando el chaparrón.

—*Hace tiempo que superamos eso, Amor, si sales, apechugas al día siguiente, si no, no salgas.* —Tiene razón, no tengo nada que objetar.

—¿Me perdonas? —pongo vocecilla de niña inocente.

—*¡Qué remedio!* —Suspira.

—En quince minutos estaré allí, te quiero *bolita*.

—*Pues yo ahora mismo no te quiero nada.* —Me cuelga.

Ella sola puede trabajar perfectamente, pero se siente a salvo si estoy yo por allí, para cualquier cosa que se tuerza, siempre va la mamá osa a resolverlo. La tengo demasiado consentida.

En cuanto el teléfono vuelve a cobrar vida, miro la pantalla. Descubro que hay 25 llamadas perdidas de Emma y un mensaje de un número desconocido...

«¡Jairo!».

Ahora entiendo mi estado de ánimo.

Lo vuelvo a leer una y otra vez, pero esta vez sin escuchar la canción, porque si no, me meteré en la cama el resto del día. Me pongo muy nerviosa de nuevo. Me llama «pequeña», como siempre. Tenemos que hablar... «¿Ahora? ¡Teníamos que haber hablado hace mucho tiempo!».

No entiendo nada. Solo tengo clara una cosa, y él también, que no quiero verlo.

Me meto corriendo en la ducha, me enjabono el pelo y el cuerpo en un minuto. Me aclaro rápidamente y me seco como puedo. Corro al armario, *Gólum* me mira divertido, parece que esté calibrando la captura de una posible presa, porque mueve la cola rápidamente. Apuesto lo que sea a que se muere por morderme las zapatillas.

Me pongo un mono blanco y negro enterizo de Channel, que con el cinturón de pedrería turquesa, da la sensación de que son dos piezas, pantalón y blusa, pero en realidad es una sola. Unos taconazos de tacón de aguja blancos de Hermes y el bolsazo turquesa de Loewe complementan mi poco afanado atuendo. Me miro en el espejo de la estrada antes de salir por la puerta, y he de admitir que estoy divina.

Entro por las puertas de la clínica con paso firme, como si fuera andando por la pasarela de Cibeles, el pelo al viento, todavía con mis enormes gafas de sol puestas, cuando...

«¡iiiiOH, DIOS MÍO!!!!!».

¡¿Es él?!

¡No puede ser él!

Aparece frente a mí un hombre alto, de pelo castaño peinado de punta y a lo loco, fuerte, con unos increíbles ojos verdes. Lleva un traje gris de Armani que le sienta como un guante, una camisa azul cielo, corbata gris... ¿Qué más? ¿He dicho ya que tiene unos ojos verdes de infarto?

—Sigues siendo la mujer más bella del mundo.

Yo continúo inerte frente a él, con las gafas puestas. Creo que he sufrido un ictus cerebral.

Avanza lentamente hasta llegar a mi altura, como si fuera a salir corriendo. La chica que está en la recepción babea también, no consigue avisarme de que se ha presentado inesperadamente una visita sin cita previa y que ésta, casualmente, está acercándose hasta mí.

Cuando llega hasta mi altura, me quita las gafas lentamente, entonces se produce un brutal impacto visual, que hace que la sangre deje de correrme por las venas, que el oxígeno no entre en mis pulmones y que el corazón me deje de funcionar. Mi cuerpo ha decidido desconectarse de la realidad. Me derrito. De nuevo vuelvo a estar perdida en ese verde intenso de sus ojos.

—Hola, Keira —me dice con una voz sensual.

Sonríe, pero no demasiado, hay algo oculto en su mirada. Tiene un rostro más maduro, más definido, pero la misma mirada mortal que me volvía completamente loca.

—Eres... tú.

Es lo único que consigo verbalizar después de todos estos años, una información completamente inteligente y novedosa. ¿Por qué en los momentos más cruciales de la vida de una mujer suceden este tipo de cosas absurdas?

—Mírate, eres una empresaria *millonetas*, justo lo que no querías ser —me dice sonriendo tranquilamente.

Se apoya con un codo en el mostrador de la recepción, cruza un pie por delante del otro y hace que a la recepcionista se le escape un suspiro. Tiene esa pincelada peligrosa que a las mujeres nos hace enloquecer.

—A ti tampoco parece que te haya ido mal la vida, ese traje no es de los chinos. —Al provocarme, he reaccionado, me sigue conociendo.

—No puedo quejarme. —Él no parece nervioso, más bien creo que está cómodo.

—¿Qué quieres Jairo? ¿Por qué has vuelto? —No quiero alargar mi agonía, se que cada segundo que pase junto a él, serán meses de sufrimiento.

—Necesito hablar contigo —se incorpora.

—No tenemos nada de qué hablar. —«¡Qué manía tienen ahora todos por hablar!».

Comienzo a andar hacia adelante, a lo mejor si entro en alguna de las salas, desaparezo para siempre.

—Te equivocas —intercepta mi huída.

—El que te hayas cortado la melena y lleves un traje de Armani no me va a convencer, he visto muchos como tú —lo intento esquivar.

—Keira, tan solo será un momento. —No me llega a tocar.

—Tuviste tu oportunidad de hablar hace muchos años y no la aprovechaste, ¡ya no existes para mí! —he levantado la voz sin darme cuenta.

—Lo sé —mira hacia abajo apretando la mandíbula—, pero no he venido a hablar de aquello. Tenemos que hablar de otro asunto, Keira, estás en peligro.

—¡Ja! ¿Y tú has venido a salvarme? —lo esquivo otra vez.

—Aunque te resulte difícil de creer, sí. —Viene detrás de mí, pero sin prisas, está seguro de lo que hace.

—¡Esto sí que es divertido! —Suelto una carcajada.

Me giro de repente, con lo que casi choca contra mí, lo miro directamente a los ojos, y apuntándolo con el dedo lo amenazo agresiva:

—¡Desaparece de mi vista para siempre, cobarde!

Le pego un portazo en toda la cara al cerrar la puerta de mi despacho. Y echo la llave por si acaso.

Paso el resto del día completamente desquiciada. Sé que ni mi ordenador, ni los bolígrafos, ni los empleados, tienen la culpa de mis problemas, pero son víctimas fáciles.

Lo recordaba guapo, pero es que ahora se ha convertido en el hombre más atractivo que he visto nunca, bueno, con una excepción. Rebose seguridad en sí mismo. Estoy segura de que sea dondequiera que trabaje, ostenta poder, siempre ha sido un líder nato. Hace que los demás se dobleguen ante su presencia.

Se respira en el ambiente la tensión sexual que hay entre nosotros. Es inevitable. No se puede disimular, pero, al menos, voy a intentar que no se vuelva a producir, de lo contrario moriré por combustión espontánea.

No me concentro en nada, todo lo que hago está relacionado o termina teniendo relación con dos ojos verdes... Y así no se puede trabajar.

«¡No me creo que lo haya tenido delante!».

Cuando son las 9.00 de la noche, Emma asoma su cabeza por la puerta para avisarme de que ya se va a casa, obviamente no sabe nada de nuestro encuentro. Le digo que me quedan todavía algunos documentos por firmar, que se vaya ella, más tarde me iré yo.

Sobre las 11.00 de la noche, salgo por la puerta de la clínica, les indico a los de seguridad que ya no queda nadie dentro, que pueden cerrar. Me dirijo en dirección

a la parada de taxis, donde me espera Pepe cada noche.

Escucho un silbido. Me giro, pero no veo a nadie cerca de mí.

Continúo andando y escucho otro silbido, entonces me doy cuenta que procede de un Porsche de color gris metalizado que hay aparcado frente a la puerta. Tiene los cristales tintados, por lo tanto no se distingue quién es el conductor.

He visto ese coche en varias revistas de gente muy rica. Lo que no quiere decir que el que esté dentro no sea un pirado, un pirado con pasta, pero pirado.

Mejor dejo de pensar y prosigo mi camino.

Continúo como si no hubiera escuchado nada, el coche entonces arranca y avanza despacio, a mi ritmo.

Paro en seco en un escaparate, disimulo, y el coche pega un frenazo. Contengo una sonrisa, lo he pillado desprevenido.

Cada vez que me detengo, el vehículo de detiene. Ya me empiezo a mosquear un poco.

Cuando llevamos un rato con el «juegucito», echo a correr por una calle peatonal. Me mezclo entre la gente con la esperanza de que, quien quiera que sea, me pierda de vista. Al cabo de un rato andando, miro hacia atrás, no veo rastro ni del coche, ni de ninguna persona que parezca seguirme. Entonces pienso «¿Cómo actuaría alguien que me estuviera siguiendo?», o lo que es lo mismo, «¿Cómo buscar entre la gente a alguien que crees que te está persiguiendo?». Es una pregunta que no tendrá nunca respuesta, ya que no creo que lleven un cartel que indique que son secuestradores ni nada parecido.

Creo que lo he conseguido. Nadie me sigue.

Ya estoy cerca de casa, así que decido seguir mi camino andando, el pobre Pepe no cobrará hoy. Me apunto una nota mental: «tengo que dar mi número de móvil a Pepe para estos casos».

Cuando por fin llego a la plaza de Santa Ana, me siento a salvo. Mi cuerpo se relaja.

Entonces:

—No conseguirás escapar, pequeña. —Jairo aparece frente a mí con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, lleva la misma ropa de esta mañana.

—¡Déjame en paz, te voy a denunciar por acoso!

Acelero el paso para llegar al portal, pero me agarra del brazo bruscamente, haciendo que me gire con el impulso. Agarra mis dos brazos con sus manos, a la altura de mis codos, con fuerza, atrayéndome hacia él. Nos miramos.

—Una vez que hablemos desapareceré para siempre de tu vida, te doy mi palabra —ya me ha embrujado con sus ojos, no puedo ni contestarle.

Me suelta y siento un ligero mareo, casi tengo que agarrarme a algo para no perder el equilibrio.

—Habla, te escucho. —Me cruzo de brazos delante de él.

—Aquí no podemos hablar, Keira —mira a su alrededor—, es peligroso.

—¿Y qué sitio sugieres tú como seguro?

—Tu casa.

—¡Ah! Sí claro, en eso estaba yo pensando...

—Keira, sé que es complicado, pero confía en mí.

Lo miro a los ojos. «¿Confío en él?».

—Por favor —me recuerda a la cara del gato de *Shrek*.

No sé por qué, mi sentido común dice que debería salir corriendo despavorida, pero hay algo en él que hace que me diga «salta» y yo salte del precipicio.

Continúo mi camino, seguida por él.



Estoy en la cocina. Todavía no he asimilado que mi ex esté ahí sentado en el sillón, acariciando a *Gólum*. Le está llenando su traje de diseño exclusivo, hecho a medida, de pelos blancos, pero no parece importarle. El gato traidor está ronroneando de lo lindo, disfrutando de las caricias de esas manos.

Me acerco hasta la mesa baja, observándolo. No dejo de pellizcarme el brazo. Quizá, en uno de los pellizcos consiga despertar de esta pesadilla.

He abierto una botella de vino, él ha tomado una copa y yo me estoy terminando la botella.

—Veo que algunas cosas no han cambiado. —Señala mi copa vacía.

—No creo que hayas venido a hablar de lo que bebo, así es que te agradecería que fueras directo al grano, mañana tengo que madrugar. —Lo apunto con una patata frita desde mi sillón. Me he sentado lo más lejos posible de él.

—Como quieras —carraspea y se incorpora en el sofá, lo que hace que *Gólum* salte enfadado de su regazo, lo mira mal desde abajo—. Tiene el mismo carácter que la dueña. —Sonríe, sentado con las piernas abiertas y los codos apoyados en sus rodillas, me mira fijamente con ese verde esmeralda.

—Si lo tuviera, ya te habría arañado. —«He dicho esto en voz alta... ¿Sí?». Él sonríe y niega con la cabeza.

—Keira, creemos que corres peligro... —Me mira fijamente.

—¿Creemos? ¿Quiénes? ¿Hay alguien más, aparte de ti, que piense que soy una dama en apuros? —lo interrumpo.

—Perdona. —Se lleva una mano a la nuca y se la acaricia—. Tengo tantas cosas que decirte que he empezado por el final.—Mantiene la compostura en todo momento.

—Vale, soy toda oídos.

—Soy un agente secreto del servicio de inteligencia español.

—¡Toma ya! —Me muerdo el labio inferior.

—Estamos investigando una organización que, en un principio comenzó siendo un juego de niños, pero que en la actualidad mueve millones de euros.

—¡Ah, muy bien!, me parece interesante que el dinero público se destine a ese tipo de cosas. —Me cruzo de brazos, le estoy tomando el pelo. Éste no es agente secreto ni en sus mejores sueños.

—Keira, presta atención, por favor. —Toma aire, a lo mejor no está tan tranquilo como me quiere hacer creer.

—Es que no entiendo qué tiene que ver todo esto conmigo... ¿debo dinero a Hacienda? —Veo que contiene una sonrisa, se obliga a mantenerse serio.

—Se han fijado en ti —observa mi reacción.

—¿En mí? ¿Para qué? —Bebo tranquilamente.

—El juego consiste en seleccionar mujeres para que se acuesten con un participante. Las mujeres a conquistar las seleccionan los adversarios de dicho participante, a votación de la mayoría. Según el grado de dificultad, las apuestas suben o bajan. No es lo mismo conquistar a Giselle Bündchen, que a una frutera en el mercado, evidentemente.

—¿¡Giselle Bündchen!? ¿¿En serio?? —Esto se pone interesante—. ¡Juego en la misma liga que la Bündchen!

—Déjame terminar y ahora me preguntas —ha puesto los ojos en blanco.

—Vale —levanto las manos, él manda—. El juego. ¿Hay reglas?

—Hay un límite de edad de dieciocho años, tanto para «presas», como para miembros. Hay también un tiempo límite para conseguir a la mujer, que normalmente es de un mes. Se puede reducir el tiempo, así la apuesta aumentaría. Están permitidas las tapaderas, es decir, identidades falsas, coartadas, involucrar amigos, familiares, mentiras... Todo lo que les permita conseguir el fin.

—Parece divertido, se da un aire al Parchís, ¡me como una y gano veinte! —Me río y o sola de mi original broma.

—Solo hay una prohibición, las drogas. El acto debe ser consensuado, sin ningún tipo de sustancia de por medio que manipule la voluntad de la víctima.

—¿Y cómo saben los demás que el acto ha sido consensuado?

—Mediante pruebas, pueden ser mensajes de WhatsApp, conversaciones grabadas, fotos, vídeos... Te puedes hacer una idea.

—Esto me parece más bien un pasatiempo de hombres prepotentes con pasta, que algo peligroso, ¿qué tiene que ver aquí el CNI?

—La semana pasada, a uno de ellos, la tapadera de médico se le fue de las manos, se puso a operar a un paciente y éste murió. Empezamos a investigar y hemos encontrado varios hechos delictivos en el juegucito, o lo que ellos llaman El Club. Cada vez hay más integrantes nuevos con ganas de innovar y cada vez se pone más divertido el asunto.

—Joderrrrr...

—Imagina que el ganar o el perder una ingente cantidad de dinero, dependiese de la decisión de una mujer de acostarse o no contigo... Esto deriva en violaciones, extorsiones, secuestros, blanqueamiento de dinero, etc. Estamos investigando algo más gordo, que no estoy autorizado a contarte.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto? —No he terminado la frase y mi querida Judith Navarro me viene a la cabeza.

—Tu amiguito —dice esta palabra con retintín— Ares Hunter, es el vencedor absoluto de todas las apuestas. Se rumorea que él y Cristian Ritz fueron quienes fundaron El Club. Si los pillamos con las manos en la masa, podremos desmantelarlo y obtener nombres.

—¡Oh, Dios mío! —Ahora sí que me ha entrado el pánico.

—Si los pillamos, Keira, podremos proteger a todas las mujeres que son susceptibles de sufrir todo tipo de aberraciones. Se están cometiendo crímenes con la única excusa de no perder el dinero apostado. Hay verdaderos enfermos involucrados. No creo que necesites detalles. —Se muerde un nudillo.

No puedo hablar.

Me he quedado blanca.

Me recuesto en el sofá, sin articular palabra. Jairo me mira sin saber qué decir.

—¿Por qué siempre tengo que fijarme en el más hijo de puta del lugar? No lo entiendo, debo tener algún defecto de fábrica —estoy hablando conmigo misma, pero en voz alta.

—No creo que el defecto lo tengas tú. —Se levanta del sofá.

—Sí, claro que lo tengo yo, y además bien gordo.

—¿Os habéis acostado? —Apoya ambas manos a cada lado de mis piernas. Siento cómo mi cuerpo reacciona al suyo, como si lo reconociera.

—¿Y a ti qué te importa? ¡Joder! Esto no me puede estar pasando... —Intento centrarme, pero su presencia me paraliza.

Está nervioso, se quita la chaqueta, la suelta en el sofá y se remanga la camisa. Se saca la corbata por la cabeza a lo bestia y la tira por los aires.

—Keira, necesito saberlo porque si no os habéis acostado todavía podemos pillar a ese cabrón.

Me levanto yo también del sofá, necesito mi espacio.

—Solo te contestaré a esa pregunta si tú antes me respondes a otra. —Clavo mis ojos en los suyos. Esto es un reto.

—Adelante —me anima con las manos. Sigue siendo un kamikaze.

—¿Haces esto realmente por las mujeres del mundo o por otro motivo?

—¿Y a ti qué más te da, Keira? —Empieza a respirar con dificultad, se está enfadando.

—Simple curiosidad —me encojo de hombros exageradamente, los dos sabemos por dónde van los tiros.

—¿Todavía no me has perdonado, verdad? —Tiene las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—¿Tengo algo que perdonarte? ¡Ah, sí!, espera ¿puede que tuviera que perdonarte el que me abandonaras en coma en un hospital y te largaras porque no tenías seguro en la moto? ¿O a lo mejor por no contestar a mis llamadas? ¿O quizá por besar a una mujer delante de mí solamente para hacerme daño?... —estoy gritando, ya está, se me ha ido de las manos.

—¡No te abandoné! ¡Eras mi vida! —Acaba de asestar un puñetazo a la pared con todas sus fuerzas.

—¡Desaparecer de la vida de alguien cuando está a punto de morir es abandonarla! ¡Ni a un perro se le hace algo así! —Las lágrimas han comenzado a inundar mis ojos y resbalan por mis mejillas.

—Juré no decir esto jamás, pero no me dejas otra opción. —Apoya un brazo en la pared y mira hacia abajo—. Me llevaron detenido a la comisaría después del accidente para hacerme un test de alcoholemia, porque el tío que se saltó el stop dijo que yo iba borracho. Cuando fui a buscarte al hospital, tus padres ya estaban allí... y no me dejaron verte. Me dijeron que era una influencia negativa para ti, que desde que me conocías todo te iba peor, que si de verdad te quería, debía dejarte marchar, para que pudieras ser feliz...

—¡No es verdad, estás mintiendo! —lo interrumpo.

—Yo no tenía nada que ofrecerte, Keira.

Me acerco hasta él y lo miro a los ojos, entonces sé que me está diciendo la verdad.

—¿Y el beso con aquella chica delante de mí?

—Era la única manera de que me olvidaras. —Se está revolviendo el pelo, como cuando éramos más jovencitos. De repente, me da la sensación de que todos esos años no han pasado. Es él.

No puedo soportarlo más. Me abalanzo sobre él y lo beso. Él me rodea entre sus brazos y responde furioso a ese beso voraz, apretando los ojos con fuerza.

No recuerdo haber dado nunca un beso con tanto amor, con tanto sentimiento y tan lleno de emociones. Un beso que habla por sí solo y que borra de un plumazo cada segundo de sufrimiento que he vivido todos estos años. La canción de Bryan Adams ahora resuena en mi cabeza, pero con un significado completamente distinto.

*Still feels like our best times are together
Feels like the first touch
We're still getting closer baby
Can't get closer enough
Still holding on
You're still number one
I remember the smell of your skin
I remember everything
I remember all your moves
I remember you yeah
I remember the nights, you know I still do*

*The one thing I'm sure of
Is the way we make love
The one thing I depend on
Is for us to stay strong
With every word and every breath I'm praying*

Nos devoramos uno al otro con el ansia de recuperar todo el tiempo perdido. Creo que besa aún mejor que cuando éramos novios, ha depurado la técnica. Enseguida mi mente pervertida se pregunta si también habrá depurado más técnicas... Inmediatamente siento un ardor en la entrepierna.

Me separo de él un instante, intentando recobrar el aliento, me mira con deseo, su mirada felina es la misma de entonces, soy su presa y no puedo escapar de sus garras. Ni quiero.

—No has contestado a mi pregunta, Jairo.

—Cuando me enseñaron la foto del próximo «trofeo» de Hunter no fui capaz de razonar. Vine corriendo a por ti.

—Te perdono.

Me coge por el culo y me sube encima de él, yo enrosco mis piernas en su cintura. Me lleva como un koala, mientras nos besamos, por toda la casa, chocando contra varias cosas, que van cayendo a nuestro paso, hasta que encuentra el dormitorio.

Cuando me baja al suelo, le arranco la camisa y sonrío pícaro. Él me desabrocha la cremallera del mono, que resbala lentamente hasta mis pies. Se detiene un momento para observarme. Menos mal que esta mañana me ha dado por ponerme el bodi de encaje azul y no algo más normal.

—Nunca pensé que pudiera ver algo más hermoso que mis recuerdos —jadea.

Le desabrocho el pantalón y lo dejo caer. Ahí está mi antigua amiga, esperándome ansiosa. No se parece a mi antigua amiga, más bien se parece a su madre.

Se acerca a mí, volvemos a besarnos hambrientos uno del otro. Se sienta en el borde de la cama, observándome con lujuria desde abajo y me atrae hacia sí. Me desabrocha el bodi y me lo quita. Acaricia mi piel como si fuera de porcelana. Besa mis pechos, masajeándolos sensualmente entre sus manos, echo la cabeza hacia atrás para saborearlo mejor. Cosa que él aprovecha para hundir su cabeza en mi entrepierna. Entonces, sin previo aviso... estallo de placer.

—Sigues sabiendo a gloria, pequeña.

Me acaricia todo el cuerpo. Nos besamos de nuevo y aprovecho para ir recostándolo sobre la cama a medida que lo empujo suavemente.

Cuando está tendido completamente, observo sus marcadas abdominales, está muchísimo más fuerte que antes, más definido. No me lo pienso dos veces y me subo encima de él.

—¡Joderrrrr... qué gusto! —gruñe al sentirme.

Me llena completamente, incluso me parece demasiado grande al principio, no recordaba semejante tamaño. Permanezco quieta hasta que mi cuerpo se acostumbra al suyo. Nos miramos.

—No te imaginas cuánto te he echado de menos, pequeña —ruge, mientras lo cabalgo lentamente.

Comenzamos el baile. Al principio nos cuesta un poco amoldarnos, pero después de un momento, los dos seguimos el mismo son. ¡Y vaya son!

Me hace gritar, gemir, sollozar y pedirle más mil veces.

Estoy enloquecida. Estoy poseída por la pasión desbordada que hay entre nosotros, no me sacio de él, en cuanto terminamos uno, quiero otro. Y así pasamos la noche entera.



—Buenos días, pequeña.

Una voz ronca de hombre hace que abra los ojos de par en par.

Veo a Jairo desnudo en medio de mi habitación, sosteniendo una bandeja con tortitas y café. Me incorporo. Me restriego los ojos para asegurarme de que no estoy soñando y lo vuelvo a mirar.

«¡Sigue estando ahí!».

—Vamos dormilona, has realizado mucho ejercicio esta noche, tienes que reponer fuerzas.

—Hola —mi voz parece de ultratumba. Carraspeo para intentar que la siguiente palabra que pronuncie no parezca de un camionero resacoso.

Se sienta a mi lado. Me da un beso en la cabeza, poniendo la bandeja sobre mis piernas y me mira.

□ ¿Y tú no desayunas? —le pregunto.

—Hace rato que desayuné. —Me rodea con sus brazos y me da besos a lo largo de mi espalda, provocando millones de escalofríos por todo mi cuerpo, así no se puede comer.

—¿Cuándo? —intento distraerlo.

—Sobre las 5.00 de la mañana me he ido a correr, y al volver he desayunado. —Introduce un dedo en mi interior y yo suelto un gemido, me ha pillado desprevenida.

—Pero la verdad es que me está entrando hambre de nuevo... —ronronea.

Coge una de las tortitas de la bandeja, rebaña el chocolate con un dedo y lo extiende por mis pechos. Acto seguido lo lame lentamente con su ávida lengua, mientras continúa ejerciendo su trabajo con el dedo.

—¡Ay, Dios! —se me escapa.

—Sigue desayunando, Keira —me ordena.

Yo intento jugar a lo que pretende, pero no soy capaz. Mientras parto la tortita con el cuchillo y el tenedor, él mete la cabeza por debajo de la bandeja y me hace ver el cielo. Me agarro a las sábanas con fuerza, mientras mil convulsiones paradisíacas se apoderan de mi cuerpo.

—Ahora sí empezamos bien el día —digo riendo, secándome el sudor de la frente.

—Todavía no.

Retira la bandeja y se echa encima de mí, penetrándome sin dificultad, ya estoy de sobra preparada para albergarlo. No aparta sus ojos de mí. Me mira con tanta ternura y devoción que me muero por él.

Lo hacemos despacio y con mucho sentimiento. Es increíble lo que me hace sentir.

Permanece dentro de mí después de haber terminado, mientras los dos volvemos a respirar con normalidad.

—Parece que fue ayer cuando estuvimos juntos por última vez. Es como si no hubiese pasado el tiempo —dice dándome un beso pequeño en la nariz.

—Han pasado muchas cosas, demasiadas —lo obligo a apartarse para levantarme de la cama, voy a ducharme.

Cuando salgo de la ducha, envuelta en mi toalla, él ya está vestido.

—Keira, puede que me arrepienta de esto, pero todavía no has contestado a mi pregunta —dice.

—No pienso hacerlo, es algo personal, tú no me has contado con quién te has acostado en este tiempo.

—Es información confidencial, nadie lo sabrá. Si lo habéis hecho ya, lo habremos perdido, porque nunca repite con nadie. Tengo que dar un informe en la central.
—Tiene una mirada extraña, vuelve a ocultarme algo.

—¡Un momento! —Se me enciende la bombilla.

—¿Qué sucede?

—¡Conmigo sí que ha repetido! —De hecho, repitió varias veces.

—No puede ser. —Se lleva las manos a la cabeza.

—Además me llevó a su casa.

—¿En serio?! ¡No me jodas! ¡Mierda!

Ahora está realmente enfadado. No comprendo el motivo. Deambula por el salón como un tigre. Le falta rugir.

—¡Mierda! —Pega una patada a la puerta.

—¿Puedes dejar de destrozar mi casa? —intento darle un toque cómico a tanto drama.

—Keira, lo tenemos cogido por las *pelotas*.

—¿Así de repente, por qué? —no me entero de nada.

—Porque también se ha enamorado de ti.

Pega un portazo y se marcha, sin darme un beso, sin decir ni siquiera adiós, dejando todo en silencio.

«¿Qué acaba de suceder aquí?».

A ver, voy a tomarme un café para salir de mi aletargamiento cerebral, no comprendo nada.

Acabo de acordarme de que Cristian también está en el ajo y, por supuesto, que ha repetido con Emma, ¡millones de veces!

Me siento en el sofá a beberme el café tranquilamente. Intento reflexionar sobre mi vida en los últimos tiempos, a ver si soy capaz de no volverme loca.

Resumiendo, mis meditaciones son:

«Ares Hunter aparece un buen día en escena, con el pretexto de que no le he cogido el teléfono, dice ser el presidente de la Junta de Accionistas del hotel donde trabajo. Esa información es cierta, ya que lo pude corroborar en internet. Me obliga a ir con él a la gala de disfraces, sobornando a mi jefe, que dado que está metido en todo esto, no me extraña que colaborase con ello. Me salva la vida mientras está con una presa, mi vecina. ¿Qué más? Me besa, pero se marcha corriendo. Desaparece. Vuelve a aparecer con otra de sus presas en el hotel, tratándome como si no me conociera. Viene a buscarme a la otra punta de España para acostarse conmigo. Hasta ahí puede encajar el puzle del “coleccionista de mujeres”.

Pero me desconcierta el que viniese a la inauguración y me llevase después a su casa. ¿Por qué? Ya nos habíamos acostado. Si quería repetir, me podía haber seducido en cualquier otro sitio. ¿Qué necesidad tenía de desvelarme su escondite? De alguna manera quiere demostrarme que puedo confiar en él.

Todo esto transcurre en más de un mes, así es que solo hay dos opciones, o el juego conmigo empezó después de conocerme, o ha perdido la apuesta... ¿Y qué pasaría entonces?

Mi otro pensamiento es para Jairo. Para rematar todo este embrollo, aparece de repente mi ex, diciéndome que es un agente secreto del CNI, que por cierto, también puede estar metido en este “jueguito” de coleccionar mujeres y ser todo una mentira. Termina confesándome que la razón por la que lo he odiado durante todo este tiempo no existe, ya que mis padres lo obligaron a abandonarme por mi bien... —lo cual me hace recordar que tengo una conversación pendiente con mi madre—. Me informa de que el tío que me gusta, con el que me acabo de acostar, me utiliza a modo de “trofeo” para ganar dinero. Me acuesto con él también. Todo es maravilloso, hasta que le confieso que me he acostado anteriormente con el susodicho...».

¿Alguien entiende algo?

¡¡¡Yo no!!!

Creo que lo peor de todo esto es no poder contárselo a Emma, ella siempre arroja luz sobre mis lúgubres pensamientos. Algo le tengo que contar, de lo contrario mi cabeza estallará en cualquier momento. No voy a permitir que ese malnacido de Ritz se ría de ella.



—Entonces ¿no estás de broma?

—No.

—¿Has pasado de ser una monja, a acostarte con dos tíos en dos días?

—Sí.

Emma ni siquiera parpadea en la puerta de mi despacho, mientras me pregunta asombrada.

Le acabo de contar mi reencuentro con Jairo, también mi lío con Ares en la nieve y después en su casa. No le he contado nada de coleccionar mujeres, ni de agentes secretos, sería capaz de matarlos a ambos. Tengo que encontrar el momento adecuado para hablarle de lo de Cristian.

—¡Pues esto hay que celebrarlo! —grita ebria de alegría. Y así, ella misma me da la respuesta.

Para festejarlo, quedamos por la noche en una discoteca muy famosa, en la calle del Arenal, El Palacio de Gaviria, lo llaman así porque realmente es un antiguo palacio renacentista, lo reformaron para convertirlo en discoteca. Es precioso.

Me siento súper sexi, me he plantado un vestido ajustadísimo negro de licra, que me tapa justo los cachetes del culo y unos zapatos de color fucsia de tacón de aguja, a juego con mi bolso. Todos los hombres se giran cuando paso.

—Esta noche no me vas a dejar ninguno ¿eh? —me dice Emma sonriente—. ¡Me pones cachonda hasta a mí!

—¡Tú ya estás casada! —la reprendo.

—¡Y tú los tienes a pares! —me contesta. Nos reímos.

Llevamos unas cuantas copas, Emma de ron con coca-cola y yo de *whisky* con sprite. Estamos bailando la canción de Pitbull, Jennifer López y Ricky Martin, *Adrenalina*, en la pista, pasándolo en grande, no es por fardar, pero las dos bailamos de muerte. De vez en cuando viene algún hombre inocente a intentar ligar con nosotras, pero lo despachamos rápidamente.

—Estaba esperando este momento con desesperación, Keira —me grita Emma por encima de la música.

—¿¡Qué momento!?

—En el que estuvieras lo suficientemente borracha como para contarme quién lo hace mejor... —Se parte de la risa.

—¡Estás salida! ¡No pienso contestarte a eso!

—¡Vamos, soy tu mejor amiga! Es el premio por haberte aguantado tanto tiempo —no puedo evitarlo, la miro y me río con ella.

—¿Tú qué crees? —A ver por dónde sale.

—¡¡Uff!! Jairo ha vuelto muy potente, yo le echaba unos cuantos polv...

—¡Emma! —me tapo la cara con las manos, riendo, está como una cabra.

—Pero Ares rezuma sexo por los cuatro costados, debe de ser una bestia. ¡Joder! Sólo de pensarlo me estoy poniendo muy ca...

—¡Emma para! —la interrumpo, llorando de la risa.

—¡Venga dímelo! —Hace como que lloriquea.

—Pues creo que estoy un poquitito de acuerdo contigo —hago un gesto con los dedos, mostrando algo muy pequeñito.

—¡Lo sabía! —Se pone a saltar como loca por la pista.

Al momento, mi amiga sale disparada al baño, sin decirme nada, para variar. Esta mujer es incorregible.

Mi móvil vibra en el bolso, como es medio transparente, se puede ver que se ha encendido la luz de la pantalla dentro. Lo saco para mirarlo, veo que tengo un wasap de Ares... Me pongo nerviosa. Muy nerviosa.

Muy muy muy nerviosa...

Jodeeerrrrr, vas a matarme con ese

Ares:

Miro a mi alrededor rápidamente.

No lo veo.

¿Dónde está?

Dejo el móvil fuera del bolso, pero no le contesto. Me tiemblan las manos. Siento un ligero cosquilleo en los pies, que va subiendo por mis piernas, hasta llegar a un punto concreto.

Vuelve a vibrar.

Esta noche serás para mí.

Ares:

¡Ay, Dios mío! No me extraña que gane todas las apuestas, solamente con leer esto casi consigue que le pida un encuentro en el baño, además estoy demasiado animada por la cantidad de *whisky* que corre por mis venas, me da igual todo. Lo mejor de todo es que no sabe que conozco su «secretito», así que vamos a jugar, señor Hunter.

Nunca seré para

Keira:

¿Lo has dudado en algún

Ares:

No lo dudo, lo sé y tú

Keira:

Ares:

Yo no estaría tan seguro,

Los diamantes no están hechos para los

Keira:

Pues este cerdo solo desea un diamante, y lo tengo justo frente a mí.

Ares:

Miro instintivamente hacia delante y ahí está, en medio de la oscuridad, mirándome.

Casi me caigo al suelo de la impresión que me causa el impacto visual. Sufro un colapso mental, y lo peor es que él parece saberlo, juega con ventaja. Se acerca a mí sigilosamente, sin apartar su mirada de la mía. Es como si un oso se acercara a un conejillo y éste se quedase tiritando en el sitio, en vez de salir huyendo. Sabe de sobra que va a morir.

Lleva una camiseta azul, como desteñida, que insinúa los increíbles músculos que esconde debajo. Unos vaqueros que le quedan de infarto y unas deportivas oscuras de Hugo Boss. El pelo despuntado con gomina.

Su arrebatador olor me embelesa cuando se acerca más de lo socialmente aceptado.

—Así que piensas que soy un cerdo... —me susurra al oído.

—Sí —levanto mi barbilla en señal de altanería.

—Un piropo más para añadir a la larga lista de halagos que me dedicas. —Su voz es mi «criptonita».

—Te los ganas a pulso.

—No dijiste eso la última vez.

—Sí que lo dije, no lo recordarás, a tu edad...

—Lo que recuerdo con bastante claridad es cómo gritas mi nombre.

¡Zas! No me aguanto, le acabo de pegar un buen guantazo. Me arde la mano. Se queda con la cara girada hacia ese lado, aprieta la mandíbula, y se gira lentamente hasta que clava esos dos ojos azul intenso en los míos. Está realmente cabreado.

—¡Eso también te lo has ganado a pulso, imbécil! —lo amenazo con el dedo.

Entonces me agarra de las manos, se las pone en su nuca, sujetándome con fuerza para que no escape y me atrapa entre sus labios. Ya ha hecho otra vez que pierda la conciencia. Debe de ser su tacto, o su boca, o su voz, o sus ojos, o su olor, o... él...

Nos estamos besando cuando *Dear future Husband* de Meghan Trainor comienza a sonar en la pista, donde estamos. A mí me invade el *swing* sesentero, ¡me encanta Meghan!

Dear future husband, (querido futuro maridito)
Here's a few things (aquí te traigo unas cuantas cosas)
You'll need to know if you wanna be (que necesitarás saber si quieres ser)
my one and only all my life (el único para toda mi vida)

Lo miro y parece que adivina lo que estoy pensando, porque sonríe con un solo lado de su boca, travieso. Me agarra por la cintura, dándome un giro sobre mí misma. Yo me separo de él, chasqueando los dedos y moviendo mis caderas al ritmo de la canción, mientras él me va rodeando, bailando. Se muerde el labio inferior al verme provocarlo con mis movimientos sexis, sacando morritos.

Take me on a date (llévame a una cita)
I deserve it, babe (lo merezco, nene)
And don't forget the flowers (no olvides las flores)
every anniversary (cada aniversario)
'Cause if you'll treat me right (porque si me tratas bien)
I'll be the perfect wife (seré una esposa perfecta)
Buying groceries (compraré comida...)
Bam -bam what you need (lo que necesites)

Se separa un instante de mí, pegando su frente a la mía y sonríe malicioso. Me encanta bailar con él, nos compenetramos de una forma espiritual.

You got that 9 to 5 (tienes ese trabajo de 9 a 5)
But, baby, so do I (pero cari, yo también)
So don't be thinking (así que no pienses)
I'll be home and baking apple pies (que estaré en casa haciendo tartas)
I never learned to cook (nunca aprendía cocinar)
But I can write a hook (pero puedo escribir una melodía)
Sing along with me (canta conmigo)

Ahora se coloca detrás de mí y bailamos así, apoya su mandíbula en mi hombro, mientras rodea mi cuerpo con sus músculos. Le rozo con el culo, a propósito,

su entrepierna con la excusa del baile y me dice «bruja» al oído. Desciendo a lo largo de sus piernas y cierra los ojos, echando su cabeza hacia atrás, clamando al cielo...

*You gotta know how to treat me (tienes que saber tratarme)
like a lady (como a una dama)
Even when I'm acting crazy (incluso cuando actúe como una loca)
Tell me everything's alright (dime que todo va bien)*

Un hombre se acerca a mí para intentar bailar conmigo, no hace falta ni que le diga que no, porque una mano le pega un empujón. Con la mirada que le dedica mi compañero de baile, el contrincante se da por vencido.

—¿Y si quería bailar con él? —le pregunto.

—No quieras saberlo. —Al verle la cara no puedo reprimir una carcajada.

*After every fight (después de cada pelea)
Just apologize (simplemente discúlpate)
And maybe then I'll let you try (y entonces, quizás te dejaré intentar)
and rock my body right (sacudir mi cuerpo como es debido)
Even if I was wrong (incluso cuando esté equivocada)
You know I'm never wrong (sabes que nunca lo estoy)
Why disagree? (¿por qué discutir?)*

Me pongo a hacer el tonto, tapándome la nariz, mientras me agacho y sigo bailando, vuelvo a subir moviendo mis puños arriba y abajo en plan yeyé. Él se parte de risa al verme, pero me sigue, sin cortarse. ¡Hasta haciendo el idiota baila bien!

Levanto mis brazos por encima de la cabeza, bailando libremente, sintiendo la música en mi interior, ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo. Abro los ojos, y descubro que él me está mirando de una forma como nadie me ha mirado nunca.

*I'll be sleeping on the left side of the bed (hey) (dormiré en el lado izquierdo de la cama)
Open doors for me (ábre las puertas para mí)
and you might get some kisses (y quizás obtengas algunos besos)
Don't have a dirty mind (no seas perverso)
Just be a classy guy (sólo sé un tío con clase)
Buy me a ring babe (cómprame un anillo, nene)*

—No sé por qué intentas resistirte continuamente, al final, siempre acabas cayendo en mis redes —habla y roza mis labios con los suyos.

—Eres demasiado engreído ¿no te lo han dicho nunca, Hunter? —lo empujo con un dedo.

—No es engreído el que tiene motivos para serlo, muñeca. —Parece que bailamos a nuestro propio ritmo, me atrae hacia sí, sin permitir que retire las manos de sus hombros.

—¡Ja! Esta sí que es buena, ¿y se puede saber qué motivos son esos que te dan derecho a tanto presumir?

—Estar contigo.

Me deja de piedra, creo que por primera vez en mi vida me he quedado sin saber qué decir. Con esa respuesta le juraría amor eterno ahora mismo. Solo me falta que salgan corazoncitos de mis ojos, pero reacciono rápidamente, me obligo a poner los pies sobre el suelo.

—La típica frase que les dices a todas, muy original Hunter. —Desde luego me deberían dar un *Oscar* a la mejor interpretación.

Me alejo de él, pero rápidamente vuelve a abrazarme. Me coge con sus brazos por debajo del culo y da vueltas sobre nosotros mismos, yo me dejo llevar por la música, cierro los ojos y abro mis brazos. Estos momentos son los que me hacen pensar que podría ser posible.

—Sabes que merezco la pena, nena.

Me coge fuerte por la cintura y bailamos la última parte de la canción abrazados. Él es la perversión convertida en hombre.

*Dear future husband
Here's a few things you need to know
If you want to be my one and only
All my life*

*Dear future husband
If you want to get that special loving
Tell me I'm beautiful each and every night*

—Nunca me ha hecho falta regalar los oídos a ninguna mujer, creo que eso ya lo sabes.

—¡Oh, permíteme que lo dude! —le digo.

Clava sus ojos en mí, estudiándome con atención.

—¿Crees que soy un cazador, Keira? —No me gusta nada esa mirada.

—¡Siiiiiiiiiiiiii! No es que lo crea, ¡es que se te ve a kilómetros!

Ares levanta un brazo hacia la cabina del DJ.

Sospechosamente ponen *Fascinación* de Carlos Rivera... ¿Quieren matarme?

Me sonrío.

—Nuestra canción —me guiña un ojo.

—Así no me extraña que ninguna se resista, has comprado al DJ. ¡Eso es jugar sucio!

Hago un amago de huída, pero me rodea la cintura, atrayéndome hacia sí. Ahora lo tengo detrás de mí, acariciando mi cuello con la punta de su nariz, sin rozarme prácticamente. Siento su aliento en mi nuca cuando absorbe el olor de mi cabello. Ladeo mi cabeza, cerrando los ojos.

—¿Y si te dijera que eres la única mujer con la que siento esta terrible necesidad de salir de caza?

—No, no te creería, tu propio apellido indica que eres un depredador. —«De hecho, has fundado un negocio de ello», me resisto a decirle.

—¿Me creerías si te dijera que desde que te vi las bragas en la sala de Juntas del Ritz hace cinco años, no he pensado en otra cosa?

—No... ¡Eres un grosero! —¿Sueno convincente? ¡Qué fuerte! Me acabo partiendo de risa al recordarlo.

—¿Y si además te contara que me estoy saltando todas las reglas por ti? —Es imposible no caer en la tentación, este hombre es un canto de sirena para mí.

—¿Qué reglas? —No va a resultar tan fácil su confesión.

Me agarra por el cuello desde su posición, haciendo que eche mi cabeza hacia atrás y me susurra al oído.

—Todas —sentencia con su voz ronca.

¡Ay, madrecita!

Bailamos la canción pegados, mientras me susurra la letra al oído... «Quédate por siempre a mi lado, es real lo que siento, mi vida, lo entendí, cuando te conocí...».

Me besa el lóbulo de la oreja, asestándome algún mordisco dulcemente. Se me escapa un gemido. Entonces se detiene en seco. Me vuelve a situar delante de mí para mirarme a los ojos.

□ Ven a mi casa.

—¡Ni hablar! —Ya me costaba asimilarlo antes, cuanto más ahora que sé que es un *capullo*, que se dedica a apostar con sus amigotes a cuántas tías se tiran en una noche... ¿Cuánto dinero habrá ganado conmigo?

—Lo estás suplicando Keira, no me jodas —se está enfadando, para variar.

—¡No pienso ir contigo a ningún sitio!

—Me has puesto muy cachondo con ese vestido y el bailecito tuyo, si no vienes tú, otra saciará mi sed. Tú decides.

—¡No me lo puedo creer! ¿Serías capaz de irte con otra mujer, pensando en mí?

—Muy capaz, Keira —habla lentamente y en un tono amenazante—. Cuando le besara sus turgentes pechos, pensaría en los tuyos. —Me mira descaradamente el escote y se relame, yo siento cómo mis pezones se endurecen—. Cuando metiera mi mano por su falda, pensaría en tu culito. —Se mete lentamente su dedo corazón en la boca, y o me muerdo el labio inferior—. Y cuando la hiciera mía contra la pared, le susurraría tu nombre al oído.

He apretado un muslo contra otro, si no he tenido un orgasmo aquí mismo, poco me falta. Si me tocase tan solo un segundo, lo tendría, estoy segura.

¿Qué me hace este hombre? No comprendo cómo lo consigue.

Logra que todas mis neuronas se disipen y que, sin ni siquiera rozarme, se concentren todas mis energías en la entrepierna, por favor, esto no es posible.

□ ¿Vienes? —me tiende la mano.

—¡He dicho que no!

—Está bien.

Se da media vuelta y se detiene en medio de un grupo de chicas que hay justo a mi lado. Hablan, sonríen, ellas se ponen tontas... Comienza a sonar *La Gozadera* de Mark Anthony, y el mexicano comienza a mover sus caderas con una morena espectacular, sin apartar su mirada lujuriosa y peligrosa de mí.

En menos de dos minutos, Ares Hunter sale con una chica de cada brazo en dirección no sé hacia dónde... «¡NI ME IMPORTA!».

—¡Vaya! ¿Le has dado calabazas al dios del sexo? —Emma aparece riendo, no sé de dónde viene, habrá estado observando la escena desde algún sitio.

—Eso parece. —Quiero romper cosas.

—¿Te has decidido por Jairo entonces?

—No.

—¿Sabes que me habéis puesto cachonda hasta a mí? ¡Saltan chispas entre vosotros, Kei! ¡Vaya baile! ¡Cómo te mira! Se me ponen los pelos de punta... —Me da tanta rabia no poder contarle que es todo una estafa, que nada es real...

—¿Dónde estabas? —le pregunto para cambiar de tema.

—Haciendo tiempo, no quería interrumpiros, he hecho algunos amigos. —Saluda a los bailarines musculosos que están sobre el escenario y ellos le sonríen.

—Ya... ¿crees en la fidelidad, Emma? —No sé por qué, pero tengo la extraña sensación de que mi querida amiga no ha estado perdiendo el tiempo durante este rato, está despeinada. Lo cual, me alivia, porque significa que no está tan colada por Cristian como creía.

—Claro, creo que la fidelidad depende de la pareja. —Se encoje de hombros.

—¿Cómo?

—Pues que si mi pareja quiere que le sea fiel, yo intento que él crea que lo soy.

—¡Oh, Dios mío! —Me tapo la boca ante su confesión.

—Keira, tú eres demasiado monja, ¿se va a enterar Cristian de que me acabo de hacer un trío en el baño? ¡No! ¡Pues ya está! Todos felices.

—¡Emma, pero eso no está bien!

—¿Crees que él no se acuesta con todas las señoritas estiradas que se le abren de piernas en cada viaje? ¡Claro que sí! Pero cuando estamos juntos, estamos bien, y eso es lo que importa, no hay que pensar en más cosas. Yo no quiero saber lo que hace cuando no estoy y él tampoco.

—¿Lo dices en serio? —Me acaba de quitar un peso enorme de encima.

—Completamente. Debes abrir la mente, la mujer de hoy en día disfruta de su cuerpo cariño, y ha pasado la época de la Clausura y la Inquisición. ¡Si ellos pueden, nosotras también!

—Pero entonces no tengas pareja —la aconsejo, pero ya pensando en sus futuras relaciones.

—¡Es una pareja abierta! Los dos lo consentimos, fin del problema.

Me termino de beber la copa de un trago. Esta noche ya no me puede deparar nada más.

Emma y yo bailamos *La Mordidita* de Ricky Martin en la pista, moviendo la cadera de forma muy sensual «*si Dios puso la manzana fue para morder...*». Un grupo de hombres nos han rodeado, pero no me importa, mientras no molesten, que miren lo que quieran. Emma les ha dejado claro que somos lesbianas, pero ese viejo truco no siempre funciona, a estos parece que les gusta más todavía.

Cuando estoy bailando, siento una mirada lejana sobre mí, pero no sé muy bien de dónde procede. Al cabo de un rato, descubro a Jairo sentado en un taburete junto a la barra, quitándose a las mujeres de encima, prácticamente. Está muy serio y no aparta la mirada de mí. Siento una punzada en el estómago.

«¿Me habrá visto con Ares?», es lo único que se me pasa por la cabeza.

El que fuésemos novios hace cinco años no quiere decir que ahora seamos nada. ¿No? Y lo que es peor aún, ¿quiero serlo?

Me acerco hasta su altura, obligando a Emma a venir conmigo, no pienso dejarla en medio de ese nido de buitres, por muy promiscua que sea. Llegamos a su sitio, ni siquiera sonrío al vernos.

—Vaya Kei, los dos la misma noche y en el mismo sitio... ¡Vaya marrón! —Emma grita esta información, mientras se parte de la risa sobre la barra.

Jairo me mira enfadado. Creerá que mi amiga está al tanto de todo y se está riendo de él, pero no puede estar más equivocado. A ver quién le explica que mi amiga lo que está, es tonta.

—Te ha faltado tiempo para lanzarte a sus brazos en cuanto te he dicho que es peligroso. —Sí, está muy cabreado.

—No me he lanzado a ningún sitio —protesto.

—Os he visto, Keira, no te sirve de nada mentir. —Bebe del botellín de cerveza.

—Jairo, yo...

—Tranquila —me interrumpe—, no pretendo reclamar algo que ya no es mío, pero no puedo evitar ponerme celoso.

—Desapareciste, necesito mi tiempo ¿vale?

—No pasa un solo día en que no me arrepienta de haber hecho caso a tus padres y haber salido de aquel maldito hospital. —Pega un puñetazo en la barra.

No tenían derecho a decidir en nuestra vida, pero lo hicieron y ahora todo es diferente.

De pronto, Emma empieza a vomitar y corro a auxiliarla. La sacamos entre Jairo y yo a la calle para que le dé el aire, pero no reacciona, se ha quedado dormida. Siempre hace lo mismo, cuando no puede beber más, se pone a roncar.

Jairo me dice que va a buscar su coche, mientras tanto, lo espero, abrazada a la cintura de Emma en el borde de la acera. Cuando aparece, me quedo con la boca abierta. Un Porsche Cayman gris metalizado aparca frente a mí. Jairo sale del vehículo a toda prisa y mete a mi amiga sin ninguna dificultad en la parte trasera del coche, a mí me indica que monte delante. Cuando cierra las puertas y se pone al volante, consigo decirle:

—¿Eras tú?

—Siempre fui yo, Keira.

No sé qué significa eso exactamente, miro hacia abajo, observando que la tapicería es de piel muy suave.

—Vaya caprichito, ¿no? —le digo, tocando la piel.

—Me lo regaló mi jefe por resolver un caso muy peligroso.

—¡Qué emocionante!

—Es uno de los coches más rápidos del mundo, coge los 300km/hora.

—Lo que te hacía falta a ti.

—Sabes que siempre me han gustado las emociones fuertes.

—¡Oh, sí! Me acuerdo de todas las aventuras que me hacías correr.

Se ríe a carcajada limpia, mientras recordamos varias escenas graciosas del pasado. Parece tan relajado cuando está conmigo... como antes. Tenía una mirada distinta cuando estábamos juntos, le brillaban los ojos. Y ahora sucede igual.

Llamamos a Marcos para que salga a ayudarnos con Emma, la metemos en la cama entre los tres y nos despedimos de él.

Cuando nos encontramos los dos solos en medio de la plaza de Santa Ana, me agarra por la cintura, se acerca a darme un beso, pero retiro la cara. Me lanza una mirada asesina.

—No puedo ir tan rápido, Jairo.

—Pero pensaba...

—No sé lo que siento por ti. —No le quiero mentir.

—Lo entiendo —aprieta los puños.

—Dame tiempo, necesito aclarar mis ideas ¿vale?

—Te esperaré, Keira.

—Nos vemos. —Me doy la vuelta, dirigiéndome hacia mi casa.

—¡Ten cuidado, solo te pido eso!

Hago el gesto de «OK» levantando el dedo pulgar, sin girarme, mientras él se queda allí plantado, observando cómo me alejo.

Estoy hecha un auténtico lío.

Mientras subo por el ascensor de mi casa, voy pensando en millones de cosas.

No sé lo que siento realmente por Jairo, me atrae físicamente, siento cariño por él, pero nada parecido a lo que sentía a los veinte años cuando estábamos juntos, no es tan intenso, creo que las cenizas del pasado se han apagado por completo. ¿O no se ama con la misma intensidad a distintas edades?

Sin embargo, pienso en Ares y se enciende todo mi ser. Se me eriza cada vello del cuerpo. Ejerce un influjo sobrenatural sobre mí. Es muy poderoso. Inexplicable. Cuanto más peligroso lo veo, más me quiero acercar a él. Siento un deseo irrefrenable de que me toque, me hable, o simplemente me mire. Soy consciente de que tengo que poner freno a este sentimiento, porque él no siente lo mismo por mí. Le gusta jugar al despiste y le gusta el reto que significa para él, porque realmente no sabe lo que siento, él creará que no quiero ni verlo. Aunque le confesé que quería corazones en su casa... ¡Como me arrepiento!

¡Qué tonta fui!

Las puertas del ascensor se abren...

¡NO PUEDE SER!



Sentado en las escaleras, frente a mi puerta, está el gran Ares Hunter.

Me detengo en seco en cuanto lo veo. Me mira. Parece agotado.

—Estarás orgullosa —está muy enojado—, llevo tres horas aquí sentado.

—¿Y qué haces aquí? ¿No te habías ido con dos mujeres para que aplacaran tu sed? —Estoy sopesando si meterme de nuevo en el ascensor o salir corriendo por las escaleras.

—Veo que me tienes controlado —no oculta su satisfacción ni yo mis celos.

—Lo has hecho en mis narices, no era demasiado difícil verlo.

—¿Tú qué crees que hago aquí entonces? —Está tranquilo, o al menos lo parece.

—No tengo ni la menor idea, conociéndote, puede que haya un séquito de mujeres esperándote en casa de mi vecina.

—Te espero a ti —clava sus ojos en los míos y me observa, no tiene ganas de bromear.

—¿Para qué? —me tiembla la voz, parezco *Caperucita* preguntando al *Lobo*.

—Puedes salir de ese maldito ascensor, no voy a secuestrarte.

—No me fio de ti. —Me cruzo de brazos.

—Lo sé, por eso estoy aquí.

Se levanta, recorre la distancia que hay entre nosotros, cierra la puerta del ascensor de un portazo, vuelve hasta situarse frente a mi puerta y se apoya con los brazos cruzados en la pared.

—No voy a abrirte la puerta, dime qué quieres. —Como abra esa maldita puerta estaré perdida, sé lo que ocurrirá y me niego a que me vuelva más loca de lo que ya ha conseguido.

—Quiero aclarar esta situación de una vez por todas, Keira, abre la puerta.

—No tenemos nada que aclarar Hunter, lo único que tienes que hacer es dejarme en paz.

—Eso no va a suceder. —«¡Y lo dice tan tranquilo!».

—¿Por qué no? Solo tienes que darte la vuelta y marcharte. —Hago el gesto de marcharse con las manos.

—Porque no puedo estar lejos de ti, ¿te vale? —su voz ahora es más agresiva.

Como no reacciono, comienza a revolverse el pelo y deambula por el rellano nervioso.

Cierro los ojos, no quiero creerle, me muero por hacerlo, pero sé que todo es una treta para su juegucito, no entiendo qué consigue con todo esto, le darán un bonus extra si consigue enamorar a la víctima o algo así. No le importa hacerme daño...

—Keira, la he cagado, he hecho miles de cosas en mi vida y la peor de todas ha sido enamorarme de ti, pero... —«Ahora sí que me ha parecido real».

—¿¡Qué!?! —lo interrumpo histérica perdida.

—Que estoy colado por ti, me vuelves loco y no pienso en otra cosa en todo el puto día... —Pega un puñetazo a la pared y después se muerde los nudillos.

—¿Por qué me haces esto Ares?

—No he podido evitarlo.

—No debería haber personas como tú en el mundo.

—¿A qué te refieres?

—¿Te crees que puedes jugar así con los sentimientos de la gente? ¿Crees que no tengo corazón, que puedes usarme a tu antojo, cuando te dé la gana?

—Keira, te estoy diciendo la verdad, no estoy jugando contigo.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo ahora?

—Besarme sería una buena opción —se acerca, pero yo retrocedo.

—¡Ah, claro, lanzarme a tus brazos y gritar a los cuatro vientos lo afortunada que soy de que el gran Ares Hunter se haya fijado en mí...! ¿Y cuánto dinero ganarás con eso? Por simple curiosidad...

Se queda de piedra.

Me he envalentonado demasiado y me he ido de la lengua...

—¡Abre esa puta puerta o la tiraré abajo! Ahora sí que vamos a mantener una charla tú y yo.

Lo miro asustada.

—¡Vamos! —ruge.

Las manos me tiemblan mientras busco las llaves por el bolso. Consigo abrir a duras penas, después de varios intentos fallidos. Entra a toda prisa y mantiene la puerta abierta para que pase yo también. Finalmente me decido a entrar y cierra la puerta tras de mí de un golpe. No sé cómo no la ha roto.

Avanzo hasta el salón rápido, me parece que un espacio abierto es menos peligroso que el pasillo. Estoy aquí, frente al sofá, cruzada de brazos. Él aparece un ángel caído en medio del salón, tenebroso y siniestro. Me mira amenazante. Decide sentarse en el sofá.

—Está bien, dime, ¿qué sabes? —parece impaciente, aunque intenta fingir serenidad.

—Nada... —eso ha sonado a cuando pillas a un niño haciendo trastadas y te intenta convencer de que no es lo que parece.

—Keira, me lo dirás por las buenas o por las malas.

—¿Qué vas a hacerme? —No me había planteado nunca cuáles podrían ser las malas. Realmente puede ser un hombre peligroso y yo estar tomándome todo demasiado a la ligera. La gente no se gana la mala fama así porque sí.

Clava sus extraordinarios ojos cristalinos en los míos, se levanta del sofá, camina muy lentamente hacia mí, mientras yo retrocedo. Mi espalda acaba chocando contra el muro. Entonces él apoya ambas manos en la pared que tengo tras de mí, a la altura de mis hombros y aproxima sus labios a los míos, pero sin llegar a rozarme.

—Voy a sacarte toda la información que tengas sobre mí. Te ofrezco dos opciones, sangre o rosas. ¡Tú eliges, *fiera!* —me susurra, con una voz erótica a más no poder que incluso si me dijese tranquilamente que va a asesinarme, me pondría igual de caliente al escucharlo.

—No sé nada, de verdad, solo son rumores.

—¿Qué tipo de rumores?

—Que coleccionas mujeres, una especie de apuesta con otros jugadores, a ver quien se acuesta con más.

—¡Eso no es cierto! ¡Joder! ¿Has pensado que yo podría hacer algo así? ¿Crees que necesito esa mierda para tirarme a una mujer? —está exasperado, con el ceño fruncido, ahora sí que tiene una mirada peligrosa.

—No lo sé, no te conozco demasiado. —Sorprendentemente no tengo miedo, estoy segura de que no va a hacerme nada.

—Con solo chascar los dedos tengo mil mujeres a mis pies, ¿qué sentido tendría eso?

—Hace tiempo que nada tiene sentido.

Entonces me agarra entre sus brazos y me besa, con tanta pasión y tantas ganas, que casi me desmayo. Siento sus labios carnosos contra los míos, su lengua que busca ávidamente la mía. Acabo sucumbiendo. Vulnera mi determinación, doblega mi voluntad, es algo tan sumamente fuerte que no soy capaz de resistirme a ello. Y acabo besándolo, con más ganas que él. Nos olvidamos de todas nuestras circunstancias y nos centramos en disfrutar de lo que nos hacemos sentir mutuamente.

Después de besarnos como si fuera la última vez, toma mi cara entre sus gigantescas manos y me mira a los ojos.

—Keira, te juro por lo más sagrado que esto es real, lo que siento por ti no es ningún juego. Sé que no me vas a creer porque la mala fama me precede.

—Inténtalo.

—Te echo de menos cada día cuando me despierto, porque en lo primero que pienso es en ti. Y te extraño cada noche al acostarme, porque mi último pensamiento son esos ojos de gata que me tienen perdido.

—Ares me gustaría creerte, pero no puedo. —Es la verdad.

—¿Pero quién te ha contado semejante mierda?! Desde el primer día en que me viste intestas alejarme de ti. ¿Qué quieres que haga para que me creas?

—Sólo quiero que me digas por qué yo, ¿no hay suficientes mujeres en el mundo para jugar? ¿Por qué me elegisteis a mí?

—No te lo voy a repetir ni una vez más, no estoy jugando. Tú nunca entraste en ningún juego. Muy a mi pesar, ni puedo ni quiero estar lejos de ti, no comprendo qué me has hecho, pero así es.

—¿Yo no soy una más de tus apuestas?

—No.

—¿Pero confiesas que hay apuestas?

—Sí.

—¡Eres un cerdo! ¿Cómo puedes hacer eso?

—¡No estamos hablando de ese tema ahora!

—¡Claro que sí! Pretendes hacerme ver que eres un hombre enamorado, cuando eres capaz de acostarte con una mujer por un puñado de euros... Nunca podré fiarme de ti. ¿Crees que podría gustarme un hombre así?

—Lo he dejado Keira... por ti.

Nos miramos y en ese preciso instante sé que dice la verdad.

—Quiero mi oportunidad. —Me muero al escucharle decir eso.

—Estás de broma...

—Nunca he sentido nada parecido por nadie.

—No entiendo nada, Ares.

—No tienes que entenderlo, solo sentirlo.

Me coge el culo entre sus manos y me aprieta contra su miembro, que está en lo más alto, y muy duro. Una de sus manos baja por mi pierna, agarrándose al muslo, me hace que la levante. Me agarro a sus hombros para no perder el equilibrio, porque me quedo sujeta por una sola pierna, que termina en un fino tacón de aguja.

—Me rindo a ti, muñeca.

Metó mis dedos entre su pelo sedoso, lo acaricio y él cierra los ojos para saborearlo. Verlo relajarse bajo mi tacto es una sensación nueva, además de bastante placentera. En estos momentos parece más un chiquillo reclamando cariño, que un hombre peligroso a punto de cometer un delito.

Retira con suma delicadeza mi tanga hacia un lado y juega con mi clítoris, mientras nos miramos en silencio. Cierro los ojos.

—Keira, mírame, me enloquece ver tu mirada cuando te corres.

Termina de introducir el dedo después de varios intentos, lo que me hace echar la cabeza hacia atrás, después de tanta anticipación, prácticamente estoy a punto de terminar. Pero cuando me tiene jadeando contra la pared, lo saca bruscamente. Le dedico una mirada asesina.

—¿Pero qué haces? —lo recrimino, respirando con dificultad.

—¿Quieres que termine, señorita Amor? —se mete el dedo en la boca y lo succiona.

—¡Por supuesto!

—Antes dame lo que quiero. —Ataca mi cuello y suspiro.

—No sé a qué te refieres. —En este estado, como si me pide que baile la conga.

—Quiero que me des una oportunidad.

—¡Sí, sí, de acuerdo!

Se baja los pantalones en un micro segundo y me penetra sin dudarlo, haciendo que jadee enloquecida al invadirme mil convulsiones febriles.

Sin salirse de mi interior, levanta mi otra pierna, sosteniéndome con un solo brazo, me lleva hasta el sofá, me tiende sobre él, se echa encima de mí y me mira.

—Necesito que confíes en mí.

—Lo haré.

Me besa y se mueve muy lentamente sobre mí. No lo puedo creer, pero estoy haciendo el amor con Ares Hunter, aunque me advirtiera que simplemente follaríamos, aquí está, sobre mí, amándome dulcemente.



Abro los ojos con pereza, miro por la ventana, está todo nublado, parece el típico escenario de una película de miedo, pero a mí me encantan estos días. Un gruñido hace que me gire hacia el otro lado, descubriendo enseguida que Ares está profundamente dormido a mi lado. Me incorporo para observar su rostro con detenimiento, parece tan relajado, que nadie diría que es el jefe de una banda de psicópatas.

De repente, como si advirtiera que lo estoy observando, abre los ojos, me mira como un depredador asustado, lo que hace que casi me de un infarto. Poco a poco, me va enfocando y sus ojos se tornan cristalinos, al mismo tiempo que mi corazón se recupera.

—¡Qué susto! —tengo la mano sobre el pecho.

—No estoy acostumbrado a despertar acompañado, perdona —sonríe socarrón.

—Te ha faltado inmovilizarme. ¡Vaya despertar más romántico!

Esa idea no me desagrada en absoluto.

Antes de que me dé tiempo a pestañear, lo tengo encima de mí, sujetándome las manos en la espalda, mientras me aprieta boca abajo contra el colchón.

—¿Esto te parece lo suficientemente romántico? —suspira en mi oído, haciendo que se me ponga el vello de punta.

—Recuérdame que no te vuelva a hacer sugerencias —le digo, mientras lucho inútilmente por liberarme.

—Las vistas desde aquí son inmejorables.

Suelta mis manos, me sostiene por las caderas con fuerza, para que no me gire y se apodera de mí con su más que experta lengua, haciendo que me agarre a las sábanas con fuerza y ahogue mis gritos en la almohada. Es extraordinario. Me regala un orgasmo matutino maravilloso.

Cuando estoy intentando recuperarme, me gira para ponerse sobre mí. Introduce su lengua en mi boca suavemente, haciendo que pruebe mi propio sabor. Se aparta un momento y me mira con deseo.

—Podría pasarme la vida entera mirándote, no puedo apartar los ojos de ti. —Todavía me cuesta mucho verlo en esta nueva faceta. El Ares cariñoso es igual de atractivo, si no más, que el implacable cazador de mujeres, pero hay algo dentro de mí que grita «¡peligro!» y no permite que me relaje del todo.

—¿La vida entera? Te estás emocionando demasiado, vaquero —le digo mientras me incorporo. Me observa muy serio, parece que siempre tiene algo entre manos.

—No podré ofrecerte todas las cosas del mundo, Keira, pero te ofrezco todo lo que quieras de mí —se echa boca arriba en el colchón.

—¡Me quedo con el *pack* completo! —le digo, mientras acaricio sus abdominales tan marcadas.

—Solo te pido que tengas paciencia conmigo, esta es mi primera vez.

—¡No me creo que el gran señor Hunter tenga todavía primeras veces! —digo riéndome.

—Te sorprendería —su risa es arrebatadora.

—¡No te creo!

—Yo tampoco creí que fuera capaz de enamorarme, hasta que te vi.

Se levanta de la cama tranquilamente, sin darme opción a decir nada, me ha dejado con la boca abierta. Se despereza, bosteza, se estira... Me da un beso, para después, irse con paso ligero hasta el baño, como si no acabara de decirme todas esas cosas tan bonitas. Yo me quedo tirada en la cama, perezosa, observando su culo moreno, duro y respingón mientras camina.

Me hace especular, por un lado, si lo que me dice son frases ya hechas que ha dicho a mil mujeres anteriormente, pero, por otro lado, me mira a los ojos de una manera tan pura, que no me queda más remedio que creer cada palabra que sale de esos labios pecaminosos.

Este doble juego es, precisamente, lo que me vuelve loca de él. Siempre supe que tengo algo de masoquista, de no ser así, ya estaría felizmente casada y con niños, como casi todas mis amigas.

Aparece en la puerta del dormitorio, el vaho que sale del baño es similar al de un baño turco, con lo cual, su figura aparece en mi campo de visión como si fuese una especie de actor de cine haciendo su aparición estelar.

Lleva una toalla enrollada alrededor de sus caderas, dejando al descubierto sus espectaculares oblicuos, el pelo mojado y despeinado, gotas de agua resbalan por su torso... Una escena digna de la nominación al hombre más irresistible del planeta. Se me hace la boca agua al mirarlo y me relamo inconscientemente.

—En vez de Ares, debieron ponerte Adonis —me acerco hasta él decidida.

—Creo que Ares sigue siendo más apropiado. —Levanta una ceja.

—Vamos a ver qué esconde esta toalla —levanta las manos y yo le quito la prenda de su sitio, tirándola por los aires. Lo que hace que se dibuje una sonrisa divertida en su boca.

Cuando descubro el pastel, para mi sorpresa, está más que preparado para el desayuno.

—Vaya, ahora entiendo lo del dios de la guerra —susurro mientras me acerco más a él.

—Todavía te quedan muchas batallas por lidiar, cariño, pero vas por buen camino.

Acaricio su pecho, bajando hasta su gran miembro, que me espera sediento. Me arrodillo frente a él y sin más ceremonia, le hago darse cuenta de que a partir de hoy va a perder cada una de las batallas que juegue conmigo. Él echa la cabeza hacia atrás, bufando como un toro. No aguanta demasiado y termina derramándose en mi boca.

—Acabo de darme cuenta de que estoy perdido —me confiesa, todavía con los ojos invadidos por el deseo, mirándome desde arriba y con los dedos enredados en mi pelo.

—Ya lo sabías desde hace tiempo, Hunter, solamente has estado intentando luchar contra ello. —Me incorporo e inmediatamente invade mi boca.

—Tú no me lo has puesto fácil, *fiera*.

—¡No te lo merecías!

—Vamos a la ducha, a ver si me lo merezco.

Me coge en brazos, haciendo que se me escape un pequeño grito de sorpresa y nos duchamos juntos.

Siento una conexión extraña con él, aunque realmente no lo conozco, pero me hace sentir segura. No es lógico. Mi sentido de la supervivencia debe de estar completamente atrofiado, esto es lo mismo que si un ratón dijera que se siente a salvo estando junto a un tigre. Llámame loca de atar se quedaría corto.

Después de unos cuantos arrumacos en la ducha, Ares se viste y baja al quiosco a por la prensa de hoy. Dice que tiene que comprobar la cotización de miles de empresas donde tiene invertida su fortuna.

—Yo no podría vivir si mi dinero dependiera de las acciones de una empresa —le digo, mientras doy un mordisco a mi tostada.

—Eso lo dices porque no lo entiendes. Es muy emocionante. Adrenalina pura. —Él solo toma un café.

—Ares, no entiendo cómo no has sufrido una sobredosis de adrenalina a estas alturas de tu vida. Un poco está bien, pero lo tuyo no creo que sea sano.

—Lo necesito para vivir, yo soy así, o vivo emociones fuertes cada día o me hundo en la miseria. Las inversiones son una de las maneras de conseguirlo.

—Creo que eso ya roza lo enfermizo, tarde o temprano deberás calmarte, a tu edad se aspira a otras cosas.

—No lo creo, yo no soy de esos, preciosa. Piénsalo. Todavía estás a tiempo —ha dejado la taza del café sobre la encimera y me mira con atención.

—¿Qué no eres exactamente?

—Yo no soy de los que están tirados en el sofá una tarde de domingo ni de los que van a hacer la compra al supermercado. No te voy a engañar, quiero hacer las cosas bien desde el principio.

—¿Entonces qué haces los domingos? —«¡Vaya tontería de pregunta!».

—Pronto lo sabrás —dice con su voz de seductor fatal.

Este es el tipo de frase que me hace temblar de miedo, pero al mismo tiempo excitarme como nunca. Creo que me estoy volviendo loca.

—Me tengo que ir, muñeca ¿te recojo a las 9.00?

¡¿Qué me recoge a las 9.00!?

—¿Por qué?

—Para ir a mi casa, eso hacen las parejas, ¿no?

«¡¿LAS PAREJAS?!».

«Bueno, parejas se llama también a las cosas que van de dos en dos, no necesariamente debe significar nada más». Tomo aire antes de dejarme llevar por un ataque de nervios. He tenido una dosis demasiado alta de endorfinas en mi cuerpo, por lo tanto, se supone que debo estar relajada.

¿Con pareja-enfatizo- te refieres a que somos dos personas, verdad? —lo tanteo, intentando sonar tranquila.

—Con pareja —imita mi tono exageradamente, mofándose— me refiero a que somos una pareja, pero si quieres te lo explico...

—¡Espera, espera, espera! —alzo mi mano en señal de *stop*, interrumpiéndole—. ¿En qué momento exactamente has decidido POR TI MISMO que somos una pareja? —vuelvo a enfatizar.

—En el momento en que entré por esa puerta.

Creo que esto deberíamos discutirlo más detenidamente, no lo tengo claro, hay varios temas que debemos aclarar antes de definir lo que somos.

—Está bien, lo hablaremos durante la cena.

—Ares no me gusta que me organicen la vida, si quieres cenar conmigo me preguntas si puedo, o al menos si me apetece —hago aspavientos con las manos.

—De acuerdo, me lo apuntaré para la próxima. —Permanece en pie, mirándome impassible, pero con el ceño fruncido.

—¡Pero sigues sin preguntarlo!

—Keira, no me gusta que me lleven la contraria, si quiero cenar contigo, lo voy a hacer, ¡para eso eres mi novia!

—¡Oh! Esto va mejorando... —Me tapo la cara con ambas manos.

—¡Ni un terremoto que hundiera la tierra bajo mis pies me detendría, así que ves asimilándolo!

Me da un beso rápido, mientras intento con todas mis fuerzas no ponerme histérica, se gira y se marcha, sin más.

«¡NOVIA!».

Cuando estoy todavía atontada por todo lo acontecido en las últimas horas, aparece *Gólum* asustado.

—¡Eh! Cariño, ven aquí —sube de un salto a mis brazos y se acurruca en mi regazo—. Shhhhh, tranquilo ¿qué sucede pequeñito? —lo acaricio calmándolo. Mira hacia la puerta muy fijamente. Sospecho que Ares no le gusta.

Pasado un buen rato, el felino ha comprobado que no hay nadie ya en casa y se ha relajado. Los gatos tienen un sexto sentido y no me da buena espina que Ares no le guste.

Suena el pitido que indica que he recibido un wasap:

Keira, me encantas, eres mi dosis preferida de adrenalina y si no lo entiendes así, te lo explicaré a polvos.

Ares:

Se me escapa un bufido ante semejante declaración.

Por ti lo que sea necesario

Ares:

Sonríó mientras niego con la cabeza, no sé cuando me toma el pelo y cuando está hablando en serio.

«¡No me puedo creer que quiera que seamos una pareja!». Para empezar, no sabe el sentido de esa palabra, sería desastroso, y para terminar, no estoy segura de que yo quiera enseñárselo. En serio, esto promete.

Termino de desayunar tranquilamente, mientras leo el periódico que ha subido Ares. Al pasar una página, encuentro escrito en gigante con rotulador negro:

SINO TUVIERAS MIEDO, ¿LO HARÍAS?

¿Cuándo ha escrito esto? Ha debido ser mientras subía de la calle, porque aquí hemos estado juntos todo el tiempo.

Me quedo absorta, mirando esta frase que me ha escrito.

¿Tengo miedo? Mucho. ¿A qué? A que me vuelvan a hacer daño. Si he de ser sincera conmigo misma, no tengo miedo de Ares, no entiendo el por qué, pero me fio de él.

¿Qué haría si no tuviera miedo? Creo que se refiere a que seamos algo más, ¿lo haría? ¡Claro que sí...!

Mi cerebro se va a autodestruir de un momento a otro, lo tengo demasiado ocupado día y noche, necesita una tregua, no puedo pensar tanto. Emma siempre me lo dice, soy demasiado calculadora para la edad que tengo. De vez en cuando debería dejarme llevar un poco por la locura, ¿no? Como antes...

Me dirijo hacia mi habitación, abro las puertas del armario. Quiero demostrar al mundo que estoy decidida a disfrutar de la vida, que me siento feliz y que voy a arriesgar. Hoy no voy a ir de mujer seria y respetable. Me voy a poner una mini falda vaquera muy mini, unas botas altas de *cowboy* color *beis* y una camiseta rosa con un dibujo de un chihuahua muy cursi del mismo tono que las botas.

Miro mi imagen en el espejo de la entrada antes de salir y me gusta mucho, un poco informal, pero sobre todo muy sexi.



El reloj digital de mi despacho marca las 9.00 de la noche, ya he terminado hace un rato, pero he estado haciendo tiempo hasta la hora punta para que venga a recogerme mi... No sé qué.

Nada más salir por las puertas del centro, hay un Lykan Hypersport negro aparcado frente a mí, observo que tiene diamantes alrededor de los faros, donde están incrustadas las luces led. Un Ares con cazadora de cuero negra, asoma el brazo por la ventanilla. Levanta las puertas cuando me acerco y me monto.

—No conozco el amor, pero no creo que sea muy distinto a lo que siento cuando te veo venir caminando hacia mí. —«¡Guau!»

Se inclina hacia mí y nos damos un beso.

Princes of the Universe de Queen suena a todo volumen, desde luego, no podía ser de ninguna otra manera, pongo los ojos en blanco.

—Con esa falda no sé si voy a aguantar hasta llegar a casa —me acaricia la rodilla y le doy un manotazo.

—Espero que sí, pervertido —sonríe.

—¿Qué tal el día, muñeca?

—Espléndido, señor Hunter, gracias —le sonrió, mientras me acomodo en el asiento.

—¿Sabes qué? —No deja de sonreír, mientras se incorpora al tráfico como un loco.

—Sorpréndeme.

—Desde que te he confesado mis sentimientos, me siento mucho mejor. ¡Soy feliz! —lo miro boquiabierto y creo que me está tomando el pelo de nuevo. Le encanta hacerme rabiar, y como sabe que me está agobiando con tanto corazón de golpe, se aprovecha.

—Sí, y a lo he notado —me burlo, e intento contener la risa, en el fondo me encanta esta nueva faceta juguetona suya.

—Te voy a intoxicar de corazones, cariño —me tira un beso, riendo.

—Miedo me das. No tienes término medio.

Toco la tapicería del coche, el cuero del asiento está bordado con hilo de oro, o al menos eso parece. Teniendo un coche de cinco millones de euros, es oro, seguro.

—¿No te gusta mi carro? —pregunta sin dejar de mirar a la carretera.

—¡Oh sí, muy discretito! Pasa igual de desapercibido que su propietario.

—Lo vi en la película *Too Fast Too Furious 7*. Solo hay siete ejemplares igual a este en el mundo. Me gusta lo exclusivo. Solo para mí —suena muy convincente.

—¿Por qué tiene tantas V por todas partes? —le pregunto curiosa.

—La V significa «siete» en árabe, la compañía que los fabrica pertenece a un jeque árabe, y tengo mucho que ver con ese número. Simplemente me encapriché de él y fue mío —me mira voraz—, como ocurre con todo.

¿O sea que eres un niño caprichoso?

—Mucho. Puedo permitirme todos los caprichos que se me pasan por la cabeza. Así somos los hombres. —Se encoje de hombros, como si su naturaleza masculina le impidiera ser de otra manera.

—¿Qué caprichos? Dime alguno. —Debe de tener caprichitos bastante insólitos, siento curiosidad.

—En estos momentos mi mayor capricho es la morenaza de ojos verdes que tengo a mi lado, he de admitir que me pone muy bestia.

Como el coche es automático, no necesita meter las marchas, así es que mete su mano entre mis muslos, levantándose la falda, mientras conduce con la otra. Me acaricia, hasta que se detiene en mi palpitante sexo, que clama por él.

—Mmmm, eres una niña mala —ronronea al comprobar que no llevo tanga. Me lo he quitado al terminar el trabajo para darle una sorpresa. Ares hace que salga a la luz mi lado travieso y perverso.

Como si supiera que lo estoy deseando, con un dedo estimula mi clítoris. Trago saliva y aprieto mis piernas, aprisionando su mano. Reclino la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y clavo mis uñas en el asiento, con tanta fuerza que algún hilo de oro romperé. Levanto mis caderas para que introduzca el dedo, estoy a punto de estallar, pero no me lo concede, sigue torturándome despiadadamente.

De pronto saca su mano de entre mis piernas, para poner un dedo distinto en la pantalla táctil del aparato que permite la entrada a la urbanización privada. ¿Ya hemos llegado?

Lo miro, respirando todavía con fuerza, él me mira a mí y sonríe malicioso.

—Reserva tus fuerzas para esta noche, *fiera*, las necesitarás.

¿Debería darme miedo?

Las ruedas del coche chirrían en cuanto entramos en el garaje. Observo que aquí solo hay sitio para un vehículo.

—¿Dónde está el otro coche? —pregunto.

—¿Cuál de ellos? —contesta.

—Con eso ya me lo has dicho todo.

Coge mi mano, nos metemos en el ascensor, donde se apoya en la pared, mete las manos por debajo de mi falda, atrayéndome hacia sí y masajea mi culo, mientras me besa.

—Te follaría aquí mismo, Keira, pero debo esperar —parece que esta afirmación le provoca un fuerte sufrimiento, aunque no menos que a mí.

Nunca antes había sentido esta molesta sensación de gata en celo que me invade cuando estoy cerca de él. Serán las hormonas.

Salimos a la estancia donde estuvimos el otro día, él me indica que lo siga. Atravesamos el salón y entramos por una puerta blanca. Al otro lado hay dos señoras de unos cincuenta años, ataviadas con un uniforme que se asemeja bastante al de las cocineras del Ritz y un señor vestido de esmoquin, que supongo que será el mayordomo. Ya me extrañaba a mí que en una casa tan grande no hubiera servicio.

—Estos son mis empleados, para lo que necesites, estarán encantados de servirte. La señora Gómez, la señora Rodríguez y mi mayordomo, el señor Blázquez.

—Encantada de conoceros —les saludo levantando la mano desde mi posición. Los tres parecen sorprendidos de verme. Me saludan con mucha educación.

—Podéis retiraros, gracias. Si necesitamos algo, os avisaré. —Ares interrumpe nuestros saludos.

Estamos delante de una gran mesa de cristal negra, este cristal tan grueso no debe romperse ni con el martillo de Thor.

Ares retira una de las sillas blancas, a continuación me indica con la mano que tome asiento y así lo hago. Empuja mi silla suavemente hacia adelante para colocarme en el sitio oportuno. Bordea la mesa y se sienta en la cabecera, a mi lado. No estamos demasiado cerca, pero tampoco demasiado lejos.

Observo esta habitación con detenimiento. Es igual de fría que las demás, pero tiene una pincelada de color, debido a los distintos aparatos y mesas auxiliares que han dejado por todos sitios las dos cocineras. No sé si va a celebrar un banquete esta noche, pero desde luego, con toda esa comida, eso parece.

El mayordomo aparece con una botella de vino tinto, que nos sirve escrupulosamente en nuestras copas. Se marcha, cerrando la puerta.

Ares parece molesto, creo que es porque le ha ordenado que no venga hasta que se le llame, pero podría estarlo también porque una mariposa hubiese volado demasiado cerca de alguna planta del jardín... Nunca sé lo que puede rondar por su cabeza.

—Este es de los vinos que no deben mezclarse con coca-cola, ¿me equivoco? —Agito la copa para observar, fascinada, cómo las lágrimas de color rubí descienden por ella.

—Es un Richebourg Grand Cru francés, de 1985. Esta botella cuesta veinte mil euros, mezclarlo con algo, sería un auténtico crimen —me mira con lujuria, mientras intenta llamar mi atención, agitando sutilmente su copa de vino. Lo huele.

—¿Veinte mil euros?! —No puedo evitarlo...

Da un sorbo, cerrando los ojos para degustarlo sin interferencias en su sentido del gusto. Qué imagen más bella, me gustaría sacarle una foto para colgarla en mi Facebook.

—¿Es exquisito no, señor Hunter? —Se levanta de su asiento.

—Me gusta seleccionar con detenimiento cada cosa que me rodea. —Me toca el pelo con suma delicadeza. Después lo enrolla alrededor de su puño, tira un poco hacia él, lo que hace que mi rostro se aproxime al suyo—. Nada en mi vida ocurre al azar. —Me suelta.

—Por esa razón no me encajaba el famoso «juegucito» en el puzle, el que otros elijan con quién debes acostarte. —Agudiza la mirada, clavándola en la mía, para examinar mi estado de ánimo. Respira hondo.

—Está bien, Keira, vamos directamente al tema que nos ocupa, quiero aclararlo todo cuanto antes y dejar de preocuparme por lo que pienses de mí.

—¿Te preocupa lo que pueda pensar de ti? No lo creo.

—Bastante. No quiero que estés en mi vida con dudas, si estás conmigo es incondicionalmente, eso es lo único que exijo. —Bebe de su copa, pero esta vez rápidamente, no saborea nada.

—No me gustan las exigencias, empiezas mal —lo recrimino, cruzándome de brazos.

—Keira, quiero que confíes en mí ciegamente. Sé que la confianza se gana, por eso me he propuesto ganarme la tuya. Debemos tener en cuenta que soy un personaje público y, no nos vamos a engañar, demasiado codiciado. La prensa inventa bulos sobre mí constantemente, no quiero una mujer a mi lado que a la mínima se espante y salga corriendo. Tampoco quiero que me pidas explicaciones a cada instante por todo. Creo que tienes agallas para luchar contra todo eso, es la razón por la que te he seleccionado a ti... Entre otras muchas razones, evidentemente —dice estas últimas palabras recorriendo mi cuerpo de arriba abajo con una mirada lasciva, y con una voz con la que me entran ganas de subirme a horcajadas sobre su regazo.

—Soy toda oídos, Hunter. Vamos a ver si consigues ganarte mi confianza o perderla para siempre.

Se mete las manos en los bolsillos del pantalón y comienza a pasear elegantemente por la sala.

—No hará falta decirte que esta información no puede salir de aquí, estoy entregándote mi cabeza en bandeja, lo cual significa que confío en ti.

—Te doy mi palabra —nos miramos, pactando ese trato en silencio.

—Hasta hace tres días era miembro en un club, que consistía básicamente en seducir mujeres.

—¿Cómo empezó todo? —No pienso dejar que me ocultes nada, se cree muy listo.

—Comenzó hace muchos años, como una tontería entre adolescentes.

—Vaya con la tontería, ha terminado siendo un negocio bastante lucrativo, ¿no?

—Esa es precisamente la parte atractiva, si no, ¿por qué iba a querer nadie entrar a formar parte de RAMBHÁ?

—¿Así se llama el club?

—Es un homenaje a Afrodita, como ya sabes, es la diosa de la belleza y del placer. Rambhá es el nombre de dicha diosa en la cultura hindú, Afrodita o Venus ya está muy visto. El hinduismo siempre le ha dado unos matices más sexuales a su diosa —sonríe travieso, seguramente recordando algo.

—Continúa, no voy a hacer ningún comentario. —Levanto las manos en señal de rendición.

—En el colegio, las niñas me perseguían para darme besos. En el instituto, todas querían que yo las desvirgara y en la Universidad, clamaban por pasar la noche conmigo.

—¡Vaya! Tuvo que ser una infancia muy traumática —apunto sonriendo.

—Al principio me gustaba, pero terminé aburriéndome de acceder a los deseos de las mujeres. Necesitaba tomar el control. Deseaba ser yo, el cazador que escogiera a su presa y no al contrario, va en mis genes.

—Y en tu nombre... —Estoy metida en la historia por completo. Él asiente.

—Un buen día, hablando con un amigo...

—¡Con Cristian! —lo interrumpo.

—¿Lo has sabido todo el tiempo? —está sorprendido.

—No, hace poco que lo descubrí, pero de eso ya hablaremos más tarde, continúa por favor. —Si me disperso, se me escapan los detalles de la historia principal y me quiero enterar bien de todo.

—Cristian y yo apostamos quién de los dos se ligaría antes a la capitana de las animadoras.

—Claro, la opción de que os rechazara no entraba en vuestros planes... ¡Qué modestos! —le digo con sorna.

—¿Quién crees que ganó? —pasa de mi comentario.

—Difícil decisión. Los dos guapos, los dos de buena familia... solamente hay una cosa que me haría decantarme por uno u otro...

Se acerca hasta mí, se agacha, y me susurra al oído, rozando mi oreja con sus labios:

—Exacto... —Todo el vello de mi cuerpo se eriza.

—¡El sexo! —digo boquiabierto, todo va encajando poco a poco en mi cabeza.

—Después de la capitana de las animadoras, vinieron muchas más, amigas de nuestras madres, profesoras, vecinas... No teníamos ningún baremo —continúa paseando por la sala—, Cristian era muy bueno, pero yo era mucho mejor. Siempre le ganaba. Él empezó a retarme con mujeres más difíciles, que creería que serían imposibles de alcanzar, como la alcaldesa del pueblo, o la directora de alguna gran empresa... pero al final caían todas en mis redes.

—Ya veo. —¡Qué ignorante he sido!, ahora me doy cuenta de que desde un principio no tuve escapatoria, es un profesional de la seducción.

—Cristian se me quedaba pequeño, necesitaba más emociones, así es como le contamos nuestras apuestas a un par de amigos, que se sumaron al club, ellos se lo comentaron a otro par... y hoy RAMBHÁ cuenta con cincuenta miembros a nivel internacional.

—¿Cincuenta? ¿En todo el mundo? —¡Qué pasada, yo pensaba que serían cuatro!

—Podrían haber sido cincuenta mil, pero somos muy estrictos a la hora de aceptar a alguien en el club. Hay miembros muy influyentes.

—¿Políticos? —Madre mía...

—Políticos, cantantes, actores, empresarios... Te sorprenderías, cariño.

—¿Todo sois hombres?

—Sí.

—¿Por qué?

—Las mujeres terminarían enamorándose de alguna de sus presas. Tampoco se ha dado el caso de que alguna quisiese entrar.

—¡Qué machistas!

—¡Que eso sea lo único que te parece machista es realmente sorprendente! —suelta una sonora carcajada. Es verdad que de principio a fin es todo machismo...

—Cuéntame qué requisitos se necesitan —me muero de curiosidad.

—Deben poseer una cuenta corriente con varios ceros, no deben tener antecedentes penales ni enfermedades de transmisión sexual y nos mandan un informe médico mensualmente. Se firma un contrato de confidencialidad donde se recogen todas estas normas y se les obliga a mantener la boca cerrada.

—Tú te estás saltando ese acuerdo. —Enarco una ceja.

—Yo nunca lo firmé, ¡soy el fundador, joder!

—Querrás decir que eras... ¿no? —«¿Le he pillado en un renuncio?».

□ Sí, era, efectivamente. —Sigue caminando por la sala, mientras bebe de su copa de vino—. También deben depositar una fianza de quinientos mil euros, que, si no respetan las normas, pierden.

—Déjame que lo adivine... ¡Ese es el dinero que tienes invertido en bolsa! —«¡Eureka!».

—¿Ves por qué me fijé en ti? —Se acerca hasta mí, retira la silla de la mesa, conmigo encima y me planta un morreo en toda regla. Haciéndome sudar tinta. ¡Qué calor! Se aparta de mí tan campante, mientras yo me quedo demasiado sofocada como para prestar atención al resto de la historia.

Me obligo a mover los labios de nuevo.

—Háblame de las apuestas, ¿cómo seleccionáis a las mujeres?

—¿Te pone *cachonda* todo esto cariño? Porque a mí me está poniendo muy bruto el compartirlo contigo.

—Ares no me enredes, lo estabas consiguiendo. —Trato con todas mis fuerzas de no caer en su trampa, si me dejara llevar, me abriría de piernas sobre la mesa ahora mismo, pero me tengo que concentrar en la historia.

—Como te podrás imaginar, hemos llegado a un punto en cual, el que yo pierda, es el aliciente número uno para todos. Me atrevería a decir que les pone mucho más cachondos el que yo pierda, que ganar sus propias apuestas. —En su rostro se dibuja una mueca graciosa.

—¿Has perdido alguna vez? —Es verdad que tiene su morbo el que pierda, si no lo ha hecho nunca.

—Solo una —sus ojos se tornan peligrosos de nuevo.

—¡Ah! ¡Ya lo sé! —De pronto, he visto la luz.

—¿Segura? —ladea la cabeza, estudiándome con detenimiento.

—¡Sí! ¡Con Giselle Bündchen! ¿A que sí? —De repente, suelta una sonora carcajada, que retumba por toda la sala—. ¿Qué sucede? No sé por qué te ríes, es un rumor.

—Perdí contigo —sentencia.

Me ha dejado pasmada.

—¿Conmigo? Pero si... —«Si me acosté con él... ¡SI ME DIJO QUE YO NO ENTRABA EN EL JUEGO!».

—Te mentí —me está tanteando.

—Joderrrrr... —Ahora me ha entrado el pánico. ¿En qué más me está mintiendo?

—Todos tienen un mes de plazo para tirarse a su presa —este vocabulario expresa el respeto que les tienen a todas—, yo solo tengo quince días, por decisión propia, de los cuales, la mayoría de las veces me sobran catorce. De todas formas, contigo no lo hubiera conseguido ni con el mes completo, mujer. ¡Qué dura eres! —sonríe.

—¿Y en Los Pirineos? Yo creí...

—En los Pirineos, ya había perdido. ¡Joderrrrr!, estaba cabreadísimo, casi te tiro del maldito telesilla, me hiciste perder muchos millones. Lo tenía que conseguir, ya era por amor propio... lo que no me imaginé nunca es que me enamoraría de ti.

—No sé si suspirar emocionada o pegarte un guantazo. —No sé si es que ya estoy alucinando, pero hasta me parece romántico—. Por cierto, ¿cómo me descubriste?

—Te seleccionó Cristian después de que le dices calabazas.

—¡Hijo de puta! —me tapo la boca corriendo—. Perdón.

—No te preocupes, pienso lo mismo.

—¿Y fuiste a por mí simplemente porque Cristian te lo dijo?

—Las propuestas se someten a votación, debe salir mayoría simple. En tu caso todos votaron a favor, menos uno. Una mujer que había hecho perder a Cristian, era digna de ser la elegida.

—Ya veo... ¡Qué divertido!

—Aunque salga elegida una presa, el miembro en cuestión siempre tiene la última palabra, él decide si acepta o no la apuesta.

—¿Por qué lo aceptaste?

—En cuanto me pasaron tu foto, cancelé una reunión inmediatamente para venir hasta Madrid, a ver esos ojos en vivo. Creí que ibas a babear al verme, pero me trataste como a un perro pulgoso.

—Me sacas de mis casillas, Hunter.

—Eso me rompió todos los esquemas. A cada día que pasaba, los chicos subían sus apuestas y se emocionaban más. Te puedo decir que te has hecho bastante famosa en el club. —Se acaricia la nuca, yo no puedo evitar partirme de risa al imaginarme al gran Ares Hunter completamente desubicado, por una simple recepcionista de hotel.

—Por curiosidad, ¿cuándo terminó el mes?

—El mes terminaba la noche del baile de disfraces.

—Pero esa noche me besaste y te fuiste de repente... —Obviamente no se lo voy a confesar, pero podría haber ganado la apuesta.

—Me acababas de confesar, cuando estabas más bebida de la cuenta, que seguías enamorada de un tío y que nunca te enamorarías de nadie más. Después nos besamos, entonces sentí algo que nunca había sentido antes, una conexión mucho más allá del sexo. Sentí que eras especial, por la forma de besarme. No era solo pasión lo que había en tus labios. Por eso no quise llegar más lejos aquella noche, no quería hacerte pasar otra vez por un desengaño amoroso, cuando ni siquiera estabas curada del primero. —Creo que está hablando desde lo más profundo de su corazón.

—¿En serio hiciste eso por mí?

—Sin darte cuenta, despertaste en mí la emoción de un nuevo reto, conseguir que te volvieras a enamorar.

—¿Intentas hacerme creer que te parece más excitante enamorar a una mujer destrozada, que ganar millones de euros acostándote con mujeres espectaculares en tu club? Lo siento, no me lo creo.

—Ningunos labios me han hecho nunca querer volver a por más.

—¿Y qué ha cambiado para que ya no te importe romperme el corazón?

—Descubrí que tú romperías el mío. Por eso me largué.

No lo aguanto más, me está torturando, tanto con sus palabras, como con sus miradas, y lo sabe. Me levanto de mi sitio y me lanzo a sus brazos. Haciendo que choquemos contra una de las mesas auxiliares y caigamos al suelo. Sin importarme demasiado el golpe, ya que he caído encima de él, lo beso con tantas ganas que no soy capaz ni de respirar. Él ni siquiera se baja los pantalones, se ha bajado la cremallera de la bragueta con una sola mano y ha liberado a la bestia, que no tarda en invadirme. Cabalgo salvaje a mi dios de la guerra entre gemidos y gruñidos. Hasta que los dos saciamos nuestra pasión contenida.

Lo necesitaba.



Después de revolcarnos, literalmente, por el suelo, nos sentamos a la mesa. Me resulta algo difícil parecer una persona correcta y educada, con estos pelos y la ropa medio desabrochada. Ares toca un botón que hay debajo de la mesa e inmediatamente aparecen las cocineras por la puerta.

Miro hacia otro lado para no ver la cara que ponen al descubrir toda la comida esparcida por el suelo. Evito taparme los ojos con las manos, aunque ganas no me faltan. He querido recoger las cosas, pero Ares ha insistido en que para eso les paga un sueldo bastante generoso a las chicas del servicio. Ellas no hacen ningún comentario al descubrir todo el desastre, se limitan a limpiar todo y llevárselo enseguida.

Al poco tiempo, nos sirven la comida, sin perder la sonrisa. Desde luego, por mucho que me pagara a mí, no se libraría de algún comentario de reproche como mínimo. Más bien le estamparía la comida en la cara.

Cenamos tranquilamente, sin hablar demasiado. Ares me va explicando de vez en cuando curiosidades sobre los diversos manjares que nos van trayendo. Todo está delicioso.

—El postre lo tomaremos arriba. —Se levanta de la mesa. Retira mi silla y me coge de la mano.

—¿Arriba dónde?

—Quiero que veas algo.

Volvemos a coger el ascensor y subimos hasta la segunda planta. Está detrás de mí. Sé que me está observando atentamente, pero intento no mirarlo.

Salgo del pequeño espacio como si me faltara el oxígeno. Es como cuando subes en un ascensor con un vecino al que no conoces, se respira incomodidad, no sabes de qué hablar, ni si hacerlo. Pero cuando subes con el deprimido número uno, lo que se respira es tensión sexual, peligro y mucho calor.

Salimos a un pasillo, todo blanco, acorde con la decoración del resto de la casa. Me coge de la mano y me dirige hasta una puerta. La abre y me deja entrar a mí primero.

—Esta es mi habitación.

—Es muy... diferente —digo, por decir algo.

—¿No te gusta?

No esperaba que estuviera decorada con colores pastel, ni adornos multicolor... pero...

—Es todo negro. —Una vez más, suelto una información muy valiosa.

—Es mi color preferido. —Ha entrado, pero se mantiene en la puerta, con los brazos cruzados, observándome, parece algo tenso.

Miro con asombro todo a mi alrededor. La habitación es extremadamente grande, incluso teniendo en cuenta que el color negro de las paredes hace que parezca más pequeña. La pared que da a la piscina está acristalada de lado a lado. Lo cual, me hace levantar la vista para seguir el camino de los cristales, y descubrir que el techo también es de cristal.

—Me gusta ver las estrellas. —Se adelanta a mí, parece adivinar mis pensamientos.

Lo miro sorprendida, permanece en su sitio, inmóvil, vigilándome. Parece que está esperando en la puerta que descubra algo que me hará salir corriendo despavorida, pero aparte del color... nada parece llamar mi atención de manera especial.

Miro una cama inmensa, que ocupa un gran espacio en una de las paredes.

—Ninguna mujer ha estado en ella, nunca.

—Eso se lo dirás a todas, ahora se supone que me tengo que sentir tan afortunada, que caigo rendida a tus pies, ¿no?

—Ya te he follado varias veces Keira, ¿qué sentido tendría? —Que me hable con ese lenguaje sucio y vulgar, provoca un chispazo en mi entrepierna. Creo que mi neurona prehistórica se está desarrollando más de la cuenta a medida que paso más tiempo con él.

Como me ha dejado sin habla, sigo con mi exploración del medio.

Muebles negros, cortinas negras, alfombras negras, ropa de cama negra, lámparas negras... Todo menos la ropa de la cama, que es de seda, de color rojo cereza, preciosa.

—No me extraña que no hayas traído aquí a nadie, esto parece el inframundo —termino diciendo.

—¿Tienes miedo?

Ahora avanza lentamente hasta mí, sin apartar sus ojos de los míos.

—No.

—Después de todo lo que sabes de mí, ¿sigues sin temerme, Keira? —Ladea su cabeza para observarme desde otro ángulo y se muerde el labio inferior.

—Ya sé que debería salir huyendo, pero inexplicablemente no tengo miedo. —Cualquiera que me viera temblar ahora mismo, juraría todo lo contrario, pero no es el miedo lo que provoca mis temblores precisamente.

—Te pone caliente ser la única que ha estado aquí. Te voy conociendo, *fiera*.

Ha llegado a mi altura, se inclina hacia adelante, mete su nariz entre mi pelo, a la altura del cuello, y absorbe su aroma con los ojos cerrados. Esto hace que inconscientemente ladee mi cabeza, lo que él aprovecha para lanzarse a mi cuello, hambriento.

—Keira, haces que pierda la cordura, me estoy desviando demasiado del camino, pero te deseo demasiado.

No sé lo que me está diciendo, me da igual qué camino tenga que seguir, sólo quiero que me bese y estar con él. Se ha convertido en algo que me gusta poseer. Se ha convertido en una especie de droga para mí.

Me coge en sus brazos, le rodeo los hombros con los míos y me besa.

—Te has ganado un buen postre, vamos.

Pega de repente una patada a la pared, pienso que se ha vuelto loco, pero se abre una puerta, que prácticamente estaba oculta. Ahora empiezo a entender por qué el negro... ¡camuflaje!

Entramos en una sala algo pequeña, toda de madera, donde se encuentra un jacuzzi gigantesco. Aquí pueden entrar diez personas tranquilamente. La luz es violácea, muy tenue y hace mucho calor, o es que lo tengo yo dentro.

—Desnúdate —ordena.

Se sienta en un taburete alto que hay junto a una barra de bar.

—¿Qué? —De repente, siento vergüenza.

—No pretenderás meterte en el agua vestida.

—No pienso desnudarme. ¡Desnúdate tú!

Se levanta, mirándome con el ceño fruncido y una tormenta azul en sus ojos, se saca la camiseta por encima de la cabeza y la tira al suelo. Se quita los zapatos de un pie con el otro y los empuja a un lado. Finalmente, me mira con cara de seductor fatal y se desabrocha el pantalón, pero se lo deja puesto, dejando entrever lo que hay debajo escondido. Tiene unas abdominales de infarto.

—Si lo quieres, tendrás que venir a por ello.

No puede ser posible que alguien, desnudándose tan rápido, consiga ponerme tan a tono como lo ha hecho él. Seguro que hasta tirando la basura tiene morbo.

Me giro, dándole la espalda, así me obligo a no mirarle. Por mucho que intente seducirme, sigo teniendo mi dignidad intacta. No pienso suplicar nada, y mucho menos sexo.

Siento su aliento en mi nuca, su olor a perfume es cada vez más intenso, por lo que deduzco que está demasiado cerca. Una mano acaricia mi espalda, con firmeza.

—¿Por qué me rechazas siempre, Keira? Resultaría más fácil que hicieras lo que te ordeno sin protestar por todo —suena frustrado, pero a la vez enojado—. Te diga lo que te diga, tu respuesta es automáticamente «no» y te juro que me pones de muy mal humor.

—Porque eres un presuntuoso y no me gusta que me manden. ¿Por qué no me obedeces tú a mí?

Se planta delante de mí. Me levanta los brazos lentamente, acariciando mis pechos, furtivamente, mientras baja sus manos hasta el dobladillo de mi camiseta, lo sujeta y me saca la prenda por la cabeza.

—¿Realmente crees que un gatito es capaz de dominar a un dragón?

—¿Quién es el gatito? ¿Tú?

Suelta una sonora carcajada.

Se arrodilla delante de mí, mirándome desde abajo, se moja los labios lentamente... Mete sus manos por debajo de mi falda y me acaricia las piernas, hasta llegar al culo.

—¿Te parezco un gatito, Keira?

—Ni siquiera arrodillado, Hunter.

Mete sus manos por debajo de mi falda y me acaricia las piernas, hasta llegar al culo. Roza levemente mi clitoris de pasada, haciendo que quiera más.

—¿Me ves como algo pequeño y delicado? —Se detiene esta vez, justo ahí, haciendo que eche mi cabeza hacia atrás.

—No serían esos adjetivos los que yo utilizase para definirte. —Suspiro.

Se incorpora, mientras me quedo en trance.

—¿Quieres tomar las riendas o crees que podrás obedecerme sin rechistar? —Coge mis manos entre las suyas y las introduce en su pantalón, para que palpe su gran erección. Y yo palpo.

Mientras subo y bajo mi mano, él se moja un dedo y me lo introduce con delicadeza, mientras observa mi reacción. Tiene los ojos totalmente negros de deseo.

—Desnúdate, Keira.

Ahora sí que obedezco, me falta responderle «sí, señor». Me bajo la falda rápidamente, me quito los zapatos y me quedo totalmente desnuda delante de él. Me señala su pantalón con la cabeza, se los bajo también. Cuando su gran miembro aparece en mi campo de visión, no puedo resistirme a besarlo con lengua, lo saboreo, mientras él ronronea.

Me coge por la cintura y me lleva en brazos hasta el agua. Se sienta en una de las plazas del *jacuzzi*, poniéndome encima de él, me penetra sin previo aviso. Las burbujas dan justamente en mi punto mágico. No aguanto más, me está matando. Menea sus caderas al ritmo que dirige las mías con sus manos. Está claro que él manda, incluso estando yo encima.

Cuando estoy a punto de llegar al clímax, sale de mi interior.

—¡Nooo! —le grito tremendamente enfurecida.

Se pone en pie sin dirigirme la mirada, me levanta a mí también con una sola mano, me gira, poniéndome de espaldas a él y se introduce en mi interior de nuevo. Nunca he podido tener un orgasmo en esta posición. Clava sus dedos en mi cintura y empotra mi cuerpo contra el suyo, con fuerza. Sus gruñidos salvajes, y el sentir su miembro tan profundamente dentro de mí, hacen que yo explote de placer, sin ni siquiera darme cuenta de que iba a suceder, además, con una fuerza increíble. Mis contracciones le avisan a él de que ya he terminado y al instante se deja ir también.

—¿Cuántas veces tengo que demostrarte quién manda aquí? —me dice, mientras se tumba plácidamente en su plaza del *jacuzzi*.

—¿Por qué tienes tanta obsesión por mandar? En una relación, unas veces manda uno y otras el otro...

—No —me interrumpe—, en el sexo mando yo. Si no estás dispuesta a aceptar eso, no tenemos nada que hacer, Keira.

—¿Por qué? ¿No te ha gustado lo que ha sucedido antes en el salón?

—Claro que me ha gustado.

—Pues creo recordar que yo he llevado las riendas, y no parecía que lo estuvieras pasando demasiado mal. —Por cómo bufaba debajo de mí, creo que, más bien, todo lo contrario.

—Has llevado las riendas porque yo te he permitido que lo hagas.

—Bueno, si te hace ilusión pensar eso... —Esto es tan absurdo que no pienso discutir por semejante idiotéz. Si quiere pensar que tiene el poder del mundo en sus manos, pues que lo piense.

—No me hace ilusión, es así. Las cosas se hacen cómo y cuándo yo quiero. —Está realmente enojado por esto, me muero de ganas por provocarle, pero estoy demasiado relajada para eso. No me apetece discutir, solo cerrar los ojos y disfrutar de las burbujitas.

—Sí, señor —baluceo.

Me echo en otra de las plazas del *jacuzzi*, frente a él. Necesito relajarme, saborear esta nueva sensación de plenitud, obligándome a no ver defectos donde no los hay. Apoyo mi cabeza en la almohada que hay en el borde, para evitar resbalar hacia dentro, cierro los ojos y floto feliz.

Y la felicidad flotante hace que me quede dormida.



Todo es negro... ¿Dónde estoy? Restriego mis ojos para poder enfocar algo de mi alrededor, lo que sea, pero todo es borroso, miro hacia arriba y descubro miles de estrellas.

Me incorporo de la cama, sobresaltada.

—¿Qué ocurre, muñeca?

Me giro hacia mi derecha rápidamente, buscando la procedencia de esa voz penetrante. Descubro a Ares, echado plácidamente sobre unos cuantos almohadones.

—Me he quedado dormida. —Miro mi cuerpo, descubro que llevo puesto un camisón de encaje, color negro. Es muy suave. ¿Me lo habrá puesto él?

—Te he vuelto a salvar la vida, me voy a terminar creyendo que soy alguien importante para ti.

—Estoy en tu cama. —Siempre pensé que me iba a llevar a casa después del *jacuzzi*.

—No me pareció de buena educación dejarte sobre la alfombra —dice dejando escapar una sonrisa.

Se incorpora, me abraza, se echa hacia atrás, llevándose conmigo y así logra que me acurruque entre sus brazos, apoyada en su pecho firme.

Me acaricia el pelo, haciendo que cierre los ojos para degustar el placer que me provocan sus manos. Me vuelvo a quedar dormida, pero antes de perder por completo la consciencia, oigo que me susurra al oído: «Serás mi perdición».

Una música me despierta. Me tapo la cabeza con la almohada para no escucharla, pero unos gritos, parecidos a los del dios del trueno pisando chinchetas, taladran mis oídos. Alguien me arranca la almohada de las manos, enseguida descubro quién.

Ante mis ojos, un Ares resplandeciente, con unos pantalones de pijama negros y una camiseta de manga corta blanca, sostiene entre sus manos el cepillo de dientes a modo de micrófono, mientras berrea la canción de *Pretty Woman*.

Se sube en la cama de un salto, como si fuera una pantera, se pone allí de pie sobre mí, me coge por un brazo y me levanta sin esfuerzo, abrazándome por la cintura. No consigo cerrar la boca del asombro, mientras él me canta al oído y bailamos pegados:

*Pretty woman, talk a while
Pretty woman, give your smile to me
Pretty woman, yeah yeah yeah
Pretty woman, look my way
Pretty woman, say you'll stay with me
Cause I need you, I'll treat you right
Come with me baby, be mine tonight*

Llevo un rato riendo, pero no me río de él, creo que río de felicidad. El tener al gran Ares Hunter, rodeándome entre sus brazos, tan despreocupado y haciendo el tonto para que me ría... merece la mayor de las sonrisas, cuanto menos.

Cuando termina la canción, me baja de la cama, cogiéndome por la cintura.

—No conocía esta faceta tuya de cantante —digo todavía sonriendo.

—Hay muchas que no conoces, muñeca, y muchas que jamás conocerás. —Vuelve a tener esa mirada misteriosa.

—Ya está ahí mister arrogante de nuevo.

—¿Qué quieres hacer hoy? —Sigue cepillándose los dientes como si nada hubiera ocurrido, mientras vuelve al baño.

—¿Hoy? ¿Te refieres al día entero? —Demasiado tiempo juntos.

—Sí, es sábado, tenemos el día entero, ¿no?

—Bueno, no sé...

—¿Para qué quieres tener el control si no sabes qué hacer con él, Keira? —Pasa por delante de mí sin inmutarse.

—¡Claro que lo sé!

—Pues no lo parece. —Sé que me está provocando, pero si me muerdo la lengua me muero.

—Quiero pasar un día inolvidable junto al Ares que acabo de ver hace cinco minutos, no con este *energúmeno prehistórico* que acaba de salir del baño.

—¿Energúmeno? Te voy a dar yo a ti energúmeno.

Me carga como a un saco de patatas, al hombro. Me tira sobre la cama, inmovilizándome entre sus piernas y brazos, para hundir su cara en mi costado. Casi no puedo respirar de la risa que me producen las cosquillas y él se lo está pasando en grande viéndome sufrir.

—Me fascina tu risa. Podría pasarme la vida entera escuchándote reír. —Apoya su cabeza sobre mi pecho, besándolo de vez en cuando. Yo acaricio su pelo azabache, fuerte y sedoso. Para mi sorpresa, me encuentro muy cómoda estando con él. No estoy en guardia.

—¡Podemos ir a pasear!

—¿A pasear? —Frunce el ceño—. Más bien pensaba en hacer paracaidismo o algo divertido. —Lo peor de todo es que lo dice en serio.

—Enséñame la urbanización, me encantaría saber de quién es cada casa. —Paso de paracaidismos, con él ya tengo mi dosis de emociones fuertes recomendada para un año entero.

—¡Oh, vaya, la señorita Amor resulta que lleva una cotilla dentro!

—Me muero de curiosidad.

—Pues si eso es lo que quieres que hagamos, eso haremos —me da un beso pequeño en la punta de la nariz—, vístete, te espero abajo.

—Ares, no he traído ropa, pensé que me ibas a llevar a casa anoche, y la de ayer está empapada.

—Tienes ropa en aquel armario del fondo, puedes coger lo que quieras, es tuyo. Creo que será de tu talla.

—¿Qué?

Corro a abrir el armario al que se refiere, no puede ser que un hombre que vive solo, tenga un armario lleno de ropa de mujer en su habitación.

Abro la puerta corredera y me quedo atónita ante lo que descubro. Todo un ropero de madera maciza se encuentra delante de mis ojos, es del tamaño de una habitación, puede medir unos quince metros cuadrados. Entro, sintiéndome como *Alicia en el país de las maravillas*, la única diferencia es que las maravillas que hay aquí dentro son de marcas muy caras.

Recorro con la mirada una de las paredes, que es la que más llama mi atención a simple vista, son todo vestidos de fiesta. Colocados por colores y enfundados en bolsas de seda. Tienen pinta de valer una fortuna. Todos tienen la etiqueta.

Otra de las paredes es una estantería enorme llena de zapatos. Me acerco a uno de los zapatos de Louis Vuitton, y descubro que detrás de cada par de zapatos, hay un bolso a juego... ¡Esto es un sueño hecho realidad!

Sigo examinando el ropero. Enfrente de mí hay un espejo enorme. Detrás hay otra inmensa pared con más perchas. Me acerco a ellas, para comprobar si algo de lo que hay en todo este despliegue de moda, es compatible con ir a dar un paseo por aquí. Descuelgo una percha, cojo una de las prendas que sostiene y me la pongo por encima para verme con ella en el espejo. Es un conjunto de pantalón de pitillo color berenjena, una camisa acampanada color beis con detalles en el mismo color del pantalón y una gabardina también beis. Tengo que reunir toda mi fuerza de voluntad para volver a colgarlo en su sitio y no escoger este increíble conjunto, porque debe sentarme como un guante.

¡Me gustaría quedarme a vivir en este ropero para siempre!

—No pienso ponerme nada de eso —protesto.

—¿Y la razón es porque...? —Ares está en medio de la habitación, terminando de abrocharse el pantalón de color azul cielo, de Adolfo Domínguez, que se ha puesto y le sienta como si se lo hubieran hecho para él. Continúa con el torso desnudo.

—Porque no sé de qué, ni de quién es esa ropa —contesto con la mirada clavada en sus abdominales.

—¿Sólo te pones ropa que sabes de quién es, Keira?

—No intentes liarme, me refiero a que no pienso ponerme ropa que sea de otra mujer, ¿a quién pertenece todo eso?

—A mí.

—Pues nunca te he visto con un traje de Dior y mucho menos con esos zapatos de tacón de aguja.

—Lo he comprado porque me ha gustado, pensé que te sentaría bien.

—¿Qué?! ¿Pretendes que me crea que has comprado todo eso para mí?

—No pretendo que me creas, es la realidad. Me lo trajeron ayer de la *boutique* de tu querida amiga Lulú.

—¿Lulú, la del traje de Cenicienta?

—La misma. —Se acaba de abotonar la camisa.

—¿Ella ha elegido todo eso para mí?

—Llevamos media hora discutiendo por lo mismo, Keira, no voy a permitir que estropees esto. Ordené a mi mayordomo que vaciara el ropero para poder poner tus cosas en él. Como no tengo tiempo de ir de compras, mandé a Lulú para que lo hiciera por mí, ya que conoce a la perfección tus medidas, tus gustos y tu mal genio...

—¡Oh! —Me cruzo de brazos, aunque he de admitir que me siento aliviada.

—Te he dicho que ninguna mujer ha estado aquí antes, ¿crees que si eso no fuera cierto, iba a invitarte a que descubrieras la caja de Pandora?

—No sé. —Siempre consigue dejarme como una celosa desquiciada.

—Keira, te advertí que no me gusta que dudes de mí a cada momento, si te digo que esa ropa es tuya, es porque lo es. No voy a mentirte, de eso puedes estar segura.

—Te estoy vigilando, Hunter —le hago una señal de advertencia desde mis ojos a los suyos con dos dedos, mientras vuelvo al ropero.

Busco ropa cómoda por todos sitios, pero no encuentro nada que no sea digno de *Barbie* en un cóctel. Todo es de marca y con demasiado *glamour*.

—¿Dónde está el chándal? —le grito, buscando entre la ropa interior de encaje de La Perla en los cajones.

—Aquí está prohibido llevar chándal —su voz en mi espalda hace que de un respingo.

—¿Quieres que me ponga esto? —Sostengo un hilo de seda rosa entre mis dedos, que supongo será un tanga para algún vestido híper ajustado.

—Quiero que te lo quites todo.

—Ares, mira toda esta ropa, no es para ir a dar un paseo, no hay vaqueros, ni *leggings*...

—¡Eso son aberraciones! Puedes ponerte lo que quieras, para eso tienes todo esto, no necesitas un puto chándal porque no estamos en un maldito gimnasio. — Sale por la puerta muy enfadado—. ¡Te espero abajo!

No comprendo su enfado repentino, este hombre es un poco bipolar. Aunque si lo pienso detenidamente y me pongo en su lugar, si yo me hubiera gastado una fortuna en ropa, para que el agraciado, lo único que diga es que dónde hay un chándal... puede que me enfadase un poco... solo un poco.

He debido ser más agradecida, vale, pero nadie le ha pedido que lo compre, lo ha hecho por su cuenta y riesgo.

Miro de nuevo el ropero y una lucecita se enciende en mi cabeza... vamos a ver quién gana esta guerra, Ares Hunter.



Una hora más tarde, hago mi aparición estelar en la cocina. Me he perdido varias veces, hasta que el amable señor Blázquez ha decidido escoltarme hasta aquí.

Me he colocado un vestido color rojo pasión de Gucci, digno de la gala de los *Oscars*... con unos taconazos a juego.

Ares me mira patidifuso, no es capaz de parpadear.

—Qué bien huele... ¿qué hay de desayuno?

Paso de él, tan natural, como si llevara un pijama puesto. El vestido me queda de infarto. Él me sigue con la mirada, no se lo quiere creer. Me siento a la mesa, lo miro y me pone delante una taza de café de mala gana.

Desayunamos sin mediar palabra. Está escondido detrás del periódico y apostaría todo lo que tengo a que además, rojo de ira.

Cuando suelta el periódico encima de la mesa, consigue decir:

—¿No decías que querías ir a pasear? —su voz intenta no quebrarse.

—¡Claro!

—¿Piensas ir así?

—¿Así cómo? —Me miro mi flamante vestido extrañada—. ¿No te parece apropiado?

—¿Por qué te gusta tanto tocarme los cojones, Keira? —Ahora sí me intimida un poco con esa mirada.

—¿Y a ti, por qué te gusta tocármelos a mí? —Me levanto y le planto cara. Él bufa enfadado.

—¡Está bien! Como quieras, vamos.

Me ofrece su mano para que lo acompañe y se la doy.

Vamos paseando por la avenida central tranquilamente. Me he puesto un abrigo de plumas encima del Gucci para rematar mi maravilloso atuendo, como estamos a un día para Navidad y además como hace mucho frío, tengo la excusa perfecta, solo me falta una corona en la cabeza y así podrían encerrarme en algún manicomio.

—¿No vas a hablarme? —le pregunto.

—Estoy intentando asimilar que la primera mujer con la que paseo entre mis vecinos, resulta ser a una *fashion victim* desastrosa.

—¿Y qué más te da? Nadie me conoce.

—¡Pero a mí sí! —me interrumpe, gritándome—. Me he gastado una pasta en llenar ese armario para ti, con toda la ilusión del mundo, creyendo que ibas a saltar de alegría al verlo y tú lo único que haces es joderme la vida.

—No pretendía llegar a tanto.

—¡Pues lo has hecho! ¡Mírate!

Me detengo, me miro, suelto un bufido y me empiezo a reír yo sola. Me río tanto de lo absurdo de esta situación que no soy capaz de parar. Me falta el aire para reír, a carcajada limpia. Ares al verme, no puede evitarlo y acaba contagiándose.

Parecemos dos locos.

Cuando consigo hablar, le digo:

—Tienes razón, la broma se me ha ido de las manos, lo siento.

—Ven aquí.

Me coge en brazos y me lleva a pasos agigantados de vuelta a casa. No está demasiado lejos, ya que con mis tacones de aguja no hemos andado demasiado rápido.

—Esto ya no te va a hacer falta. —Me va quitando todo según avanzamos por la casa; los zapatos, el abrigo...

Me lleva directamente a su habitación y pasamos la mañana allí encerrados, entre el inframundo y el nirvana.

¡Dios, qué hombre!

Una de las veces que estamos medio dormidos, haciéndonos caricias mutuamente, le pregunto qué significa esa lanza gigantesca que tiene colgada en una de las paredes.

—Es la lanza de Ares, la compré en el Museo Arqueológico de Grecia.

—No puede ser. —Será un cuento chino.

—Me quedé sin varias propiedades para conseguirla.

—¿Eso no es ilegal? —No conoce límites.

—Sí —lo dice tan tranquilo—, pero la legalidad es algo ficticio, sus barreras se traspasan fácilmente con unos cuantos billetes, y yo los tengo.

—¿Crees en esas cosas? Ya sabes, en dioses, leyendas... —Para gastar toda su fortuna en comprar ilegalmente una lanza, debe creer en algo.

□ ¿Qué sí creo en la mitología?

—Sí.

—Si tengo en cuenta mi nombre, y como se han dado las circunstancias a lo largo de mi vida, no me queda más remedio que hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—Siempre me han sucedido cosas, que realmente me han hecho creer que tengo que ver algo más con el dios de la guerra de lo que jamás creí posible, pero puede ser pura casualidad.

—¡Cuéntame! —Estoy realmente entusiasmada.

—Ares, como bien sabes, era el dios de la guerra, pero de la guerra cruenta, él era conflictivo, salvaje, perverso y sin compasión. Los demás dioses lo temían y lo odiaban porque no entendían cuál era su cometido en el Olimpo.

—¡Oh sí! Qué sabia fue tu madre al ponerte el nombre.

—¿Destino o casualidad?, nunca lo sabremos, pero me siento muy identificado con su carácter, nunca fui un niño bueno.

—Sí, que me lo digan a mí.

—Tú no te escapas. Tu apellido tiene mucho que ver con toda esta historia.

—¿Mi apellido?

—Afrodita es la diosa del amor, la diosa de la belleza y del deseo, tanto dioses como humanos estaban enamorados de ella; pero Ares siempre fue al único que ella deseó, incluso teniéndolo prohibido, porque ya estaba casada.

—¿Intentas decirme que yo soy Afrodita?

—Estoy convencido de ello.

No sé qué decir, esto es una auténtica locura, pero ciertamente hay muchas casualidades.

—¿Sabes qué surgió de la unión de Ares y Afrodita, de la violencia y el deseo?

—Cualquier cosa...

—Eros, su hijo.

—El amor...—me tiene cautivada.

—¿Te ha gustado la historia?

—Me has dejado alucinada.

—Desde el momento en que te vi, supe que ibas a ser mi diosa, mi talón de Aquiles, la única que equilibra mi balanza y que me da paz.

—¿Todo eso? Pensaba que lo que hacía era todo lo contrario, ¡cabrearte!

—¡Eso también y bastante! Me entran ganas de coger esa lanza y... —Aprieta los puños, enfadado.

Nos reímos, repanchingados en la cama.

Me besa tiernamente, mirándome a los ojos con cara de tonto enamorado.

—Tú eres mi Rambhá, el deseo de amar del dios de la guerra.



Es ya domingo por la tarde. Hemos pasado el fin de semana encerrados en el cuarto oscuro y ya me tengo que ir a casa, aunque no tengo ganas. He conocido a un Ares realmente distinto de lo que creía y me gusta, de verdad.

Antes de llevarme a casa, quiere enseñarme algo, pero no me ha dicho el qué. Las puertas del ascensor se abren y un espacio diáfano enorme se presenta ante nosotros, El cual sigue la decoración en blanco, negro y gris.

—¿A tu decorador se le terminaron las ideas? —pregunto intrigada.

—Te he traído aquí porque quiero que conozcas mi modo de vida, para que decidas libremente si quieres ser mi pareja o no. Tienes derecho a saberlo —me dice sin poder evitar estar tenso.

—Me estás asustando un poco.

—Tranquila, estás a salvo.

A no ser que comiencen a salir potros de tortura y cadenas del techo, no veo nada raro por aquí.

De pronto, una puerta, que no se distingue de la pared, se abre. Una mujer completamente desnuda aparece ante nosotros, únicamente ataviada con un antifaz, le hace una reverencia a Ares y se sitúa en un rincón, completamente quieta. La escena se repite, ante mi atónita mirada, siete veces más.

Estamos rodeados de mujeres desnudas, todas esculturales, unas morenas, otras rubias, alguna pelirroja. No hablan, ni se mueven. Solo nos observan.

Ares me mira de reojo, pero continúa sin decir nada.

Finalmente decide dar un paso al frente y todas ellas parecen ponerse tensas. Me recuerda a un domador rodeado de tigresas.

Se dirige específicamente hacia una, que enseguida corre a intentar acariciarle, pero él da un chasquido con sus dedos y ella se detiene en seco. La gira, para que se ponga de espaldas a él y ella se inclina, restregándole su culo por el pantalón.

—Ahora no. —Esa voz...

Ella se vuelve a incorporar y se pone en su sitio. Tiene una conducta altanera.

Ares se dirige lentamente hacia otra, le acaricia un pecho, ella echa la cabeza hacia atrás, mientras se acaricia su sexo. La deja.

Otra ha pulsado un botón con una sola mirada del macho-alfa y ha salido de la pared una especie de camilla con esposas. Muy moderno.

Ares Hunter vuelve a situarse en el centro del círculo femenino y hace una señal con la mano, entonces todas ellas se ponen a cuatro patas en sus posiciones.

Regresa a mi lado, mirándome muy serio.

—Esto era lo que quería mostrarte.

No consigo articular palabra. Estoy en *shock*. Hace rato que mi mente se ha desconectado, solamente está aquí mi cuerpo.

—Esto es lo que hago los domingos por la tarde, pasarlo bien con unas cuantas amigas.

—¿Amigas? —Ahora sí que me entra el nervio—. ¡Hacen lo que les ordenas como si fueran soldados!

—A una mujer no se la domina con la fuerza, Keira, se la domina con el placer. —Su voz ronca hace que mi instinto más básico me incite a arrodillarme junto a todas esas mujeres, por el simple hecho de obtener esos placeres que él me promete, solo por el simple hecho de que él me ame.

—¿Les gusta obedecerte?

—Es lo que necesitan, acuden a mí buscando un líder, pues sus maridos y novios no saben cómo complacerlas. Al menos un día a la semana merecen gozar.

—No creo que gocen demasiado obedeciendo órdenes de un psicópata.

Para demostrarme que las chicas están más que encantadas de obedecerle, chasquea un dedo y dice «Marta». Una de ellas se incorpora, acercándose decididamente hasta nosotros, se arrodilla delante de él y comienza a desabrocharle la bragueta, entre gemidos, sin que él ni siquiera la roce. Todo esto sucede sin que Ares aparte la mirada de mis ojos.

—Ya es suficiente, retírate. —Se sube la cremallera.

—¡Por favor! —gime la chica desde abajo, se muere por terminar lo que ha empezado.

—Luego podrás hacerlo, retírate —le dice, acariciándole el pelo.

La chica vuelve a su posición, adoptando de nuevo la postura de perrito. Por un momento, pensé que iba a ver una felación a mi «novio» en vivo y en directo, obviamente digo «novio» con ironía.

—Me he ganado su obediencia, la de todas y cada una de ellas.

—Ya veo... —Un trueno atraviesa mi mente. Se gana la confianza de cada una individualmente. Como el sexo es tan bueno, les crea dependencia, hace que lo necesiten, y entonces las trae aquí. ¡Eso es lo que ha hecho conmigo!

—Keira, ¿qué crees que es esto? ¿Qué estás pensando? Me da la sensación de que no lo estás entendiendo.

—Claro que lo entiendo, ¡eres un enfermo!

—¿Por qué?

—¿Por qué?! ¡Sácame de aquí ahora mismo! —Me acabo de dar cuenta de que estoy aporreando el ascensor.

—¡Keira, tranquilízate!

—¡No! ¡No me toques! —esquivo su mano—. ¡Quiero irme a casa! —Las lágrimas se derraman a borbotones por mis mejillas.

—No irás a ningún sitio sin que hablemos.

—No quiero hablar contigo, no quiero volver a verte en la vida... ¡Todo lo que me has dicho eran mentiras para conseguir sumarme a tu harén!

—¡Te equivocas!

—¡No quiero escucharte!

El ascensor se abre, entro a toda prisa, él me sigue, no tengo fuerza suficiente para luchar contra esta mole de músculos, lo único que quiero es dejar de ver a esas mujeres. Pulso el botón del cero nerviosa, comenzamos a descender. No sabe qué hacer, se está revolviendo el pelo.

—Keira, solo quería que lo supieras, no pretendo que te sumes al grupo, si no lo deseas. —Está desorientado, no es el líder que estaba ahí arriba hace unos instantes.

—¿Intentas decirme que quieres que sea tu novia, sabiendo que los domingos te vas a tirar a otras siete mujeres? ¡Estás loco! —No sé, quizás la que se está volviendo loca soy yo con todo esto.

—¡No, lo que quiero es que disfrutes de ellas tú también!

—¿¡Tengo pinta de lesbiana!?

—En el sexo no hay barreras ni etiquetas, Keira, solo las que nos ponemos nosotros mismos.

—¡No me hables, por favor! ¡Déjame en paz! —Me pongo mirando hacia la pared, no quiero verlo, ni oírlo, ni rozarlo, ni olerlo...

—¡Mierda! —Pega un puñetazo en el ascensor y rompe la pared. Eso debe doler.

Acabamos de llegar al garaje. Ares está intentando envolver su mano sangrienta con algo.

¿Y ahora qué hago?

El Lykan parece llamarme a voces. Me subo a toda prisa en la parte del conductor y las puertas se bajan misteriosamente. Las llaves están puestas... ¿Si arranco, me podría suceder algo peor que lo que acabo de vivir? Aunque pegarme un golpe con el coche sería lo que menos me importase ahora mismo.

Sin pensarlo más, pongo la marcha atrás, piso el acelerador y salgo disparada hacia la calle. ¡Qué susto!

Ares corre hacia mí, aterrorizado, creo que será por si le rayo su juguete. Levanto el dedo corazón por la ventanilla y piso a fondo, las ruedas chirrían al derrapar, pero salgo de allí a todo gas, que es lo que necesito.

Cuando voy a toda velocidad por la autovía, miro por el retrovisor y descubro los faros de un Lamborghini Roadster rojo, que viene detrás de mí, esquivando a los demás coches como un loco.

Continuará...

EPÍLOGO

Estos cabrones me lo están poniendo difícil, voy a tener que sacar la artillería pesada para que sepan a quién tienen delante.

—Ahora no Cris, estoy en una reunión con Capesa. —No tiene otro momento para llamarme, ¡qué oportuno!

—Solo quiero que veas unas fotos que te acabo de enviar, creo que esta vez sí que vas a querer volver a salir de caza.

—Lo dudo, todas son iguales. Me aburro.

—Me ha rechazado, con eso ya tienes información de sobra —le cuelgo. No es momento de tratar estos temas.

Diez altos ejecutivos de una de las empresas más importantes del mundo, me miran molestos por interrumpir la reunión en su punto álgido. Intento volver a encauzarla, pero el *capullo* de mi amigo sabe cómo provocarme, me falta morderme los puños de la intriga. Voy a implorsionar,, si no miro las putas fotos.

Levanto un dedo para pedirles un minuto, en medio de un encarnizado debate sobre invertir, o no, en un producto.

—Tengo un asunto importante caballeros. Disculpadme —les informo, con un tono demasiado serio. Ellos no saben si lo que voy a mirar es la caída en picado de mi fortuna en acciones o tías en pelotas.

Como yo presido la mesa, no tengo mirones a ningún lado. Cojo el portátil, busco el *e-mail* de Cristian, lo abro y, cuando se han cargado las imágenes, pincho en la primera.

No sé explicar lo que siento justo cuando esos ojos verdes me miran desde la pantalla del ordenador. Algo ha latido en mi interior. Un estremecimiento extraño para mí. No me induce a dominarla, lo único que quiero es postrarme a los pies de esa diosa para venerarla.

Siento cómo algo se despierta en mi entrepierna. ¡Joder!

Paso más fotos. El bulto de mi pantalón no puede ser más grande, al ver esas curvas de infarto. Mataría por tenerla ahora mismo delante y poder empotrarla contra lo que sea.

¡Joderrrrr... qué culo!

Si ha rechazado a Cristian es porque tiene coraje, ¡me gusta! Tengo que saber más.

Voy hasta la última foto. La veo sonreír, y ya no puedo concentrarme en nada más.

Cierro los ojos un instante y respiro hondo. Céntrate.

—La reunión ha terminado —me levanto y miro a los ejecutivos que tengo a mi alrededor, retándolos. Me gustaría tirarlos por la ventana uno a uno para ganar tiempo.

—¡Señor Hunter, no puede hacer esto! —Todos se revuelven en sus sillas, nerviosos y enfadados.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —les rujo. Lo único que quiero ahora es llegar a Madrid cuanto antes.

Necesito oír su voz. Tengo que escucharla, quiero tocarla, olerla... y por supuesto, follármela de mil maneras distintas esta misma noche.

«¡Hagan sus apuestas señores! Esta noche el cazador saciará su sed», escribo en el grupo de Rambhá, colgando las fotos de mi nueva presa, todas, menos una, la que sonrío, esa es solo mía. Rápidamente comienzan todos a contestar, ¡esto está que arde!

Salgo de la oficina con paso firme, bajo la atónita mirada de los allí presentes.

Keira... ¿De qué me suena ese nombre?

¡Joder!

¡Voy a llamar al Ritz!

©Anabel García

Copyright©millaf—Fotolia. Derechos Cedidos. Foto Portada.

Primera edición: noviembre 2015

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Anabel Garcia